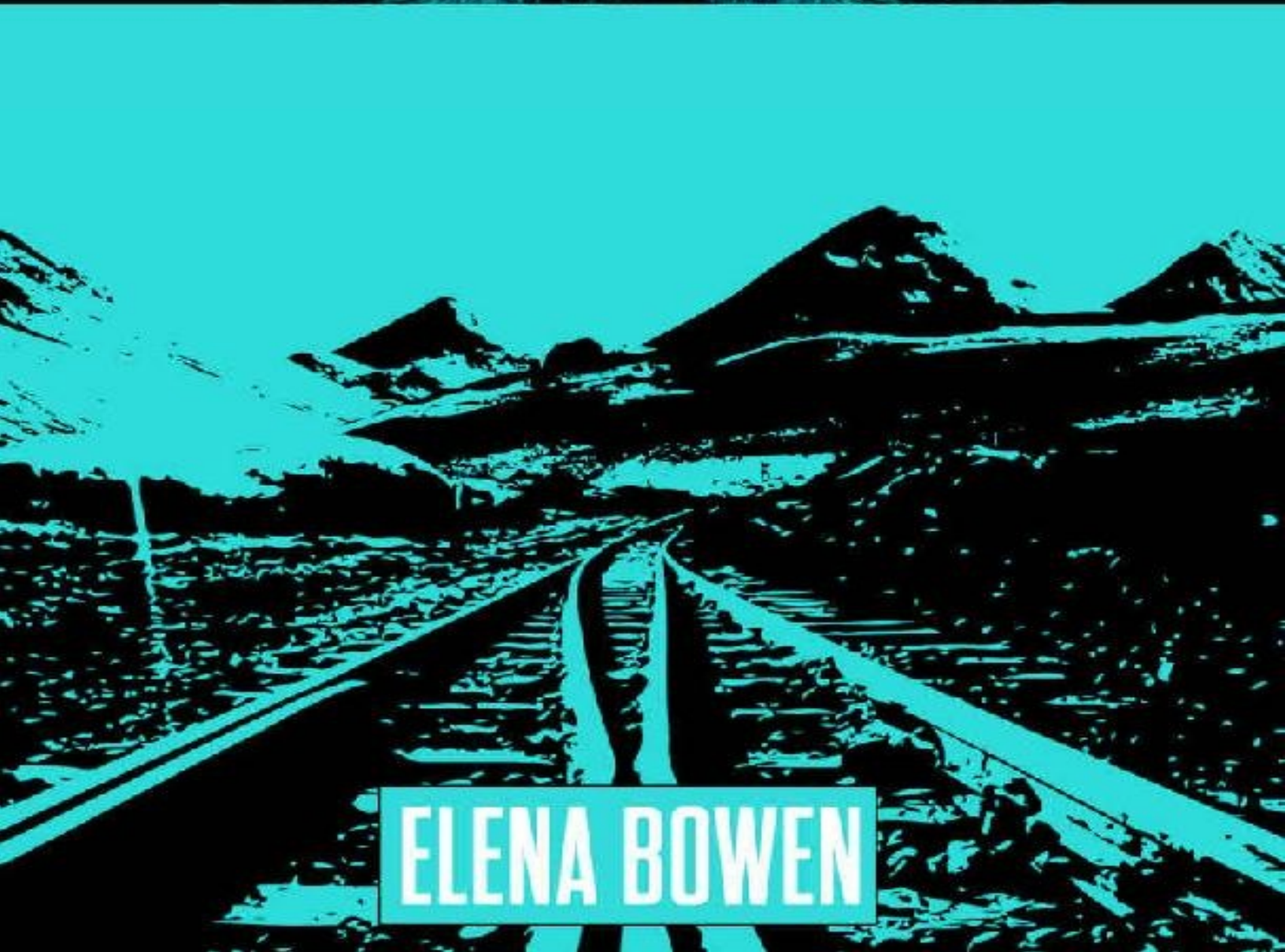
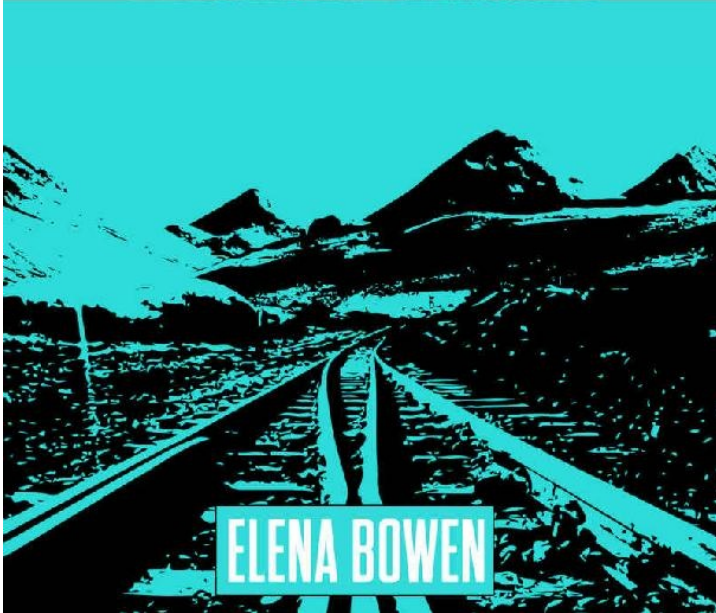
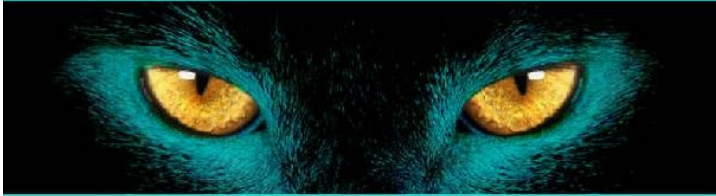


TÚ MI HOMBRE Y YO TU MUJER



ELENA BOWEN

TÚ MI HOMBRE Y YO TU MUJER



ELENA BOWEN

TÚ MI HOMBRE Y YO TU MUJER

(Amor en Panquehua)

ELENA BOWEN

Elena Bowen

Buenos Aires- República Argentina.

Año 2017

3era. Edición

Registro Obra: Safe Creative

Identificador: 150602424386

Fecha de registro: 02-jun-2015 22:22 UTC

Licencia: All rights reserved

Imagen portada: Leandro Mark, Natalia Mark y Yazmin Jalil

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

TÚ MI HOMBRE Y YO TU MUJER
(AMOR EN PANQUEHUA)

ELENA BOWEN

Para Ellos. Mí antes y mí después.

Mis padres: Margarita y Julio Cesar

Mis hermanas: Graciela y Daniela

Mis hijos: Leandro y Natalia

Mis nietos: Mora, Margarita, Gala, Pedro

ÍNDICE

Primera parte

OYÁ, su amor trazó mi destino.

Capítulo 1- Año 1887 —Colonia del Cabo África —Tribu Yoruba.

Capítulo 2- Año 1882 —Liverpool —Inglaterra — Siete años atrás.

Segunda parte

HORTENSIA, un dulce amor en Panquehua.

Capítulo 3 —Conociendo a Hortensia.

Capítulo 4 —La kermese.

Capítulo 5 —El vals.

Capítulo 6 —Despertando los celos.

Capítulo 7 —Escapada a La Alameda.

Capítulo 8 —Se desata la pasión.

Capítulo 9 —Venciendo el orgullo.

Capítulo 10 —Recuperando su confianza. Trabajando juntos.

Capítulo 11 —Negociando con la comunidad.

Capítulo 12 —Desfogándose.

Capítulo 13 —Batalla de Panquehua.

Capítulo 14 —Doloroso descubrimiento y desilusión.

Capítulo 15 —Pasión, amor y entrega.

Capítulo 16 —Aclaración, dudas y fiesta.

Capítulo 17 —La fiesta.

Capítulo 18 —Fin de la fiesta y comienzo de la odisea.

Capítulo.19 —Despedida- Viaje y estadía en Buenos Aires.

Capítulo 20 —George viaja y Hortensia se queda sola.

Capítulo 21 —George. ¿Solo en Buenos Aires?

Capítulo 22 —Una sorpresa... ¿inesperada?

Capítulo 23 —Reencuentro.- George se lleva una sorpresa.

Capítulo 24 —Susto y reconciliación.

Capítulo 25 —Octavia no se rinde- Hortensia gana.

Capítulo 26 —Unos días antes de la boda.

Capítulo 27 —Fiesta de casamiento en La Alameda.

Capítulo 28 —A solas.

Epílogo

AGRADECIMIENTOS

Mi profundo agradecimiento a todos los que me ayudaron para que “Tú mi hombre y yo tu mujer (amor en Panquehua)” se hiciera realidad.

A mis hijos: Leandro Mark y Natalia Mark, y Yazmin Jalil por la hermosa portada que crearon para mi libro.

A Susana Oro, una de las mejores escritoras de romántica-contemporánea argentinas y madrina de mi primer hijo literario. Eternamente estaré agradecida contigo por tu desinteresada ayuda en ésta mi primera aventura literaria. Tus consejos, tu tolerancia al leerlo, tus acertados comentarios y correcciones y tu desinteresado cariño acompañaron y fortalecieron mi espíritu, alentándome, empujándome a vencer mis inseguridades y mis dudas y reforzando mi autoestima. ¡Gracias Susana!

A Liliana Dupertuis y mi hermana menor Daniela Pérez de Dupertuis, por ser las primeras en leer “Tú mi hombre y yo tu mujer”, ayudarme en la corrección de los errores y contribuir con sus opiniones. ¡Gracias por estar a mi lado!

A Marisa Do Campo de Calderón, por regalarme “Las cincuentas sombras de Grey” y provocar que su lectura, despertara la romántica que tenía dormida en mi corazón y en mi espíritu y por sus palabras alentadoras cuando la idea de escribir una novela surgió en mi cabeza loca.

A María del Mar Sanou de Gatti, mi hermana de la vida, porque, cuando le confié mis deseos de escribir este libro, me alentó diciéndome: “Vos podés Elenita”. ¡Te quiero amiga!

A las maravillosas escritoras de novelas románticas-históricas, románticas-eróticas, románticas contemporáneas, románticas-paranormal, de América y de España, que alegran mi alma, fortalecen mi espíritu y acompañan mis días y noches con sus historias, permitiéndome descubrir una vida, a través de sus personajes, llena de amor, compasión, esperanza, sensualidad, pasión y sobre todo humanidad.

A Mónica, mi vecina que vaticinó que este sería, (según los astros y teniendo en cuenta mi signo y mi ascendente) el año para llevar a cabo mis sueños. Gracias por el impulso.

Y a George Percy Mark y Hortensia Romero, los abuelos de mi marido, por servirme de inspiración para escribir ésta historia, prestándome sus nombres (no sus apellidos) y algunas de sus vivencias (África, Mendoza, Panquehua y el Ferrocarril Trasandino) para crear los personajes de mí libro.

El resto del relato es pura ficción, producto de mi romántica y un poco ardiente imaginación.

“Cuando sientas que algo hace vibrar tu corazón, no te preguntes que es.... Sólo disfrútalo hasta el final... porque esa emoción, ese sentimiento, se llama VIDA”.

Anónimo

PRIMERA PARTE

OYÁ

SU AMOR TRAZÓ MI DESTINO

Capítulo 1

Año 1887— Colonia del cabo en África— TRIBU YORUBA.

El sol comenzaba a ocultarse manso y perezoso, tras las dunas que rodeaban el tranquilo y pintoresco poblado.

La tribu Yoruba se encontraba al norte de Colonia del Cabo y para llegar a ella había que atravesar el implacable y peligroso desierto de Namib, uno de los más grandes desiertos que, junto al Kalahari, forman parte del misterioso e inexplorado continente africano.

El cielo adquiría esa tonalidad rojiza que indicaba que era la hora del crepúsculo, creando un juego de luces y sombras sobre la caliente arena dándole un aspecto casi irreal.

El espectáculo era impresionante, imposible apartar la vista de él. Era el momento en que la aldea Yoruba, asentada en un oasis verde y exuberante, se sumergía en el solaz y el descanso luego de un día de arduo trabajo.

Mientras tanto, en el dormitorio de Oyá, tirado indolente sobre la imponente cama con dosel, con sus celestes ojos entrecerrados, soñoliento y con el rubio pelo alborotado, Sir George Percy Markham totalmente relajado, acariciaba, con ternura, el escultural cuerpo de su amada.

Su cabeza estaba apoyada con ligereza sobre la almohada, una cautivadora sonrisa se dibujada en su sensual boca y tenía los ojos entornados, en un vano intento de ocultar sus pícaros pensamientos tras una engañosa apariencia de inocencia y fingida timidez.

Detrás de su aspecto desfachatado y un tanto aniñado, se escondía un joven rebelde, sagaz y experimentado, cualidades que se reflejaban en su celeste mirada, profunda y sugerente.

Era, sin discusión, la viva estampa de un auténtico bribón, un seductor con las mujeres, un joven vanidoso y presumido, un verdadero libertino, un cínico adorable, un indiscutible pirata inglés.

Tras una noche de pasión y lujuria Sir George estaba concentrado en acariciar y recorrer con sus grandes y suaves manos el esbelto cuerpo de Oyá. Con las manos abiertas palpaba cada centímetro de su piel mientras la besaba hambriento y voraz, apretándola con fuerza entre sus brazos logrando una unión profunda entre sus bocas y sus cuerpos.

Estaba feliz y extenuado por completo. La majestuosa mujer color ébano, dominante, sensual e impetuosa había acabado con sus fuerzas, no obstante, notaba, considerando que las suaves manos de la mujer recorrían su torso hasta ceñirse demandantes sobre su miembro gallardo y palpitante, que estaba de nuevo disponible e incitándolo a que continuara deleitándola con sus caricias.

Jadeó, intentando normalizar su respiración entrecortada, observándola como un cazador a su presa, apreciando su total y absoluta belleza, indefensa y confiada, antes de apoderarse de su cuerpo y de su alma.

La contempló estirada como una gata, indolente, desnuda y agotada sobre las sábanas arrugadas, testigos mudos de una noche de pasión, y la excitación provocó que la sangre corriera tumultuosa por sus venas, provocando un zumbido ensordecedor en sus oídos; que le hizo recordar al de una estampida de elefantes desplazándose por la estepa africana.

Clavó sus transparentes ojos en el pecho vacilante de Oyá, perlado por gotas de sudor, se erigió sobre ella apoyando ambas manos a los costados de su cabeza y se dispuso a demostrarle quien mandaba en esa cama.

Acercó la boca a su pequeña oreja, mordiéndola con suavidad y le susurró al oído.

— ¡Voy a hacerte el amor hasta que pidas clemencia, Oyá, mi hechicera!

La montó como un salvaje, dejando de lado la paciencia y la delicadeza, sucumbiendo a sus instintos primitivos. Separó con un hábil movimiento sus largas piernas y empujó lento y profundo, con una enérgica rotación de caderas, su erguido y palpitante pene penetrándola de una sola embestida; enloqueciéndola con sus besos lujuriosos y sus suaves pero devastadoras caricias.

Desnudos y jadeantes se entregaron al placer y se sometieron a la pasión descontrolada. Ella estaba húmeda y lista, dispuesta a rendirse al placentero juego que su sensual inglés estaba ofreciendo.

— ¿Quién puede negarse a semejante pedido? —dijo, ronroneando como una gata en celo.

Sonriendo aceptó sin protestar lo que él le daba, arqueó la espalda, adelantó las caderas, y se dispuso a disfrutar de un nuevo e irrepetible momento de pasión en los brazos del hombre que adoraba; exigiéndole que la marcara, que se hundiera en lo más profundo de su ser arremetiéndolo con fuerza y sin control, obligándola a gritar de placer.

George tenía sus ojos celestes dilatados y clavados en el rostro de la mujer, ordenándole que lo mirara en cada embiste, mostrándole toda la pasión que sentía por ella.

— ¡Mírame Oyá! — exigió —. ¡Mírame y di mi nombre! —clamó con el tono posesivo que siempre utilizaba con ella en el momento en que la llevaba al clímax, que indefectiblemente alcanzaban al unísono.

— ¡Soy yo, George!, ¡Tú... dueño..., tú...hombre.... y tú... tú...eres....mía! —remarcaba las palabra con la voz entrecortada por el esfuerzo, enterrándose con cada embiste, más y más hondo en el interior de la mujer amada.

Sus piernas eran fuertes y mantenían las largas piernas de Oyá abiertas logrando, de esa manera, tener acceso hasta lo más íntimo de su cuerpo, otorgándole todo el placer que ella demandaba, placer que ambos buscaban y disfrutaban.

Permaneció sobre ella tomando con fuerza sus caderas, atrayéndola hacia él, musitando su nombre una y otra vez, besándola con frenesí mientras la penetraba.

Oyá se vio atrapada en un remolino de sensaciones, agitaba su cabeza de un lado para el otro, agarrando con fuerza las sábanas. Él acometía con fuerza mientras le murmuraba palabras cariñosas que ella apenas entendía. La besaba con vehemencia, lamía sus pechos y la saboreaba deleitándose con el magnífico manjar que era esa mujer. Viéndola enloquecer entre sus brazos.

El inglés atacaba con largas y profundas embestidas, para luego detenerse e reiniciar el embate erótico llevándola al borde del abismo, hasta que, aturdido, hundió la cabeza en su hombro, exhaló un profundo jadeo y eyaculó en su interior, relajándose.

— ¡Oh my God, Oyá! —exclamó, todavía temblando y sintiendo temblar a la mujer en sus brazos, tratando de recuperar el aliento.

Apoyó su frente sobre la frente de ella, descansó el peso de su sudoroso cuerpo sobre los brazos y la miró con ternura y al borde del delirio. Comprobar que cada orgasmo que experimentaba con Oyá, era mejor que el anterior lo asombraba. Casi que lo asustaba.

Esa maravillosa mujer que lo miraba satisfecha y enajenada había logrado la perfección en el arte de hacer el amor.

Oyá, jadeando y temblando luego de una nueva e irrepetible sesión del mejor sexo que hubiera conocido, tomó el rostro de su amado, acariciándolo con dulzura, y soltó una sensual y melodiosa risa. La risa de ella siempre lo excitaba, esa mujer era irresistible. Cuando la escuchaba reír sentía la imperiosa necesidad de hacerla suya, de besarla, morderla y marcarla; la necesidad de apoderarse de su corazón y de su alma obligándola a gritar su nombre una y otra vez hasta el cansancio.

—George... ¡Eres una criatura hermosa! —musitó turbada mientras lo besaba con pasión.

—Ya lo sé, ya lo sé —contestó el hombre, sonriendo ensoberbecido.

Sir George era un joven vanidoso y seguro de su sexualidad. Despertaba en las mujeres admiración, codicia y deseo.

Era el maestro de Oyá por eso, ella sabía cómo hacerlo gozar.

Disfrutó explorando su cuerpo mientras se apretaba contra él. Lo besó embriagada con su aliento, abriendo su boca invitadora, dándole paso a su lengua y buscando ansiosa la lengua de George que salió a su encuentro, al mismo tiempo que exhalaba un suspiro rebosante de sensualidad.

El inglés le comió la boca con un beso interminable y luego, agotado y feliz se quedó dormido como un bebé en los brazos de su diosa de ébano.

Sir George Percy Markham, no sólo era un hombre bello. ¡Era magnífico!

Más de un metro noventa de músculos fibrosos, espaldas anchas, abdominales bien marcados, caderas estrechas, brazos y manos fuertes, largas y vigorosas piernas.

Sir Markham se movía con pasos lentos, casi perezosos, con movimientos ondulantes y premeditados que ponían en evidencia su innegable y seductora hombría. Su belleza era fascinante, radiante y atractivo como un gran felino, al andar desprendía el natural aroma masculino, típico de los machos dominantes.

El caliente y abrazador sol africano había dado a su cuerpo un tono dorado, y sus rubios cabellos, que siempre llevaba atados en una coleta, tenían mechones casi blancos, lo que hacía que sus celestes ojos se destacaran burlones y relucientes.

El estilo de vida que llevaba, expuesto desde el amanecer al atardecer al inclemente sol, y al constante viento de la sabana africana, lo había transformado físicamente, era la viva estampa de un vikingo; destacándose, como un dios mitológico, entre la marea de cuerpos negros y lustrosos que lo rodeaban.

Estaba lleno de energía, la que se evidenciaba en su cuerpo sólido e imponente. Energía que Oyá se encargaba, noche tras noche, de agotar en maratónicas sesiones de lujuria y placer.

George era baronet, título hereditario cuyo rango se encuentra entre el de Barón y el de caballero. Ser un baronet le permitía usar el título de Sir, a pesar de no corresponder a una orden de caballería, ni ser miembro de la Cámara de los Lores.

Todo indicaba que provenía de una familia aristocrática. Graduado en una de las más prestigiosas universidades inglesas había estudiado ingeniería en Londres. Con sólo veinticinco años estaba encargado de realizar un detallado estudio de mercado, que posibilitara la introducción de una empresa de ferrocarriles ingleses, la Wheel Wright and Burks, en el territorio africano.

Oyá era la bella hija menor, y la preferida del jefe de la tribu de los Yoruba, y había quedado prendada de ese gladiador rubio de ojos celestes, en el mismo momento en que él desmontó de su negro semental, poniendo un pie en el oasis donde se levantaba su aldea y la miró con lujuria y picardía.

El cruce de miradas no pasó desapercibido para el gran jefe Yoruba que, inmediatamente, se puso en guardia para evitar, que este inglés intruso fuera a hacer sufrir a su pequeña y adorada hija.

Oyá debía su nombre a la Diosa de las tempestades y del fuerte viento que las precede. Era bellísima, sensual, dominante, fuerte, impetuosa y autoritaria.

Cuando vio a Sir George Percy Markham apearse de su oscuro e imponente semental, mirándola cómo si deseara comérsela de un solo bocado, su temperamento indómito se rindió ante este adonis rubio. Del mismo modo, él se sometió a esa guerrera vestida de rojo vino.

Una orgullosa mujer, absolutamente femenina, y destilando sensualidad por todos sus poros, eso era Oyá, y George no pudo escapar a su atracción.

El jefe de la tribu Yoruba, nada pudo hacer para evitar la pasión que hizo explosión en el instante en que sus miradas se cruzaron.

Esa arrebatadora pasión era la que los mantenía juntos hacia seis años y nada parecía empañar esa felicidad.

El baronet, intercalaba noches de pasión con días de cacería y largas jornadas de trabajo con una única meta: desarrollar el ferrocarril africano, que uniría el norte con el sur de África, a través del desierto de Namib.

Participaba de largos safaris y había cazado varias piezas importantes, tigres, leones, gacelas, y no perdía la esperanza de cazar un elefante.

No estaba muy orgulloso de sus logros y de sus intenciones, pero la hombría mal entendida propia de la edad y de la época, lo obligaba a realizar esas incursiones de caza. Producto de ellas tenía una pequeña colección de colmillos de tigres que llevaría a su hogar inglés algún día.

Y, aparentemente, ese día había llegado...

Como toda aventura que tiene un principio, también tiene que tener un final y el ingeniero Markham, sir y baronet, debía volver a Londres.

La empresa ferroviaria que lo había contratado tenía otros planes para él. Estos estaban al otro lado del Océano Atlántico, más exactamente en Argentina, un país joven, tan indómito y agreste como el mismo África.

El amanecer los sorprendió fuertemente abrazados. George miraba embelesado y compungido el rostro de su amada Oyá. El largo cabello desparramado sobre la almohada, los grandes y rasgados ojos entornados, e inundados por las lágrimas, clavados en los suyos, enmudecida por los sollozos que le provocaba la triste y dolorosa noticia que el inglés acababa de susurrarle.

Sir George Percy Markham había cumplido con su cometido en el África y debía volver a Inglaterra. Allí se estaba fraguando una nueva aventura que lo tendría como principal protagonista.

—Debo regresar a Inglaterra —dijo, con dolor y tristeza, lamiendo con su cálida lengua las lágrimas que rodaban por las mejillas de Oyá. —No quiero dejarte. ¡Te amo Oyá! ¡Ven conmigo a Londres! —le rogó George, abrazando su

escultural cuerpo y haciéndola rodar para depositarla sobre el suyo.

Estaba acostado de espaldas en la amplia cama y la sostenía, sobre su cuerpo estirado, apretando la espalda de ella sobre su amplio pecho. A pesar de que Oyá era alta y delgada, parecía pequeña al lado de él que era un hombre imponente. El modo como la sostenía le permitía acariciar sus duros y tersos pechos lo que provocaba que sus pezones estuvieran erectos y listos. Con un rápido movimiento la giró sobre sí misma y sus exuberantes pechos quedaron al alcance de la boca del inglés, que aprisionó con sus labios uno de los pezones y lo succionó con fuerza como si fuera un bebé. Lo besaba, chupaba y lamía sin pausa, mientras que con su mano apretaba, sin compasión, el otro, provocando un espasmódico estremecimiento en la mujer que balbuceaba palabras casi ininteligibles producto de la pasión que el erótico acto despertaba en ella.

Él era un maestro en estas lides y en los años que llevaba con ella habían alcanzado la perfección, la había moldeado a su antojo y para su placer.

—Te amo Oyá!! ¡Te amo!, no voy a poder vivir sin ti ¡Ven conmigo, por favor! —le suplicó, mientras continuaba excitándola con su boca y con su lengua, chupando, mordiendo y besando, desesperadamente, el cuerpo de su amada.

El pecho de Oyá se elevó y cayó bajo las caricias de George, su espalda se arqueó. La boca de él buscaba ansiosa sus pechos, manteniendo la voraz succión. Con sus manos y sus pulgares le acarició las mejillas y la forzó a abrir la boca para introducir su lengua ávida hasta lo más profundo, saboreándola, llevándola al orgasmo sólo con ella. Se besaron apasionadamente hasta que fue necesario que se separaran para poder respirar y fue ese mismo momento que, Oyá musitó con la voz entrecortada por el llanto.

—No puedo amor mío, mi vida está en África con mi pueblo, con mi familia, con mi gente —y agregó entre sollozos—. ¿Qué haría yo en una sociedad en la que somos considerados animales salvajes?, no podría soportarlo y tú tampoco, tarde o temprano nos separaríamos. Sabíamos cuando nos conocimos que esto terminaría y decidimos seguir. Hemos disfrutado de nuestro amor todos estos años y ahora ha llegado el momento de la despedida —dijo ella, tratando de pensar con coherencia.

Lo que su amado provocaba en ella, con sus besos apasionados, le dificultaba emitir las palabras y lograr articular una frase con sentido.

—Entonces, renunciaré y me quedaré a tu lado, no podré vivir ni un minuto sin tu amor —confesó George, al borde las lágrimas.

Oyá tomó su bello y perfecto rostro con las dos manos, le besó los ojos, la nariz, las mejillas, lenta y apasionadamente. Separó sus labios con pequeños mordiscos y comenzó a recorrer el interior de su boca, explorándola con la lengua hasta que se encontró con la de él en una danza erótica y sensual. Sabía cómo calmar a su bello amante. Tenía que aprovechar todos los momentos a su lado, intuía que el destino ya había escrito su página

final, la cuenta regresiva había comenzado, pronto George debería volver a Inglaterra y eso significaba el fin de la relación.

Nunca volverían a verse, pertenecían a dos mundos absolutamente opuestos.

—Ven, amor mío. Abrazame, ámame, tóname, esta noche es nuestra y vamos a disfrutar cada minuto, cada segundo, nada ni nadie podrá arrebatarlos estos momentos —y se pegó a su cuerpo fundiéndose en él, convirtiéndolos en un solo ser.

Volvió a posar sus sensuales y cálidos labios en los de George, introdujo su hábil lengua en su boca y le hizo el amor con ella, llevándolo a tener una de las experiencias sexuales más profundas y placenteras de las que George alguna vez había podido experimentar.

George puso sus manos entre las piernas de Oyá incitándola a abrirlas y la colocó a horcajadas en su regazo. Oyá, con el negro cabello cayéndole en cascada sobre su espalda, la cabeza inclinada hacia atrás y la boca entreabierta, era la viva imagen de una diosa pagana y Sir George deseaba prolongar eternamente ese momento, quería que quedara grabado en su retina y en su mente, porque él sabía que su vida no volvería a ser igual sin ella.

La excitó, la acarició hasta dejarla sin respiración y cuando comenzó a moverse con exquisitos y temblorosos espasmos, tomó sus nalgas y la guio sobre su miembro erecto y ansioso. Cuando obtuvo el ritmo adecuado la sumergió en un orgasmo desenfrenado. La abrazó con fuerza y con una profunda embestida vació su simiente y todo su deseo en ella.

—Me gusta dormirte entre tus piernas Oyá, mi diosa, mi amor —murmuró, y en el acto se acurrucó, para dormirse contra su escultural y deslumbrante cuerpo.

Por un instante George se abandonó en sus brazos, disfrutando y absorbiendo todo el placer que Oyá le daba. Olvidó todo, concentrándose en las increíbles sensaciones que ella le provocaba, sin imaginar que en ese momento se definía su destino.

Capítulo 2

Año 1880. —Liverpool —Inglaterra —siete años atrás.

El puerto era un hervidero de gente y carruajes. Las embarcaciones se preparaban para lanzarse al océano en busca de emociones nuevas, de culturas lejanas y de grandes aventuras.

Sir George Percy Markham, era un joven ingeniero especializado en ferrocarriles que a pesar de alternar sus estudios con noches de juergas, mujeres y diversión con sus amigos, había terminado su carrera en Londres en tiempo record. Sólo tenía veintitrés años cuando obtuvo su título de ingeniero en ferrocarriles y debido a su amistad con los hermanos Burks, dueños de una importante empresa ferroviaria, había ingresado a la misma al día siguiente de obtener su título. Llevaba dos años trabajando en esta compañía y tenía todo su esfuerzo concentrado en conseguir este contrato con las autoridades africanas, lo que le permitiría conocer ese país lejano e indómito.

África era un país inmenso e inexplorado con grandes extensiones de desierto. El desierto de Namib, específicamente, era al que George debía enfrentarse para lograr su cometido. Esta intimidante barrera ecológica entre el norte y el sur del continente era el gran desafío de la compañía ferroviaria inglesa “Wheel Wright and Burks”, propiedad de los hermanos John y Mathew Burks, sus amigos de correrías y compañeros en la universidad e ingenieros ferroviarios como él. Había llegado el momento de embarcarse en una ambiciosa y temeraria empresa: llevar el ferrocarril al África y para ello depositaron toda su confianza en su gran amigo: Sir George Percy Markham.

Su estilo de vida lo definía como un libertino. Si bien George no asumía un compromiso profundo con sus sentimientos y con su comportamiento social, en lo que se refería a su trabajo y a su profesión su dedicación era absoluta. No era un aristócrata indolente que en nombre de sus libertades sociales y sus desordenes en el terreno sentimental ponía en juego su futuro. Su carrera como ingeniero ferroviario no era un mero pasatiempo, era su pasión, era su vida misma. Su profesión pesaba más que cualquier pasión o capricho con los placeres terrenales. Las noches de juergas, alcohol y mujeres con sus amigos habían terminado, no iban a ser la razón para que sus familiares se vieran decepcionados o para que sus empleadores no depositaran su absoluta confianza en él.

Le habían encomendado una de las empresas más ambiciosas de la época, la construcción del ferrocarril en África, una de las líneas férreas más extensas y peligrosas y no estaba en sus planes desilusionarlos.

Y allí, en medio de ese mundo caótico de los muelles ingleses estaba él.

Su magnífica figura se destacaba por encima de los cientos de extraños personajes que pululaban frenéticamente por las callejuelas mugrientas y oscuras del puerto. Aristócratas con sus mujeres que llamaban la atención por su prestancia y sus finas vestimentas, rodeados por sus lujosas pertenencias y por una legión de sirvientes, dispuestos

para embarcarse. Comerciantes, vagabundos, prostitutas, pordioseros y perros callejeros. Por encima de todos ellos sobresalía un orgulloso y gallardo Sir George que no podía ocultar el inmenso placer que le producía esta dantesca escena. Los olores, el sonido y la adrenalina que se percibía en el aire le provocaban una sensación de éxtasis que no había experimentado nunca, ni aún en los brazos de la más cotizada cortesana de toda Inglaterra.

Sir George Percy Markham estaba abandonando en ese puerto su fama de disoluto, irresponsable, mujeriego y jugador, lo esperaba un nuevo mundo y su plan era convertirse en un empresario y profesional responsable.

Iba a construir su futuro en un país lejano e inexplorado y él no percibía ningún obstáculo que le impidiera alcanzarlo.

—Apúrate a subir esos baúles al barco, John—le dijo a su amigo y ayudante de cámara—.No veo la hora de embarcarme y llegar a nuestro destino. — Ensimismado tratando de retener en su mente este momento en el que se estaba definiendo su futuro profesional y personal.

Sir George Percy Markham, estaba ansioso por llegar a Colonia del Cabo, en el sur del África, donde había sido destinado por la empresa inglesa Wheel Wright and Burks. Desde allí, una vez que organizara un equipo de lugareños y baqueanos conocedores del terreno, se dirigirían hacia el norte donde se encontraba la tribu Yoruba. Su propósito era encontrarse con el jefe de esa comunidad indígena para iniciar las negociaciones necesarias, firmar un acuerdo que favoreciera a ambas partes, y comenzar con el tendido de la red ferroviaria, la que indefectiblemente debía atravesar una gran extensión de territorio perteneciente a la tribu Yoruba.

Tenían que cubrir una distancia de, aproximadamente, siete mil kilómetros.

Iba a ser una travesía larga, plagada de peligros e inconvenientes, animales salvajes, tribus hostiles, y sobre todo dos adversarios poderosos: El jefe Chango de la tribu Yoruba y el temible y poderoso desierto de Namib. Esperaba obtener importantes resultados con el jefe Yoruba, quien tenía que autorizar el tendido de la red ferroviaria a través de su territorio. Chango tenía fama de ser un hombre hosco, impenetrable y misterioso, pero también era considerado por su pueblo un dirigente inteligente y sabio, un hombre racional y coherente, hondamente preocupado por el bienestar y el progreso de su comunidad.

Además de realizar un profundo estudio de las condiciones y probabilidades, para desarrollar el tendido de la red de vías que darían lugar al nacimiento de unos de los ferrocarriles más grandes de ese momento, George iba en busca de más conocimiento y porque no, de grandes aventuras. La idea de la empresa era realizar el tendido de líneas férreas a través del territorio africano, de norte a sur y de este a oeste, era sin lugar a dudas, un proyecto muy ambicioso para la época considerando que África tiene más de treinta millones de kilómetros cuadrados.

El ingeniero Markham era un joven intrépido, idealista y ambicioso, no existían barreras que él no pudiera sortear, nada le impediría conseguir las metas que se había impuesto al ingresar a la Universidad: recibirse de ingeniero

ferroviario y llevar este maravilloso medio de transporte a los lugares más lejanos del mundo.

—El ferrocarril es un medio de transporte ágil, seguro y relativamente barato —decía Sir Markham—. Este va a acelerar e incrementar las relaciones internacionales, no sólo en lo económico, sino también en lo humano.

El ferrocarril brindaría a las personas que vivían en los pequeños poblados la oportunidad para acceder al circuito económico internacional así como al conocimiento y a la cultura que ofrecían las grandes urbes.

Y después de varias semanas de navegación ahí estaba, plantado firmemente sobre sus pies, apoyado en la borda del barco que lo acercaba a su destino, observando, emocionado y deslumbrado, la costa de ese inmenso, inexplorado, exuberante y misterioso país.

—*África* —dijo en un susurro, mirando cautivado las pequeñas y coloridas viviendas, que se perfilaban sobre la costa a través de la bruma matinal y de sus lágrimas, producto de la emoción, que empañaban sus penetrantes ojos celestes—. ¡John! —Gritó—. Acércate para que puedas ver el maravilloso lugar en el que viviremos, espero que por mucho tiempo, porque sin haber desembarcado ya estoy deslumbrado por esta tierra salvaje y maravillosa. Querido John, estoy ansioso por poner mis pies sobre esta tierra, creo que acabo de ¡¡enamorar-me!!—dijo, riéndose a carcajadas.

Era un hombre optimista y seguro de sí mismo. Nada ni nadie iba a impedirle llevar a cabo sus sueños. Su gran sueño era el ferrocarril, las mujeres y la diversión ocupaban un lugar muy importante en su vida, pero el ferrocarril era su amante incondicional.

El viaje en barco había sido largo, tuvieron que soportar días de tormenta y otros en los que la calma del mar y del viento era tal que se movían tan lentamente que los días y las semanas parecían no pasar. La ansiedad de George por llegar a destino estaba alterando su carácter jovial, si no llegaban pronto a África iba a terminar a nado las últimas millas. Afortunadamente el tortuoso viaje había llegado a su fin, sin necesidad de demostrar sus condiciones de gran nadador y sin que se viera comprometida su salud mental y la de sus allegados.

El baronet Markham tenía veinticinco años, era un joven alegre, hermoso e inteligente, una combinación letal para las mujeres inglesas y ahora para las africanas. Cuando, días más tarde, se dirigiera miles de kilómetros hacia el norte, cruzando la sabana africana, con destino a la tribu Yoruba para entrevistarse con el jefe de la misma, iba a tener oportunidad de probarlo y demostrarlo.

Su intención era hacer un reconocimiento de la zona, condiciones climáticas, posibilidades técnicas y humanas para efectuar el tendido de la red ferroviaria y por sobre todo la predisposición de la población autóctona para aceptar esta propuesta y colaborar en el proceso para hacerla realidad.

George sabía que en otros países, tanto de Europa, Asia e inclusive América el método utilizado para realizar el tendido de las redes ferroviarias, no era el más adecuado, ya que en muchos casos se recurría a utilizar esclavos o prisioneros de guerra, los que eran sometidos a un trato inhumano y la gran mayoría dejaban su vida en el proceso.

Su propósito y sobre todo su deseo, era realizar un acuerdo con el jefe de la tribu Yoruba y aunar esfuerzos para de ese modo lograr el objetivo sin sometimientos, ni avasallamientos. George pensaba proponerle al Jefe Chango una alianza en la que ambos se verían favorecidos. La empresa inglesa de los hermanos Burks aportaría el material y el conocimiento tecnológico y la tribu Yoruba la mano de obra y el esfuerzo físico para llevar a cabo esta titánica empresa. Ambos se verían beneficiados: África sería dueño de uno de los ferrocarriles más grandes del mundo y la empresa inglesa de los hermanos Burks tendría la concesión y explotación de la línea durante treinta años. Luego de ese periodo el ferrocarril pasaría a manos africanas.

Nunca había sido partidario de obtener resultados a través de la fuerza y del sometimiento, compartía esta idea con los hermanos Burks y si bien era consciente que algunas empresas inglesas aplicaban métodos abusivos con los lugareños para conseguir sus propósitos, tenía el presentimiento de que, en esta ocasión, su sueño se vería realizado sin necesidad de utilizar medidas drásticas ya que contaría con la ayuda, no sólo de sus empleadores, sino del jefe Yoruba.

La llegada del ferrocarril provocaría grandes cambios, no sólo en la fisonomía del territorio y su paisaje sino en la cultura de los pueblos que lo habitaban. George sospechaba que él y el Jefe Chango, a pesar de las diferencias culturales y de raza, tenían pensamientos y ambiciones similares: bienestar y progreso para el país en general y para el hombre en particular.

Pero, lo que George no imaginaba era que se iba a encontrar con la mujer que iba a poner su mundo patas para arriba. Una diosa guerrera, valiente y apasionada, su nombre era Oyá, diosa de las tempestades, tal era el significado de su nombre.

Ella, era la hija de Chango el jefe de la tribu Yoruba.

Eran las siete de la mañana, la bruma comenzaba a levantarse, hacía mucho calor y, a pesar de que era muy temprano, el día amenazaba con ser agobiante y abrumador. Los preparativos para la expedición estaban en mano de Oggumm un rastreador y conocedor de la zona quien les garantizaba un viaje relativamente seguro.

—África es un país con un territorio vasto e inexplorado y con grandes distancias entre pueblo y pueblo —le dijo Oggumm a Sir George, percibiendo una mezcla de preocupación y euforia, en su cara—. El camino que vamos a emprender es muy largo, alrededor de tres mil setecientos kilómetros y la travesía puede llegar a ser sumamente agotadora. No debemos minimizar los peligros que representan, la gran variedad de animales salvajes que habitan la sabana africana y varias tribus hostiles a las que no les agrada, la presencia del hombre blanco.

A pesar de las advertencias de su guía, ninguna de estas razones eran motivo de desaliento para George; al contrario este desafío lo excitaba, le despertaba una ansiedad incontrolable.

—Si tomo la decisión de ir por la costa, a través de Namibia y Angola, me enfrentaré al desierto de Namib y si elijo ir por el centro, el desafío será el desierto de Kalahari —evaluaba preocupado el inglés.

Aconsejado por Oggumm optó por el camino de la costa, atravesando el desierto de Namib que se extendía entre el río Orange y el río Kunene. África es el continente más cálido de la tierra. El Ecuador la cruza casi por la mitad y tiene grandes zonas desérticas y éstas constituyen una gran barrera natural para el intercambio entre el norte y el sur del continente.

—Confío plenamente en el criterio del rastreador —argumentó George frente al reclamo de algunos de los integrantes de la caravana, que consideraban que el desierto de Namib era muy peligroso—. Este es el gran desafío que el ferrocarril debe encarar y nosotros tenemos que aceptar el reto y enfrentarlo, sólo de esa manera lograremos vencerlo —explicó, con seguridad y optimismo.

El imponente desierto está formado en su mayor parte por dunas de hasta trescientos metros de altura. Las más cercanas al mar cubren extensas alineaciones paralelas a la costa debido a los vientos dominantes del oeste y tiene su origen en las arenas arrastradas por el río Orange desde el interior del desierto de Kalahari, depositadas en el mar y llevadas luego hacia el norte por la corriente de Benguela. Por otra parte, en el interior, y a unos ochenta kilómetros del mar las dunas tienen forma estrellada y es fácil encontrar lagos vivos después de un episodio de lluvias y ver en ellos alguna de las ciento ochenta especies de aves que lo habitan.

En el Namib la temperatura alcanza fácilmente los cuarenta y cinco grados en verano, pero en la costa la presencia de nubes bajas y el viento fresco del mar provocan que las temperaturas sean entre quince a veinte grados inferiores, incluso en los días en que la niebla es espesa.

— ¡John!—exclamó Sir George parado sobre una duna, con los brazos en jarra, las manos apoyadas sobre sus estrechas caderas, las piernas separadas y sus pies, enfundados en las botas, ahora teñidas de color rojo como la arena del Namib, afianzados al suelo—. ¿Sabes porque la arena de este desierto es rojiza?

—No Sire, ¿por qué?—replicó su ayudante cansado de tanta arena y abrumado por la energía exultante que destilaba por sus poros, el noble inglés.

—Porque el río Orange, que atraviesa el desierto del Kalahari, arrastra la arena, que tienen un alto contenido en hierro y la deposita en la costa para que luego, el viento del mar las lleve al interior del Namib —extasiado frente a la magnificencia del desierto, fantaseaba—. ¿No te parece un increíble y maravilloso artista natural este viento, que con su fuerza y su poder pinta de rojo al río Orange y al misterioso y ardiente desierto de Namib? —las últimas palabras las dijo casi en un murmullo, hechizado frente a la exuberancia del paisaje.

Sir George Percy Markham era un ingeniero pragmático y experimentado pese a su juventud, pero también era un romántico que sabía apreciar la belleza humana y de la naturaleza y sacar provecho de ambas.

A pesar del aislamiento de la región, de las escasas lluvias que se producen en la zona costera y de la estrechez del desierto, no es mayor de cincuenta kilómetros, la abundancia de nutrientes en las aguas marinas favorecen la presencia de colonias de otarios, también llamadas falsas focas o focas caminantes. Esta especie de focas tiene orejas visibles y facilidad para caminar sobre la tierra, ya que las extremidades posteriores están dirigidas hacia adelante y son funcionales para el desplazamiento terrestre, aunque están mejor adaptados para nadar.

—Ahora entiendo porque Oggumm me aconsejó la ruta a través del Namib—estaba impresionado por la sabiduría y el conocimiento del terreno del guía y miraba, embelesado, el atardecer desde la tienda que John había levantado, con habilidad y diligencia, junto a una charca—. Estos pequeños cursos de aguas—reflexionaba, George—mantienen corredores de vegetación que permiten el desarrollo de una flora y una fauna, que aunque no sea muy abundante han ofrecido mayor seguridad para la subsistencia de la caravana. No me arrepiento de haberle hecho caso.

George y su amigo John no salían de su asombro frente a los cambios del paisaje y a la variedad de animales exóticos que encontraban a medida que avanzaban y se internaban en el corazón del inexplorado y magnífico continente africano. La cercanía de macizos montañosos como Tönnesenberge, Giraffeberge y Grootber favorecía la procreación de numerosas especies animales, entre ellos elefantes, jirafas, rinocerontes negros y leones, además de antílopes, avestruces, hienas y chacales.

La presencia de esta fauna le permitía a Sir George relajarse de las extenuantes jornadas cazando, no le gustaba la cacería como deporte, en Inglaterra nunca había participado de las cacerías del zorro, deporte muy común entre los aristócratas ingleses, pero no descartaba la posibilidad de cazar algún ejemplar salvaje.

A George lo excitaba la idea de cazar un elefante.

—¿Sabías George? —le dijo John, enfadado porque éste seguía con la intención de cazar un elefante—.¿Sabías que los elefantes son capaces de recorrer más de sesenta kilómetros en un día entre uno y otro pozo de agua y que a veces el líquido elemento está a tanta profundidad, que las madres tienen que absorber el agua con la trompa y dársela a través de ella a las crías, porque éstas son incapaces de alcanzar el fondo por sí misma?

Sir George enarcó una ceja, achinó sus ojos celestes y le lanzó una mirada furibunda a su asistente al mismo tiempo que lo interrogaba.

—¿A qué viene esa pregunta? ¡No me provoques John, porque hoy no tengo muy buen humor y puedo sacarte de la tienda a patadas en el culo y van a ser tantas, que no vas a poder posar tus nalgas en una silla por meses! —Tronó su voz en el silencio insondable del desierto de Namib—. ¡Estoy harto de tus indirectas en defensa de los elefantes! ¡Yo también estoy fascinado con esa actitud matriarcal de los elefantes y su capacidad para sobrevivir en

un ambiente tan hostil como éste! —protestó enfurruñado, admitiendo de esta manera que pensaba desistir de su idea de cazarlos—. ¡Ya sé que son los animales más grandes de la tierra! ¡También sé que, tanto los machos como las hembras tienen grandes colmillos, con los que cavan en busca de agua y comida y que con ellos arrancan la corteza de los árboles para alimentarse! ¡Alguna otra sugerencia, querido amigo! —espetó, irónicamente.

—Sí —le contestó, con calma y sin amilanarse frente al estallido de furia del joven ingeniero—. El marfil de sus colmillos es tan valioso para los humanos, que se dicen civilizados, que ha atraído una violencia sin límites, y lo único que persiguen es abatir la mayor cantidad de animales, sólo para quitarles los colmillos —dijo, mirándolo desafiante y seguro de sus dichos.

— ¿Has terminado o vas a seguir tocándome las pelotas para que desista de mi idea? —exclamó a punto de largar la carcajada—. Lo has conseguido, querido amigo, no voy a cazar elefantes, en todo caso apuntaré mi arma hacia aquellos animales que sirvan para alimentar a los integrantes de la caravana ¿o prefieres subsistir a fuerza de pan y agua? —preguntó con una amplia sonrisa en su varonil y bronceado rostro.

Le gustaba el aire libre, no había dormido nunca en una tienda de campaña y eso le parecía una experiencia inquietante e interesante, además, le encantaba montar a caballo, podía estar el día entero sobre uno de ellos sin cansarse, y más aún cuando éste era Thunder, su compañero de correrías, que lo había acompañado desde Inglaterra y que estaba tan impaciente como él de iniciar esta gran aventura. Precisamente, allí estaba Sir George, vestido con una camisa de lino blanco, desabotonada en el cuello que permitía ver parte de la rubia mata de vello que cubría sus marcados pectorales. Vestía pantalones grises que se ajustaban a sus musculosas piernas, botas negras relucientes y un sombrero de ala ancha que lo protegía del radiante sol africano. Portaba un revólver, en un cinturón tipo cartuchera alrededor de sus caderas, un fusil y un machete en la montura de Thunder y una daga, que nunca olvidaba, escondida en una de sus botas.

Se sentía exultante y ansioso.

Montó de un salto en su caballo, un negro e impetuoso semental y lo puso al galope inmediatamente, era un experto jinete así que el caballo respondió a sus órdenes como siempre lo había hecho.

Sir George Markham y su caballo eran uno solo en cuerpo y alma cuando la aventura los llamaba.

—Vamos a divertirnos mucho, amigo —le dijo palmeándole cariñosamente el cuello, y el caballo respondió con un resoplido a ese gesto tan íntimo de su dueño.

Debían recorrer alrededor de dos mil kilómetros de desierto, cuyo nombre era Namib que significaba en la lengua de los yoruba “Enorme”.

— ¡*Enorme!*—susurró, extasiado, George. Levantó su mano derecha y le dio la orden a Oggumm para mover la caravana. Poniéndose al frente de ella e impresionando a los lugareños con su presencia.

Montado en Thunder, con el rostro transfigurado por la emoción, Sir George era la viva estampa de un conquistador. Su pelo rubio ondeando al viento, sus ojos celestes brillantes por la pasión que le causaba la aventura, pronosticaban que nada ni nadie que se atravesara en su camino iba a impedir que llevara a cabo su propósito.

Había venido a conquistar el África y se había enamorado de ella el primer día; ahora no tenía dudas.

África iba a caer rendida a sus pies.

Además de Sir George, John y Oggumm, formaban parte de la caravana cuarenta hombres y mujeres, diez caballos, incluido Thunder y veinte camellos encargados de transportar los víveres y elementos necesarios para la travesía, tales como, tiendas de campaña, enseres para cocinar y mobiliario adecuado para las tiendas.

La primera parte del desierto de Namib estaba recorrida por el río Orange y George y su caravana pudieron observar grandes colonias de hipopótamos, antílopes, avestruces y chacales. La vegetación, muy particular, era abundante en plantas suculentas capaces de retener agua en su interior, lo que ayudó a racionar el agua para poder utilizarla más adelante, cuando se adentraran en las dunas ya que en ellas el desplazamiento, tanto para los animales como para los humanos, se volvería más dificultoso.

El desierto y la sabana africana eran impredecibles e implacables.

Para sobrevivir en estos territorios, las criaturas que los habitaban, debían tener la capacidad de adaptarse a medida que la región cambiaba de clima, y pasaban de temperaturas calientes a frías y de condiciones de humedad a sequía. George era consciente de estos cambios climáticos y había tomado todas las medidas necesarias para que nadie, ni los seres humanos ni los animales que componían su caravana, sufrieran algún daño. El primer día no avanzaron mucho ya que los animales y las personas debían aclimatarse a las temperaturas extremas de la región. La demora tenía a Sir George Markham de muy malhumor, así que al caer el ocaso dio orden de armar el campamento a orillas de una de las tantas charcas que se mantenían a pesar de la aridez del terreno.

—George, ¿quieres que te prepare el baño? —preguntó John, a un malhumorado y empolvado inglés.

En su cara sólo se distinguía el iracundo brillo de sus ojos celestes. Miraba, mudo y taciturno, la bellísima puesta del sol, con el rostro serio, el ceño fruncido, la boca apretada y las manos apoyadas sobre sus caderas. A pesar de su cansancio y su enojo su porte era arrogante, lucía como un cazador que tenía su presa acorralada. Estaba realmente irritado por lo poco que habían avanzado y además habían tenido varios inconvenientes con la carga y los animales. Era el primer día de un largo viaje por esta maravillosa tierra, había olido su aroma, sentido su aridez, había disfrutado de su belleza; pero también estaba sintiendo el gran desafío que este continente le presentaba.

—*África* —murmuró—. *Voy a hacerte mía, voy a poseerte por completo, como si fueras una bella y caprichosa dama. ¡Sí!, serás mía, mía, mía* —La sangre le golpeaba en las sienes, recorriendo, turbulenta, su cuerpo encendido por el entusiasmo, mientras su corazón parecía repetir la palabra ¡mía!, con cada latido. Se dio vuelta, cambió su semblante y mirando sonriente a su ayudante, dijo:

—Sí John, prepárame el baño —había decidido relajarse, mañana sería otro día y esperaba que todo fuera diferente.

Su optimismo se vino abajo a la mañana siguiente. Durante la noche algunos de los cargadores habían abandonado la caravana, llevándose alimentos y varios caballos; afortunadamente Thunder dormía en un corral armado al lado de su tienda, no le gustaba separarse de su caballo, especialmente cuando se encontraban en lugares inhóspitos y desconocidos y ambos dependían el uno del otro.

— ¡John! ¡Mierda John! ¿Cómo pudo pasar algo así? ¿Por qué motivo esas personas han abandonado la caravana? —no encontraba explicación a esa actitud por parte de los locales.

—Sir George, creo que la razón radica en que estamos por internarnos en el desierto de Namib y eso debe haberlos atemorizado—contestó, con circunspección, y el ceño fruncido, su ayudante.

—Pero... ¿no los habías puesto en antecedentes? o ¿la paga no ha sido suficiente? —agregó Sir George pensativo.

—Estaban al tanto de todo y la paga era más que suficiente, pero estos salvajes son impredecibles —dijo, ahora furioso, John.

— ¡Bien!, basta de lamentos y pongámonos en camino, con ellos o sin ellos llegaremos a nuestro destino— exclamó el inglés-. Comportándonos como niños no conseguimos nada, el desierto está ahí y es nuestro desafío. No me caracterizo por dar marcha atrás ante el primer obstáculo —el brillo furioso de sus ojos celestes reafirmaban su punto—. ¡En marcha! —dijo, saltando al lomo de Thunder, poniéndose, como siempre, al frente de la caravana y despertando la admiración de los nativos que habían decidido acompañarlos.

A partir de ese día no hubo más inconvenientes, por lo menos de gran importancia. Los días se sucedían monótonos y cansadores y al llegar la noche, luego del relajante baño que le preparaba su fiel amigo John, caía rendido en los brazos de Morfeo y su único sueño era el de llevar a cabo su proyecto, su ambicioso proyecto: la construcción y tendido de las vías del ferrocarril africano.

Finalmente habían llegado a la tribu Yoruba, los lugareños salieron a recibirlos y en contados segundos se vieron rodeados por una multitud bulliciosa y alegre que los abrazaban y tocaban sin disimulo, ni timidez. Los yorubas eran individuos alegres, escandalosamente ruidosos, alborotadores, inquietos y sin atisbo de vergüenza, se expresaban

según su estado de ánimo, besaban y abrazaban sin tapujos si estaban alegres y si estaban tristes lloraban y se consolaban mutuamente.

Y en medio de esa batahola infernal sus ojos celestes, inquisidores y burlones, se cruzaron con otros, profundamente oscuros, que le sonrieron sin pudor, ni turbación y con evidente honestidad, dejándolo estupefacto y con una excitación que nunca había experimentado con solo mirar a una mujer. Junto a Chango, jefe de la tribu Yoruba estaba Oyá, una diosa color ébano de grandes ojos oscuros y una boca de labios gruesos y tentadores, casi tan alta como Sir George, el cuerpo grácil y esbelto, la cintura pequeña, los pechos túrgidos y pletóricos, las caderas estrechas y un culo magnífico que provocaron la exaltación de sus sentidos y una necesidad imperiosa y obscena de someterla a su incontenible lujuria. Dejando escapar un gemido que pasó desapercibido gracias a la algarabía reinante, George desmontó y se acercó con su andar de conquistador y sin ocultar el placer y el deleite que había despertado Oyá en su persona. La miró, directamente a sus ojos, sin disimulo, prácticamente ignorando la presencia del jefe yoruba.

— ¡Bienvenido inglés!—tajante y ofuscado, el jefe de la tribu Yoruba se propuso llamar la atención del intruso que no ocultaba su fascinación por Oyá.

George no hablaba el idioma de los yoruba, en cambio Oyá hablaba inglés perfectamente debido a que uno de sus tíos había sido embajador en Londres y había vivido con ellos varios años aprendiendo el idioma, costumbres y hábitos que le daban ese toque majestuoso y occidentalizado. Si la sola presencia de Oyá había despertado los más básicos instintos de George, en el preciso momento que oyó su melodiosa voz, dirigiéndose hacia él sonriente y con un andar felino, creyó que había alcanzado el cielo con las manos y que era un privilegiado, porque no iba a tardar mucho en llevar a esa maravillosa mujer entre las sábanas de su cama.

—Bienvenido Sir George, es un honor contar con su presencia —dijo Oyá, con un tono sensual y meloso que le provocó una inmediata erección y tuvo que hacer un formidable ejercicio de concentración para dominar su salvaje libido.

—Jefe Chango, mi lady Oyá, me siento honrado por tan fervoroso y apasionado recibimiento. Esperamos estar a la altura de los mismos sin provocarles molestias, ni ser un estorbo en el normal funcionamiento en la vida diaria del pueblo Yoruba.

Cuando se sentía presionado George tendía a hablar rápido, como un atolondrado y era exactamente lo que estaba haciendo en ese preciso momento. Oyá sonrió, cautivada por el gigante inglés y su atropellada locuacidad, rodeándolo con sus brazos en un apretado abrazo le plantó dos sonoros besos en sus mejillas, al mejor estilo yoruba, dejándolo aturdido y abrumado frente a tanta audacia y descaro. Luego tomó el brazo de su padre y con un hombre de cada lado comenzó a subir los cuatro escalones que conducían al interior de la vivienda, moviendo sensualmente sus caderas y destilando su aroma a flores y a sudor de hembra salvaje.

George casi no podía respirar de la excitación, cuando Oyá lo abrazó. Sintió su calor, su olor y la presión de sus maravillosos pechos en su tórax, la tibieza de sus labios en su mejilla y el aliento dulzón de su boca, cuando al retirarse le sonrió dulcemente, clavando sus negros ojos en los desorbitados ojos celestes del inglés que nunca, ni en sus mejores y ardorosos sueños, hubiera imaginado semejante recibimiento. A partir de ese día, nada ni nadie los separó, ambos habían quedado atrapados en sus propias redes y disfrutaban de esa unión y de su amor como dos chiquilines. George era un ardiente e insaciable joven de veinticinco años y Oyá, unos años menor, era puro fuego y alegría volcando su pasión y su entusiasmo, libremente y sin prejuicios, en él.

El proyecto se realizó exitosamente, dirigido por George, hábil, entusiasta y ambicioso; los Hermanos Burks y Sir George concretaron su sueño y a pesar de algunos pequeños inconvenientes, rápidamente solucionados por la capacidad y la tenacidad del inglés, África finalmente contaba con su ferrocarril permitiendo a los africanos trasladarse más rápido y confortablemente a través de la inmensidad y la peligrosidad del desierto de Namib.

El día de la despedida finalmente había llegado y George debía volver a su país, dejando atrás siete años de arduo y gratificante trabajo, y de un amor intenso y apasionado al lado de Oyá. Amor que hacía extensivo al África; esa tierra salvaje y primitiva que le había permitido desarrollarse profesionalmente y en donde había encontrado a la mujer que, él creía, sería el amor de su vida.

Esta vez regresaba montado en un caballo de acero, Thunder viajaba cómodamente en uno de los vagones acondicionado especialmente para el animal. Los trabajadores que lo habían acompañado en esta aventura, convirtiéndose en sus amigos, volvían con él, especialmente su fiel John, dejando atrás gratas y dolorosas experiencias, amores, sueños y algunos sinsabores.

Oyá, observó la brillante máquina de acero hasta que se perdió en el horizonte. Sólo entonces permitió que las lágrimas brotaran de sus anegados ojos y corrieran libremente por sus mejillas, empañando la imagen del coloso de acero. Las había contenido mientras se despedía de su inglés amado y ahora las dejaba deslizarse mansamente por su rostro. Agradecía al destino, por esos siete años de amor apasionado e incondicional que ese rubio corsario le había dedicado. El proyecto de un ferrocarril lo introdujo en su vida y un tren hecho realidad lo alejaba de ella, definitivamente.

Un George más maduro y reflexivo, se mantuvo en la plataforma del vagón de cola hasta que la figura de su amada desapareció de sus retinas, sabía que era la última vez que la vería y tenía que prepararse para vivir con esa idea.

Dio media vuelta y se introdujo en el vagón, donde los esperaba John, su fiel amigo y servidor, que no podía ocultar la tristeza que le provocaba ver a su noble amigo devastado y destruido, tratando de contener el llanto y la furia.

— ¿Le preparo el baño, sir George? —dijo sin levantar la voz, respetando la tristeza de su amigo y jefe.

— ¡Sí! Gracias John—susurró con voz entrecortada, cerrando la puerta de una patada como era su costumbre cuando la ira y el dolor contenido lo abrumaban.

“Haré que mi amor no olvides, que mi nombre en tus recuerdos quede, y si es verdad que el amor con el tiempo muere, haré que el tiempo, detenido, espere”.

Anónimo

SEGUNDA PARTE

HORTENSIA

UN DULCE AMOR EN PANQUEHUA

Capítulo 3

Conociendo a Hortensia.

A través de la pampa argentina, a bordo del tren que lo llevaba a la provincia de Mendoza en la República Argentina. Los campos verdes y la abundancia del ganado tenían maravillado a Sir George. El contraste de este país americano con África era increíble y fascinante; Argentina es un extenso territorio favorecido con todos los climas convirtiéndolo en un país pujante y rico. El ferrocarril era el medio más apropiado para contribuir a la explotación de esa riqueza, y él había sido elegido para participar en esta nueva aventura: la ampliación de la red ferroviaria mendocina y sanjuanina.

Había llegado el momento de la recompensa, dejar a Oyá y África fue una elección dolorosa, ahora debía encontrar la paz y olvidarlas.

La experiencia laboral en África había sido un éxito, a pesar de los conflictos políticos internos del país. No ocurrió lo mismo en lo sentimental, Oyá antepuso su pueblo al profundo amor que sentían y que creían invencible, destruyendo y rompiendo el corazón del inglés en mil pedazos. No cometería el error de enamorarse nuevamente, no entregaría a otra mujer ese sentimiento intenso y apasionado. De aquí en adelante las mujeres servirían sólo para su desahogo físico. Sentía que había quedado inhabilitado para volver a amar como había amado a Oyá, esa mujer apasionada, vivaz, inteligente, alegre y valiente era irremplazable, sólo le quedaba la alternativa de volcar toda su pasión y su esfuerzo en el único amor que le quedaba: el ferrocarril.

Sumergido en los recuerdos no advirtió que el paisaje había cambiado por completo, la vegetación exuberante, la riqueza y abundancia de las cosechas y la profusión de ganado dio paso a una tierra árida con una vegetación gris en un suelo estéril. A la aridez del desierto mendocino se sumaba un molesto y sucio viento que soplaba desde hacía unos cuantos kilómetros haciendo el aire irrespirable. El viento aullaba sordo y violento, levantaba el polvo seco de los calcinados campos introduciéndolo a través de las rendijas del vagón y de las ventanillas. La vibración

propia del tren y ese desagradable viento se metían por sus oídos llegándole al corazón y a los huesos.

George cada vez más irritado y encolerizado pensó que se volvería loco, la cabeza le explotaba y tenía polvo hasta en lo más íntimo de su cuerpo.

— ¡¿Dónde demonios queda esta maldita estación Panquehua?! —bramó Sir George Percy Markham, fuera de sí.

Veinte horas viviendo, comiendo, durmiendo y otras necesidades básicas, en ese vagón camarote adosado a la cola del tren que, a pesar de contar con todas las comodidades, se estaba convirtiendo en una especie de prisión. Eran muchas y tediosas las horas que llevaban viajando. Casi un día invertido en este viaje desde Buenos Aires, capital de la República Argentina, hacia una ignota estación de ferrocarril, llamada Panquehua, ubicada a más de mil kilómetros en la provincia de Mendoza. Era la última estación del recorrido de la línea del Ferrocarril Nacional Andino hacia el oeste del país.

Su innata curiosidad lo había llevado a investigar el origen de la palabra Panquehua y grande había sido su sorpresa al descubrir el significado de la misma en la lengua indígena: “lugar donde habitan los pumas y las panteras”. (La palabra está compuesta por las voces pankll, que significa pumahembra o pantera y wa, una deformación de we que significa lugar).

Su malhumor aumentaba a medida que se acercaban a la dichosa estación Panquehua perdida en la nada. Caída del mapa y seguramente poblada por pumas hembras como su nombre indicaba.

— ¡¿Cómo me he dejado convencer para abandonar las comodidades inglesas y venir a este país!? ¡Incivilizado, árido y aparentemente poblado por ¡indios y pumas! ¡Explícamelo John, por favor! —bramó agitado—. ¡Y este viento! ¡Por Dios creo que voy a enloquecer!—casi aulló.

—Quien le entiende, Sire —contestó John con voz calma. Lo llamaba sire cuando su comportamiento le causaba gracia—. Sólo ha estado unas semanas en Inglaterra, después de vivir casi siete años en África, que por otra parte no tenía mucho más de civilizada y muchos menos indios que esta nueva tierra a la que se afana en desacreditar —cerrando la boca al instante, viendo la mirada iracunda del rubio inglés.

— ¡Por favor, querido amigo!, si no quieres que te eche de mi camarote de una patada en el culo será mejor que no vuelvas a pronunciar la palabra África. Ya la he borrado de mi memoria y de mi corazón—agregó sin convicción, dando por terminada la conversación.

John no sólo era el ayudante de Sir George, sino que era su amigo y confidente. Le había acompañado en su aventura por el África compartiendo sus sabores y sinsabores y fue un incondicional testigo del profundo enamoramiento experimentado por Sir George en el instante que apoyó sus pies en el continente africano. Sufrió a su lado el inmenso dolor que sintió cuando debió abandonar ese maravilloso continente dejando atrás una parte muy importante de su vida: un amor profundo por África y por una mujer, Oyá. Ella era la razón por la cual consideraba que su futuro no contemplaba la posibilidad de un nuevo amor, sólo pensaba en dedicar cada hora, cada minuto y cada segundo del resto de su vida a su gran pasión: el ferrocarril.

John decidió dejarlo solo rumiando su dolor y su bronca. Le acercó un vaso, la botella de brandy y se retiró a su camarote. En algún momento de ese día si Dios y las circunstancias lo permitían, llegarían a la dichosa estación Panquehua y se le pasaría el malhumor... Eso esperaba. Tirado en la litera de su camarote George observaba el desalentador paisaje que lo rodeaba. Salvando la maravillosa Cordillera de Los Andes que era realmente imponente y magnífica, el resto era de extrema aridez y el viento seco, caliente y sucio, que se colaba por las ventanas del vagón-dormitorio invadiendo cada rincón del camarote y de su cuerpo contribuía a aumentar su malhumor.

La irritación del inglés aumentaba con cada kilómetro de vía que el tren devoraba.

—¡¡¡Condenado viento Zonda!!! — maldiciendo su suerte, llenó su vaso con brandy nuevamente—. ¡¿Por qué razón se llamará Zonda, este viento de mierda?! —se

preguntaba ofuscado el noble inglés.

John que lo escuchaba protestar desde su camarote, se acercó para darle una explicación acerca de la leyenda y origen del molesto viento.

—Sire he estado investigando algo acerca de este viento, porque es muy conocido la influencia que el mismo tiene sobre la sanidad y el comportamiento de las personas —viendo que había despertado el interés del atontado inglés, continuó con su relato—. En realidad es un viento que se origina en el Océano Pacífico, al otro lado de la cordillera de Los Andes, como un viento frío y húmedo, pero cuando atraviesa la misma se descarga en forma de lluvias y nevadas ingresando en el territorio argentino, a través de la Quebrada del Zonda, de la cual ha tomado su nombre, como un viento seco, arrastrado y sucio, provocando cambios notables en la conducta y la salud de las personas tales como pereza, desgano y abatimiento espiritual, y esto último creo que es lo que usted está sufriendo agregó con la intención de calmar el ánimo del noble inglés—. Pero lo más interesante es la leyenda que suena acerca de él —terminó con la intención de retirarse a su camarote y no darle más la lata al sorprendido Sir George, que lo miraba boquiabierto por sus conocimientos acerca de ese fenómeno climático, típico de la zona.

—Ni se te ocurra irte a dormir dejándome con la intriga de la leyenda acerca de este viento de mierda —le espetó un poco menos irritado y ahora más atento el baronet-. Sirve dos brandy y mientras lo tomamos me cuentas esta leyenda con la que me has intrigado —le pidió, apoltronándose en un sillón de la pequeña sala del vagón-camarote.

— Cuenta la leyenda —comenzó a relatar John bajo la atenta mirada de Sir George que sorbía su brandy con sensualidad y delicadeza—. ...que un joven indio huarpe, fuerte y ágil, que nunca erraba un disparo con su arco, disfrutaba matando todo animal que se cruzaba en su camino por pura diversión —George creyó entrever cierta comparación, y en el acto enarcó una de sus cejas en una clara señal de advertencia a su ayudante para que no cruzara ciertos límites. Señal que John ignoró, como era su costumbre y continuó con el relato—. Yastay, la divinidad protectora de los animales

de la montaña, se le apareció a este joven presuntuoso y vanidoso —George lo volvió a lanzar una mirada furibunda, y su amigo, mirando para otro lado continuó —, y lo conminó para que cambiara su actitud, de lo contrario recibiría un castigo ejemplar por parte de la *Pachamama*, que cada día estaba más enojada con él por su salvaje comportamiento y decidida a no tolerar ni uno más de estos actos.

— ¿*Pachamama*?! ¿Y que es una *Pachamama*?! —preguntó impresionado y sorprendido el inglés.

—Es el nombre que los aborígenes de este país le dan a la Tierra, a la que honran como a un dios—le aclaró John que también se había impresionado y hasta conmovido por el respeto que los nativos tenían por su hábitat.

—Continúa, amigo continúa, has logrado capturar mi atención y hacer que me olvide de mis males y recuerdos —masculló sorbiendo con deleite su trago.

—Por supuesto, el joven indio desobedeció sus consejos y volvió a las andanzas y fue entonces cuando la *Pachamama* se le apareció dejando una de sus flechas suspendida en el aire y provocando un remolino de polvo arenoso y caliente que lo envolvió, lo levantó por el aire y lo arrastro lejos del lugar —John escudriñaba el rostro de Sir George temiendo que éste se estuviera cansando con su relato pero, contrariamente a su preocupación, vio en el rostro del ingeniero inglés un profundo interés. Sir George Percy Markham estaba fascinado con su narración—.Desde entonces—continuó el ayudante —cuenta la leyenda, que cada vez que alguien desoye a la *Pachamama*, sopla el viento Zonda.

—Interesante, muy interesante —musitó Sir George—. ¿Qué otras leyendas nos deparará esta tierra de panteras, querido John? ¿Quizás alguna con una mujer pantera? — Y lanzando una carcajada, dejó el vaso de brandy vacío sobre la mesa y se dirigió a su camarote—. Gracias por tu relato, querido amigo, que descanses- dijo yendo en busca del reparador sueño.

Decidió que lo mejor era dejarse envolver por los brazos de Morfeo, que lo despertaran cuando llegaran a la maldita Estación Panquehua y si estaba de humor, ¡sólo si lo estaba!, evaluaría si bajaba del vagón. Considerando el nivel alcohólico

obtenido y el terrible dolor de cabeza sería toda una proeza hacerlo sin la ayuda de John y de un buen baño, por supuesto.

George no sólo estaba cansado físicamente, estaba realmente preocupado. Los acontecimientos políticos que soportaba la Argentina amenazaban el proyecto que la empresa de ferrocarriles ingleses Wheelwright and Burks, propiedad de los Hermanos Burks pretendían desarrollar.

En Argentina la línea se llamaba Ferrocarril Nacional Andino debido a que su punto final era el pie de la imponente Cordillera de Los Andes. Tenían la concesión de la línea por cincuenta años pero todavía no habían concretado la firma del contrato para el tendido de la línea que uniría la provincia de Mendoza con la de San Juan y la extensión de esta hasta el pie de Los Andes. Se trataba de la expansión de las líneas ferroviarias hacia el oeste y el sur del país, pero, más allá de extender las líneas férreas en el territorio argentino, la posibilidad de cruzar la imponente Cordillera de Los Andes y unir Argentina con Chile a través del ferrocarril era el desafío más ambicioso que se le presentaba a la empresa y en particular a él como representante de la misma.

El corolario de su carrera como ingeniero de ferrocarriles: **El ferrocarril trasandino.**

Él sería el responsable de que el ferrocarril atravesara la colosal cordillera de Los Andes, uno de los sistemas montañosos más grandes del mundo. “Montaña que se ilumina” era como el pueblo indígena Aymara llamaba a ésta cadena montañosa. De esta manera expresaban lo que sucede en las altas montañas cuando al salir el sol son las primeras en iluminarse y las últimas en recibir sus rayos cuando el astro rey se esconde tras ellas.

Sir George que conocía el significado que el indígena le había otorgado a la palabra Andes, porque, además, de ser un ingeniero práctico era un romántico apasionado, soñaba con que esos mismos rayos iluminaran su tren cuando orgulloso y poderoso cruzara la majestuosa cordillera de

Los Andes uniendo dos países hermanos que enlazarían esfuerzos para hacer realidad su sueño.

Algunas provincias argentinas todavía no acordaban la autorización para construir los ramales proyectados, éstas no obedecían a un proyecto general sino a las necesidades locales lo que constituía un factor perturbador en la concreción de la construcción de la red ferroviaria; no sólo tenía que lidiar con las autoridades nacionales sino también con las provinciales, y tanto unas como las otras tenían infiltradas, entre algunos de sus funcionarios, la pócima de la corrupción y de la ambición desmedida.

El advenimiento de capitales ingleses permitiría la instalación de vías a gran escala y la idea del gobierno argentino de turno era construir, con la ayuda de capitales extranjeros, la red ferroviaria más grande e importante de Latinoamérica. Ingleses y franceses se disputaban esta participación, pero no todos compartían las mismas ideas; poderosos empresarios e influyentes políticos se oponían abiertamente a recurrir a capitales extranjeros para financiar y ejecutar las obras, parte de las fuerzas vivas locales temían que los empresarios extranjeros utilizarían el ferrocarril para apoderarse de los recursos naturales de este país con un futuro de gran desarrollo

agrícola-ganadero.

Las ideas de George, así como sus intenciones, estaban despojadas de todo interés político y mercantilista y no había cambiado de opinión; al contrario, los siete años transcurridos en África y la experiencia enriquecedora obtenida al lado del jefe Yoruba habían fortalecido su íntima convicción de que los rieles llevarían progreso a los pequeños pueblos a través de comarcas insuficientemente habitadas, permitiendo el desarrollo, y transformando la economía de los lugares a donde el tren llegaba. George que era un soñador, consideraba que el ferrocarril tenía un fin social, más allá del desarrollo comercial; debía unir y comunicar a los pueblos del interior con las capitales, facilitando a los pobladores de este inmenso, fecundo y exuberante, país que era la Argentina, la oportunidad de crecer y desarrollarse económica y culturalmente del mismo modo que lo habían conseguido en África.

Se durmió con la esperanza de que la mañana siguiente llegara pronto, sin el molesto viento y con nuevos desafío; nunca imaginó que ese desafío tendría el aspecto de una bella criolla morena, pequeña, de ojos dorados, melena azabache y cuerpo de ninfa que iba a poner su organizado mundo inglés patas para arriba. ¿La leyenda de la pantera se haría realidad en la vida de Sir George?

Finalmente, habían llegado, el dolor de cabeza había desaparecido y luego de un baño, preparado por su amigo y ayudante, había recuperado su compostura. Se vistió con una chaqueta negra, ajustados pantalones del mismo color, camisa blanca, corbata gris y botas negras de montar y se dispuso a enfrentar su destino.

Se acercaban a la estación Panquehua, George miraba absorto los magníficos viñedos y las plantaciones frutales que rodeaban el pueblo de Panquehua. Divisó a un jinete espolear su blanco caballo y atravesar al galope tendido los viñedos, saltando cercas y obstáculos como si lo persiguiera el mismo demonio. A medida que el tren se acercaba al destino, distinguió el pelo negro azabache cayendo sobre su espalda, ondeando alborotado por el viento. Era una mujer joven con un cuerpo de infarto y un estilo impecable para montar, la yegua blanca obedecía sus órdenes sin dudar al momento de saltar una alambrada o una acequia, por la que corría el agua cristalina del deshielo de las colosales montañas, llevando el líquido tan codiciado para el riego de los extensos viñedos. La imagen que captaban sus asombrados ojos era realmente escandalosa para la época. El cabello oscuro cayendo sobre su espalda y rozando el nacimiento de sus nalgas, las piernas enfundadas en unos pantalones ajustados que resaltaban sus apetecibles curvas y sus gestos firmes y dominantes animando a su montura a apurar el galope, ignorando el peligro y el riesgo que representaba montar, de esa manera, en un terreno escarpado y plagado de obstáculos naturales. Creyó estar en presencia de una guerrera amazona escapada de un libro de historia sobre la mitología griega; bien podría haberla confundido de no haber sido por la vestimenta moderna de la joven que perdió tras el edificio de la estación al momento del arribo del tren a esta.

George quedó abstraído por un instante recordando tan bella imagen para luego volver su atención hacia la bulliciosa multitud reunida en el andén; expectante por conocer el lugar en donde viviría los próximos meses y donde se desarrollaría su próxima aventura.

Y ahí estaba, parado en el pescante del vagón-camarote. Impecable, con el cabello largo y rubio, con mechones más claros por efecto del sol africano, peinado hacia atrás y atado en una coleta con una cinta negra de cuero. La frente despejada permitía que resaltaran sus fríos y penetrantes ojos celestes. Alto, recio, los labios apretados con un

gesto de fastidio que resaltaban el perfil de sus mandíbulas, preparado para invadir, como un conquistador, el andén de la Estación Panquehua. Parecía un verdadero pirata inglés, sólo le faltaba el parche en el ojo. Un metro noventa de altura, cuerpo sólido e imponente, musculoso y fibroso, mechones rubios cayendo sobre sus brillantes e inquisidores ojos celestes que observaban a las personas que se habían congregado en el pequeño andén.

Sir George Percy Markham era un hombre endiabladamente hermoso. Era la propia estampa de Lucifer, la tentación hecha hombre.

Emergiendo entre la nube de vapor de la máquina del tren, ya detenida en el andén distinguió a la morena amazona, caminaba apresuradamente, agitada, murmurando enojada, con su pelo negro azabache, despeinado, enmarcando un rostro de diosa, y los grandes ojos rasgados y dorados clavados en él, recorriéndolo de arriba a abajo con descaro y fastidio.

— ¡Bendita estación Panquehua!, ¡Bendita y bella bruja! Si éstas son las panteras hembras que pueblan este inhóspito paraje, creo que voy a tener mucha diversión. Parece que la leyenda de una

mujer-pantera se ha hecho realidad —murmuró irónicamente Sir George, y de un salto se apeó del vagón.

—Bienvenido Sir Markham —se acercó Miguel Correa, extendiendo afablemente su mano. Él era el jefe de la tranquila y nunca bien ponderada estación Panquehua.

A su lado, en actitud desafiante, sofocada, rezongando y mascullando improperios se paró su hija Hortensia; una bella morena con aire misterioso, propio de las mujeres de la región, producto de la mezcla del indio con el conquistador español.

Rostro moreno redondeado y perfecto, grandes ojos dorados, semejantes a los de un felino, bordeados por pestañas tupidas, largas y rizadas que daban sombra a sus

mejillas. Mirada profunda, intimista e intimidante al mismo tiempo, nariz pequeña y una boca sugerente de labios carnosos que incitaban al beso y al pecado. Pequeña pero voluptuosa, un cuerpo perfecto, de curvas marcadas a pesar de su juventud, caderas amplias, pechos turgentes y proporcionados que subían y bajaban, rítmicamente, agitados por la cabalgata y por la visión de ese espécimen de hombre que había saltado al andén, ágilmente y amenazante desde la escalerilla del lujoso vagón-camarote.

Hortensia observaba, confusa, sorprendida y muy enojada, con la boca entreabierta, la respiración agitada y los ojos, desmesuradamente abiertos, clavados en el rostro del gigante rubio, sin poder apartar su vista. Ese hombre impresionante, que le provocaba un hormigueo inusual en el estómago y en su intimidad.

Era increíble, el hombre más bello, el más atractivo que hubiera conocido jamás.

—*Definitivamente, ¡el diablo existe!*—pensó Hortensia—. Este hombre ha sido creado para el pecado. Llevamos una semana esperándolo y tiene que aparecer hoy. He tenido que cabalgar como una poseída para llegar a tiempo—protestó Hortensia al oído de su amiga Amanda, aunque en un tono lo suficientemente alto como para que Sir George la escuchara.

Durante el último mes habían invertido gran parte de su tiempo, junto con sus mejores amigos, Amanda y Juan Ignacio, en los preparativos para darle la bienvenida a Sir Markham, y al inglés arrogante se le ocurría llegar justo el día que ella destinaba para impartir clases a los niños de la comunidad indígena, uno de sus compromisos ineludibles no sólo por su importancia sino porque lo disfrutaba, profundamente.

A pesar de su irritación evidente, Hortensia no pudo dejar de apreciar que tenía ante sus jóvenes ojos al hombre más extraordinario que había visto, y ese hombre era Sir George Percy Markham.

Una ilusión, una fantasía sacada de unos de los cuentos románticos que leía por las noches antes de dormir.

George deslizó una mirada rápida y desinteresada por sobre las cabezas de las personas allí presente, ignorando deliberadamente a Hortensia y a su atrevido y frío comentario. Ella era el único ser vivo, sobre el andén de la estación Panquehua, que había llamado su atención antes y después de saltar del tren, pero decidió mantener una actitud indiferente.

En el instante que vio surgir entre la nube de vapor de la locomotora a esa pequeña ninfa morena, mirándolo azorada y con irritación sintió que el corazón se le detenía: la apetecible boca entreabierta, los perfectos pechos, agitados y turgentes, asomando por el escote entreabierto de la camisa y los inmensos ojos, dorados y centellantes, clavados en su figura sin ninguna muestra de pudor o turbación, ocasionaron que una sensación de desnudez y excitación se apoderaran de su cuerpo expuesto a esa oscura y sensual inspección. Esa mirada le provocó una súbita molestia en su entrepierna obligándolo a dominarse y apartar sus ojos de ella.

Agradeció el recibimiento al Sr. Correa, dio media vuelta y se dirigió a grandes zancadas al interior del edificio de la estación, dando por terminado el acto de recepción.

Antes de llegar a la puerta de ingreso al que sería su despacho, quedó petrificado, inmóvil, como si lo hubiera fulminado un rayo, cuando oyó:

—¡¡No somos indios, inglés!! —Hortensia, atrevida, se dirigió a él directamente, su tono de voz era fuerte y despectivo—. *Pero... ¡qué se ha creído este inglés engreído y pedante! ¡Pirata matón! Seguro que es un mujeriego redomado* —rezongó Hortensia al oído de su amiga Amanda, de manera tal que sus palabras llegaron claramente a los oídos de George. Esa era su intención —. ¡¡Llega cuando se le da la gana y encima espera que le rindamos honores!! —exclamó la joven sin pudor y a viva voz.

La entonación y el contenido de las palabras pronunciadas por Hortensia, produjeron el efecto deseado. George se volvió, lentamente, como un león agazapado, ofendido y sorprendido, clavó sus fríos ojos celestes en los dorados y rasgados de Hortensia queriendo fulminarla, pero para su sorpresa, la joven sostuvo su mirada, retándolo y desafiándolo.

Volvió sobre sus pasos con un andar felino, midiendo a su presa y acercó su cuerpo, acorralándola.

— *¡A la mierda con las normas de comportamiento social!* —masculló furibundo cerniéndose, prácticamente, sobre ella.

El calor que emanaban traspasó su ropa y la piel se le erizó, el dulce olor a violetas que la envolvía, mezclado con el sudor de la cabalgata, inundó sus papilas olfativas. Exudando masculinidad por todos los poros de su infernal cuerpo, observó con detenimiento a la joven, la que separó sus labios en un mohín desafiante y retador al sentirse acorralada por semejante espécimen masculino. La celeste y furibunda mirada estaba oscurecida, turbia por la indignación y la excitación, mientras que Hortensia conservaba, sin inmutarse, la postura altanera y despectiva de una diosa. Ella sostuvo la mirada y dando una bocanada para respirar irguió su pequeño cuerpo, no se dejaría amedrentar por un inglés matón.

— ¡Inglés patético! —creyó oír George entre dientes de la atrevida amazona.

George se encontró frente a frente con una mujer con porte de reina, rostro de ángel y mirada de diablesa, lo que le provocó un estremecimiento visceral e inmediatamente el corazón se le desbocó.

Esa niña fantástica lo estaba retando, tenía agallas, se le había plantado, encarándolo, con las manos apoyadas en sus caderas, con las piernas levemente separadas y enfundadas en unos ajustados pantalones de montar que se adherían a su caderas y a su culo respingón como si fueran una segunda piel. Era una pantera en pie de guerra, desplegando con ferocidad y elegancia sus uñas en defensa de sus semejantes, y sin temor al enfrentarse con un enemigo más grande que ella, segura de que saldría exitosa de la batalla.

Volvió a sentir su miembro viril encabritado y tuvo que recurrir a un tremendo esfuerzo de concentración para evitar que la erección, que esa descarada le había provocado, fuera evidente para el resto de los presentes.

Sir George Markham hablaba y entendía el castellano como si fuera su primera lengua, su lengua nativa. Durante su infancia pasaba todos los veranos en la casa que su familia tenía en el encantador pueblo de Cudillero, en la provincia española de Asturias. Había escuchado y entendido claramente cada una de las palabras que Hortensia, murmurara y casi escupiera a sus espaldas.

— *¿Había dicho... inglés patético?* —gruñó entre dientes el inglés—. *¿Esas tiernas palabras son para mí, maravillosa criatura?* —le dijo sarcásticamente e inclinándose amenazante sobre ella—. *¡Maldita sea!* —susurró pensativo—. *La diabla es pequeña y a mi lado se ve más pequeña aún, pero tiene carácter...el carácter de un gigante sin lugar a dudas. ¡Voy a tener que domarte fierecilla!* —se propuso Sir George al ver que en ningún momento la joven se mostró atemorizada.

— ¡Por supuesto!, ¿a quién otro me referiría? —le contestó Hortensia, sin amilanarse, enfrentándolo, plantándole cara—. No veo en este andén otra persona que se parezca a un inglés engreído, pedante, maleducado, impuntual y probablemente mujeriego —añadió, levantando la barbilla desafiante.

George tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no tomarla entre sus brazos, comerle esa boca impertinente a besos y poseerla sin compasión hasta escucharla gritar su nombre delante de su padre y de todas las personas que se habían congregado en el andén de la, ahora, famosa Estación Panquehua.

George era un hombre paciente pero, cuando algo lo alteraba escupía las palabras casi sin respirar y la visión de esa mujercita lo había puesto muy nervioso. Y, además, lo estaba provocando abiertamente. Contuvo su instinto, tomó su pequeña mano entre las suyas, acarició, provocándola, sus muñecas, percibiendo el pulso desbocado del corazón de Hortensia y desató su verborragia:

— ¿Todo eso que ha dicho, soy yo, preciosa? —dijo irónico y con frialdad, realmente le había molestado la cantidad de epítetos negativos que ella había vertido refiriéndose a su persona. No obstante y considerando la cara de estupor de Don Correa, al escuchar que la llamaba preciosa, optó por suavizar su tono—. Le pido disculpas bella niña por mi desconsiderado comportamiento, tanto con usted como con

el resto de los presente, no encuentro motivo alguno para justificar mi actitud—le espetó sin respirar y continuó—.Quizás el largo y agotador viaje haya contribuido al mismo ya que no es mi costumbre comportarme así. Espero que el tiempo que pase con ustedes de aquí en adelante me permita enmendar mi error —George paró para tomar aliento—. Por otra parte...

— ¡Disculpas aceptadas! —Hortensia le cortó la cháchara con arrogancia y altivez, retiró con ímpetu la mano, no quería que él descubriera las sensaciones que su cercanía y su tacto provocaban en su corazón y en su intimidad.

El inglés tenía un bello rostro, un cuerpo de Adonis, una mirada demoníaca y una voz seductora. El modo descarado con el que la examinaba, le provocaba un calor intenso que subía por su cuerpo hasta sonrojar sus mejillas. Lo último que Hortensia quería era quedar en evidencia y pasar vergüenza frente todo el pueblo.

—Además —agregó, con frialdad e indiferencia—. No creo que nos volvamos a ver, sea cual sea el tiempo que usted se quede en Estación Panquehua. —Dando media vuelta salió despedida, presurosa y contoneando sus caderas de tal manera que le provocaron a George una nueva y tremenda erección.

Hortensia necesitaba poner distancia entre ella y ese inglés que la había perturbado, y que había despertado en ella una sensación de anhelo y lujuria que nunca había experimentado. Necesitaba una explicación para esa súbita humedad que se le instalara entre sus palpitantes muslos; tendría que hablar con Amanda, su amiga era dos años mayor y se suponía que tenía más experiencia. Al menos ella lo creía así.

George la miró retirarse, totalmente apabullado y desconcertado como el resto de los presentes y sintiéndose como un adolescente en celo. Apenas podía oír las disculpas del buen Sr. Miguel Correa, no podía despegar sus ojos de ese culito que se insinuaba tentador por los pantalones de montar adheridos a sus caderas, y de esa brillante melena color azabache agitándose, descontrolada, al viento.

—¡¡Dios mío!! —pensó—. *O estoy muy cansado o tengo frente a mí a la reencarnación de Afrodita y Venus juntas. ¡Presiento que esta niña me va a volver*

loco! Es evidente que llevo muchos días sin dormir con una mujer, voy a tener que darle una solución a este problema urgentemente —continuó, reflexionando pesaroso y movió la cabeza para intentar borrar la deliciosa imagen de sus retinas.

Exhaló un fuerte suspiro y dirigió su mirada hacia el atribulado padre de Hortensia que le hablaba, aunque hasta ese momento no había escuchado una sola de sus palabras, ocupado como estaba en devorar con sus ojos a la bella amazona.

—Le pido disculpas, Sir Markham —escuchaba lejanamente George—. Hortensia es una niña alegre, disciplinada y afable, realmente no entiendo que la ha llevado a comportarse así. Estaba muy ilusionada con el recibimiento que le había organizado, no comprendo este cambio en su actitud, ya hablaré con ella. Pronto tendrá la oportunidad de conocerla mejor.

—*Eso espero* —pensó el inglés. Suspiró, inhaló y expiró el aire contenido en sus pulmones y dirigió su atención al apesadumbrado Miguel Correa—. No se preocupe Don Correa, la entiendo, yo tampoco me he comportado como un caballero conforme con las circunstancias. Quien tiene que pedir disculpas soy yo —dijo, a la vez que pasaba un brazo sobre los hombros del amable jefe de la estación Panquehua, acompañándolo al interior de la misma en donde procedieron a disfrutar del agasajo que le habían organizado. Sin la presencia de Hortensia.

La actitud de Hortensia provocó en George profundo fastidio y gran enojo y se propuso seducirla. Le iba a demostrar que nadie se atrevía a hacerle un desplante a un baronet. Él era un Sir inglés y los ingleses eran conquistadores naturales no podía permitirse quedar en ridículo como un pusilánime. No era ningún cobarde y esperaba tener, muy pronto, la oportunidad de demostrárselo a esa bella deslenguada.

Disfrutando el atardecer mendocino se propuso conquistar tierras argentinas para construir el ferrocarril, y adueñarse del corazón y del cuerpo de esa morena indomable de ojos color dorado y mirada salvaje. Iba a utilizar todos los medios y recursos a su alcance para atraparla en su red. Esa niña insolente se había atrevido a desafiarlo frente a todo el pueblo de Panquehua. Había quedado como un inglés idiota y maleducado mientras ella se convertía en la heroína popular. Incluso John, no ocultaba

su sonrisa cada vez que recordaba a Hortensia parada, graciosa y envalentonada y con sus pequeñas manos apoyadas en sus magníficas caderas, retando al orgulloso Sir George Percy Markham.

Profundamente irritado, George no podía disfrutar del festejo en su honor, estaba concentrado maquinando su venganza.

—*Mi preciosa india morena...*—murmuró en inglés—. Siempre que se ponía de mal humor hablaba en su idioma natal-. *...más te vale estar atenta porque tus días están contados, a partir de esta noche, este león inglés estará siempre vigilante y al acecho para conquistar tu cuerpo y tu tierno y dulce corazón. Cuando me canse de tu cuerpo veré que hago contigo.*

Una amplia sonrisa se observaba en su boca, mientras que en sus ojos celestes se percibía un destello, irónico y sarcástico, imperceptible para los parroquianos asistentes a la fiesta, pero que no pasó inadvertido para el paciente John. Él conocía el temperamento orgulloso y belicista de George y no pudo dejar de sentir un poco de compasión por Hortensia, iba a tener que ser muy valiente para enfrentarse con este león herido.

—*¿O tendré que tener más compasión por Sir George?*—se preguntó John sonriendo, socarronamente, recordando la actitud batalladora de la beldad mendocina.

Era evidente que George, e incluso John, ignoraban que Hortensia no era una gacela temerosa. Ella era fuerte, aguerrida, inteligente, luchadora, era una pantera. Se estaba enfrentando a un contrincante tan poderoso o más que él. Este combate, cuerpo a cuerpo, iba a dejar más de un corazón destrozado.

¿Se transformaría en una historia de amor arrolladora de la que ambos oponentes saldrían vencedores? ¿O la sangre correría?

Mientras se realizaba la casi fallida recepción y se forjaba el plan en la mente de George, en una de las habitaciones de la casona en la que vivía el jefe de la estación, Hortensia, ajena a las intrigas de George, mantenía un enojado monólogo con su amiga Amanda.

— ¡Idiota, soy una verdadera idiota! —protestaba Hortensia bajo la preocupada mirada de Amanda.

La amiga inseparable de Hortensia, no se animaba a emitir una sola palabra por temor a la reacción de la enfurecida joven. Hortensia era una dulce joven, su trato con los demás era cortés y considerado, pero, Dios compadeciera a quien se cruzara en su camino en un día de furia, y George había despertado su ira.

—Seguro que se dio cuenta de que lo miraba con la boca abierta, como una pavota, adorándolo como si fuera un dios del Olimpo, cuando en realidad es la viva reencarnación de Lucifer en el Averno rezongaba Hortensia —. ¿Viste cómo le brillaban esos ojos celestes, y caminaba como un león listo para saltar sobre su pobre presa acorralada?, que seguramente es lo que parecía yo, una tímida y asustada presa —la joven estaba abrumada por la actitud y la prestancia del inglés —. Me conoció sucia, despeinada, sudorosa y vestida con ropa de montar, seguro que pensó que soy una india. Todavía debe estar riéndose de mí —enfaticó y siguió protestando como una malcriada —. No va a volver a pasar, porque a partir de este momento voy a evitarlo con toda mi alma. Por mí que se vuelva en su tren y en su barco a sus malditas islas de las que nunca debió haber salido.

Dicho esto se abrazó a la almohada, apretándola sobre su cara para que su amiga no escuchara los sollozos que escapaban de su boca. Nunca lloraba, desde niña se había propuesto ocultar sus debilidades y el llanto era una de ellas.

—Inglés engreído y arrogante —hipó tratando de contener las lágrimas —. Trabajé meses, semanas, días y horas para prepararle la bienvenida y el estúpido, en un instante, y con una actitud soberbia y altanera logró que todo mi esfuerzo se fuera al tacho.

Y masticando su amargura se durmió, soñando con un rubio pirata de ojos celestes que la besaba y poseía, incansablemente, haciéndole sentir sensaciones inimaginables.

Su amiga le acariciaba la cabeza y mientras la consolaba pensaba en lo que Hortensia había dicho:

— *¿Tímida y asustada presa?* —Amanda tuvo que contener la carcajada, nadie en su sano juicio podría confundir a Hortensia con una tímida y asustada presa.

No era esa, exactamente, la manera en la que el inglés la miraba. La intención que este tenía, considerando el brillo lujurioso de sus ojos celestes, era la de “comerse entera” y sin compasión a “la tímida y asustada presa”.

En los siguientes quince días, George no tuvo oportunidad de hablar con Hortensia, la había visto en contadas ocasiones caminando por el andén con sus amigos Juan Ignacio y Amanda; sonriendo al muchacho que la miraba embelesado, abrazando a cuanto perro o gato callejero se cruzaba en el camino, ayudando a los ancianos, cariñosamente, o en el tren cuando iban a la ciudad de Mendoza, distante a unos cuatro km, ya fueran al colegio o de compras.

En ningún momento lo había mirado, ni siquiera le había dirigido la palabra, mientras que él no podía pegar un ojo por las noches porque tenía su cabeza llena con la imagen de su pequeño y esbelto cuerpo, de sus caderas redondeadas que se bamboleaba al caminar, con una cadencia erótica y sensual que lo tenía excitado día y noche. Deseaba someterla, abalanzarse sobre ella y forzarla si era necesario, para poder sofocar esa excitación que su actitud desafiante y orgullosa había despertado en él.

Sólo un motivo lo detenía: Hortensia era la hija del jefe de la estación Panquehua y el Sr. Correa no podía sufrir tal afrenta. No podía humillar a su amada hija. Se rehusaba a ofender a Miguel Correa, el hombre se había ganado su respeto.

Don Correa veneraba a su pequeña con fervor y devoción. La madre de Hortensia había fallecido a causa de una intensa fiebre cuando era un bebé y él la había criado con la ayuda de Dorotea, su ama de leche.

Desde el primer momento que sus grandes ojos dorados lo miraron y su pequeña manito se aferró fuertemente a su dedo índice, Miguel Correa supo que eran ellos dos, solos frente al mundo, y que nunca permitiría que su hermosa niña volviera a sufrir por causa de una pérdida tan grande como ésta.

George conocía la historia de la familia Correa, se había interiorizado de sus antecedentes antes de llegar a Mendoza; estaba al tanto de la adoración de Don Miguel por su hija y sabía que ésta era razón suficiente para frenar el apetito irracional que Hortensia despertaba en él.

Esa endemoniada niña lo tenía inquieto y desvelado y le impedía concentrarse en su trabajo y en su pasión: el ferrocarril, el soñado ferrocarril trasandino.

Sentado en su despacho leía el periódico local, la información acerca de los acontecimientos políticos del país y de la región eran de vital importancia. Los mismos tenían gran influencia en las negociaciones que se llevaban a cabo en la Capital Federal entre las autoridades de la compañía ferroviaria inglesa que él representaba, y las autoridades del ferrocarril argentino, que representaban al gobierno argentino, pero no podía concentrarse en la lectura porque a cada instante se le aparecía el rostro de la pequeña diabla.

— *¿En quién tendrá puesto su pensamiento Sir George? ¡Está enojado, frustrado, desconcentrado, su mirada se pierde ausente en el horizonte, su ánimo está peor que cuando volvimos de África!* —John tenía curiosidad por saber, si el motivo del malhumor de su amigo y jefe se debía a las dificultades y problemas que tenía en el trabajo, o era producto de los desplantes y la insolencia de la morocha, fresca y atrevida, que lo tenía como alma en pena. Estaba enfrascado en la lectura del diccionario inglés-castellano, que estudiaba con esmero, ya que necesitaba perfeccionar el idioma para poder comunicarse con los locales y no sabía que actitud adoptar—. *¿Le pregunto qué le pasa o me hago el tonto?* —pensó John, temeroso de la reacción de su amigo. Tomó la decisión de hacerse el tonto, teniendo en cuenta el carácter iracundo del inglés.

George no estaba acostumbrado al desplante de las mujeres. Ellas siempre caían rendidas a sus pies sin que tuviera que hacer el más mínimo esfuerzo, incluso, hubo

momentos en que tuvo que recurrir a la ayuda de John para sacárselas de encima y no tener problemas con algunos cónyuges celosos y ahora se encontraba en un sube y baja emocional que le costaba asimilar, con sentimientos encontrados y un estado de excitación persistente provocado por una pequeña hechicera que, además, no le dirigía la palabra. Súbitamente, se puso de pie, gruñó enfadado y comenzó a protestar entre dientes.

—En algún momento tengo que poder hablar con ella a solas —sintiéndolo protestar John lo miró, inexpresivamente —. Me ignora alevosamente, como si no existiera. Creo que ha llegado el momento de aplicar el plan que tengo en mente — murmuró pensativo, ignorando la presencia de su ayudante.

John, colocó, lentamente, el libro sobre la mesa. Lo miró, crédulo, esperando que le diera una pista de su plan que, por supuesto, imaginaba de suma peligrosidad para su destinataria, pero todo fue en vano, porque George continuó ignorándolo.

El inglés lo tenía decidido, provocaría los celos de esa diabla. A pesar de que se mostraba esquiva y desinteresada, él percibía que no le era totalmente indiferente. La había atrapado, varias veces, mirándolo, furtivamente, cuando concurría al despacho de su padre a solicitar su permiso para realizar actividades en el pueblo de Panquehua, o cuando viajaba, con sus amigos Amanda y Juan Ignacio, en el vagón de primera clase, para asistir al colegio normal en donde estudiaba para recibirse de maestra.

George sabía, por lo que le había contado el Sr. Correa, que Hortensia amaba a los niños y tenía una profunda vocación de servicio con los pobres y los necesitados. Quería ser maestra para ayudar a salir de la ignorancia y de la pobreza a muchos niños de la región, sobre todo los niños integrantes de la comunidad indígena de Panquehua. Ellos no habían tenido la oportunidad de concurrir a una escuela y eran prácticamente analfabetos.

Ese era uno de los flancos por donde iba a atacar y el otro serían los celos.

Tenía que encontrar pronto una mujer y convertirla en su amante. Descargaría en ella toda esta pasión y lujuria contenida, o no respondería de sus acciones la próxima vez que se encontrara con esa descarada y bella diablo. El problema era que no le gustaban los prostíbulos, todavía no había tenido oportunidad de concurrir a alguna fiesta de la sociedad mendocina en donde pudiera encontrar una dama dispuesta a desempeñar ese rol tan delicado. Sabía que no tendría inconveniente para conseguir una amante, nunca había mendigado la compañía de una mujer, al contrario, revoloteaban alrededor de él como moscas alrededor del dulce. Tenía que conseguir una invitación a algún evento importante de la alta sociedad mendocina.

Los celos y los niños iban a ser sus aliados en esta batalla que se evidenciaba larga y cruenta, considerando el temperamento belicoso y orgulloso, de ambos contrincantes.

Repentinamente, Sir George abandonó su despacho y se dirigió al pequeño hotel del pueblo, en donde se alojaba provisoriamente, esa noche asistiría a la Gran Kermese que se organizaba en el colegio primario de Panquehua y en la que él era el invitado de honor.

Ese iba a ser el lugar y el momento perfecto para saltar sobre su desprevenida presa.

Capítulo 4

La kermese

Hortensia, ¿querida niña, todavía no estás lista?! —preguntó Don Miguel Correa —. ¡Ya es hora de partir, llegaremos tarde a la kermese!

—Ya voy padre, ¡¡estoy tratando de domar mi cabello!! —respondió Hortensia nerviosa. Su hermoso cabello negro y ondulado era tan indomable como ella —. Dios mío, este peinado es un desastre, mejor me lo dejo suelto aunque hable todo el pueblo —y se dirigió al encuentro de su sonriente y tolerante padre.

Don Miguel consentía, casi al punto de malcriarla, a su bella hija y siempre que podía encargaba a las grandes tiendas en Buenos Aires el último grito de la moda en vestimenta. Esa noche Hortensia lucía un vestido al tobillo, a rayas horizontales marrones y beige, recto, corte imperio con un sobrevestido abierto al frente de gasa color dorado como sus ojos y un gran cuello ribeteado con un volado plisado color verde seco. Tenía un lazo verde oscuro a la altura del pecho y un moño del mismo género sobre el amplio y escotado cuello. La moda indicaba el uso de guantes y sombrero, pero Hortensia y su espíritu salvaje se negaban a usarlo, así que si bien aceptó llevar guantes, el cabello lo dejó suelto a su libre albedrío.

—No caben dudas que todos van a hablar cuando te vean, eres la niña más hermosa del pueblo. Los jóvenes van a quedar prendados de tu belleza-dijo Don Miguel dándole un beso en la coronilla.

—*Ya lo creo que van a hablar* —pensó Dorotea, mirándola embelesada—. *Es tan hermosa que hasta con los pelos sueltos, como una loca, está despampanante,*

cuando la vea el inglés engreído se va a quedar con la boca abierta —sonrió sin dejar en evidencia sus pensamientos.

Dorotea recordó que Don Miguel había sido padre y madre para Hortensia y el amor profundo que se tenían era mutuo. La joven creció rodeada del afecto de todos los habitantes de la pequeña comunidad de Panquehua, de niña se destacaba por sus enormes ojos dorados, que resaltaban en su rostro bronceado por el sol mendocino. Con los años se había transformado en una bella mujer de vivaces ojos color caramelo, fieles reflejos de su alma y de sus sentimientos sin dobleces. Era una diosa criolla ignorante de la admiración que despertaba entre sus vecinos; una joven amable, sencilla, inteligente. Seguía siendo una niña, tenía tan sólo diecisiete años, alegre, divertida, no tenía vergüenza en demostrar su afecto y su cariño a todos los que la rodeaban. Simpática y un poco salvaje, siempre estaba saltando, haciendo bromas inocentes y riendo. Su risa era contagiosa y sus carcajadas dejaba sin aliento a más de un joven enamorado de ella y era esa actitud la que tenía al inglés desvelado, enloquecido y de mal humor.

En ocasiones cuando coincidían en el vagón de primera clase, George disfrutaba de su presencia, de su sonrisa pícara, de su actitud desinhibida y su facilidad de palabra, mientras Hortensia mantenía una conversación fluida y entretenida con sus amigos. La disfrutaba en solitario porque la diabla lo ignoraba, ni lo miraba ni le hablaba en todo el tiempo que duraba el trayecto entre el pueblo de Panquehua y la ciudad de Mendoza y viceversa.

Ese sábado en el colegio primario de Panquehua, al que asistiera Hortensia durante su infancia, habían organizado una kermese para recaudar fondos con la finalidad de realizar algunas reformas en el edificio de la escuela, y por ese motivo toda la población se había dado cita en el colegio “General Las Heras”. Todo el pueblo estaba presente, no sólo porque este era el evento más importante del año, y el último antes de las vacaciones de verano, sino porque se había corrido el rumor de que un sir inglés, recién llegado y que representaba a la empresa que continuaría la construcción de las vías del ferrocarril hasta la provincia de San Juan, se había comprometido a asistir a la kermese y era *vox populis* que, la compañía inglesa que representaba acostumbraba a reclutar la mano de obra para la construcción del ferrocarril entre los lugareños, pagando buenos salarios y respetando los derechos de los trabajadores.

Además, el director de la escuela lo había nombrado invitado de honor.

La construcción de la línea férrea que uniría a la ciudad de Mendoza con la ciudad de San Juan, terminaba en el pueblo de Panquehua, su continuación representaba una oportunidad de trabajo para los habitantes del pequeño pueblo. La mayoría eran criollos y descendientes de la comunidad indígena de la zona y tenían mucho interés en conocer a este aristócrata inglés, esperanzados en conseguir un trabajo en la Compañía ferroviaria.

Los padres de los alumnos se habían comprometido a ayudar en los kioscos; estaban los que ofrecían comidas saladas como: empanadas caseras, embutidos, escabeche y gran variedad de comidas típicas y los que habían elaborado platos dulces como las típicas tabletas mendocinas, ambrosia, huevos mol, que hacían la delicia de grandes y niños y eran servidas con bebidas frescas y jugos de frutas.

Al caer la tarde, el gentío comenzó a acercarse al patio central de la escuela en el que se improvisó una especie de escenario, ubicándose en él una orquesta típica, proveniente de la ciudad de Mendoza, que comenzó a ejecutar tonadas, milongas, cuecas y carnavalitos. Todos esperaban ansiosos el último baile: el anhelado vals.

Durante el transcurso del evento, todas las jóvenes del pueblo, cualquiera fuera su edad o belleza física, provistas de un talonario de vales se ubicaban en kioscos, levantados para tal fin y los ofrecían entre los presentes, con la finalidad de recaudar fondos. El caballero que compraran el mayor número de ellos, bailaba el vals con la vendedora.

Hortensia era una de esas jóvenes vendedora y el inglés, enterado de esta modalidad, tenía la intención de bailar con ella y sólo con ella. Se había propuesto comprar todos los vales del talonario de Hortensia Correa.

Sir George había decidido montar a Thunder para trasladarse hasta la pequeña escuela, desde el hotel en el que se alojaba, de modo provisoria, hasta que terminaran las refacciones de su mansión, ubicada en el paseo de La Alameda en la ciudad de

Mendoza. Observó, para su regocijo, que unos metros adelante suyo caminaba, tomada del brazo de su padre, el motivo de sus desvelos.

—*Vaya, Vaya ¿qué ven mis ojos?* —murmuró sonriente, George —. *¡La hermosa diabla está más bella que nunca! Mi salud mental y física corre un grave riesgo, no sé si podré contenerme toda la noche sin estrecharla entre mis brazos y comerle esa tentadora boca a besos* —rumió fascinado.

Espoleó, suavemente, a su caballo con el fin de alcanzarlos antes de que llegaran al edificio de la escuela.

—Buenas noches Don Correa. Buenas noches señorita Hortensia —los saludó atentamente, apeándose del semental.

Desmontó con fluidez, dejando las riendas sueltas, el caballo, que estaba perfectamente entrenado, acató la orden quedándose inmóvil por completo, como si lo hubiera atado al piso y George se acercó a Hortensia y su padre. Era un animal gigante, bello e inteligente. De cerca lucía aterrador.

—*Sin dudas es el caballo ideal para éste arrogante inglés* —pensó Hortensia—. *El animal es bello, inteligente, altanero y único como él.*

Después de saludar comenzó a caminar junto a la pareja, entonces George silbó suave y el semental se acercó, sumiso y manso, para que lo tomara de las riendas. Don Miguel elogió la estampa y el comportamiento del animal, Hortensia sólo emitió un gruñido por lo bajo y sin mirarlo siguió caminando. George lanzó una estridente e incontenible carcajada, no había pasado desapercibida para él la admiración que despertó Thunder en ella, sin duda alguna conocía de caballos y bien lo había demostrado aquel día en que la vio montando su yegua blanca como una experta amazona.

— ¿¡¡ Y ahora qué le pasa? ¡¡ ¿¡¡ Qué le provoca tanta risa?!! —se volvió enfurecida, acercándose al inglés en una actitud, belicosa y pendenciera, que sorprendió a Don Miguel y provocó una nueva carcajada por parte de él.

— ¡¡ Hortensia!! —la amonestó Don Miguel realmente irritado y confundido por el comportamiento de su hija, tan cercano a la mala educación.

— Está bien Don Miguel, no se preocupe —lo tranquilizó George, tomándolo con firmeza del brazo.

Luego, se acercó a Hortensia y cuando la tuvo a su alcance sostuvo sus manos entre las suyas y, acariciando con lujuria el espacio que quedaba entre el puño y los guantes, donde notó el latido desbocado del corazón de la joven, se inclinó, acercó la boca, suave y húmeda, a su pequeña oreja y murmuró:

— Está endiabladamente bella, no voy a poder apartar mis ojos de usted en toda la noche, ya estoy celoso de las miradas de los hombres que hoy concurrirán a la fiesta — le soltó las manos y se apartó de ella, mirándola con fijeza a los ojos, provocándola —. ¿Qué opinión le merece mi caballo, querida Hortensia? Por su mirada tengo la impresión que conoce de animales —preguntó con voz ronca y seductora.

— Ufff... —resopló Hortensia, que había escuchado y observado el gesto amonestador de su padre —. Sí, me gusta mucho, es un hermoso animal —contestó, y murmuró entre dientes —. *Como el dueño, aunque menos arrogante.*

— “*Hermoso animal... como el dueño*” —pensó George, preguntándose si con lo de “*como el dueño*”, Hortensia estaba reconociendo su belleza física o lo estaba equiparando a un animal.

Fue todo lo que ella dijo, sabía que si aceptaba la provocación del inglés, incitándola a la discusión, iba a verse obligada a pedir disculpas, por consiguiente, dio la media vuelta y siguió caminando, casi corriendo, con la cabeza erguida y con ese

contoneo de caderas que provocaba en George las imágenes y los deseos más lujuriosos.

— ¿Cómo se llama? —preguntó Don Miguel, señalando al caballo y con el propósito de disimular la desazón que el comportamiento de Hortensia le causaba.

—Thunder. Me acompaña desde mi viaje al África. Es un semental, un gran caballo, me costaría mucho separarme de él — respondió solícito George, tratando de ignorar el nuevo desplante de la mocosa malcriada.

— ¿Lo ha usado como reproductor, alguna vez, o sólo lo usa como montura?— indagó intrigado y un poco menos nervioso Don Correa—. Si tiene interés en cruzarlo puedo recomendarle algunos de los criadores de la zona, que se alegrarán de poder contar con semejante animal como reproductor. Sin ir más lejos —agregó apasionado Don Miguel ya que él era un enamorado de los caballos—. La yegua que monta Hortensia, y que usted tuvo oportunidad de conocer, es uno de los bellos ejemplares que producen estos criadores. ¡Podríamos cruzarlos! —se entusiasmó con la idea Don Correa—. Nieve, ese es el nombre de la yegua, es un animal majestuoso, si la cruzamos con Thunder obtendríamos unos ejemplares magníficos. Piénselo sir George, no es mala idea —lo alentó el padre de Hortensia.

Don Miguel había logrado captar la atención de Sir George con este comentario. Él, también era un apasionado de los caballos, pero cuando aquél mencionó cruzar a Thunder con Nieve, sus pensamientos volaron en otra dirección. Más erótica, más carnal. Ya no se imaginó a Thunder cruzándose con la yegua blanca, sino a él y a Hortensia amándose sin límites, ni barreras. Tuvo que borrar, con urgencia, las imágenes instaladas en su cabeza o se transformaría en el primer inglés calcinado en el fuego de la lujuria, solo, y en la puerta de una escuela primaria.

El malestar que sintió el jefe de la estación Panquehua, provocado por el comportamiento áspero y desabrido de Hortensia, se había disipado gracias a la conversación entablada con el ingeniero inglés. Los dos hombres llegaron al establecimiento escolar y ambos, luego de que George pusiera a resguardo a Thunder y

a su libido, continuaron con la conversación, intercambiando opiniones y conocimientos.

Hacia un buen rato que Hortensia había entrado a la misma, se había alejado de ellos casi corriendo. El inglés tenía la habilidad de sacarla de las casillas y al mismo tiempo le provocaba sensaciones físicas desconocidas e indescriptibles. Cuando se reía con tanta naturalidad, como lo había hecho en medio de la calle y frente a su padre, parecía un chico desgarbado con un entusiasmo inocente que lo hacía confiable ante sus inexpertos ojos, pero cuando la miraba con severidad y clavando sus ojos acerados y penetrantes en ella, se transformaba en el hombre maduro y experimentado que realmente era, y que le provocaba desconfianza y temor en cuanto a sus verdaderas intenciones con respecto a ella.

Se convertía en un hombre peligroso y excitante. Era, ahí, cuando la atemorizaba porque podía ver la mirada íntima y sugerente de un auténtico bribón.

El kiosco donde se vendían los vales para el vals y donde se encontraban las jóvenes ofreciéndolos, estaba ubicado en el lado opuesto al que se hallaba George, para llegar a ella debía atravesar todo el patio de juegos de la escuela, que habían adaptado para que sirviera como pista de baile. Nada le iba impedir llegar. Compraría todos los vales de su talonario y no tendría más remedio que bailar el vals sólo con él.

Por fin la tendría en el lugar que quería, ¡¡entre sus brazos!!

Además él era inglés, descendiente de piratas y conquistadores, una pista de baile no iba a ser un obstáculo entre él y Hortensia, pero..... a medida que comenzó a caminar, se dio cuenta que todos los presentes en la kermese querían conocerlo. Don Miguel hacía de presentador oficial, estaba el intendente y su señora, el juez de paz y su señora, y ¡¡¡sus hijas!!!!, el director de la escuela primaria, las maestras y sus familiares, el panadero, el ¡carnicero!, el gerente del banco y todas las fuerzas vivas del pueblo, que hicieron que algo tan sencillo como cruzar una pequeña pista de baile se transformara, casi, en el cruce de Los Andes.

—¡¡Locro, mazamorra, ponderaciones y sopaipillas!! —voceaban los vendedores desde sus puestos en la feria, ofreciendo sus exquisiteces a los asistentes a la kermese.

George se desplazaba entre ellos en compañía de Don Miguel, inquieto pero gratamente impresionado por la calidez de la gente.

Se había hecho una idea equivocada de los habitantes de Panquehua, que había cambiado a partir del momento en que la deslenguada y bella Hortensia le gritara en el andén de la estación.

—¡*No somos indios, Sir George!!* —plantada con firmeza sobre sus pies y enfrentándose a él, orgullosa de sus orígenes y de su pueblo. Fue cuando supo que estaba ante una rival que no iba a rendirse fácilmente.

George sacudió su cabeza, y sus dorados cabellos fulguraron bajo el influjo de las luces de la kermese, en un vano intento de borrar de su mente, aunque sólo fuera por un instante, la imagen de esa hechicera. Se detuvo frente al quiosco donde se ofrecían los ricos vinos mendocinos.

— ¿Un vinito, Sir George? —lo tentó Don Correa —. Nuestros vinos son los mejores de la Argentina, aunque los sanjuaninos se enojen —agregó soltando una carcajada —. No sólo por el ferrocarril tenemos rivalidad con ellos, sino también por los vinos y por las mujeres —dijo sonriendo.

— ¿Por las mujeres? —preguntó, interesado George —. ¿Cómo es eso?-insistió.

—Usted habrá podido observar ingeniero, ¡que nuestras niñas son muy bellas! ¿No le parece? —inquirió, esperando una respuesta de parte del noble, pero éste se mantuvo en silencio escuchándolo con atención —. ¡Las mujeres sanjuaninas, también lo son! y es parte de la creencia popular, que hay una especie de competencia entre ellas, con el fin de determinar cuál se lleva el galardón —agregó ante el curioso mutismo del inglés, que lo escuchaba intrigado.

—En mi criterio Don Miguel —respondió sin pensarlo mucho —. El galardón se lo llevan las mujeres mendocinas, sobre todo su hija Hortensia, que es de una belleza casi

celestial, perfecta, divina...—George se llamó a silencio cuando vio la expresión de Don Miguel que lo miraba boquiabierto, nuevamente, escuchándolo hablar de ese modo tan íntimo de su hija —. Disculpe Don Correa creo que me he excedido en mi comentario, Hortensia es una hermosa niña —argumentó con una expresión tímida e inocente que no condecía con sus pensamientos lujuriosos.

Y como si fuera poco podía observar, de reojo, la sonrisa de vencedora que se había instalado en la hermosa y apetecible boca de Hortensia, consciente de las dificultades que tenía para llegar hasta ella. Esa actitud hirió su orgullo predisponiéndolo a utilizar toda la artillería a su alcance, para conquistarla a cualquier precio.

—Pequeña arpía —pensó—. Si quieres guerra la tendrás, nadie desafía a George Percy Markham y sale victorioso.

Desde la mitad de la pista la miró desafiante. Respondía a su provocación con otra.

Era tan alto que sobrepasaba a todos los presentes y el mensaje que recibió Hortensia no la dejó muy tranquila. George la miraba sin importarle la gente que lo rodeaba, serio, arrogante y alerta como un cazador que mira a su presa cuando la tiene arrinconada. Ella se dio cuenta que así estaba, acorralada por esos fríos y penetrantes ojos celestes.

George la deseaba, la codiciaba, su cuerpo y su espíritu reclamaban saciedad de ella, se había dado cuenta que la joven estaba cayendo subyugada en sus redes. Su experiencia con las mujeres le permitían saber cuándo le eran hostiles y aunque ella jugara a hacerse la indignada y la indiferente no lo había convencido de ello.

Por otra parte, Hortensia tenía que encontrar el modo de evitarlo, antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que él lograra penetrar el caparazón con el que había protegido su corazón. Distraída en sus cavilaciones, no notó su presencia tan cercana. No lo oyó aproximarse, y cuando quiso esquivarlo fue tarde, ya estaba encima de ella.

—Buenas noche, Señorita Hortensia —escuchó.

—Buue.... nmas No.... noches, Sir George —tartamudeo sorprendida al verlo frente a frente—. *¡Cómo demonios había llegado tan rápido!, no le había dado tiempo para huir, además, ¡¡estaba tartamudeando!!! ¿Qué le pasaba?*—tenía que recuperar su comportamiento cauteloso sino este increíble pirata se daría cuenta del efecto devastador que provocaba en ella.

— ¿Se encuentra usted bien? ¡La noto un poco asustada! —dijo George, sonriente y con fingida preocupación al ver la expresión de su cara, mezcla de asombro y susto—. *¿Acaso era él el causante de esa expresión de temor?* —se preguntó y frente a esta posibilidad no pudo ocultar su regocijo y se dispuso a divertirse y aprovecharse de la tribulación y sorpresa de la joven—. Espero que mi presencia no la perturbe, sólo deseaba comprar algunos vales y así tener el honor de bailar el vals con usted — agregó acercándose, amenazante y sin disimulo, a Hortensia que no lograba ocultar su fastidio al comprobar que la había tomado desprevenida y que él estaba dispuesto a usar esa oportunidad en su provecho.

—No se preocupe, sólo es un dolor de cabeza pasajero —mintió resuelta, mientras intentaba recuperar el aliento y la compostura—. ¿Cuántos vales desea comprar Sir George? —preguntó cortés y correcta.

— ¿Cuántos le quedan?, mi bella damita —agregó solícito y sorprendido por el tono educado y sumiso de su interlocutora.

—Recién comienza la venta, así que puede elegir porque el talonario esta sin empezar — continuó ella en el mismo tono, fingido por supuesto, porque si había algo que la joven tenía era educación pero... ¿sumisión?

—Bueno.... —murmuró, mirándola impetuoso y ardiente, como si quisiera desnudarla—. Veamos.... —sonaba dubitativo y pensativo mientras acariciaba con el

dedo índice sus tentadores y sonrientes labios, hasta que, finalmente y exhalando un suave y sensual suspiro, dijo —. ¡Quiero el talonario completo!

Hortensia pegó un respingo sorprendida ante el tono autoritario con el que dijo la frase.

—Pero... no sé si es posible... —murmuró con voz temblorosa. Se había quedado hipnotizada mirando los movimientos, casi eróticos, de sus dedos sobre los labios y de la sonrisa pícara y maliciosa que se dibujó en su boca al darse cuenta de su arrobamiento —. El resto de los presentes quizás deseen comprar algunos vales — dijo, en un vano intento de evitar que el inglés comprara el talonario completo.

—El resto de los presentes, tienen la posibilidad de comprar los vales de las otras participantes, que son bellas también, por supuesto, no tanto como usted —contestó George con una sonrisa amplia y ladina —. **¡Yo. Quiero. Todos. Los. Vales. De. Su. Talonario!** —dijo remarcando cada palabra con voz suave pero autoritaria y sin sacar la vista de encima de ella.

—¡¡Amanda!! —se dirigió a su amiga y compinche, que también vendía vales, y la voz le salió casi en un grito —. ¡¡ ¿Podemos vender todo el talonario a una sola persona?!!

Hortensia esperaba que su amiga le diera una mano negando la posibilidad de que Sir Markham comprara el talonario completo, y así salir airosa de la situación en la que el endemoniado inglés pretendía ponerla. Se llevó una sorpresa, su amiga, divertida y conocedora de que a Hortensia el inglés la llevaba por el camino de la amargura, la dejó helada con su contestación.

—Por supuesto, si los quiere todos, tiene el derecho a comprarlos —dijo Amanda, dejándola con la boca abierta y los ojos entrecerrados, haciendo caso omiso de la ira de su bella amiga.

—¡¡*La voy a matar en la próxima oportunidad que tenga, a ésta traidora!!* — pensó Hortensia mirándola furiosa —.¡¡*Está bien!!* —chilló y carraspeó —*¡Por Dios! ¿Por qué le salía la voz chillona?* —se preocupó y levantó, sosegada y con calma su cabeza devolviéndole la mirada con un gesto altanero —. ¿Entonces..., se los lleva todos? —dijo, recuperándose y volviendo a preguntar, como si aún tuviera dudas con respecto a las intenciones del inglés.

Hortensia tenía la esperanza de que hubiera cambiado de idea y se fuera a otro kiosco a molestar a otra dama. Pero cuando se encontró con los ojos celestes y penetrantes de George que estaba apoyado en uno de los pilares que sostenían la estructura del kiosco, con los brazos cruzados sobre su poderoso pecho y mirándola con la misma arrogancia que lo había hecho a través de la pista, supo que estaba perdida, que estaba a su merced. Era la mirada de un hombre que pretendía ejercer completo dominio sobre la vida de su dama y por lo visto, su dama, al menos por esa noche, era ella.

Hortensia iba a ser su dama, en cuerpo y alma y en su cama. Así lo había decretado Sir George Percy Markham.

Ese fue un instante revelador para Hortensia, se dio cuenta que quien la miraba, a través de esos penetrantes ojos celestes, era el mismo diablo hecho hombre y estaba parado justo enfrente de ella. Todos sus intentos, fatuos, de ignorarlo se volvían en su contra, debía idear rápidamente un nuevo plan para huir de su influencia antes de que su voluntad la abandonara y fuera ella la que saliera a su encuentro.

—¡¡Por supuesto mi adorable niña!! —la contestación del inglés llegó a los oídos de Hortensia, lejana y en un susurro, cortando sus pensamientos y volviéndola a la realidad.

El inglés parecía haber cambiado su actitud dominante y le sonreía con suavidad, con increíble dulzura, con una calidez impropia de un diablo.

—*No debo confiar en él o estaré en sus manos antes de que cante el gallo* —
recapacitó Hortensia.

Cuando George tuvo el talonario completo en sus manos, la calidez de su mirada volvió a transformarse en fría ironía. Sus ojos se oscurecieron, acarició la punta de sus dedos, se separó de ella como si temiera quemarse con su aura y con tono seco y una actitud altanera se despidió.

—Nos vemos al cierre de la fiesta, cuando suene el vals. ¡Buenas noches! —y se retiró sin titubear.

Hortensia quedó perpleja, con los ojos y la boca abierta.

—Aquí estaré. ¡Buenas noches! —contestó ella-. *¡¡ ¿Qué demonios le pasaba a ese inglés loco?!!* —en un momento era la dulzura personificada, sus modales eran exquisitos y denotaban su buena educación y en el segundo siguiente se transformaba en un auténtico maleducado, casi en un troglodita. Se preguntó cuál era su secreto —. *¿Qué hace que las mujeres sucumban a su influjo sin ningún remilgo y terminen cayendo en sus brazos?, sólo basta con mirar en derredor para ver las caras embobadas de ellas cuando él las saluda o se digna a conversar con algunas, sobre todo con las más agraciadas. Todas caen rendidas a su encantamiento. ¡¡Pero estaba loco si pretende despertar mis celos!! ¿O ya los habré despertado?* —dudó preocupada.

Capítulo 5

El vals.

A poyado en un añoso tamarindo mientras todo el pueblo se divertía, George, que había probado los vinos mendocinos, sin privarse de ninguno, observaba a Hortensia, un poco achispado y se preguntaba si habría hecho bien en tratarla con esa dureza; al fin y al cabo él era un hombre maduro tenía treinta y dos años y ella, una jovencita de diecisiete, casi una niña. Su carita desolada y la sorpresa reflejada en sus dorados ojos lo estaban martirizando. Sentada en su kiosco al que nadie se acercaba, ya que no tenía un solo vale para vender, con el mentón apoyado sobre los dedos entrecruzados de sus manos, miraba a su alrededor aburrida y desconsolada como pidiendo ayuda. Estuvo tentado de acercarse, abrazarla, besar esa boca que lo enloquecía y disculparse, pero su orgullo inglés se lo impidió.

Cuando la fuera a buscar para bailar el vals le pediría perdón, se consoló el noble inglés bebiendo, con fruición, una nueva copa de Malbec. No podía dejar de saborear ese vino delicioso e incomparable.

La fiesta ya estaba llegando a su fin. George no había podido quitar los ojos de encima de Hortensia, quién enfurruñada, enrollaba y desenrollaba un rizo de su negro cabello y miraba hacia la puerta como si intentara huir. Él no se lo permitiría, por ese motivo la mantenía bajo sus atentos ojos hasta que llegara el momento del tan ansiado vals. Ella, con sus grandes ojos inquietos, buscaba desesperada a su amigo Juan Ignacio como pidiendo auxilio; por fortuna para Sir George, el muchacho había decidido ignorar a Hortensia por esa noche y concentrarse en otras niñas del pueblo. George presentía que Juan Ignacio estaba enamorado de Hortensia y no pensaba dejarle el terreno propicio para que la conquistara.

Hortensia levantó la cabeza y lo vio cruzar la pista con su caminar rítmico y seguro, lleno de energía, con el ceño fruncido pero con una sonrisa inocente y la mirada de pirata que la desestabilizaba.

Se le erizaron los pelos de todo el cuerpo, no supo si de temor o de excitación. Cuando llegó a su lado, la orquesta había comenzado con los primeros acordes del vals. En ese preciso momento, y a pesar de que ya había varias parejas en la pista de baile, las miradas se volcaron hacia ellos. Hortensia sintió que se alegraba al verlo venir hacia ella, se había dado cuenta de algo, deseaba estar en los brazos de Sir George. El inglés extendió su mano e hizo una leve inclinación de cabeza, no habló, sólo le sonrió con suavidad y la miró de una manera que reflejaba cierta timidez que de ningún modo convenció a Hortensia. Tenía que mantener su mente y su cuerpo frío, sino quedaría del todo expuesta una vez que la tuviera en sus brazos. Unió su mano a la de George y ninguno de los dos pudo pasar por alto la intensa sensación que ese sencillo acto provocó en ambos, una corriente eléctrica fluyó por sus cuerpos como una fuerza impetuosa alojándose en sus partes más íntimas.

—Te he visto buscar con desesperación a tu amigo ¿acaso pretendías bailar con él? dulce Hortensia —susurró con voz sensual y clavando los ojos en los de ella—. ¿Acaso pretendes que me enoje?, porque si es así, no te gustaría verme molesto y enojado. ¿No es así? —la provocó otra vez.

— ¿Qué harías ¿Darme unos **chirlos** como si fuera una nena malcriada? —contestó ella tuteándolo y utilizando una palabra típica mendocina. Levantando altiva la barbilla y mirándolo a los ojos esperó paciente su reacción.

— ¿**Chirlos**? ¿Y eso que es? —preguntó desconcertado Sir George.

— ¡Nalgadas! ¡Azotes en el trasero! —replicó sonriendo Hortensia, con actitud descarada y atrevida.

—**Chirlos** —repitió él pensativo, para luego decirle—. Jamás pondría mis manos sobre una mujer para golpearla, únicamente lo hago para acariciarlas y darles placer

¿Es eso lo que quieres, bruja? —aclaró sonriendo y con una de sus manos aún extendida, esperando a Hortensia.

Hortensia no pudo contener la risa cuando escuchó la palabra bruja en su boca, el inglés no andaba con vueltas, entonces ella tampoco lo haría. La cantarina risa de Hortensia aceleró los latidos del corazón de George y despertó el deseo contenido por poseerla. La miró con un brillo apasionado, en sus ojos celestes, que provocó en la joven un agradable cosquilleo en el estómago y una extraña humedad en la intimidad de su sexo. Si no hubiera sido porque estaban en un lugar público y frente a todo el pueblo, incluidos Don Miguel y John, quienes los miraban con atención, habrían terminado uno en brazos del otro besándose con ardor.

—Menos mal que soy inglés y tengo cultura alcohólica —pensó George—. Porque con los ricos vinos que me he tomado, estoy un poco borracho y en este mismo momento, la cargaría como una bolsa de harina sobre mi hombro y la metería en mi cama hasta que me exigiera misericordia. Sin duda alguna, no sólo me emborrachan los vinos mendocinos sino que esta niña me tiene ebrio de lujuria y deseo.

La cordura primó y George condujo, diligente, a Hortensia hasta la pista de baile, donde, por fin la tuvo como él quería, apresada en sus fuertes y musculosos brazos. Se acercó con audacia y apoyó su mano en la cintura de Hortensia notando como la joven comenzaba a respirar con celeridad, escudado en su casi ebriedad, intensificó el ajuste acercándola a su cuerpo de una manera socialmente inaceptable, arrancándole un jadeo incontrolable. Sin importarle que su actitud podía comprometer a Hortensia, la hizo girar con maestría, siguiendo los compases de ese baile que involucraba una gran dosis de intimidad y romance. No podía evitarlo, la manera en que se elevaba y caía el pecho de Hortensia, bajo sus veladas caricias, lo estaban excitando de tal manera que le era imposible parar su avance. Intentaba ir despacio, podía observar cómo se reflejaba su accionar en su sonrojado rostro, en la manera en que se mordía el labio inferior y rehuía su mirada. La volvió a abrazar con fuerza y la sujetó fuerte contra su pecho. Ella levantó su mirada y cuando George se reflejó en sus dorados ojos, oscurecidos por la pasión y el anhelo que vio en ellos, supo que estaba atrapado. Se sentía feliz, tan feliz, disfrutando de su tierno cuerpo entre sus brazos, contemplado sus ojos rasgados y soñadores que quería que fuese suya en ese mismo momento.

Quería ser, perversamente indecente.

Sentía como el alma le rebalsaba de gozo. Ninguno apartó la mirada, necesitaban comprobar si el sentimiento que los atravesaba era real y mutuo y a George se le escapó una ligera, casi nerviosa, risa.

—¡¡*Hortensia, pones mi mundo al revés!!*—susurró acercando su boca a la oreja de la desconcertada damita-. ¡¡*Chiquilla me estás enloqueciendo!!*—repitió encendido.

La joven olía como la niebla espesa y húmeda, como el ozono, en un día de lluvia, bajo la luz brillante y cálida del sol. Sin perfumes dulzones y empalagosos como los que usaban sus amantes. La atrajo enardecido contra su cuerpo. Quería oírla reír, besarla y mordisquearla y por un segundo pensó que cedería a ese impulso frente a todo el pueblo de Panquehua. Una oleada de calor le invadió el pecho, recorriendo todo su cuerpo y repercutiendo en su masculinidad. Ella sintió la respiración ardiente y acelerada de George en su sonrosada mejilla. La mano de él le quemaba en la cintura, sentía su calor desde la punta de sus cabellos hasta la punta de los dedos de los pies. También sintió su olor, su colonia, su sudor, su verdadera esencia. Olía a macho en celo. Un macho marcando el territorio para su hembra y ella era su hembra.

— ¡¿*Cómo lo logras pequeña?! Eres sólo una niña, yo soy un hombre y a tu lado me vuelvo un adolescente. ¿Qué voy a hacer contigo?*—murmuró en su oído, alterado y excitado por completo.

Por primera vez ruborizada ante sus ojos, ella agachó la cabeza y con un hilo de voz que él apenas escuchó dijo:

— ¡*Sir George usted me cohibe! Me hace sentir cosas que nunca he experimentado y que me intimidan. No debería decirme esto. Sus palabras me avergüenzan.*

Él, mantuvo la intensidad del abrazo levantándole la cabeza, y apoyando sus dedos bajo la barbilla e inclinándose con descaro sobre su rostro, le preguntó en un susurro.

— ¿Te avergüenzas? ¿No te gustan mis palabras? No seas tímida, preciosa Hortensia y llámame George —musitó quedo mientras rozaba su oreja con los labios -. No me tengas miedo, ¡todavía no me he comido ninguna niña bonita! —dijo y sonriendo le susurró —. *¡Todavía! ¡Oh Dios Todopoderoso!, cuánto te deseo.*

Intensificó el apriete de su mano sobre la cintura de Hortensia y continuó girándola con un ritmo vertiginoso, atrapados en el torbellino de esa danza exótica, disfrutando de una unión lujuriosa y ardiente. Nada ni nadie podría evitar, ni oponerse al placer embriagador que sentían. La respiración de ambos se hizo cada vez más profunda, sólo podían escuchar el latido desenfrenado de sus corazones. En ellos no había sitio nada más que para el increíble sentimiento desatado por la pasión. Un descontrolado anhelo del uno por el otro.

Sir George era un magnífico bailarín y la giraba por la pista de baile con seguridad, sin dar un paso en falso ni rozar a las otras parejas. Hortensia sintió que estaba en el aire. Bailaban el vals como si no hubiera nadie en el salón. Sólo ella y ese soberbio inglés que la sostenía, como si fuera su dueño, entre sus brazos. A George le latía el pulso en las sienes y en otra parte menos visible de su cuerpo, aunque a esa altura no estaba muy seguro si sería tan poco evidente la tremenda erección que la cercanía de Hortensia le provocaba. A Hortensia el pulso le latía con frenesí en los oídos, causándole un efecto de silencio absoluto. Los sonidos se habían acallado a su alrededor, pese a la presencia de todo el pueblo, de su padre, de John y de la orquesta que ya había dejado de tocar el vals y ellos, que no se habían dado cuenta, seguían abrazados en el centro de la pista de baile. Hortensia alzó la mirada y se encontró con unos ojos celestes fijos en los de ella.

— *¡Cómo te deseo, Hortensia Correa! ¡No te imaginas cuanto te deseo!* — exclamó, sólo para los oídos de la atribulada joven.

Evidentemente turbada, ella se soltó del abrazo y una sensación desagradable de soledad se apoderó de ambos en forma inmediata. Hortensia no iba a permitir que él tuviera la última palabra, por lo tanto, dejando de lado su turbación y recuperando su carácter indómito y osado dijo:

—Parece que no fui clara, Sir George —lo miró desafiante—. Usted me cohíbe pero sus palabras atrevidas y fuera de lugar no me atemorizan. Es usted un impertinente, le agradecería me llevara con mi padre. Espero no tener que volver a verlo.

— ¡Touché! —dijo George con una sonrisa amplia en su boca, pero que no se reflejó en sus, ahora, fríos ojos celestes—. Por ahora gana usted mi bella niña Hortensia, pero ¡sólo por ahora! —enfaticó—. *Ten la seguridad que me volverás a ver y seguido* —le susurró molesto.

Y tratando de disimular su enojo y su inocultable erección, colocó la mano de Hortensia en su antebrazo y le acompañó al lado de Don Miguel, quien los observaba con un gesto de intranquilidad en su rostro. La reacción de la pareja no había pasado desapercibida a su observación y a la del resto de los presentes. Con un tono paternal pero con autoridad y mirando directamente a George, dijo:

—Mi querida hija, despídete de Sir George, ya es tarde y una niña de tu edad debería estar durmiendo a esta hora —remarcó con énfasis la palabra “niña” como para que no hubiera dudas de la diferencia de edad que había entre ambos—. *Ya es hora de tomar el toro por las astas y domar un poco a esta niña consentida. El problema es que mi hermosa hija siempre me engatusa y me enreda y termino convencido de que no existe motivo alguno para que me espante* —pensó Don Correa.

Una sorprendente Hortensia, sumisa y tímida, se despidió de un estupefacto y excitado George. No podía creer que iba a pasar el resto de la noche tratando de solucionar, por sus propios medios, los problemas que la “tímida” niña había provocado en su hombría y en su corazón. Boquiabierto Sir George la vio partir tomada del brazo de su padre. Mientras ella se alejaba, dio vuelta su cabeza, y el inglés pudo observar, atónito, como le dirigía una sonrisa suave y dulce y un guiño travieso y pícaro, como si adivinara la noche de perros que él tenía por delante.

— *¡Pequeño diablillo!* —murmuró sonriéndole.

Ella captó el mensaje y encogiéndose de hombros continuó, con su caminar ondulante, moviendo su cabellera azabache alborotada, desprendiendo un cálido aroma terrenal que lo puso como un animal en celo.

—*Esto no termina esta noche bruja, en realidad recién comienza* — suspiró el inglés entre dientes, obsequiándola con una sonrisa burlona. Era evidente que la joven estaba disfrutando mucho con el juego de miradas que se había planteado entre ambos.

Resignado a pasar la noche en vela condujo su semental en compañía de John, su ayudante y amigo, sintiendo una aguda punzada de excitación en sus partes nobles. Con el corazón abrumado se dirigió al hotel seguido de su asistente que no podía ocultar la risa a pesar de las miradas furiosas que Sir George le despachaba y que él, por supuesto, ignoraba. Sir George era su empleador pero por sobre todo era su amigo, el único que tenía en estas tierras tan alejadas de su hogar.

Capítulo 6

Despertando los celos.

Don Miguel Correa estaba preocupado, muy preocupado. No había escapado a sus ojos el comportamiento, íntimo y personal, que se había originado entre Sir George y su hija. Hortensia todavía no cumplía los dieciocho años y no conocía mucho de reglas sociales, ni de las sensaciones y sentimientos que las, bellas e inocentes, jóvenes como ella despertaban en la mayoría de los hombres jóvenes y no tan jóvenes. En los ojos y en la actitud del inglés había visto demasiado interés por su preciosa hija. No estaba muy seguro de los motivos que movían a Sir George, notaba cierta lascivia, cierta lujuria en él cuando observaba, muy a menudo para su gusto, a su “muñequita” como él solía llamarla en la intimidad del hogar.

Estaría atento, en especial al comportamiento de Hortensia, ya que tenía la tendencia a desobedecer las órdenes que ella consideraba superfluas, costumbre que se había hecho habitual y le había provocado algunos problemas (demasiados para su gusto). Hortensia tenía un carácter fuerte, alegre e indómito. Era muy orgullosa y nada dócil, pero a la vez dulce, simpática, dadivosa y solidaria. Su personalidad no era la típica de las jovencitas de la época, y cuando se vive en un pequeño pueblo, en donde la murmuración y el chisme abunda, ésta podía volverse en su contra provocándole dolor y frustraciones. Don Miguel adoraba a su hija, y al tener que criarla sin la compañía de su adorada esposa, sólo contaba con la ayuda de Dorotea, su nana, quien la quería casi más que él; por esa razón no había podido, en realidad no había querido, limitarla en su libertad. Esta falta de límites sumada al innato espíritu libre de Hortensia le estaba provocando algunos dolores de cabeza.

Los días que le siguieron a la kermese del colegio primario “General Las Heras”, transcurrieron sin altibajos en la tranquila y un poco monótona vida de Hortensia. El inglés se trasladó del hotel en Panquehua a una casa antigua y señorial, una verdadera

mansión, en el coqueto Barrio de La Alameda, en la ciudad de Mendoza y eso la perturbaba.

George viajaba todos los días al pueblo, donde tenía su oficina junto a la de Don Miguel Correa. Podría haberse quedado en el despacho que tenía en la Estación Central de la capital mendocina, pero ni por asomo se perdería la oportunidad de ver a diario a la bella diablo que le quitaba horas de sueño a sus noches. El poco rato que dormía soñaba con ella y sus sueños estaban plagados de imágenes eróticas en las que veía a Hortensia abajo, arriba y al costado de su cuerpo. Besándola, abrazándola, y penetrando profundamente en su cuerpo y en su ser haciéndola suya. Convirtiéndose en su maestro, el único, enseñándole el arte del sexo y sus diferentes técnicas.

Toda la semana en Panquehua fue un fracaso, ni una sola vez vio a la dueña de sus desvelos.

¡Ni una sola vez la descarada fue a ver a su padre a la estación!

Panquehua era la última estación de la red y desde ahí se continuaría el trazado ferroviario hasta llegar a la ciudad de San Juan. Las autoridades de las dos provincias se disputaban el manejo de los fondos, de los profesionales a cargo, y de los trabajadores; por ese motivo George, que era el representante de la empresa inglesa y el ingeniero en jefe de la obra, pasaba el día limando asperezas entre los dos bandos y de ese modo evitar el retraso en su realización. La misma estaba bastante fuera del organigrama que se había impuesto, razón por la cual estaba alterado y de mal humor la mayor parte del día y, si a ello se agregaba que la dichosa niña había desaparecido del mapa desde la noche de la kermese, se podría decir que estaba como un volcán pronto a entrar a erupción. Sin olvidar que la insolente le plantó cara, lo retó abiertamente y no obstante ello, le sonrió con astucia al abandonar la kermese, muy altanera y oronda del brazo de su gentil padre.

—¡¡¡¡¡John!!!!!!!!!! —el fiel ayudante reaccionó al estridente grito, blanqueó los ojos, abandonó el libro inglés- español sobre la mesa y se dirigió solícito al despacho de su jefe.

— ¿Si, Sir George? Creí oír que me llamaba —dijo de manera suave.

El grito de George debía haberse escuchado hasta en el cerro Aconcagua, pero él no se iba a dejar asustar por el mal talante inglés de Sir George Percy Markham. Conocía el motivo de su mal genio y estaba seguro que una vez que viera a la causante de sus desvelos se dulcificaría. Hortensia tenía la capacidad de transformar al fiero león en un tierno cordero con sólo mirarlo, aunque, casi siempre lo ignoraba, provocándolo.

—¡¡No encuentro los mapas y cronogramas de la red!! —masculló entre dientes—. Tengo una reunión en la capital en dos horas con los directivos y accionistas de ambas provincias y tienen interés en verlos. ¿¡¡Por qué no me habré quedado hoy en mi casa de la Alameda!!? ¡¡Demonios!! — exclamó —.Esta gente no tiene ni idea de las obras ni de los tiempos necesarios para su construcción, voy a tener que pasarme horas explicándoles y tratando de que entiendan, porque deben invertir su dinero en el tendido de este último tramo de la red. Debería haberme quedado tranquilo en Londres y me hubiese evitado estos terribles quebraderos de cabeza —murmuró enfurruñado—. ¡¡Porqué habré aceptado este trabajo en el fin del mundo!! —exclamó furibundo.

—Tiene razón Sir George, pero en ese caso no hubiera tenido el placer de conocer a la señorita Hortensia Correa, ¿no? —dijo poniendo su mejor cara de póker—. Por lo que percibo, ¿hoy tampoco la ha visto? ¿No ha venido a visitar a su padre desde la noche de la kermese? ¿O sí? —volvió a preguntarle en un tono sugerente, sin obtener respuesta por supuesto.

George lo miró perplejo, levantó con lentitud la cabeza, clavó sus enfurecidos y acerados ojos en su atrevido ayudante invitándolo a retirarse de su despacho, y amenazándolo con darle una pateadura en sus asentaderas de modo tal que no podría apoyar sus nalgas en una silla por una semana. John aceptó su intimidante invitación y se retiró riendo a carcajadas con una inocente expresión en su rostro.

Al fin y al cabo no había dicho nada que su jefe no supiera.

George se había mudado a “La Alameda”. Ese era el nombre de su residencia y se lo debía a la zona en donde estaba ubicada la casona. Era una joya arquitectónica, imponente y elegante, de estilo neo clásico, diseñada por un arquitecto italiano que se enamoró del paseo de la Alameda y decidió construir, frente a él, una mansión digna de un rey.

Quedó extasiado cuando vio sus jardines. Los bajos relieves sobre la puerta principal y las ventanas del amplio salón de la planta baja, al que se accedía a través de cuatro columnas dóricas y una importante escalinata de mármol de carrara. La gran sala estaba ornamentada con molduras y frescos pintados por artistas renombrados de la época y los vitraux, en las amplias puertas que daban a los jardines de la mansión, permitían que las luces del atardecer se colaran en su interior dándole calidez y un halo romántico a la gran habitación. Sir George disfrutaba de la casona, se deleitaba con los atardeceres mendocinos en la galería de la mansión, le gustaba despertar con el trinar de los pájaros que anidaban en los álamos del paseo frente a su casa.

La Alameda era un paseo público de doscientos metros de longitud, a orillas del canal Tajamar y bordeado de álamos, jardines centrales y veredas adoquinadas, con plataformas delimitadas por balaustradas y bancos, en su interior, para el descanso de los paseantes. El hermoso paseo se había transformado en lugar de debate sobre los temas sociales y políticos del momento. No era raro ver pasear por sus amplias y limpias veredas a bellas y elegantes damas, sobrios y distinguidos caballeros así como los personajes más variados de la sociedad mendocina. Todos los días al atardecer George acostumbraba a caminar por La Alameda. Esos paseos le ayudaban a despejar su mente de los problemas y toma de decisiones que le demandaba su cargo en el ferrocarril. En varias ocasiones lo había hecho acompañado por su nueva amante, la Srta. Octavia Arenal, perteneciente a una de las familias de mayor alcurnia de la sociedad mendocina. La había conocido en uno de sus viajes a la Capital, antes de radicarse en Mendoza donde volvieron a encontrarse reanudando una vehemente amistad, sin compromisos ni ataduras, sólo sexo cuando ambos lo necesitaban. Por eso muchas noches, luego de volver de Panquehua perturbado y muy alterado, por no ver a Hortensia por ninguna parte, ya que parecía que la tierra se la había tragado, recurría a Octavia con la que desahogaba su excitación, con fogosidad y vehemencia, sin preguntas ni reproches.

Octavia Arenal mantenía un fluido contacto con las autoridades de los Ferrocarriles Argentinos, en especial con el presidente Sir Antonio Leguiza del que había sido amante durante la estadía de ambos en Inglaterra, en los años que el padre de Octavia fuera embajador argentino en ese país. Antonio Leguiza era el perfecto mediador entre los ingleses y el gobierno argentino. Era el único Sir argentino, título que le había otorgado el Reino Unido en agradecimiento por los servicios prestados a la corona en varias transacciones comerciales y en las negociaciones para la construcción del ferrocarril argentino, que le reportaban inmensas ganancias tanto a los ingleses como a él. Octavia Arenal era una mujer adulta a la que los prejuicios sociales la tenían sin cuidado, no era una jovencita ingenua como Hortensia, sabía que su relación con George era pasajera. Sus intenciones eran disfrutar de esos momentos, el destino decidiría hasta donde llegarían, por el momento estaba con George sin terminar definitivamente su relación con Leguiza.

— *¿Vendrá, hoy, la bruja al paseo de la Alameda?*—se preguntaba el inglés, con un vaso de brandy en una de sus manos, mirando hacia el hermoso parque que se veía desde la ventana de su dormitorio.

El fin de semana anterior, por fin, la había visto acompañada por Don Miguel y los padres de Amanda. Pudo observar que estaba un poco más delgada pero, al contrario de él, se la veía alegre, exultante y osada como siempre.

—*Pequeña y desalmada hechicera que me ha robado la tranquilidad y la sensatez. Paso mis noches en vela y el día alzado como un semental en celo culpa de ella, mientras la señorita se regodea con sus amigos* —protestaba molesto mientras se servía otro brandy —. *Si sigo así, me voy a volver alcohólico por su culpa* — reflexionó dejando el vaso, sin beberse su contenido —. *Bueno, bueno, ¿Qué ven mis ojos? Sí. La dueña de mis desvelos pasea por La Alameda, sonriente y feliz rodeada de imbéciles que la miran como terneros degollados, mientras ella los alienta contoneado su apetecible culito, sin percatarse de la lujuria y el deseo que despierta en todos esos bobalicones* —.refunfuñaba, atravesado por los celos.

Volvió a tomar el vaso de brandy, que había dejado sin tomar y lo engulló con rabia. Sintió que le quemaba la garganta, pero necesitaba ahogar la tentación de cruzar

la calle, como un león enfurecido, tomarla de la mano y gritar al mundo que esa morocha de ojos dorados era de su propiedad.

Evidentemente no podía comportarse como un poseso.

Tenía una mejor idea, le pediría a Octavia que le ayudara a organizar una fiesta de inauguración de su nueva casa; invitaría a las familias más reconocidas de la sociedad mendocina y por supuesto a Don Miguel Correa y su bella hija. Ella solita se metería en la cueva del lobo y entonces estudiaría la manera de posar sus garras sobre la endiablada ninfa de Panquehua, estaba vez ella no saldría victoriosa como la noche de la kermese.

—*Esta vez no vas a escapar de mis redes. Voy a tomar tu virtud Hortensia Correa*—pensó el ingeniero inglés, acercando la copa a sus labios carnosos y relamiéndose como un gato frente a un plato de leche tibia.

Capítulo 7

Escapada a La Alameda.

Hortensia había programado, con Amanda y Juan Ignacio, el modo de hacer una escapada en el primer tren del sábado para la capital mendocina, y pasar el día en La Alameda. Querían ver las novedades llegadas desde Buenos Aires en materia de vestimenta y además, escuchar a la orquesta sinfónica del Teatro Provincial que todos los fines de semana ejecutaba sus mejores temas en el escenario central del paseo.

La música y la lectura de novelas románticas eran su pasión.

Hortensia era una criatura soñadora pero no por ello menos práctica, estaba llena de buenas intenciones, siempre dispuesta a ayudar al prójimo, con una mente abierta a los cambios, presta a apoyar nuevas ideas y participar con eficacia, en el desarrollo de medidas que permitieran el progreso de la región y sobre todo, el de su pequeña comunidad. No temía tomar la iniciativa de cualquier proyecto. Cuando supo de la extensión de la línea ferroviaria había soñado con participar, de alguna manera, en esa titánica empresa, pero... el engreído inglés había dado por tierra con todos sus sueños y sus expectativas. Sus posibilidades de participar se hicieron polvo frente a la actitud soberbia de Sir George, por esa razón decidió mortificarlo y darle un escarmiento: la indiferencia iba a ser el arma que utilizaría en esta batalla.

Ambos tenían elaboradas sus estrategias, lo que ninguno de los dos sospechaba era que la batalla que se libraría podría dejar sus corazones heridos gravemente. Eran inteligentes, bellos, pero obcecados al extremo y esa actitud los enceguecía impidiéndoles ver el verdadero sentimiento que comenzaba a anidar en sus almas.

—*Coser y bordar manteles es la tarea más aburrida que se haya inventado sobre la tierra* —pensaba Hortensia, mientras observaba, con agudeza, a su padre. El tren de la mañana partiría de la estación Panquehua en media hora y Don Miguel no abandonaba la lectura del libro que tenía entre sus manos.

Ese sábado debían viajar a la casa del hijo de Dorotea, como hacían todos los primeros sábados de cada mes y Hortensia aprovecharía la oportunidad para ir con Amanda y Juan Ignacio a la feria de La Alameda. Volverían en el último tren de la tarde y nadie se daría cuenta de esta nueva aventura, no era la primera vez que se escapaban pero nunca habían llegado tan lejos, siempre se mantenían dentro de los límites del pueblo.

—Papi... Ya son casi las diez y la distancia hasta el pueblo de Dorotea es bastante larga, si se demoran no llegaran para la hora del almuerzo.

—Tienes razón mi bella niña —dijo el hombre y dejando el libro sobre la mesa de la sala se levantó con rapidez, llamó a Dorotea, besó a su amada hija y recomendándole buen comportamiento partieron en el sulky. Estarían de vuelta al atardecer si las condiciones climáticas no cambiaban.

Don Miguel sonreía tranquilo y confiado, mientras azuzaba el caballo, tenía que apurar su andar sino se quedarían sin almorzar, sin lugar a dudas Hortensia se estaba transformando en una auténtica damita, daba la impresión de haber logrado controlar su carácter rebelde e indómito.

—¡¡Al fin!! —suspiró Hortensia. Estiró las arrugas de su pollera, tomó su preciosa carterita negra de charol, que Dorotea le había regalado en su último cumpleaños, trató de arreglar su indomable y azabache cabello, dándose por vencida al segundo intento por colocarlos en su lugar y salió casi corriendo.

Tenía que apurarse o el tren se iría, sus amigos debían estar impacientes, esperándola en la estación.

—¡¡Hortensia qué pasó!! Casi se va el tren sin nosotros y tu pelo, ¡¡por Dios, niña, cuándo lograrás domar esa maraña de pelos!!—exclamó Amanda.

—Por favor Amanda —dijo Juan Ignacio embelesado—. Sabemos que Hortensia es hermosa peinada o despeinada, ¡¡sólo basta mirarla para caer rendido a sus pies!!

Juan Ignacio estaba enamorado de Hortensia, nunca se había animado a confesarlo, prefería mantener su amistad porque temía que no sería correspondido.

—¡¡Siempre igual de mentiroso!! Juan Ignacio —riendo se colgó del brazo de su amigo y subieron al vagón de primera clase, era más cómodo y no querían llegar llenos de polvo a la feria—. ¡¡Hoy vamos en primera, el inglés se ha quedado en su mansión!! —exclamó, alborozada, Hortensia, recordando que siempre que viajaban juntos no le sacaba los ojos de encima, la miraba como si quisiera desnudarla, con esa sonrisa socarrona que parecía tener dibujada en sus perfectos labios.

A pesar de que no tenía la aprobación de sus padres, estaban exultantes, excitados y no podían ocultar esa sensación intensa de libertad. Se sentían vivos y felices, era la primera vez que se atrevían a cruzar los límites del pueblo y aventurarse en el bullicio y la vorágine de la gran ciudad sin la compañía de un adulto. Si su padre montaba en cólera ya encontraría el modo de explicarle los motivos de su escapada. Hortensia respiró profundo y ahuyentó los pensamientos sombríos y preocupantes, la aventura comenzaba, el tren ya llegaba a la Estación Central.

La feria del fin de semana era un verdadero enjambre de oportunidades, desde pequeños abalorios para realizar artesanías hasta muebles de estilo para restaurar, libros y revistas recién llegados de la Capital Federal y antigüedades que eran muy requeridas por las damas mendocinas para adornar sus mansiones. Los personajes que se desplazaban por la alameda siempre deslumbraban a Hortensia y sus amigos. Le impresionaban la cantidad de mercaderes y artesanos que atronaban el paseo con sus gritos, tratando de atraer a los potenciales compradores, mezclados con los caballeros y las damas de alcurnia que recorrían, displicentes, el hermoso paseo de La Alameda

informándose de los últimos acontecimientos, tanto nacionales como locales y también de los últimos chismes que circulaban. Algunas de estas intrigas tenían como protagonista a Sir George debido a su relación íntima con Octavia Arenal.

Hortensia observaba, boquiabierta, el estupendo espectáculo que se desarrollaba ante su atónita mirada cuando se dio cuenta que se había separado de sus amigos y estaba sola, no se preocupó, porque previendo que esto pudiera pasar habían acordado encontrarse en la Estación Central antes de que partiera el último tren al atardecer.

George decidió cruzar la calle e internarse en el maremágnum de personas y cosas que se ofrecían en la feria. Tenía la intención de comprar una mesa, pequeña para su dormitorio, donde apoyar una bandeja con la botella de brandy y las copas. Le gustaba saborear una copa de buen brandy antes de dormirse y, en especial, luego de una noche de sexo fogoso, por el momento con Octavia. Su intención era disfrutarla con Hortensia en un futuro no muy lejano.

Había perdido de vista a Hortensia y sus amigos así que se entretuvo viendo los muebles artesanales que se exponían. En uno de los puestos encontró una mesa que parecía de roble con la tapa repujada en cuero, una técnica muy común de la zona, con el borde decorado con filigranas de plata.

— ¿La mesa es de roble o de nogal?—preguntó George al artesano, muy interesado en el bello mueble.

—De nogal traído de los bosques canadienses —contestó este muy serio y sin inmutarse por la mentira que salía de su boca—. El cuero repujado por artistas locales de renombre mundial y la filigrana realizada por plateros especializados —enfaticó dando unos suaves golpecitos a la mesita.

George era un buen conocedor de maderas y filigranas, no tanto de repujado ya que era una técnica local de la cual no tenía mucho conocimiento, y al instante notó que la madera de nogal era dudosa y la filigrana no era de plata sino de alpaca, lo que bajaba el precio de la pieza.

— ¿Cuál es su valor? —preguntó escudriñando la reacción del artesano.

—Quinientos pesos fuertes —espetó, sin sonrojarse. Comprendiendo de inmediato, al ver como Sir George enarcó su ceja izquierda, que no iba a engañarlo, el artesano sin titubear se corrigió y dijo —. Por ser usted Sir George se la dejo en doscientos pesos fuertes, ni un peso más ni un peso menos —y le sonrió con timidez y avergonzado.

—Ciento cincuenta pesos fuertes, ni un peso más ni un peso menos —dijo George, emulando al artesano, devolviéndole la sonrisa y sin apartar sus ojos del atribulado hombre —. Y quiero que me lo lleves hasta mi casa que está cruzando la calle. Lo tomas o lo dejas, ¿qué me dices? —enfaticó la pregunta mostrando entre sus dedos los billetes relucientes antes de terminar la frase.

Confundido y viendo que peligraba la venta de un mueble que no valía más de cincuenta pesos fuertes, el hombre aceptó presuroso la oferta de Sir George, tomó el dinero y con la mesita al hombro, se dispuso a cruzar la calle, dirigiéndose prestamente a la casa del baronet.

George lo observaba con una sonrisa victoriosa, sabía que no costaba ciento cincuenta pesos fuertes, pero el artesano tenía una familia numerosa que alimentar y vestir. Consideraba que ese era el aporte que le daba para el sustento de sus hijos.

Satisfecho con la compra se dispuso a hacer un recorrido por el paseo en busca de otras oportunidades cuando, repentinamente, alguien chocó contra él susurrando maldiciones.

Reaccionó con rapidez, y sin mirar sostuvo por la cintura a la causante del encontronazo que vociferaba palabras, no muy acordes con una dama. George se sorprendió al reconocer a la dueña de esa “dulce” boca y dueña de un cuerpo escultural.

—¡¡Por Lucifer!! ¡¡La niña bonita de Panquehua!! ¡¡La de la dulce y perfecta boquita!! —exclamó dando un paso hacia atrás sin soltar su pequeña y esbelta figura.

—¡¡Maldición ¡!! —masculló ella mirando con descaro al hombre con el que había chocado —. ¡¡Tenía que ser el inglés engreído!! —dijo sorprendida al observar al magnífico espécimen que la sostenía, apretándola contra su musculoso cuerpo. Casi dos metros de fibras y músculos, ojos celestes entrecerrados, sonrisa burlona y manos grandes, fuertes y rápidas por lo que podía apreciar y sentir en su cintura —. ¡¡¡Suélteme degenerado!!!—gritó enfurecida y sonrojada.

— ¿Degenerado? —preguntó con una sonrisa cínica mientras la soltaba con lentitud y muy serio —. Si no me equivoco la que acaba de atropellarme y desnudarme con la mirada ha sido usted dulce niña. Además, una damita no anda maldiciendo por la calle como un carrero. ¿Todavía no le han enseñado a comportarse en sociedad? —preguntó enojado y mirándola con furia.

No había terminado de pronunciar la última palabra y ya estaba arrepentido al ver el mohín de amargura y espanto que se dibujó en su perfecta boca. Temiendo que se pusiera a llorar, la tomó de una mano y endulzando el tono de voz le preguntó.

— ¿Está bien Hortensia? ¿Se ha golpeado? —y agregó con tono sarcástico-. ¿Va a ponerse a llorar? —no podía evitarlo, le encantaba desafiarla, disfrutaba ver como su hermoso rostro se transformaba cuando la provocaba. Los ojos le brillaban, aún más, lanzándole miradas furibundas, convirtiéndose en una indomable guerrera, dejando de ser una niña desvalida y frágil.

Su pequeña figura se agigantaba cuando la furia se apoderaba de ella.

Sus ojos dorados se entrecerraban derritiéndolo, sus pechos increíbles subiendo y bajando agitados por la cólera; su adorable boquita, esa boquita que lo tenía a maltraer, entreabierta, exhalando coléricos e incontenibles suspiros que lo ponían como un animal en celo. Quería apoderarse de ella, apretarla contra la pared más cercana sin importar cuanta gente los rodeara, besarla y acariciarla con delirio hasta

que su furia y terquedad se transformaran en pasión abrazadora. Deseaba quemarse juntos y en ella.

Hortensia furiosa, retiró de manera brusca su mano y conteniendo las lágrimas, contestó altivamente.

—¡¡Estoy muy bien!! ¿Y usted Sir George, cómo se encuentra? —inquirió, reponiéndose rauda del momento de debilidad vivido.

No iba a permitir que el inglés vanidoso disfrutara viéndola llorar, además la miraba de una manera que le provocaba un sofocón insoportable y un cosquilleo indescriptible en sus partes íntimas. George iba a contestar con la intención de seguir provocándola, cuando oyó:

—¡¡Mierda!!¡¡Mierda!! —y en el mismo momento Hortensia, sin tener en cuenta las normas sociales, se agachó buscando con frenesí entre las piernas de los paseantes.

La carterita en la que llevaba el dinero para comprar libros y partituras musicales en los puestos de la feria debía habersele caído cuando tropezó con Sir George. Luego de algunos minutos de desesperada búsqueda de la tan preciada carterita, estaba dispuesta a rendirse y abandonar cuando oyó un tímido carraspeo a su espalda, mejor dicho sobre su espalda, ya que estaba en cuatro patas, arrastrándose por los adoquines del paseo, ante la mirada atónita de los paseantes. Miró por encima de su hombro y colgando del dedo índice del baronet George Percy Markham estaba su hermosa carterita negra de charol.

—¡¡¡Mi carterita!!!! —gritó contenta y emocionada —. ¡¡La carterita que me regaló Dorotea!!! —saltó como una ardilla y se estrelló en sus brazos recuperando su preciado tesoro —. ¡¡¡Gracias Sir George!!! , ¡¡¡Muchas Gracias!!! —dijo estampándole un húmedo beso en la mejilla muy cerca de la comisura de sus labios, colgándose de su cuello y mirándolo embelesada.

George no podía creer lo que veía, oía y sentía. Quedó sin aliento, asombrado y excitado. La actitud de Hortensia lo cautivó, le arrebató el sentido en un segundo. Con un sencillo beso la bella y descarada diabla había pulverizado todas sus maquinaciones. Hortensia no le temía al ridículo ni a la censura social. No mostraba el menor indicio de vergüenza en su afán por encontrar aquella carterita que quería, no por su valor material sino por su valor sentimental. Sentía que le debía agradecimiento por tener su preciado tesoro colgando de su dedo índice. Se consideró un miserable, él estaba mirándola como un depredador, dispuesto a saltar sobre la tierna presa, y ella le devolvía una mirada enternecedora y conmovida olvidando el motivo de su enojo, agradeciéndole con ternura y ofreciéndole una tregua por el sólo hecho de haber encontrado la dichosa carterita negra de charol.

—¡¡George!! ¡¡Sir George es usted!! —oyó, a lo lejos. Alguien lo llamaba. Estaba como un pasmarote embobado, mirando a Hortensia; observó, dibujadas en el bello rostro de esa niña que nublaba su mente, la sorpresa y la desilusión.

Octavia Arenal, se acercaba con paso decidido y seguro. Bellísima, enfundada en un despampanante vestido estampado en rojo y negro ajustado a sus impresionantes curvas y cubriéndose del inclemente sol mendocino con una sombrilla al tono. Se contoneaba con sensualidad y desparpajo, atrayendo las miradas de los paseantes y opacando a las mujeres con su gracia y confianza. Tomó a George del brazo con la certidumbre que le daba su relación íntima, plantándole un fogoso beso en la boca y mirando asombrada y casi con desprecio a Hortensia.

—Querido George te has quedado boquiabierto, quiero pensar que es por mí y no por la niña aquí presente, la que no me ha sido presentada aún —agregó altanera—. Mi nombre es Octavia Arenal y ¿el suyo señorita?

—Hortensia. Hortensia Correa —enfaticó, levantando, altiva, la barbilla y mirando de un modo directo, y sin amilanarse, a los ojos verdes e inquisidores de Octavia e ignorando a un George boquiabierto.

— ¿Amiga de Sir George? ,supongo —agregó Octavia, incrédula y enarcando una de sus cejas.

— ¡NO! —gritó con énfasis, Hortensia—. Sir George es el jefe de mi padre —a continuación y casi sin respirar agregó—. No quiero ser grosera pero yo ya me iba. Gracias Sir George por encontrar mi carterita, le estaré eternamente agradecida.

Dio media vuelta y salió despedida en búsqueda de sus amigos o de cualquiera cosa o persona que la distrajera y le ayudara a olvidar a esa bruja, colgada del brazo del idiota, embustero, imbécil y hermoso inglés que la miraba con cara de pavote y boqueando como un pez fuera del agua sin pronunciar una simple palabra. George miraba, incrédulo, como Hortensia huía de su lado con la rapidez de una gacela asustada y herida, mientras se preguntaba.

-¡¡NO!! , ¿Ha dicho que NO es amiga mía? ¿Y ha salido corriendo como alma en pena?, ¿y ni siquiera se ha despedido de mi como corresponde? Por lo menos ¡¡con un beso!! ¿Quién, sino yo, encontró la ridícula carterita? —masculló enfurecido.

Todas estas preguntas volaron por la mente del abrumado y enfadado George al darse cuenta que no había articulado palabra durante el corto, pero tenso, diálogo entre las dos mujeres que amenazaban con trastornar su vida.

Su tranquila vida inglesa, era un verdadero caos desde el primer momento que pisó tierra mendocina y se tropezó con esa pequeña diablesa, hermosa, deslenguada y altanera.

— *¿Eternamente agradecida? ¡¡Ya lo creo que sí!! En cuerpo y alma va a estar eternamente agradecida conmigo, ¡¡sobre todo en cuerpo!! —murmuró indignado y en su idioma.*

— ¿Qué pasa, querido? —dijo Octavia-. Te noto agitado y murmurando palabras en inglés, y eso sólo pasa cuando algo te perturba. ¿Quizás mi presencia te ha molestado?

—De ninguna manera, querida amiga—dijo, recomponiéndose y remarcando la condición de amiga—. Siempre estoy dispuesto a disfrutar de tu presencia y esperaba ansiosamente nuestro encuentro, ya que tienes que ayudarme con los preparativos para la fiesta de inauguración de mi casa. *¡Maldición! ¡Olvidé invitar a Hortensia a la fiesta!* —masculló otra vez y en inglés, provocando la mirada enfurecida de Octavia.

Ella entendía su idioma, a la perfección, no en vano había vivido toda su adolescencia en Londres, mientras su padre fue embajador argentino en el Reino Unido.

—¿Vas a invitar a la hija de tu empleado a la fiesta de inauguración? —preguntó con tono despectivo, Octavia.

—¡Sí! Y no es mi empleado —la interrumpió—. Don Miguel Correa es el jefe de la estación Panquehua y un colaborador muy cercano, casi mi mano derecha en esta aventura de llevar el ferrocarril desde Mendoza a San Juan y quiero que él y su hija Hortensia estén en mi fiesta.

—De acuerdo, de acuerdo —minimizó la conversación agitando su mano y calmando al iracundo inglés—. Los pondré en la lista de invitados, inmediatamente, quédate tranquilo. Sabía cuándo tenía perdida la batalla y no se iba a arriesgar a perder la guerra.

También pensaba invitar a Antonio Leguiza, presidente de los Ferrocarriles Argentinos, con el que continuaba relacionada, con la intención de involucrar a George en los negociados que Leguiza mantenía con los ingleses y el gobierno argentino. Octavia siguió paseando del brazo de un George, ahora ausente y ajeno a las confabulaciones de su amante. El día había perdido brillo e interés para él. Una pequeña criolla morena, de ojos dorados como el oro, le había arrebatado la alegría y el buen humor al huir, intempestivamente, de su lado.

Capítulo 8

Se desata la pasión.

La aventura de escaparse al paseo de la Alameda dejó de ser placentera luego de ver a la bella señorita Arenal acosar con descaro a Sir George. No encontraba explicación a ese sentimiento que se había instalado en su mente y en su corazón, estaba enojada, dolida, la angustia que experimentaba era tremenda. Tenía ganas de llorar y gritar su dolor a los cuatro vientos. De repente había llegado a una preocupante conclusión. El inglés la había flechado. Ella sólo era una jovencita, alocada y atrevida, que había enfrentado y desafiando al jefe de su padre con su desplante, poniendo en peligro el trabajo que Don Miguel había conseguido gracias a su tesón y honestidad. Si el inglés quería podía dejarlo de patitas en la calle y su padre ya no tenía edad para conseguir otra ocupación. El ferrocarril era su vida, perder su trabajo le podría costar hasta la vida misma.

En ese momento, mientras buscaba a sus amigos entre los puestos de la feria, tomó una decisión, al día siguiente, por la mañana, iría al despacho de Sir George y le ofrecería sus disculpas por la manera inadecuada con la que se había comportado, tanto en la kermese como en la feria. Se sometería a la sanción que él decidiera aplicarle. El inglés apreciaba a Don Correa y no sería tan duro con ella. Eso esperaba Hortensia. Aunque no estaba muy convencida, algo en lo profundo de su corazón parecía mandarle un aviso de precaución.

— ¿Qué te pasa niña Hortensia? ¿Estás muy callada y distraída? —preguntó preocupado Juan Ignacio.

Juan Ignacio siempre la llamaba niña Hortensia, era una costumbre de los lugareños llamar niña a las jóvenes menores de dieciocho años.

—¡¡Es cierto!! —comentó Amanda—. ¿Dónde te metiste? ¡¡Estuviste perdida más de dos horas y, por lo que veo, ni siquiera has comprado las partituras para violín y guitarra que tanto necesitabas!! —gruño percibiendo algo raro en el comportamiento de su amiga.

Las dos amigas habían nacido con diferencia de días y desde entonces nunca se separaban, compartiendo alegrías y tristezas, aventuras y tímidas experiencias románticas. Intuía que algo le pasaba a Hortensia pero la respetaba y la conocía, ella le abriría su corazón cuando fuera el momento, mientras tanto la tendría bajo una discreta vigilancia. La niña Hortensia tenía tendencia a meterse en enredos y no siempre salía airosa de ellos.

Hortensia tocaba la guitarra como una experta y además tenía una voz angelical, cantaba y ejecutaba a la perfección cualquier canción, sin importar el estilo. Lo mismo cantaba una cueca mendocina como un aria; un carnavalito como una ópera. Su voz dulce y melodiosa dejaba extasiado a quien la escuchara. Despertaba los sentidos de cualquier audiencia dejándolos hipnotizados; ningún mortal se resistía a la transformación que provocaba la música en su alma y en su cuerpo, volviéndola aún más bella e irresistible. Muchas veces Amanda la acompañaba con su violín, juntas formaban un dúo incomparable.

—No conseguí lo que buscaba —mintió, no era su costumbre pero no sabía que decirle a sus amigos. Temía contarle que su encuentro con el inglés la había trastornando y no sabía cómo salir del atolladero en el que se encontraba.

Por fortuna, el tren salió a horario de la estación Central. Cuando llegaron a Panquehua, Dorotea y Don Miguel todavía no regresaban de su visita. Se separó de sus amigos en la puerta de su casa y subió rauda y veloz, tanto como se lo permitían sus pies, a su habitación donde se deshizo del vestido poniéndose el recatado camisón que Dorotea decía que debía usar toda niña de buena familia. Pobre Dorotea, la sorpresa que se llevaría si tan sólo imaginara en dónde habían estado esa tarde, con seguridad se desmayaría. Luego le impondría una dura penitencia, como cortar las rosas de los rosales alrededor de la estación u ordenar los libros de la biblioteca del despacho de su padre. Esos eran los castigos terribles de la dulce y amada Dorotea.

Durante la noche, no había podido pegar un ojo preocupada por el cariz que estaba tomando su relación con Sir George. Hortensia estaba convencida, que la empresa ferroviaria era un mero entretenimiento para él, la distracción de un aristócrata, mientras que para su padre era la vida misma. Temía que el inglés lo avergonzara y lo decepcionara frente a su familia y al pueblo de Panquehua, al fin y al cabo él era un aristócrata indolente con un pasatiempo caro y ambicioso, como era el de extender la red ferroviaria en la Argentina, con exactitud en Mendoza, mientras su padre era un hombre sencillo, con la única ambición de conseguir trabajo para su comunidad mientras contribuía, con un pequeño grano de arena, al engrandecimiento de la provincia y de la nación.

Había llegado a la conclusión que se enfrentaba con un hombre disoluto, mujeriego, vicioso y reconocido defensor de pintores, músicos y novelistas, actitud que lo convertía en un mecenas de las artes mundanas, como lo definía la prensa local. Un hombre controlador, sin ningún atisbo de debilidad en su cuerpo sólido e imponente.

Al día siguiente llegó a la estación y se detuvo nerviosa en el andén, observando el movimiento de mercaderías y pasajeros subiendo a los vagones del primer tren del día, el mismo que había abordado sin permiso paterno el día anterior. Tuvo un atisbo de remordimiento por ocultarle su aventura al hombre que más quería sobre la tierra, se preguntó si no estaría cometiendo un error yendo a entrevistarse con Sir George, pero luego de unos segundos de cavilaciones junto coraje, inspiró profundamente, golpeó la puerta esperando la orden para entrar y lo hizo con un andar seguro y altanero.

Don Miguel se encontraba, en el despacho de Sir George, trabajando juntos. Sintió algo parecido a los celos al ver la expresión de admiración en el rostro de su padre cada vez que el inglés hacía referencia al proyecto ferroviario. Asentía orgullosamente cuando Sir George le daba participación en sus opiniones y su rostro evidenciaba el orgullo que sentía por trabajar con un reconocido ingeniero especializado en el tendido de líneas ferroviarias. Los dos hombres la miraron con asombro y admiración, ninguno imaginaba que ella se presentaría esa mañana intempestivamente. La sorpresa se reflejó dulcemente en los ojos de Don Miguel y con lujuria en los celestes ojos de Sir George.

— ¡Mi bella niña! ¿Qué te trae por mi despacho esta mañana? —preguntó dándole un abrazo cariñoso.

— *¡Si pequeña diabla!* —pensó el baronet, mirándola con ojos codiciosos —. *¿Qué te traes entre manos con esa carita angelical?*

Pero sus labios sonrieron y su boca moduló enfáticamente.

— ¡Señorita Hortensia que placer verla por aquí! —tomó la mano que ella le extendía y besó, con descaro, el revés de su muñeca. Sabía que ese gesto la desestabilizaba y disfrutaba con el asombro y la rabia que se instalaba en su carita.

—Hola padre —dijo, retirando su mano con rapidez y mirando a Don Correa, modosita e inocente —. Vine a disculparme con Sir George por mi comportamiento la noche de la kermese —dijo sin ruborizarse.

—*¡¡Como si realmente se arrepintiera!! ¡¡Que artista magnífica se pierde el teatro!!* —pensó Sir George sin apartar sus ojos de la figura pequeña y excelentemente dotada.

—Me parece fantástico —exclamó su padre —. Entonces... los dejo y te veo en mi despacho cuando termines. No te vayas sin despedirte, preciosa —agregó levantándose de donde estaba sentado.

Y salió muy tranquilo, rumbo a su oficina, cerrando la puerta detrás de él.

Hortensia se quedó estática en medio de la habitación.

— *¿¡Adónde iba su padre dejándola sola, en las garras del mismo Lucifer?!* — pensó

Se sorprendió cuando Sir George pasó a su lado y aseguró la puerta con el cerrojo. Se apoyó en ella con los brazos cruzados sobre el amplio y poderoso torso y se quedó mirándola. Luego y para sorpresa de Hortensia comenzó a acercarse, jactancioso y con lentitud, mientras ella retrocedía hasta que su cuerpo tropezó con un mueble que se utilizaba para archivar mapas y documentos. George, movió su cabeza intentando relajar los músculos del cuello, apoyó las manos a los lados del cuerpo de Hortensia, inclinándose sobre ella con una mirada pícaro y a la vez dulce. Hortensia había quedado atrapada entre su poderoso cuerpo y el mueble.

— ¿Y bien?, preciosa —murmuró sonriendo burlesco— . Estoy esperando esa disculpa, niña Hortensia.

Hortensia estaba muda, perpleja, no encontraba explicación para la actitud de su padre.

— *¡Me ha abandonado en manos de este pirata como si fuera un hombre en el que se puede confiar con ceguera! Mi padre debe estar enfermo o borracho* —pensó, aunque estaba segura que ninguna de las dos alternativas era posible.

Sir George se apartó y antes de que ella pudiera articular una palabra, caminó hasta la ventana que daba al andén de la estación y bajó la cortina, impidiendo de esa manera la posibilidad de que miradas indiscretas se colaran en la habitación. Rodeó el escritorio acariciándolo, con lascivia con la punta de sus dedos, y provocándola con su andar disipado, se acercó al lugar en donde continuaba, inmóvil y muda, Hortensia. En ningún momento había separado sus ojos de los de ella.

— *¡Maldita sea! Podría haber escapado mientras cerraba la ventana*—se preocupó Hortensia.

No encontraba explicación a su actitud pacífica, a esa inmovilidad que le impedía salir corriendo y huir de ese magnífico hombre que la estaba seduciendo.

— *¿Por qué no hago nada para ponerme a salvo de este pirata, de este bárbaro? Sólo con gritar mi padre vendrá en mi ayuda* —seguía dándole vueltas a la cabeza—. *¿Por qué no lo hago?* —volvió a preguntarse mentalmente y al mismo tiempo se respondió—. *Muy simple, ¡porque no quiero!*

Deseaba que el inglés la tomara entre sus brazos, que la besara hasta dejarla sin aliento, que apretara su escultural cuerpo contra el suyo hasta que se convirtieran en uno solo, que le enseñara los placeres de la carne.

Lo deseaba del mismo modo que él la deseaba.

— ¿La disculpa? —balbuceó Hortensia, mirándolo y temiendo que él descubriera sus lascivos pensamientos.

— ¡Sí! —le respondió él, cortante y con voz grave.

George se mantuvo totalmente quieto inclinándose hasta tener sus ojos a la altura de los de ella. Sus ojos celestes profundos e inquisidores. Levantó una mano y comenzó a recorrer sus labios con el dedo índice, luego presionó las comisuras obligándola a abrir la boca e introdujo el pulgar en ella, incitándola a que lo chupara y luego, llevándolo a sus labios, la saboreó. Hortensia estaba asombrada, no podía creer que ese hombre que le sonreía con ironía la tuviera atrapada contra un mueble y ella no hiciera el más mínimo movimiento para empujarlo, apartarlo y reclamar el auxilio de su padre. Comenzó a mordisquearle la oreja, bajando por su mejilla y depositando suaves y húmedos besos, saboreándola con la boca y con la lengua, hasta llegar a la comisura de sus labios y volviendo a recorrer el mismo camino hasta su oreja, musitando:

— *¿Niña Hortensia que has hecho conmigo? Mi dulce y provocadora niña Hortensia. ¿Quieres convertirme en tu esclavo? ¡Dime Hortensia!* —demandó, provocando un sobresalto en la joven—. *¿Quieres que sea tu esclavo?*

Sus grandes manos la recorrían desde la nuca hasta sus glúteos, en donde se detenían para presionarla contra su inocultable erección, mostrándole el estado de excitación al que ella lo estaba llevando.

— ¡Quiero poseerte Hortensia!, ¡Te deseo con desesperación! ¿Serás mía algún día? ¡Pequeña diabla! ¡Sí! ¡Serás mía! —afirmó posesivamente, jadeando y mordisqueando su perfecta oreja.

Le gustaba oír cuando la nombraba y susurraba palabras provocadoras con ese acento inglés, con la voz grave y áspera enronquecida por la pasión. Hortensia, atónita, sintió el aliento de George confundiéndose con el suyo, sus tibios y suaves labios presionando sobre los suyos y su lengua introduciéndose ávida en su boca. Lamía y mordía sus labios, penetraba su boca con su lengua de una manera tan íntima que parecía que estaba haciéndole el amor, recorriendo sus dientes y sus encías, provocando un torrente de placer que se transmitía hasta su entrepierna cada vez más húmeda.

Sintió que su voluntad la abandonaba.

Era inexperta con los besos, entreabrió su boca para tomar aire y se sorprendió buscando su lengua y sus labios. Él respondió de inmediato apoderándose de su boca en una unión profunda, casi brutal, mostrando su deseo contenido durante semanas. Tomó sus dos manos con la suya, levantándole los brazos por encima de la cabeza mientras que con la mano libre comenzó a tocar sus tiernos e inexplorados pechos, notando como se endurecían sus pezones; apretando su cuerpo contra ella para que notara en su vientre la excitación de su miembro poderoso y erecto.

George era mucho más alto que Hortensia, ella era pequeña y liviana. Abandonó, por un instante, sus manos y sus pechos, tomó sus nalgas y la levantó colocando el centro de su placer a la altura de su pene, presionando con un movimiento circular de sus caderas para que ella apreciara lo que su presencia despertaba en él.

—Rodea mi cintura con tus piernas, Hortensia —murmuró, jadeante—. ¡Vamos! ¡Hazlo! —le ordenó y ella asombrada y aturdida, obedeció.

George estaba fuera de sí, no podía controlarse, llevaba muchos días conteniendo su excitación y su deseo. Sabía que tenía que detenerse, Hortensia era una niña inexperta, si continuaba con esa actitud la iba a asustar y lo menos que él quería era que le temiera. Él quería que ella lo deseara con pasión. Hortensia no lograba procesar el momento y la situación. Sus besos eran arrolladores, sus grandes manos le apretaban dolorosamente las nalgas, sus dedos incursionaban, peligrosamente, en su intimidad y sus poderosos brazos ceñían sin compasión sus pechos contra el suyo, musculoso y agitado.

Estaba perdida en sus brazos, feliz, sonreía mientras él la besaba.

—*Hortensia, me gusta cuando sonríes en mitad de mis besos, me excitas, me enloqueces niña Hortensia* —susurraba ronco, mordiendo con suavidad su cuello.

La joven, no comprendía en qué momento se había colgado de su cuello, enredando sus dedos en el cabello de George y sus piernas alrededor de su cuerpo. Él la acariciaba suavemente por momentos y al instante siguiente arremetía sin compasión sobre su cuerpo, desde las nalgas hasta la cabeza. La besaba con violencia, sin permitirle separar sus labios manteniendo una profunda unión de cuerpo y alma. No quería parar, anhelaba su contacto y sus besos, sus emociones eran tan fuertes que no podía controlar el temblor que le recorría el cuerpo entero. Su corazón desbordaba de alegría, pero a pesar de su escasa experiencia Hortensia intuía que algo no estaba bien.

Fue George el que puso fin a ese momento, mirándola con fijeza, acariciándola con sus manos grandes y besando con suavidad sus labios enrojecidos e hinchados de tantos besos apasionados, comenzó a separarse. Su oficina no era el lugar indicado para apoderarse de su inocencia. La respiración agitada de ambos era lo único que se oía en la habitación en penumbras.

Ella lo miraba sonriente, confiada, con un brillo pícaro en sus ojos dorados.

—¡Niña Hortensia eres tan hermosa!! —pensó. Estaba inocultablemente excitado y el comportamiento ingenuo de ella avivaba ese ardor.

El silencio era absoluto Hortensia podía escuchar el latido frenético de su corazón. La depositó de pie en el suelo, apartándola levemente, le sonrió con dulzura, de manera suave y casi con candidez.

—Niña Hortensia —susurró con la voz enronquecida por la pasión—. No debí comportarme así, he actuado como un bruto. Tu presencia me altera, me enerva, me vuelves un títere en tus manos.

Sus grandes manos la mantenían apretada contra su cuerpo. Era imposible ignorar su impresionante masculinidad latiendo sobre su vientre.

George la dominaba en cuerpo y alma.

La voz de George grave y áspera por el deseo y la excitación. Esa voz que le repetía que la deseaba con desesperación, pero que en ningún momento hizo referencia al amor. Su voz enronquecida fue el disparador que hizo que Hortensia recuperara la conciencia. Comprendió que se encontraba, expuesta, en los brazos de un hombre que sólo pretendía tener su cuerpo, que nunca la amaría con delirio. Él era un inglés libertino, un donjuán, un ave de paso. Todas las emociones vividas se disolvieron cuando tuvo, la dolorosa certeza de que ella sólo era el capricho de un aristócrata inglés, empeinado en conquistar su cuerpo. Ese que no dudaría en romper su corazón en mil pedazos una vez que lo consiguiera.

Se separó bruscamente de él.

Estaba agitada, sus mejillas enrojecidas por la fricción de la barba incipiente de George y los labios hinchados por la vehemencia de los besos. Levantó su pequeña

mano y la plantó con increíble fuerza en la cara de Sir George. El sonido de la cachetada estalló como un trueno, en contraste con el silencio que se instaló en la habitación. George la miró, estupefacto, la dulzura de su mirada se transformó, volviéndose gélida e insensible y en su boca se dibujó una mueca irónica. Revolvió sus cabellos con irritación, acarició la mejilla golpeada con la punta de sus dedos y, sonriendo con sarcasmo, volvió a apretarla entre sus brazos, estampó un beso enfurecido atrapando sus labios con la boca abierta, mordiéndola, lastimándola, chupando sus labios, arrebatándole el aliento hasta casi desvanecerla. La soltó con rudeza, saboreando el metálico sabor de la sangre de los labios de Hortensia, que había mordido sin compasión y se dirigió a la puerta. La abrió y con un gesto enérgico de su cabeza, la intimó a salir de su oficina.

—Adiós Hortensia —dijo con desdén y la echó de su oficina.

Hortensia levantó la barbilla, contuvo las lágrimas, pasó al lado de él sin mirarlo. Se limpió, con el dorso de su mano, la sangre de sus labios hinchados, lastimados y cuando llegó a la puerta se volvió, altiva y soberbia. Era la viva estampa de una diosa humillada, pero no vencida. Su pequeña figura se agigantaba por la furia contenida.

—*Cretino, estúpido, malnacido inglés* —susurró en un grito contenido.

La desilusión y el dolor se reflejaban en sus bellos ojos almendrados. Parada en el dintel de la puerta lo señaló con su dedo índice, con actitud acusadora y musitó entre dientes.

—¡¡¡Nunca!!! ¡¡Me oyó inglés arrogante! ¡Nunca más vuelva a acercarse a mí!! Porque entonces conocerá a la verdadera Hortensia Correa. Esto queda entre nosotros, pero no lo olvidaré. ¡¡Nunca lo olvidaré!! —Dio media vuelta y salió, dejándolo con un profundo sentimiento de culpa y soledad.

El mundo se derrumbó frente a los ojos de Sir George en el mismo instante en que Hortensia abandonó su despacho, cerrando la puerta detrás de ella. El corazón se le detuvo cuando comprendió la magnitud de su comportamiento.

—¡¡Qué he hecho!!¡¡He tratado de seducirla sin respetar su pudor y su inocencia!!
—estaba arrepentido por haberla tratado de esa manera. Comportándose como un torpe, como un verdadero impresentable.

Se había propasado con Hortensia. La había ofendido, humillado, abusado de su confianza, de su honestidad. Había lastimado su dulce boca mordiéndola ferozmente y sin compasión, haciéndole pagar la humillación sentida cuando ella le pegó una cachetada, que bien se la merecía. Nunca había actuado así con una mujer, siempre las respetaba fuera cual fuera su condición social. No encontraba explicación a su conducta casi animal, ni siquiera tuvo en cuenta que se trataba de la niña mimada de Don Miguel; a quien él apreciaba profundamente. Se había lanzado sobre ella como un depredador sobre la tierna presa. Quería callarla a besos, quería tenerla en su cama, despertar con ella al otro lado de su almohada. Abrazarla muy apretada a su cuerpo para demostrarle lo insoportable que la vida era sin ella. Únicamente pensó en su orgullo, en someterla en cuerpo y espíritu, en satisfacer su deseo carnal descontrolado.

Ella se había transformado en su obsesión. Hortensia era el objeto de su pasión.

Estaba profundamente perturbado por los sentimientos encontrados que Hortensia despertaba en el fondo de su alma, debía buscar el modo de pedirle disculpas por su despreciable comportamiento.

Y rogar que ella lo perdonara.

Capítulo 9

Venciendo el orgullo

George consternado, abandonó su despacho de imprevisto. Don Miguel sorprendido lo vio pasar, alterado y apresurado, frente a la ventana de su despacho y abordar el tren que en ese momento se ponía en movimiento, corriendo el riesgo de caer bajo las ruedas. Se tiró en el primer asiento que encontró desocupado sin notar que se encontraba en un vagón de segunda clase, apoyó los codos en sus rodillas y comenzó a mesarse el pelo con rabia, murmurando palabras en inglés incomprensibles para las personas que lo rodeaban, quienes estaban asombrados y asustados frente al comportamiento extraño de ese gigante rubio que tenía el rostro desencajado y la mirada iracunda.

Esa noche no pudo dormir, no podía borrar de sus retinas el bello rostro de Hortensia transformado por la cólera y la humillación. Esa jovencita con la fortaleza y el valor de una guerrera levantó su voz temblorosa amenazándolo con valentía y coraje. Lo había hecho responsable de las consecuencias de su comportamiento y de su actitud equívoca al confiar en él, quedándose a solas en su despacho.

Luego de este desafortunado encuentro, en el que George había destrozado sus sentimientos, sumiéndola en una profunda apatía, Hortensia se había encerrado su habitación. El recuerdo de George besándola y abrazándola con delirio y luego sus ojos celestes mirándola fríamente mientras la echaba de su despacho con un gesto despectivo en su hermoso rostro, le provocaba una profunda tristeza y gran angustia.

— ¡Dorotea! ¿Dónde está Hortensia?—preguntó Don Miguel entrando a la cocina, con cara preocupada—. Algo extraño ocurrió esta mañana en la estación con Sir George, y tengo la impresión que Hortensia ha tenido algo que ver en ello.

— ¿Qué pasó Miguel? —consultó Dorotea, a ella también le había llamado la atención la actitud de *su niña*. La vio llegar, llorosa y atribulada, y sin dar explicaciones se había recluso en su dormitorio —.Hortensia se ha encerrado en su dormitorio y no quiere hablar con nadie, será mejor que vayas a ver qué le pasa —le ordenó intranquila.

— ¡Sí! Voy a hablar con ella, cada día está más maleducada y altanera. Desde que el inglés puso sus pies en Panquehua esa niña esta alborotada —golpeó la puerta del dormitorio de su hija y sin esperar contestación, entró. La encontró tirada sobre la cama mirando fijamente el techo —.Hija querida, ¿me puedes decir qué ha pasado con Sir George esta mañana, que lo vi subir al tren, en movimiento, como loco y arriesgando su vida?

—Yo que sé papi —contestó, notablemente ofuscada —. Ese inglés ¡está loco!, yo sólo le pedí disculpas y me vine dejándolo en su despacho, lo que haya hecho después es su problema —contestó minimizando los hechos y dándose vuelta para que su padre no viera las lágrimas rodar por sus mejillas.

—Pobre hombre —dijo Don Miguel agitando su cabeza pesaroso —. Tiene tantos problemas, con los gremialistas, con las autoridades de gobierno, con los empleados, eso debe haber sido lo que lo molestó —se conformó, y dándole una palmadita en uno de sus pies salió de la habitación de su hija sin percatarse de su dolor.

—Si —suspiró entre sollozos Hortensia —. Los gremialistas, las autoridades, las mujeres y su egocentrismo. Esas son algunas de las cosas que lo tienen preocupado a ese inglés vanidoso y ególatra.

A partir de ese día, Hortensia se encerró en su habitación y todo lo que antes la entusiasmaba, como tocar la guitarra, cantar a viva voz, corretear por las calles de la villa, tomar un helado con Amanda y Juan Ignacio en la heladería de Don Páez, organizar excursiones al Canal Gran Cacique con los niños de la comunidad indígena de Panquehua y bañarse en sus frías aguas de deshielo, ahora, le provocaban una sensación de melancolía y soledad. No comía, sólo aceptaba tomar algunos mates con Dorotea, que no entendía el motivo por el cual su preciosa y alegre niña, día a día

empalidecía y se volvía más silenciosa. Grandes y oscuras ojeras rodeaban sus hermosos y dorados ojos, había adelgazado y mantenía una actitud abatida y a la defensiva. Pasaba sus días con los hombros encorvados y los brazos cruzados sobre su pecho, como si el frío invernal hubiera congelado sus entrañas a pesar de que estaban en pleno verano.

Hortensia era una joven orgullosa, nunca lloraba, ni siquiera cuando era niña lo había hecho. Cuando algo le provocaba dolor o indignación se encerraba en su terca soledad sin compartir sus angustias o desvelos, pero no podía impedir que la desesperanza se reflejara en sus expresivos ojos. Se sentía traicionada, burlada, le había abierto su corazón en cada beso, en cada abrazo. No podía olvidar la sensación intensa cuando su lengua invadió su boca, la euforia despertada por sus besos y el descontrolado anhelo que le pedía más a pesar de su enojo. Su escasa experiencia en el amor le había llevado a creer que George sentía algo por ella. No pretendía que se enamorara, por lo menos no tan rápido, pero sí que compartieran el sentimiento anhelante que su presencia le despertaba. Ella se había enamorado y en ese despacho en penumbras, se lo había demostrado, no con palabras sino con hechos; con sus besos y sus abrazos y no se arrepentía de sus acciones, no se sentía culpable. Había aprendido de la experiencia de George y no se quejaba por haberle entregado su corazón, pero sentía que él se había reído de ella, considerándola una niña inexperta y alocada, indigna de ser amada.

Hortensia nunca había tenido un motivo realmente importante que le produjera tamaña angustia. Se entristecía cuando recordaba que no había tenido la oportunidad de conocer a su madre, pero esos sentimientos desaparecían cuando miraba el rostro dulce y amoroso de Dorotea. La dulce Dorotea, había desarrollado el rol de madre a la perfección, pero ahora la tristeza la embargaba y no quería inquietarla, ni a sus amigos y menos que menos a su amado padre.

—De hoy no pasa —dijo Dorotea, secándose las manos en el delantal—. Esta jovencita lleva varios días como alma en pena y viendo y considerando que a mí no me piensa contar nada, voy a recurrir a sus amigos, a ellos seguro que les va a abrir su corazón —había decidido hablarlo con Don Correa pero pensándolo bien no quería preocupar a Miguel con el mal de amores de su hija, bastante tenía con lidiar con ese inglés altanero y con los políticos y gremialistas, ambiciosos y taimados—. *Amanda* y

Juan Ignacio son como sus hermanos y van a saber cómo consolarla —se conformó y decidida llamó a los jóvenes amigos de Hortensia.

Amanda tenía la misma edad que Hortensia, era impetuosa y obstinada, pero absolutamente leal. Juan Ignacio, dos años mayor que ellas, era impaciente y un poco torpe pero fiel como un perro, y estaba perdidamente enamorado de Hortensia, aunque era su secreto bien guardado. Los tres eran, excepcionalmente, inteligentes y solidarios pero, a diferencia de sus amigos, Hortensia podía mantener ocultas y controladas sus emociones más íntimas, por ese motivo Amanda y Juan Ignacio debieron recurrir a sus más elaborados artilugios para poder sonsacarle a Hortensia el motivo de su tristeza.

— ¡Amanda, Juan Ignacio! ¿Qué han venido a hacer? ¿Quién les ha dicho que vengan a verme? ¿Por qué han faltado al colegio? ¿Es que no hay clases? — bombardeaba a sus amigos con preguntas, con la intención de distraerlos y que no notaran su amargura y su tristeza.

— ¡Nada de eso, huevona! —dijo enojada Amanda aguantando la mirada iracunda de Juan Ignacio —.¡Sí!, no me digas nada Juan Ignacio, es una huevona, porque está hecha una piltrafa por culpa del inglés y anda llorando por los rincones sin compartir su dolor con nosotros ¿o no? —le espetó a Hortensia, con los brazos en jarra.

—Bueno, tenés razón, pero no es para que le digas huevona, en todo caso llamala estúpida, boba, tonta, necia, idiota, lela, pazguata.... —Juan Ignacio estaba tan enojado con ella, porque sufría por culpa del inglés, que los celos lo habían llevado a lanzarle todos los epítetos que se le habían venido a la cabeza.

— ¡Eh!, ¡para Juan Ignacio! —gritó Hortensia enojada y a punto de llorar-. ¿Qué te pasa? Para o te zampo un cachetón, como el que le di al inglés —y soltó el llanto contenido.

Sus amigos, sentados en su cama y a su lado, le tomaron las manos en silencio y sin preguntar, vieron en lo profundo de su alma su dolor, su angustia y su desesperación. Los ojos de Hortensia se llenaron de lágrimas y contra su voluntad y por vez primera,

lloró en presencia de otros. Comprendieron su tristeza, entendieron su entrega y censuraron la actitud egoísta del inglés. Hortensia lo defendió asumiendo su parte de culpa, era responsable de haberlo buscado y, de algún modo, provocado. Ella era una mujer libre, apasionada y enamorada, había sucumbido a esos penetrantes ojos celestes que le robaron el alma y el corazón el primer día en que puso su pie en el andén de la estación Panquehua, ignorándola y mirando indiferente por encima de su cabeza. Hortensia no lo culpaba, el amor que sentía por George era tan profundo que sólo podía demostrarlo con el cuerpo y con el alma.

Sufría porque él no sintiera lo mismo por ella.

A pesar de su inocencia Hortensia reconocía la poderosa necesidad de calmar la sed provocada por los besos y los abrazos de George. Quería y deseaba que fuera suyo. Sabía en lo profundo de su corazón que la única manera de lograrlo era despertando en él un sentimiento fuerte, intenso e irrompible como una cadena. Iba a dejar de lado su tristeza y su angustia y trataría de forjar esa cadena, eslabón por eslabón, momento a momento, beso a beso; lo suficientemente fuerte y resistente como para soportar cualquier contingencia o persona que intentara separarlos. Si George reflexionaba sobre sus sentimientos probablemente pudieran lograr una relación intensa y duradera.

La catarsis a la que la sometieron sus amigos fue beneficiosa.

Recuperó su alegría y se propuso metas para superar el dolor que le había provocado la actitud de George. Decidió dedicarse a la escuelita indígena y continuar con su pasión, las clases de canto y guitarra que una vez a la semana tomaba en el Conservatorio de Música de la Provincia. Algo positivo había surgido de esta dolorosa experiencia, no necesitaba el reconocimiento de los otros, ella era valiente y tenaz sólo necesitaba el empujón inicial y sus amigos, incluso la actitud de George, le ayudaron a sobreponerse.

Mientras tanto, un George iracundo y furioso se debatía entre los graves problemas estructurales y políticos de la compañía y la agonía de no ver a Hortensia. No alcanzaba a comprender la razón de su congoja, muchas mujeres pasaron por sus

brazos y por su cama, incluso Oyá le había provocado una gran desilusión, pero ninguna despertó esa sensación de soledad y melancolía. En África había sobrevivido a numerosas confrontaciones, algunas de vida o muerte, y ni aún en esos momentos se había sentido tan desprotegido y desconcertado.

Hortensia era una criatura inexperta, pero al mismo tiempo era seductora y provocadora. Comprendió en ese momento que la inocente diablo lo había seducido y atrapado. Deseaba complacerla, saborearla y entregarle todo el placer que ella anhelaba. Por comentarios que Don Miguel había compartido en confidencia y muy preocupado, estaba al tanto de que Hortensia se encontraba triste, decaída y que desconocían los motivos de su aflicción. Él sabía por qué sufría su adorada niña, tenía que hablar con ella, decirle que le había arrebatado el corazón, el mismo que creía muerto para el amor; ella debía saber que su vida se había convertido en un calvario y que la necesitaba día y noche. En el día para adorarla y escuchar su parloteo incesante, salpicado con su risa dulce y alegre, que le provocaba un estremecimiento placentero en lo más profundo de su ser, y en la noche para besarla, acariciarla, arrancarle la ropa y desnudarla.

Ansiaba soltar su hermoso cabello azabache para que cayera en cascada por su espalda, acariciar sus pequeños y perfectos pechos, recorrerlos con sus dedos hasta llegar a los pezones y luego hacer el mismo camino con la lengua, lamiéndola, acariciándola, incitándola a abrir las piernas para posicionarse entre ellas y luego penetrarla, lentamente disfrutando de cada gemido y de cada estremecimiento de su maravilloso cuerpo. La imaginaba suspirando sonrojada, sonriendo a mitad de sus besos, curvando la cintura, levantando sus caderas, mientras él degustaba su sabor, hundiendo sus labios y su lengua en el centro de su placer y acariciando los rizos brillantes y cálidos de su intimidad. Quería colocarla encima de él y dejarla sin aliento cuando su miembro se moviera dentro ella, deleitarse con la imagen de Hortensia cabalgándolo, con la espalda arqueada, la cabeza inclinada hacia atrás, la boca entreabierta, los ojos cerrados. Sujetar sus caderas, con fuerza, entre sus manos e imponerle el ritmo adecuado para que llegara al orgasmo y en una embestida final, mientras lamía sus pechos bajo su mirada apasionada, soltar en su interior todo el deseo acumulado.

Sus pensamientos llenos de imágenes eróticas, la abstinencia sexual que se había impuesto en los últimos días, porque no podía estar con otra mujer que no fuera

Hortensia y el remordimiento que lo torturaba por haberla humillado y ofendido no le daban paz.

Entonces George llegó a una conclusión ;Tenía que verla!

Necesitaba mirarse en sus ojos brillantes y expresarle con su alma y su corazón el deseo inmenso y real que por ella sentía. Dejando atrás el sufrimiento al que la había sometido y las largas noches de insomnio que habían padecido.

Capítulo 10

Recuperando la confianza — Trabajando juntos

En una semana estaba prevista la fiesta de inauguración de su casona, las invitaciones ya habían sido enviadas y Don Miguel había confirmado su asistencia, sería entonces cuando le confesaría su amor y le propondría que se comprometieran.

Mientras tanto los problemas de la compañía le exigían atención y dedicación.

Cuando los hermanos Burks se hicieron cargo del Ferrocarril Nacional Andino no imaginaban el lamentable estado en que se encontraban las líneas y el material rodante. Estos inconvenientes afectaban el desarrollo normal del servicio. Por otra parte tenían que alargar el tendido de las vías hasta la ciudad de San Juan, situación que se demoraba y provocaba tensión con las autoridades del gobierno sanjuanino.

George tenía varios frentes sin resolver, las relaciones con los comerciantes, con las autoridades de los gobiernos sanjuaninos y mendocinos, con los políticos opositores a la incursión de empresas extranjeras en el manejo del ferrocarril argentino; con la incipiente aparición de movimientos gremiales en defensa de las necesidades de los trabajadores, con la incorporación de material rodante adecuado y el más importante de todos, ¡con la niña Hortensia!

Puso manos a la obra y con la ayuda inestimable de Don Miguel iniciaron las negociaciones con talleres europeos para la adquisición de locomotoras nuevas y la compra de los repuestos necesarios para reparar algunas que se encontraban fuera de servicio. Adecuaron los talleres ubicados en Panquehua para la reparación de las locomotoras en mal estado otorgando trabajo a muchas personas de la comunidad,

mejorando el poder adquisitivo de sus familias. Uno de los puntos cruciales era la provisión de agua de buena calidad, con bajo contenido de minerales, necesaria para el buen funcionamiento de las locomotoras. Estas sufrían constantes daños debido a la salinidad del agua de la zona. Para ello recurrieron a la comunidad indígena de Panquehua, ellos contaban con una vertiente de agua dulce dentro de su territorio. La comunidad sería la encargada de aprovisionar al ferrocarril de ese elemento tan importante.

Necesitaban personal administrativo en las estaciones. La compra de materiales y la distribución de los mismos exigían una supervisión calificada. Don Miguel sugirió a Sir George la contratación de Hortensia, Amanda y Juan Ignacio para desempeñar esa tarea durante las vacaciones de verano, considerando sus buenas calificaciones en el colegio y su integridad moral.

—Por supuesto Don Miguel nadie más adecuado para este trabajo que Hortensia y sus amigos —expresó exultante Sir George-. ¿Se encarga usted de avisarles a los chicos?! —agregó eufórico—. Si pueden empezar mañana mismo sería mejor, ¿no le parece? —le consultó, poniendo cara ingenuo y tratando de ocultar su ansiedad.

Don Correa se sorprendió por la rapidez y el énfasis con el que Sir George aceptó su propuesta y minimizó el interés excesivo del inglés ante la idea de incorporar a los jóvenes. Por otra parte, intuía que esta propuesta iba a arrancar a Hortensia de ese estado de apatía en el que se encontraba inmersa. Cuando le contara que la comunidad indígena había sido elegida por Sir George para la provisión del agua, Hortensia explotaría de felicidad. Llevaba mucho tiempo intentando que las autoridades mendocinas otorgaran a la comunidad la oportunidad de ofrecer sus servicios y de ese modo conseguir la valoración y el reconocimiento de la sociedad mendocina. Ellos no querían la dádiva del gobierno, querían realizarse como comunidad comerciando los recursos naturales con los que contaban dentro de su territorio.

—¡¡ ¿Qué?!! ¡¡Trabajar en el despacho de Sir George!! —exclamó con los ojos casi saliéndosele de las cuencas-. ¡¡Ni loca, ni borracha!! ¡¡Antes me tiro bajo las ruedas de la locomotora!! —gritaba descontrolada.

—¡¡Hortensia!! —gritaron al unísono Dorotea y Don Miguel —. ¿Qué te pasa hija mía?, ¿por qué esa reacción tan colérica? Tú no eres así —dijo preocupado, clavando sus pupilas en el rostro de su enojada hija.

Cuando Don Miguel le hablaba usando el tú significaba que estaba preocupado, y lo último que quería era preocupar a su amado padre con su mal de amores, así que conteniendo las lágrimas que inundaban sus ojos, bajo la cabeza y abrazando a su padre, aceptó su derrota.

—Está bien papi, no me pasa nada, anoche dormí mal por culpa de los mosquitos, me alegro muchísimo que la comunidad ofrezca sus servicios al ferrocarril y por supuesto que estoy contenta de trabajar junto con los chicos. ¿Ellos ya lo saben? — intentó desviar la conversación a otro tema.

Don Miguel seguía empeñado en nombrar al innombrable.

—No, todavía no, Sir George creyó conveniente que tú les diera la noticia. ¿Crees que estarán contentos y aceptarán? —preguntó ilusionado, quería a Amanda y a Juan Ignacio como si fueran sus propios hijos.

— ¡Sir George! Sir George! , Ufff... —resopló fastidiada —. ¿Siempre hay que nombrarlo? ¡¿Quién se cree el rey de Escocia!?! —contestó poniendo cara de fastidio.

—En todo caso el rey de Inglaterra, porque soy inglés —oyó una voz poderosa a su espalda. George carraspeó con voz ronca, el innombrable había encontrado la puerta principal abierta y había entrado sin anunciarse.

—¡¡Sir George!! , que alegría —exclamó Don Miguel —. Adelante no se quede en la puerta, siempre es bienvenido a nuestro hogar. Hortensia invita a Sir George para que tome asiento mientras le aviso a Dorotea para que prepare el té —dijo saliendo y dejándola sola en las garras de Satán, acorde con el pensamiento de la joven.

Le dirigió una mirada asesina y prácticamente le gritó en la cara:

—Si quiere tomar asiento, ¡hágalo!! —le ordenó furiosa—. Por mi se puede quedar parado o volver sobre sus pasos, me da lo mismo —y cruzó sus brazos sobre su pecho, enfurruñada, como una niña malcriada.

Esa actitud inocente, casi infantil, golpeó el corazón de George, acelerándole el pulso. Deseó tomarla entre sus brazos, acunarla, acariciar sus sedosos cabellos y callarla a besos mientras le suplicaba su perdón. Pero... otra vez, no pudo resistir la tentación de despertar la guerrera que tenía dormida y amordazada desde el día que la besó en su despacho. Ese día comprendió que ella era la mujer de su vida, la mujer que se había adueñado de su alma.

— ¡No!, no pienso irme ¡Me gusta mirarte, me gusta verte furiosa! —la desafió y mientras hablaba se iba acercando paso tras paso—. Cuando estás enojada ¡me vuelves loco Hortensia Correa! ¡Quiero que rías conmigo y con nadie más! ¡Quiero que me beses sólo a mí! ¡Que sonrías sobre mis labios cuando te beso! —ella retrocedía y él seguía avanzando como un tigre, agazapado y alerta sin sacarle los ojos de encima—. ¡Quiero que te cuelgues de mi cuello y me mires como lo hiciste aquel día en mi despacho! ¡Quiero dormir contigo el resto de mis noches! ¡Quiero tu cabeza al otro lado de mi almohada! Mis noches sin ti son insoportables. ¡Quiero que tus hijos sean mis hijos! —y enfatizó esta última frase.

La tenía acorralada, al alcance de sus manos. Deseaba abrazarla, acariciarla, besarla hasta quitarle el aliento.

—¡¡ Quiero que seas mía, sólo mía!! ¡Te deseo Hortensia Correa! —terminó susurrándole en la oreja.

Se había ido acercando, hasta llegar a su lado, con cada quiero que pronunciaba.

Hortensia se sobresaltó cuando sintió el calor de su aliento sobre su cuello y detrás de la oreja, estaba tan próximo que podía percibir su aroma varonil, mezcla de tabaco y sudor, que amenazaba con nublarle la mente. George deseaba conmocionarla, el tipo de conmoción intensa que siente una mujer cuando está con un hombre. Con sus manos, con sus besos y en su cama. Sólo la idea de rozar con sus manos la tersa y morena piel de Hortensia, incendiaba sus partes varoniles. Tenerla tan cerca y sorprendida nublaban su capacidad de pensamiento, no podía pensar en otra cosa que no fuera sus grandes manos acariciándola, haciéndola suspirar y gemir hasta que enloqueciera de amor por él.

— ¿Quéééé?... —Hortensia boqueaba intentado hilvanar una frase coherente.

Su bello rostro empalideció, trataba de contener las lágrimas, se veía tan frágil. Irguió la espalda, enderezó los hombros recomponiéndose física y mentalmente y mirándolo fijamente se preparó para enfrentarlo. Apoyó sus manos en el poderoso torso de George en un gesto defensivo, tratando que no se aproximara más. Levantó su mirada y quedó atrapada en sus penetrantes ojos celestes, no podía rehuirlos; le provocaban un hormigueo en el estómago, el pulso se le aceleraba. Cuando lo tenía tan cerca no podía resistirse a su aroma varonil, al timbre grave y excitante de su voz ¡Dios Bendito! , sentía como se humedecían sus partes íntimas. Imaginaba sus manos grandes y fuertes, sus largos dedos con uñas cuidadas y perfectamente recortadas recorriendo su cuerpo, deteniéndose en sus pechos, aferrándose fuertemente a sus nalgas y caderas.

— ¡¡Debo evitar esas manos!! —murmuró asustada.

— ¿Cómo? —exhaló agitado George, mirándola sorprendido y desconcertado.

— ¡*Santos infiernos!* —dijo Hortensia, tapándose la boca con sus manos. Otra vez había expresado sus pensamientos en voz alta. Se desconcentraba por completo cuando lo tenía prácticamente encima de ella.

Tenía que ponerle freno a su agitada mente, si dejaba sus pensamientos vagar sin control no podría evitar la tentación de colgarse del cuello de George y comérselo a besos. No le iba a permitir que la sometiera y humillara de nuevo.

Empujándolo y separándose dejó que se expresara su sentir.

— ¡Usted!, ¡señor! Entra en mi casa, después de diez días, despreocupado y sin ofrecer una mínima disculpa por su comportamiento, con frescura y desparpajo me declara su amor y ni siquiera me pregunta si ¡estoy enojada! —le gritó furiosa, parada en el medio del comedor familiar, con el cabello alborotado, las manos en jarra apoyadas en sus caderas, sus pechos perfectos subiendo y bajando agitados por el enojo. Hortensia era la viva estampa de una amazona en pie de guerra.

George quería abrazarla, besarla con vehemencia, aliviar su enojo y pedirle disculpas una y otra vez. No obstante, dibujó una sonrisa dulce y cándida; cruzó sus brazos sobre su pecho, se apoyó en la puerta de entrada a la sala-comedor y se dispuso a escuchar los argumentos de su amada y alterada india morena.

Pero la risa se borró de sus labios al oír las frases que salieron de la boca de Hortensia.

—¡¡Me avergüenzo de mi comportamiento!! —le gritó con los ojos inundados en lágrimas pugnando por desbordarse por sus mejillas —. Quizás sea una mujer más, que se siente atraída por su aspecto físico, pero me niego a entregarle mi corazón a alguien sólo por su belleza, el amor es mucho más profundo que poseer un cuerpo, el amor es entregarse en cuerpo y alma. ¡Soy una tonta! A pesar de su arrogancia, yo confiaba en usted —siguió hablando al borde del llanto —. Creía que podíamos trabajar juntos para ayudar al crecimiento del pueblo de Panquehua y lo único que conseguí fue que se riera de mí, y lo sigue haciendo viniendo a mi casa y hablándome de ¡sus absurdos sentimientos!

George apenas pudo oír las últimas palabras, musitadas entre sollozos entrecortados.

—¡¡Maldición!—pensaba George tragando saliva —. ¿¡Ella se avergonzada?!

Ella que había soportado los embates de su pasión, de sus besos lujuriosos y dominantes, de sus abrazos atrevidos y posesivos. Era él quien tenía que avergonzarse. Él era el hombre maduro que se había dado cuenta que Hortensia lo deseaba, tanto como la deseaba él y no dudó en tomar provecho de su inexperiencia y su juventud, acosándola, acorralándola y sometiéndola en su despacho.

No soportaba verla vencida, angustiada y derrotada.

De dos zancadas cruzó la sala y la abrazó, apretándola, desesperado, contra su pecho.

— ¡Mujer! ¡Cómo te deseo, mujer! Yo soy el único culpable de lo ocurrido y no quiero que te avergüences de lo que sentimos. No quiero que sufras, no quiero verte triste —Hortensia se aferraba a su camisa, mientras él la abrazaba apretándola contra su pecho quitándole la respiración —. ¡¡Te necesito Hortensia Correa!! Te deseo con todo mi corazón y sé que este sentimiento es mutuo, debemos darle fin a este sufrimiento que nos daña y aceptar que no podemos vivir el uno sin el otro. El mundo se me viene encima cada vez que discutimos. No encuentro las palabras adecuadas que sirvan para mi defensa, yo soy el único culpable, tú sólo has sido una víctima de mis embates apasionados. ¡¡Mi vida!! Quiero pedirle permiso a tu padre para poder cortejarte, ¿estás de acuerdo? —si para tenerla debía asumir un compromiso con ella lo haría, pero la quería en cuerpo y alma, la quería en su cama.

Hortensia lo miró sorprendida por la manera rápida en que se iban desarrollando los acontecimientos. Incrédula, con la boca entreabierta como si le costara respirar.

— ¡¡Maldita sea!! ¡¡Cómo te deseo mi niña!! —exclamó George. Se inclinó, y atrapó sus labios entreabiertos con su boca voraz, ansiosa, posesiva, dándole besos tiernos y dulces, húmedos y firmes.

La boca de Hortensia se sentía cálida y suave, sus besos tímidos e inexpertos lo embriagaban, sentía la respiración entrecortada mientras el beso se volvía más intenso y ardoroso. La pasión le quemaba a través de la ropa, los gemidos que exhalaba Hortensia le provocaban una erección dolorosa, el deseo bullía en su interior como lava de un volcán. Tenía que separarse o no sería dueño de sus actos. Procurando calmar su corazón que amenazaba con escaparse de su pecho George comenzó, cuidadoso, a separarse de Hortensia.

— ¡Sí!, si quiero, Sir George —musitó ella, entre suspiros y con una mirada soñadora. La hermosa bruja lo llamaba ¡Sir George! mientras la tenía atrapada en sus brazos, besándola. No pudo contener la carcajada y riéndose sobre su boca volvió a besarla apasionadamente.

¡Por todos los demonios!! ¡¡ Se había quedado sin corazón!!

Su corazón y su alma ya eran propiedad de Hortensia, aunque todavía no se diera cuenta.

Capítulo 11

Negociando con la comunidad

¡Papi! ¡Dorotea! —exclamó, Hortensia apartándose con celeridad y, un poco, avergonzada. George balbuceó, ahogado, palabras de disculpas para justificar su cercanía muy comprometedor para la joven e intentaba encontrar la postura adecuada para disimular la erección provocada por tanta pasión—. Sir George me estaba invitando a la fiesta de inauguración de su casona en La Alameda.

—Tímida disculpa para un espectáculo bastante delicado y osado, especialmente para Sir George. Este inglés se acaba de meter en un tremendo lío con la familia Correa —pensó Don Miguel, mirándolo con los ojos entrecerrados.

Tratando de justificar la escena que habían presenciado su padre y Dorotea, Hortensia hablaba de prisa y, atolondrada, trataba de recomponer su pelo, más alborotado que de costumbre y su vestido algo arrugado.

— ¡Hummm...! —articuló preocupado y sorprendido Don Miguel. El ceño adusto en su rostro no concordaba con el pícaro brillo de sus ojos. Su mirada iba de uno a otro con alternancia.

Finalmente detuvo su vista sobre George enarcando su ceja izquierda. Si Miguel Correa arqueaba su ceja izquierda era el momento de preocuparse, eso lo sabía Hortensia y Sir George lo había aprendido en el poco tiempo que llevaba trabajando con él.

— ¿Sir George? ¿Tiene algo para contarme? —preguntó con voz suave pero con autoridad.

— ¡Don Miguel! —carraspeó, recuperando la voz y el aliento. —Le pido disculpas por la escena que se ha visto obligado a presenciar. La realidad es que yo adoro a su hija y quisiera pedir su autorización para cortejarla. Reconozco que soy mayor que ella, pero el cariño no entiende de edades, ni de nacionalidades en nuestro caso — sonrió con falsa timidez, mirando embelesado a Hortensia —. Le aseguro que la voy a respetar el resto de mis días. Si Hortensia me acepta me hará el hombre más feliz y es mi intención que ella sea feliz a mi lado. ¡¡Maldición!! —masculló en inglés, por enésima vez los nervios lo llevaban a comportarse como un adolescente hablando y escupiendo palabras atropelladamente.

Hortensia tenía la capacidad de convertirlo en un turulato con sólo mirarlo y si estaba presente Don Miguel lo era por partida doble. George miraba atontado a Hortensia, Don Miguel a él tratando de adivinar sus intenciones y Hortensia sonreía haciéndose la inocente, mirando a uno y a otro, con un brillo pícaro y vivaz en sus ojos dorados sabiendo que ya tenía atrapados en su artera red, a esos dos hombres que creían que podían dominarla. Hortensia era una hechicera natural, acababa de meter dos gatos en una misma bolsa y ellos no se habían dado cuenta de su maniobra.

Dorotea sonreía, perspicaz y clarividente, mirando a su niña consciente de su astucia.

Su Hortensia flechada por ese gigante inglés, orgulloso, soberbio, magnífico y enamorado, colado hasta los huesos por una bella india morena. En ese momento supo que su niña sería feliz al lado de ese hombre. La forma en que la miraba no dejaba lugar a dudas, Sir George Percy Markham estaba atrapado en los lazos de amor de Hortensia Correa y ella le había entregado su tierno corazón, su cuerpo y su alma.

Los días posteriores se desarrollaron sin altibajos.

Hortensia y sus amigos comenzaron a trabajar en una oficina adaptada para ellos en la estación Panquehua. Sir George iba y venía entre ésta, la Estación Central de Mendoza y la Estación Central de San Juan, y Don Miguel vigilaba con atención estas idas y venidas. El inglés era de su confianza pero Hortensia todavía era una niña, y encima un poco desobediente y temperamental, algo de vigilancia nunca estaba de más. Después de la proposición de Sir George en la sala-comedor y una vez que aceptó trabajar con sus amigos en una oficina de la estación Hortensia prefería que George se quedara más tiempo en la estación Central, de esa manera se vería menos presionada por su presencia y por el control disimulado de su padre. No obstante, cada vez que él le sugería que lo acompañara a alguna entrevista o reunión de trabajo ella accedía pero manteniendo cierta distancia, sin bajar la guardia, procurando nunca quedarse a solas.

George confiaba que en unos días, la noche de la inauguración de su casona, lograría vencer estas barreras que ella mantenía cerradas. La deseaba tanto que dolía.

Las negociaciones con la comunidad para el aprovisionamiento de agua estaban en su fase final. Con la intención de conocer a las autoridades de la comunidad George le pidió a Hortensia que lo acompañara. Partieron del pueblo a primera hora de la mañana. El trayecto era relativamente largo y no querían que la noche los atrapara a la vuelta. Cabalgaba tras ella, conduciendo con la pericia de un entendido a Thunder, mientras Hortensia lo hacía sobre Nieve, su hermosa yegua blanca, la misma que montaba el día que George llegó a Estación Panquehua. Sir George no podía apartar sus ojos de la bella amazona que los precedía.

Hortensia, montaba a Nieve ensimismada y soñadora. Sentía correr la libertad por sus venas como si fuera su sangre. El viento y el calor del sol mendocino en su rostro le provocaban una sensación tan placentera que la dejaba sin aire en los pulmones; tenía las mejillas sonrosadas por el ejercicio y ardientes por el calor, sus pechos turgentes subían y bajaban, con movimientos eróticos y sensuales, al compás del caminar de la yegua; el pantalón de montar ajustado se adhería a sus caderas como una segunda piel y el cabello suelto, caía sobre su espalda como una cascada color azabache. Semejante cuadro causó en George, que la seguía sin poder despegar sus ojos de ella, irrefrenables pensamientos, cargados de lascivia, que le provocaron insoportables punzadas en su masculinidad.

— *¡Esta criatura me va a matar!* —suspiró el inglés mirando el culo respingón de la joven —. Niña Hortensia, ¿falta mucho para llegar a la toldería? —preguntó en un gemido, después de varias horas de cabalgata —. *Si no llegamos pronto me voy a tener que bajar de este maldito caballo* —masculló en inglés con voz dolorida, causada por la terrible erección que amenazaba con romper las costuras de sus pantalones.

— ¡No es una toldería! —lo retó indignada, lanzándole una mirada iracunda por encima de su hombro —. Es una comunidad y ya casi llegamos. ¿Por qué lo pregunta Sir George? —inquirió haciéndose la inocente y con una sonrisa pícara en su hermosa boca, imaginando la razón de su queja.

— ¡Por nada!, ¡por nada, bruja endemoniada! — rezongó en inglés — *¡Bruja atrevida! mirándome con esa carita inocente.¡¡ La bajaría de esa yegua y le enseñaría porqué quiero llegar pronto a la maldita toldería!!* —.volvió a mascullar acomodándose, nuevamente, sobre la montura.

El malhumor de Sir George era tan grande como su erección.

La sonrisa de Hortensia se transformó en una carcajada estridente. Cuando se reía se le iluminaban los ojos, la boca se le suavizaba y su rostro transmitía un estado de ánimo positivo a quienes la rodeaban y George cayó en sus redes otra vez uniendo su risa a la de ella.

Afortunadamente para él y su masculinidad habían llegado a destino.

La comunidad indígena era una agrupación de sencillas chozas alineadas a lo largo de una estrecha calle, rodeadas de sauces llorones, aromos y retamas regados por el magnífico manantial de agua dulce. La surgente natural formaba un gran lago en el que convivían patos, gansos, truchas, carpas y gran variedad de peces que servían de alimento a los pobladores. Los árboles que lo rodeaban estaban habitados por pájaros autóctonos como gorriones, tordos y zorzales y abrevaban en sus tranquilas aguas animales salvajes como pumas, jabalíes, mulitas y domésticos como vacas lecheras,

cerdos, gallinas, ovejas, caballos y bueyes, todas las especies convivían en paz y respetaban sus espacios.

Los indígenas tenían un profundo respeto por la naturaleza y esa era la razón del perfecto equilibrio entre el reino animal y el vegetal. Era principios del verano y los integrantes de la comunidad se ocupaban de las tareas relacionadas con la cosecha; arreglaban los techos de paja y reforzaban las cercas de los corrales en donde criaban el ganado que utilizaban para el mantenimiento interno; el resto que comercializaban estaba distribuido por el campo cercano a la comunidad. Trabajaban con fervor, preparándose para los rigores del invierno.

George observaba asombrado y respetuoso la intensa actividad que desplegaban los hombres y las mujeres, lado a lado, en un esfuerzo conjunto por sacar su comunidad adelante. La división de las tareas se apreciaba en el orden con el que éstas se realizaban. Abastecían al pueblo de Panquehua de leche, huevos y verduras que cultivaban en el campo y con la esquila de las ovejas confeccionaban las prendas de abrigo que utilizarían durante el invierno riguroso de Mendoza. Le sorprendió el alboroto que provocaron los niños al ver a Hortensia, corrían y brincaban a su alrededor y ella saltaba y reía junto a ellos. Conocía el nombre de cada niño a los que abrazaba y besaba con ternura revolviéndoles el cabello suavemente. Ese gesto tierno y cálido le provocó al inglés, un nudo en el estómago y el corazón se le desbocó golpeando tan fuerte en su pecho que pensó que todos lo oirían. No podía apartar los ojos de esa hermosa mujer, de esa niña maravillosa que muy pronto sería de su propiedad.

Caminaron rodeados por un conjunto numeroso de niños ruidosos y sedientos de la atención de Hortensia, la tomaron de la mano y la arrastraron riendo y saltando hacia una arboleda de sauces y frutales; de uno de ellos colgaba una hamaca y hacia ella se dirigió el animado grupo.

— ¡Un **columpio**! ¡Sir George, los niños tienen un **columpio**! —gritaba, mirándolo y riendo alborozada, mientras corría como una chiquilina detrás de los niños que tiraban de ella, sosteniéndose con fuerza de sus manos.

George seguía la estela dejada por la risa de Hortensia, preguntándose: “*Primero la Pachamama y ahora ¿un columpio? ¿Qué mierda es un columpio? ¡Esta niña usa palabras que no existe en el idioma español! ¿Qué idioma será? ¿Mendocino?*” y se carcajeó, solo, por su ocurrencia. Esa criatura sacaba su mejor parte, lo volvía un niño con sólo mirarlo.

Su voz, su belleza y la ingenuidad de su sonrisa lo tenían embobado. Caminaba paralelamente al grupo observándolos; Hortensia estaba radiante, el escote de la camisa entreabierto amenazaba con dejar escapar sus turgentes pechos, ese culo respingón, que lo tenía loco, atrapado bajo los ceñidos pantalones de montar y su risa cantarina lo desconcentraban, al punto tal, que cuando el jefe comunal le habló lo sorprendió. Giró de modo brusco y levantó la voz:

— ¡¿Qué?! —dijo con impaciencia y tono áspero.

Extrañado se encontró con el jefe comunal que caminaba a su lado. Evidentemente le había hecho una pregunta que él, prendado de la figura de Hortensia, no había escuchado, de hecho no tenía idea en qué momento el jefe se había unido a la caminata.

—Le preguntaba ¿qué opinaba sobre la oferta que ha hecho el ferrocarril, y en particular usted Sir George, para que la comunidad provea el agua para las máquinas? —y agregó sutilmente—. Lo veo muy entretenido mirando el enjambre maravilloso que forman la niña Hortensia con sus alumnos.

—Lo siento jefe. Tenía la cabeza en otra cosa. Tiene razón me he quedado prendado de la íntima relación que ha logrado la señorita Correa con sus alumnos. ¡¿Señorita Correa?! ¿Por qué la había llamado así? —lo desconcertó su manera de expresarse—. ¿Pretendía aparentar frente al jefe de la comuna indígena que mantenía una mera relación de trabajo con ella? ¿Pretendía ocultar sus verdaderos sentimientos? ¿Quería o no que todos supieran que esa bruja lo tenía locamente enamorado? ¡Sí!, definitivamente quería que todos supieran que Hortensia Correa era la dueña de su corazón —Mirando sonriente y con atención al jefe, corrigió su anterior expresión—.

—En realidad estoy embobado con el comportamiento de Hortensia, es una joven maravillosa, desprendida, alegre y con una capacidad única para dar amor sin pedir nada a cambio. *Ciertamente, Hortensia es una criatura única y muy bonita* —agregó en un tono casi imperceptible para los oídos del jefe —.Y volviendo al tema que le preocupa, —agregó —todo está dispuesto para la firma del contrato, estamos muy satisfechos con la idea de que la comunidad provea al ferrocarril del preciado elemento que surge de la vertiente ubicada en sus tierras.

Finalizando la frase ya habían alcanzado al bullicioso grupo que formaba una larga fila esperando el turno para hacer uso del *columpio*. Hortensia hizo un ademán con su brazo en alto, llamándolo e invitándolo a participar del entretenimiento.

George estaba un poco molesto con el comportamiento de la joven, él había imaginado que se mantendría a su lado, callada y ocupada en acortar la distancia entre él y las autoridades indígenas, por el contrario ella se había convertido en el centro de la atención y tenía, a los niños, a los jóvenes y no tan jóvenes de la comunidad siguiéndola ciegamente como si fuera una aparición.

— *¿Será posible que esta malcriada siempre logre sus cometidos? ¡Tener a todo el mundo rendido a sus pies!* —mascullaba en inglés, mientras devolvía el llamado de Hortensia asistiendo con la cabeza y acercándose al **columpio** —. *¿Qué querrá ahora la diabla? ¿En qué loca aventura me embarcará?* —pensaba, desconfiado George.

Nadie mejor que él conocía de lo que podía ser capaz Hortensia cuando se trataba de poner a prueba su paciencia. Llegó a su lado y al inhalar su aroma a violetas y el sutil olor de su piel acalorada, todo el malhumor desapareció. Hortensia rezumaba vitalidad y belleza por todos los poros de su cuerpo, tenía las mejillas sonrosadas y sus pechos se elevaban agitados por el esfuerzo que realizaba al empujar el **columpio**; sus vivaces ojos dorados brillaban encandilándolo y cuando los cruzó con los suyos y con un gesto tierno elevó su pequeña mano acariciándole la mejilla George sintió que Panquehua era su lugar en el mundo. En Panquehua, por fin había encontrado el amor de su vida.

Sacándolo de sus pensamientos escuchó la voz de Hortensia.

—¡Sir George!, gracias por venir a columpiarse con nosotros, póngase en la cola que enseguida le toca a usted y no se le ocurra decir que no —lo amonestó con su dedito acusador levantado.

—*Con que eso es lo que se traía la bruja* —pensó, mientras le sonreía como un estúpido —. Avergonzarlo frente a la comunidad indígena, columpiándose como un pasmarote de un metro noventa de altura y treinta y dos años.

—Y no se le ocurra retarme porque lo abandoné —agregó con una sonrisa compradora, coqueteando abiertamente con él.

— *¡Oh, my God, por esta niña voy a ir a la hoguera del infierno sin salvación!* — pensó el inglés.

—Las autoridades del ferrocarril podrían mandar a construir una plaza de juegos para los niños de la comunidad, ¿no le parece una idea fantástica, Sir George? — comentó ella con cara de inocente e ignorante de los pensamientos encendidos del inglés —.Ningún niño debería esperar para disfrutar del **columpio** o de la **maroma** — afirmó con convicción —. La espera le quita el gusto agradable a la experiencia de columpiarse —y concluyó —. Cuantos más **columpios** haya, menos tiempo deberán esperar para usarlos.

George se quedó mirándola embelesado, con el pelo alborotado, parada con las piernas entreabiertas y las manos en la cintura, desafiante y defendiendo su punto de vista con respecto a la construcción de una plaza de juegos para sus adorados niños indígenas, era la viva estampa de una diosa, coqueta y seductora y a la vez enérgica y feroz como una leona, defendiendo el territorio de sus cachorros.

— *¿Maroma, columpio? Voy a necesitar un traductor el día que me la lleve a la cama. Aunque en realidad, con que pronuncie mi nombre mientras le hago el amor*

me doy por contento —elucubraba mientras le preguntaba, serio y tratando de ocultar sus verdaderas intenciones

—. ¿Qué es un **columpio** y una **maroma**, mi bella niña?—haciéndose el santo inocente.

— ¡Ay Sir George!, parece que todavía no se aprende algunas palabras mendocinas —dijo con tonito condescendiente-. Un **columpio** es una hamaca y una **maroma** es un sube y baja ¿entendió ahora, Sire? —preguntó con voz cariñosa e imitando a John.

George sintió el impulso de lanzarse sobre ella, besarla, comerle la boca y meterle la lengua en ella hasta arrancarle esos gemidos que le provocaban tanto placer, pero el sentido común, que todavía no lo abandonaba, hizo acto de presencia y trató de recomponerse desviando su mirada hacia el ruidoso grupo y solo atinó a decir:

—Entendí, fuerte y claro, mi bella y seductora mendocina —sonriendo como un bobo.

— ¡Sir George! ¡Sir George! —gritaban los niños a coro con Hortensia —. ¡Ahora es el turno de Sir George en el **columpio**! — y todos tenían una sonrisa cómplice y burlona en sus sucias caritas.

— ¡Muy bien, muy bien! Subiré, pero a la primera carcajada me bajo y me voy — amenazó con una cautivante sonrisa en sus labios.

George se dirigió, con grandes zancadas, hacia el columpio, bajo la expectante mirada de los niños, de Hortensia y de media comunidad indígena que no daban crédito al espectáculo del que serían espectadores. Sintió toses, carraspeos y hasta alguna risita nerviosa y estuvo tentado de volver sobre sus pasos y salir corriendo como un niño asustado, pero quería demostrarle a Hortensia que podía dejar de ser el inglés flemático y solemne que ella conocía y mostrar su faceta alegre y divertida.

— *Esta pequeña arpía me saca de quicio, está tratando de avergonzarme frente a la comunidad indígena, por ahora se lo voy a permitir, ya voy a tener oportunidad de cobrarme esta afrenta y entonces veremos quién sale ganador* —pensaba en camino hacia el columpio mirándola fijamente transmitiéndole su pensamiento.

Ella, comprendiendo el mensaje de su mirada, sólo atinó a encogerse de hombros como si no tuviera ninguna responsabilidad en el asunto.

Se colocó en la cola, esperando su turno con resignación y valentía y cuando el niño que lo precedía le cedió, gentil y con respeto, el asiento miró a los presentes y se sorprendió al ver el gesto de incredulidad y asombro en sus caras y la sonrisa maliciosa y triunfal en la de Hortensia.

— *¡Mierda, mierda! ¡Maldita bruja!* —masculló en inglés—. *¡Lo ha conseguido! ¡Me ha manipulado hasta lograr que haga algo que nunca hubiera hecho por mi propia voluntad! ¡Columpiarme frente a toda la comunidad indígena como si fuera un imberbe!* —pero ya era tarde para arrepentirse, así que con actitud arrogante se sentó en el columpio y dándose impulso con los pies comenzó a balancearse.

No recordaba lo que se sentía al hamacarse, desde su infancia no lo hacía. Se deslizaba suavemente, las subidas y bajadas del juego le provocaron una sensación de euforia y emoción sólo comparables con las de sus recuerdos infantiles. Cada vez que subía podía apreciar, no solo los rostros de los presentes que acompañaban el movimiento del *columpio* con sus ojos, sino que veía el paisaje maravilloso que rodeaba al pequeño pueblo. El río de aguas claras de deshielo y la codiciada vertiente, motivo de su visita y que había pasado a segundo plano, cuando la bella hechicera, con sus artimañas, lo había convencido de que se columpiara frente a una atónita concurrencia.

La sensación de vértigo agradable que sentía en su estómago con el suave balanceo de la hamaca, sus remembranzas infantiles y el paisaje circundante empaparon los sentidos de Sir George y llegó a la conclusión, que la propuesta de Hortensia de construir una plaza de juegos para los niños de la comunidad, no era un capricho más sino que era una idea maravillosa. Nadie debía esperar mucho rato para subirse a un

columpio; sería mucho más divertido compartir ese momento con otros y hamacarse a la par, riendo y conversando. Se olvidó del entorno y continuó balanceándose. Impulsándose con los pies, hacia adelante y hacia atrás, sintiendo el aire cortándole el rostro, acariciándolo con la suavidad de la seda, con la suavidad de las manos de Hortensia; oyendo a lo lejos el murmullo de las voces de los habitantes del pueblo, como un sonido tenue.

Por fin se sentía libre, lejos de las presiones del ferrocarril, de los políticos, de los gremialistas, de Octavia Arenal y de Sir Leguiza. Deseaba no detenerse, quería permanecer en ese estado de profunda abstracción alejado de las obligaciones y de las preocupaciones, pero cometió el error de abrir los ojos y la realidad se hizo presente. Apoyó, firmemente, los pies en el suelo y saltó del **columpio** ágilmente, frenándolo con las manos y ofreciéndolo al niño que esperaba su turno detrás de él.

Hortensia fue testigo privilegiada del efecto que el sencillo acto de columpiarse provocó en George cuando este se acercó a ella, en dos zancadas, y la apretó contra su pecho, besándole la coronilla y sintió el temblor emocionado de sus grandes manos en la cintura y en la espalda.

— *¡Gracias niña Hortensia!* —murmuró emocionado mordisqueándole la oreja —. *¡Gracias por devolverme al niño olvidado en mi interior!* —susurró, deseando besarla y hacerle el amor bajo los sauces.

— ¡De nada Sir George! —musitó ella con las lágrimas inundando sus magníficos ojos del color del oro.

—No me llames Sir George, llámame George mendocina hechicera —le ordenó riéndose mientras la apartaba, ya habían dado bastantes espectáculos frente a la comunidad —. Da por hecha la plaza de entretenimientos para los niños, mañana mismo comenzaremos con los trabajos y la compra de los juegos.

Caminaban tomados de la mano mientras abandonaban el saucedal en busca de los caballos ya que el sol caía en el horizonte y era hora de iniciar el regreso al pueblo de

Panquehua, cuando George se inclinó sobre Hortensia y murmuró:

-¡Me muero por besarte, Hortensia Correa! ¡Te tumbaría bajo los sauces y te haría pagar caro el bochorno al que me has expuesto con el maldito **columpio**! Pero, no puedo castigarte por ser la causante de algo que me ha provocado una gran felicidad. ¡Ya encontraré otro motivo para llevarte a mi cama y hacerte el amor hasta el cansancio! —exclamó sonriente acercando la boca a su oreja y sólo para ella, que no pudo ocultar el rubor que tiñó sus mejillas, quedándose por primera vez sin palabras. George no pudo contener la carcajada al mirar su carita de sorpresa.

Hortensia se preocupó por cada uno de los pobladores, conocía sus nombres y sus inquietudes, al momento de emprender la vuelta los felicitó, efusivamente, por haber logrado el contrato para el aprovisionamiento de agua al Ferrocarril Nacional Andino.

Era evidente que su preocupación era genuina y sincera.

Por su parte, George se había sentido como sapo de otro pozo cuando comprendió que los pobladores lo reconocían, mientras que él no tenía la menor idea de quiénes eran. Nunca había creído necesario intimar más allá de las relaciones comerciales, pero viendo el comportamiento de Hortensia comprendió que el corazón de esa mujer era inmenso, sin barreras, sin prejuicios y se propuso cambiar su actitud con los pobladores. Su niña Hortensia era bella, inocente, inteligente, bondadosa, ingeniosa y con una dosis exacta de orgullo, se había vuelto indispensable en su vida, no imaginaba un minuto de su vida sin verla, sin tocarla. Disfrutaba conversando con ella sobre cualquier tema, de música, de los niños indígenas, de repuestos para trenes, de contratos ferroviarios, de cualquier cosa con tal de sentirla cerca, de olerla, de mirarla, aunque por el momento, no le permitiera que se le acercara mucho.

La tarde había llegado a su fin, el sol comenzaba a ocultarse tras la imponente Cordillera de Los Andes cuando iniciaron el regreso al pueblo de Panquehua.

La proeza del **columpio** era una nimiedad comparada con el regreso. Éste era un nuevo desafío para la salud física y mental de George. De nuevo el martirio de

presenciar el inalcanzable cuerpo de Hortensia jineteando en su yegua, meciéndose ondulante y provocadoramente bajo sus insaciables ojos.

Otra vez el suplicio de montar a Thunder con una descomunal erección entre sus piernas.

Cabalgaron un buen rato en silencio, la luna llena iluminaba el sendero bañando la figura de Hortensia con sus rayos plateados, era la personificación de una ninfa del monte, no podía apartar los ojos de ella, se sentía vivo y exultante, había disfrutado cada minuto y cada segundo del día. Hortensia y los pobladores indígenas lo habían integrado sin objeciones, sin prejuicios, sin discriminación, ignorado su condición de noble, colocándolo a un mismo nivel y esa actitud le había gustado mucho.

Hortensia sabía montar a caballo como una experta, su cabello se mecía acompasado con el movimiento de su yegua, podía sentir la mirada de George clavada en su espalda y en sus caderas. El calor que irradiaban sus ojos celestes parecía acortar la distancia entre sus cuerpos, abrasándola como una hoguera.

Unos kilómetros antes de llegar al pueblo, y cansada de oírlo gemir y protestar en inglés, Hortensia detuvo a su yegua y socarronamente preguntó:

— ¿Necesita algo? Lo siento protestar y quejarse desde hace rato Sir George.

— ¡No!, mi niña no necesito nada —respondió rápido y malhumorado—. *¡Un baño de agua fría, urgente, eso es lo que necesito!* —murmuró en inglés.

— ¡Perfecto!, entonces continuemos, ya falta poco —acotó Hortensia sonriendo con picardía.

— ¿Perfecto? —profirió el inglés —. ¡¡¡Perfecto, una mierda!!!

— ¡Sir George! —le amonestó riendo a carcajadas —. ¡Dónde han quedado sus modales! ¿De esta manera tan soez se expresan todos los nobles? —lo retó, conteniendo la risa.

La oscuridad impedía que George apreciara la sonrisa burlona dibujada en la cara de Hortensia pero no escapó a sus oídos la entonación, irónica y sarcástica, de su temblorosa voz mientras intentaba contener las carcajadas.

—Niña Hortensia, tengo el presentimiento, por el sonido de su dulce voz, que estoy siendo objeto de una de sus chanzas —reflexionó con voz amenazante —Le advierto que de ser así, el castigo que le aplicaré puede ser muy, pero muy severo y muy pero muy ejemplar —agregó con la voz enronquecida por la excitación.

Hortensia detuvo, otra vez, la yegua y girándola la acercó, al paso, al semental de George en una maniobra desafiante y agresiva. Deseaba tocarlo y que la tocara, aunque fuera un breve instante antes de llegar, así que decidió provocarlo, ignorando que estaba jugando con fuego. Sir George era una hoguera de pasión y Hortensia, con su juego, la estaba avivando peligrosamente.

Se acercó tanto a él que pudo percibir su respiración agitada, los dos se miraron, quedaron frente a frente sin moverse ni tocarse, la ansiedad contenida se palpaba con claridad y no era producto de la cabalgata sino de la sensualidad que emanaban sus cuerpos excitados. Hortensia pudo adivinar la lujuria y el deseo en sus curiosos ojos celestes que comenzaban a oscurecerse, peligrosamente. El aliento dulzón, cálido y ardiente que brotaba entre sus labios tentadores y el aroma masculino y sexual de su cuerpo invadió sus papilas olfativas.

Atrevida, no se acobardó ante la evidente y agresiva masculinidad del inglés, con descaro lo miró directamente a los ojos acercando sus labios húmedos a la tentadora boca de George, intentó hilvanar una frase y entonces comprendió lo arriesgado de su movimiento, pero ya era muy tarde para evitar las consecuencias de su provocación. George sólo tuvo que estirar sus brazos, aferrarla, vigorosamente, por la cintura con

sus grandes y fuertes manos y con un movimiento ágil la montó a horcajadas sobre sus piernas, haciéndole sentir, en carne propia, que parte de su anatomía iba a utilizar para castigarla. Rodeó su cintura con sus brazos, apretándola contra su pecho y hundió la cara en el hueco perfumado del cuello de esa diabólica y sensual hembra que lo enloquecía. Su boca dejó un rastro candente sobre la suave piel de Hortensia mientras la elevaba agarrándola por el trasero para luego, con lentitud y premeditación, bajarla acomodándola de tal manera que el centro de su placer coincidiera con su soberana y dolorosa erección. La mantuvo apretada contra su pecho, inmovilizándole los brazos. Se apoderó de sus labios, mordiendo, deleitándose con su lengua, acariciando sus labios con los suyos, mordisqueándole nuevamente e impidiendo que se separaran dejando escapar un gruñido ronco sobre su boca.

— *¿Lo sientes Hortensia? ¿Sientes lo que provocas en mí, endemoniada criatura?*
— susurró sobre su boca entreabierta.

Hortensia se sentía atrapada dentro de un torbellino abrumador, logró apartarse para poder respirar. Ambos necesitaban hacerlo.

No se dejó amedrentar por el comportamiento brusco de George, aunque, de manera contundente, le abrió paso a la cordura que finalmente estaba haciendo acto de presencia. Hortensia era indómita y atrevida, desconocía la precaución pero la actitud dominante de George despertó en ella una sensación de inquietud, derivada del conocimiento de que estaba jugando con fuego de forma imprudente y de que era objeto de la tentación de un inglés salvaje y excitado. El anhelo y la pasión que despertaba Sir George en Hortensia eran rivales invencibles frente a las débiles barreras de la precaución y el instinto.

No obstante e ignorando las señales de su instinto, lo provocó descaradamente.

—Sí, lo siento Sire. ¿Y ahora qué desea Sir George? —preguntó con picardía —.
¿Más besos? ¿Más caricias?

Las preguntas formuladas con voz ronca y con una actitud descocada y juguetona provocaron la risa de George, era evidente que se estaba burlando de él tratándolo con esa desconsiderada falta de prejuicios.

Esa forma abierta de enfrentarle lo excitó más allá de todo límite.

-¡Sí!-contestó demandante y sonriendo, esperando una respuesta a su velada promesa de experimentar nuevas sensaciones eróticas sobre su semental.

Nunca, en todos sus años de libertino y seductor, había sido tentado por una virgen, inocente y al mismo tiempo descarada, a horcajadas sobre sus piernas, montado sobre su caballo en medio del campo y bajo la luz de las estrellas.

— ¡Sí! —repitió absolutamente excitado y casi fuera de control, mientras sus experimentadas manos comenzaban a desabrocharle la camisa para apoderarse de sus pechos.

La acariciaba con codicia y avidez, con su rubia cabeza inclinada, mordisqueando sus pezones erectos mientras la mecía suavemente contra su pelvis. Quería meter las manos entre sus muslos y acariciarla sin piedad hasta provocarle un orgasmo, elevarla al grado máximo de la excitación con su boca y sus manos. Sentía un dolor insoportable en su miembro, indomable y erguido esperando ser liberado. Su pasión exigía satisfacción como único remedio.

—*Niña Hortensia* —jadeó-. ¡Me vuelves loco! —exclamó enajenado, trastornado por la excitación.

Ella, echó la cabeza hacia atrás emitiendo suaves y débiles gemidos, el negro pelo cayendo en cascada sobre las crines de Thunder, inmóvil, obedeciendo las órdenes erráticas que su dueño le transmitía con el movimiento de sus caderas. La mente y la lengua de George estaban imposibilitadas de emitir una orden coherente.

—Es evidente que sí —suspiró Hortensia, absolutamente turbada, comprendiendo y aceptando su error y su vulnerabilidad frente al avance erótico y desenfrenado del inglés.

Pero Hortensia Correa no era una cobarde y a pesar de encontrarse físicamente en inferioridad de condiciones, siguió dando batalla.

— ¿Se cree irresistible, Sir George? —preguntó desafiante y seductora.

George la apretó más contra su cuerpo y le mordió el lóbulo de la oreja con fuerza y mirándola con deleite le susurró sonriendo:

— ¡Resístete!, Hortensia, tesoro mío. ¡Vamos, mi reina, resístete! —la siguió provocando.

Hortensia no se amilanó. Ella no se asustaba con facilidad, no huía como una niña timorata.

—Es indudable que no puedo poner mucha resistencia. Usted es un hombre muy grande y yo soy pequeña.

—Eso es evidente —afirmó él —.Pero sólo es porque deseo satisfacerte mejor —murmuró ronroneando como un gato montés y realizando movimiento con sus caderas de manera que su pene erecto rozara su intimidad, considerando que ella estaba a horcajadas de él.

— ¡Está haciendo referencia al tamaño de su miembro, Sir George! —exclamó ella haciéndose la sorprendida.

George estalló en una carcajada estridente, lo que provocó el enojo de la joven que lo empujó de los hombros y puso cara enfurruñada.

— ¡Estoy hablando en serio Sir Markham!, ¿realmente hay miembros viriles de diferentes tamaños?

— *¡Cómo amo a esta inocente mujer! ¡Tiene que ser mía, no voy a soportar verla en los brazos de otro que no sea yo! ¡Su virtud tiene que ser mía y de nadie más!* — pensó George antes de contestarle.

—Por supuesto, cariño, el tamaño del pene varía del mismo modo que la altura o el peso del hombre.

Hortensia abrió los ojos del tamaño de un plato, asombrada preguntó:

—¿Entonces, un hombre más bajo que Usted Sir George no tendría que esforzarse mucho para entrar dentro de mí y por lo tanto no me provocaría dolor?

George se puso serio, no le gustó nada la idea de imaginarse a otro intentando hacerle el amor a “su” Hortensia, razón por la cual le contestó abruptamente

—La altura y el peso de un hombre no tiene nada que ver con el tamaño de su miembro, tiene que ver más con el favor de la naturaleza y *en mi caso he sido muy bien favorecido* —le susurró mientras lamía su labio inferior para luego besarla hambriento y desesperado.

—Hummm... —dijo Hortensia cuando él separó su boca y saboreando sus besos agregó —. ¡Qué interesante!

George sintió el agujoneo de los celos, imaginándola en busca de nuevas experiencias y buscando hacer comparaciones físicas con otros hombres, a lo mejor más jóvenes que él. Se abalanzó como un poseso apretando sus senos, estrujándolos, mordiéndole la clavícula, lamiéndole las marcas que le dejaba con su fervor y empujando su erección contra el centro de su placer moviendo sus caderas para enloquecerla de placer.

-Tarde o temprano vas a saber cuán grande soy, Hortensia y sin hacer comparaciones, no te harán falta, porque yo soy tu hombre y tú eres mi mujer — murmuró autoritario.

Quería poseerla lenta y profundamente, quería que todos supieran que la entrega y la posesión era mutua y tan enajenado estaba que no reparó en que la estaba asustando con su arrebató y su pasión.

Hortensia comenzó a revolverse, estaba alterada, excitada y muy asustada.

—No, no puedo, Sir George, no puedo, no debo —susurró empujándolo apocada, mientras trataba de recomponer su ropa.

— ¿Por qué no? ¿Por qué no? —preguntó ansioso mientras, con delicada calma, trataba de impedir que ella cerrara los botones la camisa —. ¿Estás asustada?, ¿Mi niña provocadora? —dijo George mirándola burlonamente —. Ya va siendo hora de que pruebes tu propia medicina, pequeña hechicera —agregó, en un tono sutil y con un dejo amenazante, chupando uno de sus pezones mientras con su mano torturaba el otro.

Hortensia respiraba con agitación, jadeaba y protestaba. La excitación estaba dando paso a la indignación.

— ¡Basta Sir George! —él ignoró sus palabras y continuó acariciándole y mordisqueándole los pezones, besándole el cuello y marcándola como de su propiedad.

Parecía más grande y fuerte que nunca, montado en el semental, con ella entre sus brazos apretándola férreamente contra su cuerpo, recorriendo su espalda de arriba hacia abajo con sus poderosas manos y apoyando descaradamente su erección entre las piernas abiertas de ella.

— ¡Basta inglés bruto! —gritó asustada, intentado escapar del apretado abrazo, culebreando sobre las piernas de George y excitándolo aún más.

Estaba un poco asustada por la forma ruda en la que George la poseía, gemía de placer y se resistía al mismo tiempo. Él la llenaba de besos posesivos, acariciando sus pechos con firmeza y rudeza demostrándole que era suya, que le pertenecía. Era maravilloso pero tenía que pararlo antes de caer en la locura.

— ¡Eres una bestia! —exclamó, ahora enojada y furiosa —. ¡Te odio! —tuteándolo, con los ojos llenos de lágrimas.

George detuvo su acometida sonriendo, despreocupado, pero sin ignorar su estado de ánimo, no quería asustarla con el desenfreno que lo poseía. Se sentía como un cavernícola. Nunca se había sentido así, ni con Oyá, ni con Octavia, ni con ninguna de las mujeres que había tenido en su cama. Quería devorarla. Quería saciar ese deseo desenfrenado que ella le provocaba. Pero todavía no era el momento, no quería asustar más a su adorada niña-pantera. Tenía que detenerse pero no podía resistir la tentación de provocarla, lo excitaba sobremanera cuando se enojaba y se resistía a sus embates pasionales.

— ¡Típico de una niña malcriada! —exclamó, tentado de la risa —. Claro que soy un inglés bruto y patético, libertino, maleducado, pirata, pedante y mujeriego. *¿No fue así como me llamaste el primer día que nos conocimos?* —susurró en su oreja mientras se la mordía y chupaba frenético —. *¿Alguna vez lo he ocultado?* amada mía —dijo dejando de morderle la oreja y besándola en la sien, acariciándole con dulzura la mejilla.

Le tomó el rostro con las dos manos menguando sus embates apasionados, procurando que se tranquilizara y haciendo un esfuerzo titánico para calmarse y calmar a la bestia alojada entre sus piernas, que no era Thunder, por cierto.

—Soy una bestia, es verdad, pero me tienes rendido a tus pies —musitó—. Y sabes que mi vida es tuya.

—Igual, ¡te odio! —insistió ella, apaciguando sus sollozos y abrazándolo un poco más serena.

—Ya lo sé ¡vida mía!, shhh... ya está, no llores, ya está —la calmaba acariciándola suavemente—. *¡Pequeña bruja!* —pensaba George —*primero me provocas, juegas conmigo y después, cuando me tienes enredado en tu telaraña y excitado como un adolescente pretendes que me calme.*

— ¡Oh my God!, mujer vas a terminar con mi vida y con mis nervios. La próxima vez vas a odiarme sobre una cama, desnuda, con las piernas abiertas mientras te hago mía y gritarás mi nombre hasta que te quedes afónica —dijo con un tono intenso y cautivador de voz—. *¡Voy a hacerte el amor hasta que te olvides cómo te llamas!* —le suspiró al oído—. Por el momento, debemos continuar nuestro camino, tu padre y Dorotea ya deben estar preocupados —dijo recomponiéndose y plantó un beso apasionado en su boca, entreabierto por el asombro provocado al declararle sus intenciones de desnudarla y llevársela a la cama.

Imperturbable, como si la hubiera invitado a dar un paseo por La Alameda, George le ayudó a componer la ropa y el cabello. En apariencia él se mantenía en perfectas condiciones, parecía un guerrero en medio del campo, con su bello rostro, levemente sonrosado por la lucha apasionada, y el porte masculino y elegante de un príncipe salido de un cuento romántico, cuando en realidad era un simple mortal a punto de explotar por la excitación que a duras penas había logrado controlar. Sus dedos ardían, temblorosos, mientras intentaba cerrarle la camisa sobre sus provocadores y turgentes pechos y su miembro amenazaba con romper sus pantalones, provocándole un intenso dolor en la entrepierna.

Hortensia aceptó su ayuda y dejó que la tocara, sabía que su impetuoso amante inglés no permitiría que le apartara las manos de su cuerpo. El noble no era tan dócil, ella era de su propiedad y así se lo estaba dando a entender. Sin mayor esfuerzo el gigante inglés la alzó, volviéndola a bajar sobre sus piernas, pero ahora con la espalda apoyada sobre su poderoso pecho, abrazándola con fuerza y posesión contra él. No la iba a soltar precisamente, no tomaría su virtud montados sobre el lomo de Thunder, ella era virgen y no era el escenario adecuado, pero se quedaría en sus brazos hasta llegar al pueblo.

Tomó las riendas de la yegua y con un leve apretón de sus rodillas ordenó a Thunder que se pusiera en movimiento. La mantuvo sujeta con fuerza, con las manos apoyadas sobre su pecho y su vientre, acariciándola constantemente. Hortensia descansó la cabeza en su hombro inclinándola y George apoyó la mejilla sobre su sien, depositando suaves y húmedos besos en su cabeza.

El movimiento cansino y acompasado de Thunder provocó que se adormeciera plácidamente en los brazos de su adorado pirata inglés, no podía imaginar un lugar mejor para dormirse que apretada contra su pecho.

— ¡No hay mejor lugar en el mundo para dormirse que éste! —bostezó, mimosa y somnolienta, mientras murmuraba entre sueño —. *¿Olvidar mi nombre?, es verdad, en este momento he olvidado hasta mi nombre, sólo recuerdo tus besos* —y se rindió a los brazos de Morfeo.

Su voz se fue apagando hasta caer en un sueño profundo, quedándose dormida en los brazos del acalorado Sir Markham que la escuchaba murmurar, sonriente y feliz. Hortensia había olvidado su nombre pero George se había encargado de grabar el suyo, para siempre, en cada centímetro de su cuerpo y de su alma. Esbozó una sonrisa orgullosa y triunfal, apretando con fuerza a esa hechicera argentina que lo tenía definitiva e irremediablemente embobado. De algo estaba seguro, se había transformado en un esclavo de los besos y los deseos de Hortensia, a pesar de que todos los días encontraban un motivo para convertir las pequeñas diferencias en verdaderas batallas campales.

El sentimiento que se había desatado entre ellos era tan poderoso que estos encuentros apasionados y belicistas eran la manera tan particular que utilizaban para poder enfrentar y superar la incontrolable intensidad que los invadía.

Don Miguel y Dorotea los esperaban preocupados y respiraron tranquilos al verlos, entrelazados sus cuerpos en un abrazo tierno y amoroso que evidenciaba a gritos, que el amor era el motor que los movía y empujaba, a pesar de que los dos parecían no darse cuenta; o al menos Sir George que todavía creía que sólo el deseo era lo que lo motivaba. George desmontó, tomando amorosamente a Hortensia en sus musculosos brazos, siguió a Dorotea hasta la habitación de su apasionada niña en donde la depositó, delicadamente, sobre las blancas y tibias sábanas. Su corazón y su cuerpo le ordenaban quedarse con ella. Abrazarla, besarla y hacerla suya una y otra vez hasta que el amanecer los encontrara, exhaustos, transpirados, abrazados, desnudos y felices de pertenecerse.

La cordura le indicó que no era el momento,... todavía.

Exhaló el aire contenido en sus pulmones viéndola dormida sobre las niveas sábanas y le dio un tierno beso en la sien susurrando en su oído.

—Dulces sueños, mi diosa indígena —dijo mientras la besaba.

—Hummm... ¡Sir George, te quiero! —fue la respuesta somnolienta que recibió quedando confuso y turbado frente a la declaración de amor de Hortensia.

Contuvo una nerviosa carcajada, no sabía si reía porque hasta en sus sueños lo llamaba Sir George o por la inmensa alegría que las palabras de la joven le provocaron.

Capítulo 12

Desfogándose.

Montado en Thunder sonreía absorto mientras se dirigía a su mansión de La Alameda, sintiendo el calor de su alocado torrente sanguíneo corriendo por sus venas, latiendo en sus sienes, en su corazón y en su indómita masculinidad.

Hortensia dormida había expresado que lo quería, mientras que él seguía negando, en su fuero íntimo, que ese sentimiento que sentía por ella era amor. Se encerraba en la idea de que sólo era deseo, lujuria, pasión, que no estaba enamorado de Hortensia Correa. ¿Sería verdad o sólo era un sueño de la joven? ¿Y él?, ¿la quería o sólo la deseaba? La duda se estaba instalando en la mente y en el corazón de George.

El recuerdo del cuerpo dormido de Hortensia y la cabalgata hasta La Alameda habían contribuido a aumentar esa insoportable presión fuerte e incómoda en la entrepierna y en los testículos. Siempre que experimentaba esta sensación liberaba la tensión sexual con su amante de turno, pero por primera vez no podía, más bien, no quería liberarse con otra que no fuera Hortensia. Tenía que considerar, seriamente, su relación con Octavia Arenal.

Su cuerpo afiebrado por la energía sexual le exigía urgente liberación. Se dirigió con grandes zancadas a su habitación, sin saludar a John que se encargó de Thunder sin hacer ninguna pregunta. No necesitaba preguntar nada, la respuesta era evidente considerando el malhumor y el inocultable bulto en los pantalones del inglés.

George se sirvió una copa de brandy y con la otra mano se agarró los testículos por encima del pantalón, subiéndola y acariciando su miembro, largo y muy duro. El recuerdo de Hortensia moviéndose con sensualidad y descaró sobre sus piernas, con los pezones duros y enrojecidos por los embates de su boca lo obligaron a dejar la

copa sobre la mesa de luz y comenzó a desprenderse, velozmente, los botones de su camisa descubriendo su impresionante torso, luego se deshizo, rápidamente, de los pantalones junto con los calzoncillos, quedando desnudo por completo, en medio de la habitación.

¡Oh, my God! —exhaló un gemido, cómo dolía su pene con semejante erección.

Entrecerró los ojos rememorando la imagen de su amada india blanca, se paró frente al espejo con las piernas separadas plantándose con solidez, y cediendo a la lujuria, tomó con firmeza su enorme y grueso pene comenzando a efectuar enérgicos y precisos movimientos ascendentes y descendentes con su mano. Necesitaba liberar semejante tensión o estallaría como un volcán en erupción. Mientras se masturbaba, ferozmente, rememoraba los labios hinchados y sonrosados de Hortensia e imaginaba su grueso miembro hundiéndose en su húmedo interior, mientras ella lo miraba con esos ojos rebeldes dilatados y oscurecidos por la pasión.

— *¡Dulce e inocente Hortensia!* —murmuró sin detener el movimiento de sus manos, subiendo, bajando y apretando su firme y potente miembro —. La imaginó tendida sobre las sedosas sábanas blancas de su cama, desnuda, con las piernas separadas y la boca entreabierta suplicando por sus besos. Imaginó su cuerpo de ninfa, tembloroso y sonrosado por la pasión, marcado por su boca y humedecido por su lengua. La vislumbró con el cabello negro desparramado sobre su almohada o cayendo sobre su pecho, mientras lo cabalgaba con ímpetu. Especuló con sus labios rojos y húmedos alrededor de su soberbio miembro viril y exhaló un suspiro atronador. Intensificó la opresión, aceleró el ritmo y se aturdió con sus jadeos.

La imagen de Hortensia en su mente lo sobresaltó, y le obligó a abrir los ojos apreciando su reflejo en el espejo. El torso tenso, los músculos del abdomen endurecidos por la postura, su pene brillante y erecto entre las manos, el sonido de su respiración inundando el cuarto. Se veía enorme, colosal. Esa visión lo sulfuró. No era habitual que se desfagara por sus propios medios, pero estaba solo y lo único que tenía era su mano, así que continuó con lo que había comenzado. Terminó de masturbarse, gruñendo y estremeciéndose de placer exhaló un sonoro gemido cuando su simiente inundó la parte baja de su pecho, culminando en un clímax intenso y casi doloroso. Su cuerpo temblaba mientras el continuaba bombeando, sin tregua ni piedad, hasta sacar la

última gota de semen de su palpitante pene. Jadeante, observó a través de sus ojos entrecerrados el reflejo de su cuerpo tembloroso, el estómago y el pecho brillante por la tremenda explosión de su simiente contenida, producto de la insaciable lujuria que despertaba Hortensia en él.

—Por esta noche, ya has tenido bastante diversión Sir Markham y tú también querido amigo —dijo mirando al espejo y luego a su miembro, ahora relajado y laxo.

Curvando sus labios en un rictus amargo, en un proyecto de sonrisa, se dirigió al baño donde John había preparado la bañera y se zambulló en ella. Liberado, a medias, de la tensión sexual porque, sólo recordar a Hortensia lo excitaba nuevamente, se dispuso a dormir las pocas horas que faltaban para el amanecer.

No imaginaba, ni presentía que la sangre ardiente que corría por sus venas pronto se transformaría en lágrimas.

Las lágrimas correrían por sus venas y por las de Hortensia.

El mundo idílico de Hortensia y Sir George se vería amenazado después de esta noche.

Capítulo13

Batalla de Panquehua.

El día amaneció caluroso, ventoso y sofocante. Los veranos mendocinos son rigurosos, el clima de

Mendoza es desértico, las lluvias son escasas y cuando sopla el caliente y sucio viento Zonda con sus fuertes ráfagas, que arrastran todo sobre la tierra levantando nubarrones de polvo, el comportamiento de los habitantes sufre alteraciones y cambios notables.

Hoy era uno de esos días.

El tranquilo pueblo de Panquehua iba a ser víctima del malestar que el viento provocaría en la conducta y en el ánimo de sus habitantes. Se convertiría en el escenario en el que se desarrollaría un duro y escandaloso enfrentamiento entre gremialistas y funcionarios gubernamentales provenientes, de San Juan y Mendoza y las autoridades del Ferrocarril Nacional Andino, cuya cabeza visible era Sir George Percy Markham. Los primeros exigían la finalización urgente de las obras y el mejoramiento del servicio, en un plazo ridículamente corto y reclamaban que los cambios se llevaran a cabo con inmediatez, en tanto que el ferrocarril Nacional Andino sostenía que se requería mayor tiempo ya que era imposible en uno o dos meses obtener resultados apreciables.

—Los inconvenientes son ajenos a la voluntad de la empresa —George trataba de explicar a los gremialistas, funcionarios, periodistas y curiosos que se habían dado cita en el andén de la Estación Panquehua.

A su lado se encontraban Don Miguel Correa y John, su fiel amigo y ayudante, en actitud cautelosa y expectante preocupados por el cariz agresivo, casi violento, que iban tomando los acontecimientos.

— ¡Caballeros ¡ ¡caballeros! ¡Les pido un poco de calma! —en tono autoritario, ordenó Sir Markham, en un vano intento de llevar tranquilidad al encuentro.

Su impresionante y apabullante figura sobresalía por encima de las personas reunidas en el andén.

Se imponía en cuerpo y alma con su estatura y con su voz clara y atronadora.

—La empresa de los Hermanos Burks tiene que luchar con inconvenientes ajenos a nuestra voluntad —explicó sereno y relajado—. Como su representante, ante las autoridades de los gobiernos de Mendoza y San Juan, considero que no es justo que nos hagan responsables de la incompetencia de los concesionarios anteriores —agregó, casi sin respirar. Bajo presión y cuando se quedaba a solas con Hortensia, Sir George se volvía un incontinente verbal—. Hemos puesto al servicio de los usuarios todos los recursos disponibles para mejorar el servicio, no sólo pensando en nuestro interés sino en el de las localidades y los pobladores que sirven a la línea en toda su extensión. Desde la ciudad de Buenos Aires hasta la ciudad de San Juan, pasando por Mendoza y otras ciudades importantes de la República Argentina —continuó hablando, sin dar lugar a las preguntas de los periodistas presentes en el lugar. Estaba al tanto de que el periodismo era opositor y arremetían contra la reputación de la compañía utilizando un lenguaje irónico y sarcástico en todas sus notas—. Prácticamente hemos concluido con la construcción de la línea férrea en toda su extensión, desde la ciudad de Buenos Aires hasta la capital de San Juan —explicó—. En cuanto a la incorporación de las locomotoras adquiridas en Inglaterra, debido a inconvenientes ajenos a nuestra voluntad no contaremos con ellas hasta dentro de seis meses —agregó en medio de insultos y una silbatina por parte de los gremios opositores a la compañía.

El ánimo exasperado de los presentes iba creciendo a medida que Sir George daba explicaciones, animados y alentados por un grupo de dirigentes gremiales y algunos funcionarios de los gobiernos de Mendoza y San Juan, que eran opositores de los

empresarios extranjeros en general y de Sir George en particular. La compañía y Sir Markham no habían aceptado insinuantes y sugestivas ofertas de estos personajes, por considerar que su intención no era la de mejorar el servicio sino la de mejorar sus bolsillos. Ellos contaban con el amparo y la complicidad de cierto periodismo sensacionalista, que arremetía contra la reputación de la empresa de los Hermanos Burks y contra la de Sir George.

Uno de los periodistas presente pidió la palabra. Antes de comenzar la reunión Sir George lo había observado revoloteando alrededor de Hortensia con intenciones no santas. Este al ver que George asentía con la cabeza, con tono despectivo escupió su pregunta.

— ¿Es cierto que usted, Sir Markham, mantiene relaciones íntimas y se mete en la cama de la hija del jefe Correa? —a viva voz como para que nadie dejara de escuchar.

El silencio sepulcral que cayó sobre el andén de la Estación Panquehua se podría haber roto con el sonido de una pluma al caer, pero en realidad, lo que rompió el silencio fue la trompada que Sir George dio en la nariz del periodista, ¡rompiéndosela!

Se abalanzó sobre él, enfurecido.

El aterrorizado periodista no llegó a comprender en qué momento le cayó encima un león embravecido que, con una sola trompada, le rompió la nariz y le voló tres dientes. Luego lo tomó del cuello de la camisa manchada con su propia sangre, cortándole la respiración y lanzándolo como si fuera una pelota de goma sobre sus compañeros.

—Te voy a hacer tragar los dientes, malnacido, puedes enfrentarte conmigo pero no te atreva a tocar a Hortensia Correa —sorprendidos y asustados los compañeros del periodista intentaban detener al coloso inglés, que con voz de trueno les ordenaba que desaparecieran inmediatamente de su vista.

La actuación violenta y destemplada de Sir George provocó una reacción inesperada entre los presentes; la mayoría de ellos pobladores serenos y apacibles, que se dividieron en dos bandos perfectamente diferenciables. Los que estaban a favor de la empresa y de Sir George que eran la mayoría y los que estaban en contra y que eran una clara minoría. En un santiamén el andén de la Estación Panquehua se convirtió en un gran ring en el que se destacaba, un gigante rubio de enfurecidos y llameantes ojos celestes, repartiendo trompadas a diestra y siniestra y una pequeña bruja con la melena negra enmarañada, ojos dorados y centelleantes, con una regla en la mano, montada en la espalda de un asustado periodista con tres dientes menos y chorreando sangre por su destrozada nariz.

Hortensia sentada en el despacho de Don Miguel donde la confinara a la fuerza su padre y Sir George, ordenándole no moverse hasta nuevo aviso, escuchó la pregunta capciosa del periodista y sin dudar y desobedeciendo la orden, como era su costumbre, abrió sin titubear la puerta y se lanzó a la pelea.

— ¡Hortensia, deja al pobre hombre en paz! —le reclamaban sus amigos, viéndola tan enfadada y alterada dándole reglazos al pobre periodista.

Amanda y Juan Ignacio se sumaron a la contienda con la intención de detenerla, misión absolutamente imposible, cuando Hortensia avizoraba que alguien a quien ella amaba se encontraba en peligro, no existía poder en el mundo que la detuviera. En un respiro del enfrentamiento, George no podía creer lo que sus azorados ojos veían.

— *¡No lo puedo creer! ¿Es Hortensia la que se encuentra a horcajadas de la espalda de uno de los periodistas preguntones, dándole golpes en la cabeza con una ¡¡regla!!?* —observó curioso y sorprendido el inglés—. *¿Y Amanda y Juan Ignacio están tratando de bajarla de la espalda del pobre periodista antes de que lo lastime seriamente?* —seguía preguntándose Sir Markham sin poder creer lo que veían sus ojos—. *Mi tierna y adorable niña Hortensia es la viva imagen de una bruja endemoniada quién puede resistirse a ella. ¡My God esta bella amazona desmelenada y con los ojos echando chispas me va a provocar un infarto! ¡No puedo creer que esté usando una regla, propiedad del Ferrocarril Nacional Andino como un arma letal!* —pensaba mientras la miraba embelesado— *Pobre hombre, mi puñetazo no es nada al lado de los golpes que esta pantera enfurecida le está dando*—.Y

explotó en una carcajada que atronó el andén de la Estación Panquehua, deteniendo momentáneamente la contienda.

Sir George, magnífico y gigantesco, parado con las piernas separadas y las manos apoyadas en sus caderas, rodeado de cuerpos despatarrados y quejosos, miraba, embobado, a es diosa morena repartiendo reglazos al mejor postor, mientras sus amigos trataban de desmontarla del pobre periodista.

La risa no le duró mucho tiempo.

Terminaron todos en la comisaría del pueblo. Don Miguel, Hortensia, Sir George, Amanda, Juan Ignacio, John, los periodistas detractores, los gremialistas y los funcionarios corruptos.

Capítulo 14

Doloroso descubrimiento y desilusión.

Los dolores de cabeza de George Percy Markham, Sir y Baronet de la Corona inglesa, no iban a terminar tan rápido: en realidad recién comenzaban.

Luego de prestar declaración se dirigieron a la casa de Don Miguel Correa en donde los esperaba Dorotea con cara de pocos amigos, muy enojada con el comportamiento de Don Miguel, de George y de John.

— ¡Por Dios!, se supone que ustedes son los adultos y deben dar el ejemplo —retó a los apabullados y confusos hombres-. ¿Qué clase de ejemplo son para estos tres tiernos corderitos?! ¿Cuál es el ejemplo para mi inocente criatura?! —agregó ofuscada y abrazando con fuerza a Hortensia, que la miraba con su mejor cara de inocente.

—¿Quéééé?! —intentó opinar George —. ¿Tiernos corderitos?! ¡¡ ¿Inocente criatura?! —casi balbuceaba mirando la excelente actuación de Hortensia, sonriendo ladinamente en los brazos de Dorotea —. *¿Es que nadie le había contado a Dorotea que se había montado como una desquiciada en la espalda del pobre periodista dándole reglazos sin compasión?* —se irritó —. ¡La verdad, señora Dorotea, es que a esta altura ya le tengo un poco de lástima al pobre periodista, su hermosa arpía le ha dado golpes en la cabeza hasta cansarse, dejándolo al borde de una conmoción cerebral —la enfrentó ofuscado.

—¡¡Chist!! —le ordenó Dorotea, colocando el dedo índice sobre su boca —. ¡¡Usted Sir George, es el peor!, ¡grandulón!, ¡soberbio!, ¡orgullosos! ¿Acaso no sabe controlar la ira frente a ellos y frente a todo el pueblo de Panquehua?, ¡y dar el

ejemplo! ¡¡Virgen Santa!! ¡¡ Usted es un hombre viejo!! —reclamó enojada y dando por terminada la conversación.

Dio media vuelta y se retiró abrazando a Hortensia por los hombros, su abrazo no impidió que ésta girara la cabeza y lo mirara con disimulada astucia, guiñándole un ojo antes de desaparecer.

—¡¡Él!! ¿¡El peor?!. ¿Grandulón?, ¿viejo? ¡¡ ¿Lo había llamado viejo?!! —pensó George, encolerizado. Es cierto que tenía treinta y dos años y era un hombre adulto, pero su niña ¡su adorada niña!, ignorando y desobedeciendo la orden paterna, haciendo caso omiso a una orden suya, violando órdenes una vez más y blandiendo ¡¡una regla!! , como si fuera la espada del Rey Arturo había arremetido sin compasión contra el pobre periodista.

Sólo con la ayuda de Don Miguel pudo bajarla de la espalda del aterrizado y ensangrentado hombre, recibiendo algunas patadas y mordiscones en el intento.

—¡¡¡Su niña Hortensia es una fiera!!! . ¡¿De dónde había sacado lo de tierno e inocente corderito?! —protestó entre dientes Sir George.

Miró desolado a Don Miguel y a John esperando una respuesta solidaria.

No la hubo.

Ante su sorpresa, Don Miguel se encogió de hombros despreocupándose del asunto y se dirigió al mueble-bar para servirse una copa de brandy, mientras que John blanqueó los ojos asintiendo como si Dorotea tuviera razón y se acercó a Don Miguel para recibir el vaso de brandy que éste sonriente le extendía.

—¡¡My God!! , ¿¡¡ Qué pasa con estos argentinos?!! —gruñó Sir George-. ¡¡ Maldición!! ¡¡ ¿Todavía no nos perdonan las invasiones inglesas?!! —estalló.

Al escucharlo, Don Miguel y John explotaron en ruidosas carcajadas.

Aturdido por las risas de sus amigos y por la mirada que Hortensia le había dirigido antes de abandonar la habitación sintió un irrefrenable deseo de abrir la puerta, correr detrás de ellas y arrebatarse de los brazos de Dorotea a esa endemoniada cuentera que tenía a todo el mundo engatusado, cargársela al hombro y encerrarla en una habitación a solas con él y con su furia.

Le iba a dejar ese hermoso culito sonrosado a **chirlos**, los suficientes para calentárselo y luego calmarle el escozor acariciándola con sus grandes y fuertes manos. Las manos que Hortensia tanto temía, porque ellas la transformaban en lava ardiente y derribaban todas las defensas que erigía día a día, noche a noche en un fallido intento de proteger su corazón, irremediabilmente enamorado del inglés invasor.

— ¡Sí! —pensaba comenzando a excitarse—. Soportaría y disfrutaría dándole algunos azotes, no muchos, no quería dejarle marcas, Hortensia tenía un hermoso culo, suave y delicado, merecía sus besos no sus **chirlos**.

Nuevamente lo había provocado, desafiándolo con esa mirada indómita y rebelde, induciéndolo a castigar su indocilidad. Hortensia había disfrutado al verlo boquiabierto y enmudecido soportando la perorata de Dorotea, ¡no se lo iba a permitir! ya llegaría el momento para que él disfrutara. Sacudió su rubia cabeza intentando ahuyentar sus pecaminosos pensamientos y aceptó la copa de brandy que Don Miguel le acercó dándole un breve y amistoso golpe en el hombro.

— ¡Relájese gigantón! —le dijo sonriendo jocosamente—. Le esperan días difíciles, no se preocupe por niñerías.

Las autoridades del gobierno nacional y el presidente del Ferrocarril Argentino, Sir Antonio Leguiza, presionaban a las autoridades de los gobiernos provinciales mendocinos y sanjuaninos. Los gremialistas presionaban a las autoridades

provinciales. Las autoridades provinciales presionaban a los Hermanos Burks, dueños del Ferrocarril Nacional Andino y éstos y la prensa local presionaban a Sir George. Los periódicos locales publicaban editoriales adversas al ferrocarril, a la empresa británica y a su representante obviando, a propósito, aclarar que las dificultades actuales se debían a la mala administración de la gestión anterior.

A dos días de la fiesta de inauguración de La Alameda Sir George tenía un humor de los mil demonios, inaguantable.

El diario sanjuanino “El Ciudadano”, publicó en primera página:

“Según lo anunciado por la dirección del Ferrocarril Nacional Andino, específicamente por Sir George Markham, deberíamos tener trenes diarios... ¿Alguien los ha visto? ¡Parece que la empresa británica tiene sojuzgada a las autoridades provinciales! ¿Por qué medio?... no lo sabemos”.

Era evidente la referencia a una posible coima por parte de los empresarios ingleses para con las autoridades provinciales, nada más lejos de las intenciones de Sir George que sí había sufrido en carne propia, el intento de soborno por parte de gremialistas y de funcionarios.

Continuaba el malintencionado artículo:

“Esta infeliz nación es una víctima de los ingleses, no sólo en los ferrocarriles, sino en todo, nos chupan la sangre y pretenden tiranizarnos. Estamos siendo tratados como indios”, añadía, peyorativamente, la crónica periodística.

Las palabras malintencionadas de los escritos publicados por el diario sanjuanino habían aumentado su enfado y malhumor, pero esta última frase haciendo referencia, con tono despectivo, a los pueblos indígenas, con los que él, gracias a Hortensia, mantenía una relación cercana y pacífica, lo enfureció.

Mientras trataba de controlar su ira, George pensaba:

—Será posible que este periodista corrupto y perverso no se dé por vencido, no le bastó con la golpiza que le dio Hortensia, continúa hostigando al ferrocarril, sin reconocer los adelantos que hemos conseguido; la fuente de trabajo que representa, tanto para la población de Panquehua como para la comunidad indígena. Sólo hace hincapié en las dificultades —se quejó para sí —reconozco que tenemos algunos temas irresolutos, pero hacemos todo lo posible por solucionarlos. Don Miguel está tan preocupado que temo por salud. Si algo le sucediera “mi pantera” no me lo va a perdonar —. Inquieto y atribulado se mesaba la rubia melena mientras recorría, pensativo, su despacho como un león enjaulado.

Criticaban el mal estado de las vías que provocaban descarrilamientos, el incumplimiento en los horarios e ilustraban a la opinión pública sobre el mal servicio del ferrocarril en manos extranjeras, alentado a la población a un alzamiento popular para reivindicar los derechos del pueblo; sin reparar que la gestión de Sir Markham había logrado que la línea ferroviaria estuviera en manos de un solo administrador que era el Ferrocarril Nacional Andino. No iba a permitir que un grupo de periodistas maliciosos y corruptos desvirtuaran los motivos verdaderos de su presencia en tierras argentinas y concretamente en Mendoza y San Juan. Le exigiría al periodismo local, y si era necesario al nacional, el reconocimiento de las buenas intenciones de la empresa y de sus responsables.

Sir George Percy Markham no negaba que la compañía inglesa hacía su negocio, pero se trataba de un negocio a futuro cuya real intención era construir **en y para** la Argentina la línea férrea más importante de Latinoamérica. La compañía británica a su cargo asumía el riesgo de hacer camino al andar, convirtiendo al Ferrocarril Nacional Andino en la compañía ferroviaria más distinguida y rentable del país. Sir George se sentía sometido al influjo de hombres poderosos que lo tenían desvelado y alterado, agregando a ello la inminente velada organizada en su casona con motivo de su inauguración y la presencia, como invitado de honor, de Sir Antonio Leguiza presidente de los ferrocarriles argentinos.

Éste no era un hombre confiable, era un hombre mayor que tenía fama de libertino, jugador y mujeriego, pero al mismo tiempo estaba profundamente relacionado con las máximas autoridades del gobierno argentino y del gobierno británico. El gobierno inglés le había otorgado el título de sir en retribución por los servicios prestados a la corona durante una importante negociación de compra y venta de carnes argentinas que beneficiaron a ambos gobiernos y por supuesto a sir Leguiza. El hecho de ser el único argentino con título nobiliario lo había acercado a sir George en el afán de interiorizarse del comportamiento de las clases nobiliarias, con la intención de no desentonar cuando debía concurrir a tertulias y galas en las que se relacionaba con aristócratas ingleses y franceses. Esta era la razón más importante de su presencia en Mendoza, los conflictos políticos y populares que tenían en vilo a George eran secundarios para el ambicioso presidente del ferrocarril argentino. Leguiza estaba acompañado por su joven amante, Aurelia, una bella española de dieciocho años que lo había encandilado en uno de sus viajes como diplomático en representación de la Argentina.

— ¿Has conocido a Aurelia?— preguntó Don Miguel a su hija —. Tengo la impresión de que es una buena niña, no así su amante, sir Leguiza es un personaje oscuro y falso que puede traerle muchos problemas a sir George.

—Yo también pienso lo mismo, papi, pero el ingeniero Markham es muy cabezón y cree que tiene la verdad en su boca y yo no pienso sacarlo de su idea, allá él si quiere ser amigo de ese viejo verde y antipático de sir Leguiza —protestó enojada con el inglés por lo obcecado y pertinaz que era —. Aurelia es diferente, es dulce, inteligente, le gusta la música, las novelas románticas, se preocupa por la salud de los niños y ancianos de bajos recursos, por la educación popular y por los animales callejeros —agitó su cabecita y agregó —. No entiendo que hace al lado de ese hombre desagradable y antipático.

Considerando los acontecimientos políticos y sociales que afectaban al Ferrocarril Nacional Andino, sir George y sir Antonio Leguiza se reunían diariamente en el despacho de la Estación Central en la ciudad de Mendoza. George le había pedido a Hortensia que le ayudara con la atención de la joven amante de Sir Leguiza, por ese motivo ella pasaba, prácticamente, el día entero en la ciudad y en compañía de Aurelia. Realizaban largos paseos por La Alameda en busca de partituras musicales, libros clásicos y de estudio para la escuelita indígena y abalorios para adornar los vestidos

que usarían en la gran fiesta de inauguración de la casona de Sir George. Las dos eran apasionadas y solidarias.

Era la mañana del día anterior a la fiesta de inauguración de la casona de sir Markham. Hortensia y Aurelia volvían risueñas y satisfechas con las compras realizadas en el paseo y al entrar al despacho de George, grande fue la sorpresa al encontrarse con Octavia Arenal abrazándolo y besándolo y en una actitud muy comprometedora ante los ojos de las sorprendidas e inexpertas jóvenes.

— ¡Hortensia! ¡Aurelia!, adelante queridas niñas—exclamó nervioso George apartando con decisión y rapidez a Octavia Arenal de su lado.

— ¡Perdón sir George! —musitó Aurelia sorprendida y atribulada —. Debimos haber golpeado la puerta antes de entrar —agregó mirando con tristeza a Hortensia que sorprendida, al igual que ella, permanecía muda y erguida a su lado, con sus grandes y dorados ojos inundados en lágrimas y clavados en la figura de sir George.

En ningún momento dirigió su mirada a Octavia Arenal, ignorándola deliberadamente, sólo miraba atónita y desafiante a los ojos celestes de un George, cada vez más inquieto y turbado.

—Hortensia —moduló apesadumbrado George dando un paso hacia ella y tratando de tomar sus manos entre las suyas.

— ¡Quieto! ¡No se mueva! —le ordenó con su pequeña mano levantada en una postura defensiva y amenazante—. ¡No dé un paso más, Sir George!, ¡Ni un paso más! —señalándolo con el dedo índice alzado y moviéndolo de un lado para el otro, en un gesto claro de negación.

Apartó abruptamente su mirada de la figura del inglés, se acercó a Aurelia y dándole un beso cariñoso en la mejilla le susurró con voz entrecortada, casi sollozante:

—Querida Aurelia nos vemos mañana en la fiesta. Sin dudas vas a estar hermosa con el vestido que hoy compramos —y se dirigió con pasos rápidos a la puerta, agarrando el picaporte con su pequeña y temblorosa mano.

Volvió su hermoso rostro y dirigiéndose a un George, sorprendido y avergonzado y a una Octavia, sonriente y triunfadora, casi murmuró en un tono despreciativo y altanero.

—Señor, señora. Los veo mañana, en la inauguración de su casona sir Markham —y antes de que George la pudiera detener, salió corriendo hacia el andén.

El tren estaba en movimiento, iniciando su camino hacia Panquehua, cuando Hortensia lo abordó, saltando ágilmente y poniendo su vida en peligro, pero no tenía otra opción ya que había visto, de reojo, como George abandonaba su despacho corriendo tras ella, desesperado por darle alcance antes de que el tren partiera.

El corazón de George casi se le escapa por la boca cuando vio a su amada niña saltar, con audacia, al tren en movimiento haciendo oídos sordos a sus gritos desaforados, llamándola y ordenándole que se detuviera.

— ¡Mierda, mierda, mierda! —gritaba y pateaba en el andén el gigante inglés. Mientras veía, impávido, alejarse el tren con Hortensia a bordo —. *¡Esta noche la mato, la cuelgo! ¡La mato y después me la como a besos!, ¡esta descarada me va a liquidar de un ataque al corazón!* —mascullaba volviendo a su despacho haciendo aspavientos como un loco.

Estaba furibundo, no podía pensar con tranquilidad, la audacia y la osadía de Hortensia unidas a su innata desobediencia lo disgustaban sobremanera. La irritación y el enojo aumentaban a medida que recordaba el gesto autoritario con el que lo había detenido; la mirada cargada de desprecio que le dirigió desde la puerta sin esperar a escuchar sus explicaciones, el salto atrevido al tren en movimiento y la cara de disgusto, mezclado con tristeza, que tenía parada en el escalón inferior del vagón de cola.

— ¡Quieto!, ¡no se mueva! —murmuraba mientras caminaba a grandes zancadas por el andén camino a su oficina —. ¡Me dio órdenes como si fuera un caballo o un perro! ¡Mocosa insolente y descarada! Mañana a la noche la encierro en mi habitación y le dejo el culo rosado a **chirlos** —George había incorporado esta palabra mendocina a su vocabulario —, y después va a bailar conmigo toda la noche sin abrir esa linda boquita y en cuanto la abra se la como a besos y mordiscones —el murmullo se transformó en sonrisa recordando a su amada Hortensia —. ¡Quieto! —me dijo—. ¡Como si fuera posible quedarme quieto cuando ella está a mi lado! ¡No se mueva! ¡Descarada! ¡Encima de ella me voy a mover hasta que la vuelva loca! Y, además, tuvo el atrevimiento de señalarme con el dedito —todavía mascullaba cuando entro en su oficina.

—¡Octavia! —gritó con voz de trueno-. ¿Qué bicho te ha picado para que vengas a abrazarme y besarme en mi despacho?! ¡Nuestra relación sentimental terminó hace rato! ¿Podrías decirme por qué me besaste frente a Hortensia? —continuaba gritando a voz en cuello, totalmente ofuscado —. ¡¡John!! — aulló, casi sin respirar, llamando a su asistente y sin esperar la respuesta de Octavia —. ¡Ensilla a Thunder, inmediatamente, tengo que llegar a Panquehua antes que el tren! ¡Esta jovencita me va a escuchar y va a ser la última vez que me deje con la explicación en la boca, yo no soy un adolescente al que ella pueda manejar a su real antojo! —bufó como un toro embravecido.

—No será un adolescente, pero a veces se comporta como uno —pensó John mientras salía de la oficina para ensillar a Thunder-. ¿Cuándo aprenderá este amigo mío?, Las mujeres lo tienen a mal traer, sobre todo la pequeña hechicera. Ya va siendo hora de que alguien lo ponga en vereda a este inglés soberbio —sonriendo y maquinando había llegado al establo en donde estaba el negro semental.

—Georgi, querido, no te alteres tanto, al fin y al cabo sólo fue un inocente beso de una amiga muy querida tuya —dijo Octavia e intentó acercarse y él le indicó una silla para que se sentara —. El problema es que la niñita es muy arisca y atolondrada — continuó hablando Octavia —. ¿Qué se puede esperar de una cabeza de chorlito? ¿No es verdad querida Aurelia? —terminó dirigiéndose a la amante de sir Leguiza, que la miraba, imperturbable, sentada en una silla.

Octavia Arenal buscaba la aceptación de Aurelia, quería que fuera su aliada, era consciente de la influencia que ésta tenía sobre el Presidente de los Ferrocarriles Argentinos. Compartía negocios con Leguiza y con el Ferrocarril Argentino ya que con George y el Ferrocarril Nacional Andino no había podido concretar ninguna transacción comercial y todos sus intentos especuladores habían sido rechazados.

Aurelia le dirigió una mirada cargada de desprecio, no olvidaba la antigua relación de Octavia con su amante, y antes de salir de la oficina le dijo:

—Yo también soy una cabeza de chorlito, señora Arenal, sólo soy unos meses mayor que Hortensia —Octavia, sorprendida, quedó con la boca abierta —. Nos vemos mañana en la fiesta y... cierre la boca señora Arenal se puede tragar una mosca —le aconsejó —. A Sir Leguiza le va a encantar mi nuevo sobrenombre, ¡*cabeza de chorlito!*, a mí también me gusta —canturreó mientras sus palabras sonaban a amenaza —. Buenos días Sir Markham nos vemos en la Alameda —agregó, abandonado el caldeado despacho, tarareando.

Mientras que esperaba que llegara John con Thunder, George miraba furioso a Octavia Arenal esperando una explicación por su comportamiento. Habían roto las relaciones sentimentales hacía ya una semana, sólo seguían siendo amigos. Él la apreciaba, se conocían hacía muchos años. Estuvo a su lado cuando regresó de África con el corazón destrozado por el rechazo de Oyá, vivieron momentos intensos y agradables, pero el amorío terminó en el mismo instante en que él entregó su corazón, aunque aún no lo aceptara, a Hortensia. Octavia se había encargado de la organización de la velada inaugural de la Alameda a pedido de George, no era este el momento para iniciar una disputa, pero le debía una explicación por su extraño comportamiento.

— ¿Y bien Octavia? ¡Estoy esperando! —dijo entre dientes y furioso.

Intuía que su actuación, al momento de entrar Hortensia en la oficina, había sido provocada con premeditación por la ruptura de sus relaciones sentimentales, era evidente que bajo ningún punto de vista aceptaría terminar con él. Octavia estaba

decidida a luchar por el amor de sir Markham. No iba a permitir que George ignorara el sentimiento apasionado que sentía por él, lucharía con uñas y dientes, utilizando cualquier táctica a su alcance, aun cuando ésta le demandara destruir y aniquilar a su contrincante: Hortensia.

—¡Querido, querido! Sólo vine a ultimar detalles de la fiesta contigo, nunca imagine que ella entraría inoportunamente —se disculpó con voz melosa—. No te preocupes, es una niña caprichosa, para la hora de la fiesta se le habrá pasado la rabieta —agregó minimizando el episodio.

—*Tal vez* —murmuró preocupado George—. Aunque conociendo a Hortensia no creo posible que olvide la escenita que montaste, tan fácil.

—*Tengo que hablar con ella antes de la fiesta y convencerla de mis verdaderos sentimientos y del fin de mi relación contigo, Octavia* —susurraba pensativo.

Era evidente que la había perturbado mucho al punto de huir como si la persiguiera el mismo diablo, exponiendo su vida saltando sin temor al tren en movimiento.

La señorita Arenal mantenía una íntima conexión comercial con sir Leguiza, que por supuesto George no aprobaba y era su intención utilizar al presidente del ferrocarril argentino para lograr su cometido, sin importar los medios utilizados. Leguiza era un hombre peligroso, ambicioso e inescrupuloso. Se relacionaba con personajes de la política nacional y provincial, inclusive con nobles y políticos ingleses, quienes dejaban mucho que desear y la gran mayoría de ellos estaban involucrados en maniobras corruptas con las que obtenían pingües beneficios personales.

—Ya hablaremos cuando estés más tranquilo, querido George —seguía hablando Octavia sin darse cuenta que los pensamientos del inglés estaban camino a Panquehua—. Vamos a tener mucho tiempo para ello durante nuestro viaje y estadía en Buenos Aires —agregó victoriosa, pensando en recuperar a su antiguo amante.

Los hermanos Burks tenían conocimiento de estas maniobras sucias entre Leguiza y funcionarios argentinos e ingleses, por esa razón George viajaba hacia la capital argentina con el objetivo de reunirse con sus amigos y empleadores para diseñar una estrategia que les permitiera seguir operando el Ferrocarril Nacional Andino sin presiones, e iniciar el tendido de la red ferroviaria para unir Argentina con Chile, el sueño dorado de George: el Ferrocarril Trasandino.

Debido a todos estos acontecimientos, Sir George tenía previsto viajar a Buenos Aires al día siguiente de realizarse la fiesta de inauguración de su casona. Con los preparativos del festejo, la visita de sir Leguiza, el acoso de la prensa y los ataques verbales de gremialistas y políticos locales, contrarios a su gestión, no había encontrado el momento propicio para hablar con Hortensia y contarle los motivos de su viaje y lo más doloroso, la cantidad de días que estarían separados. Y para colmo de males la endemoniada diosa, dueña de su corazón, había atrapado a la señorita Arenal besuqueándolo sin detenerse a averiguar si él correspondía o no, a esa artimaña rastrera de Octavia. Había huido altanera y ofendida a refugiarse en los brazos de su padre y de Dorotea, sin olvidar a Amanda y Juan Ignacio que la apañaban siempre, tuviera o no la razón, sobre todo Juan Ignacio que siempre estaba mirándola con cara de ternero degollado.

Iba a ser una larga y difícil noche si no lograba hablar antes con ella.

Lo peor sería calmar y recuperar la confianza de la fierecilla indomable que lo desvelaba y lo tenía engatusado. Le preocupaba la reacción de Hortensia cuando le contara su inminente viaje, conociendo su temperamento fogoso y bravío. Temía que la explosión, la tremenda explosión de su india morena, fuera similar a una erupción volcánica, corriendo el riesgo de que la lava incandescente que derramara los abrazara con su ira. Conocidos eran los estallidos pasionales entre ellos como también eran conocidas sus fogosas reconciliaciones. George rogaba que esta fuera una más de las vehementes discusiones en las que se enredaban habitualmente, pero había un factor inevitable que lo empeoraría todo: Octavia Arenal viajaba entre los pasajeros que iban a la reunión en Buenos Aires.

— ¡Sire!- —la voz de John lo sobresaltó—. Thunder está listo y esperándolo ansioso por cabalgar a campo traviesa. Si no parten ya, dudo que pueda alcanzar la

formación antes de que esta llegue a la Estación Panquehua —lo apuró su asistente terminando con sus cavilaciones y con la cháchara de Octavia, de la que se había perdido gran parte. Lo único que tenía en mente era alcanzar el maldito tren con la endemoniada niña Hortensia montada en él.

—Octavia, vete a tu casa, nos vemos mañana en la fiesta y gracias por tu ayuda —le ordenó, apartándola para evitar que ella le diera un beso, actitud que enfureció a la mujer.

—De nada, querido —contestó ocultando su enojo tras una falsa sonrisa —. Mañana nos vemos en la recepción antes de nuestro viaje...—y no puedo terminar la frase porque se había quedado sola. El inglés había salido como un torbellino rumbo al lugar en donde se encontraba su caballo.

Saltó sobre Thunder y partió a galope tendido bordeando las vías del tren, a través del campo árido. Saltando alambradas y cauces secos de arroyos de montaña, ignorando los peligros que conllevaba cabalgar arriesgadamente por un terreno desconocido, intransitable y escabroso. Thunder era un semental que respondía a las órdenes de su dueño como si fueran un solo cuerpo, no había obstáculo que se le opusiera en su camino cuando percibía, en su lomo, la estimulante presencia de su dueño el que, sólo con sus manos y sus piernas, sin recurrir al uso de una fusta, le impartía las órdenes certeramente.

Casi llegando a destino, los pasajeros del tren a Panquehua observaron, incrédulos y asombrados, como el tren se emparejaba con un magnífico y temperamental semental, negro como la noche, controlado con maestría, por un indómito y peligroso jinete con el rubio cabello desordenado y mirando fijamente, con semblante hosco, a una bella y melancólica morena con la frente apoyada en la ventanilla de uno de los vagones.

El inglés iba vestido con abrigo y pantalones de montar, botas negras altas y controlaba, sin dificultad alguna, el galope de su caballo apretando sus largos y musculosos muslos contra el costado del animal. Al verlo cabalgando a la par del tren, el semblante de Hortensia mutó de la melancolía al enojo, cambio que George percibió en el instante que sus rabiosas miradas se cruzaron. Era evidente que al caballero no le

hacía mucha gracia la actitud adoptada por la joven. Le echó un último y amenazante vistazo por encima del hombro y azuzó al semental, rebasando al tren, indicándole con un enérgico gesto de la mano que esperaba verla en el andén al arribo de la formación.

Al llegar a destino, entre los vapores de la máquina, como una aparición demoníaca, los pasajeros del tren observaron, atónitos y maravillados, al imponente semental y su magnífico jinete girando impacientes sobre el mismo andén de la estación Panquehua. Su larga cola negra formaba remolinos resplandecientes bajo los rojizos rayos del sol del atardecer mendocino. Mantenía el cuello arqueado, resoplaba expulsando un vaho húmedo por las temblorosas aletas nasales, manteniéndose subordinado a las precisas órdenes de su dueño. Eran la viva imagen del cuadro pintado por Rafael, “San Jorge y el dragón”, con la diferencia que George era San Jorge y Hortensia el dragón.

El animal estaba ansioso y excitado, al igual que su dueño, por la intensa carrera a la que había sido sometido por el iracundo jinete, que lo mantenía controlado, con las riendas tirantes, evitando que se encabritara y asustara a las personas que se desplazaban sorprendidas por el andén. A pesar de ser una de las últimas en apearse del tren no pudo evitar que George se acercara, todavía montado en Thunder, e inclinándose con decisión y soltura la tomara de la cintura montándola delante de su cuerpo, abrazándola y apretándola contra su robusto pecho, ordenándole:

— ¡Quédate quieta Hortensia! , ¡Tenemos que hablar! , pero no aquí, sino en la casa de tu padre —el tono de su voz era enérgico y no le daba margen para protestar, estaba realmente enojado.

Hortensia acató la orden, no estaba dispuesta a provocar un escándalo frente a medio pueblo de Panquehua presente en la estación y expectante ante la escena dantesca que protagonizaban el inglés y la niña pródiga del pueblo. Con un apretón enérgico de sus muslos le dio un azuzón a Thunder y partieron rumbo a la casa de Don Miguel Correa, en dónde, sin lugar a dudas, se desataría la batalla campal, según la opinión y las apuestas de todos los presentes en el andén de la estación.

Hortensia soltándose del abrazo de Sir George saltó impetuosa, descolgándose de Thunder antes de que éste se detuviera en la puerta de su casa, sin medir las consecuencias de su acción, del mismo modo que lo había hecho cuando, encolerizada y dolida, saltó al tren en movimiento. Se dirigió a grandes pasos hacia la vivienda y cuando casi llegaba a la puerta de entrada dio la vuelta sobre sus pasos, crispada y amenazándolo con el dedo índice en alto, como era su costumbre cuando estaba enojada, dijo:

— ¡Ni sueñe Sir George que va a entrar a mi casa a tratar de embaucarme con sus mentiras! —exclamó—. ¡Ya lo hizo una vez y lo logró! ¡Su comportamiento de hoy no tiene disculpas! ¡No va a hablar con mi padre, ni con Dorotea! ¡Mañana en su fiesta busque aliados entre sus amigotes o mejor dicho, entre sus amigotas! —continuó casi sin respirar.

George la seguía a grandes zancadas ignorando sus palabras con el ceño fruncido y una mirada enfurecida.

— ¡No se acerque más a mí! , ¡No quiero verlo en ningún momento, ni antes, ni durante, ni después de su fiesta! —le gritó y agregó—. Sometió al pobre Thunder a una carrera infernal, para nada, espero que tenga cuidado con él a su regreso —ni en un momento como este, se olvidaba de su amor por los animales, las últimas palabras brotaron de su boca entre sollozos.

Y dando un portazo se perdió dentro de su casa dejándolo con la boca abierta y las palabras atragantadas en la garganta.

Hortensia se encerró en su habitación y se tiró llorando sobre su cama.

George montó a Thunder enfurecido, con la intención de regresar a la ciudad de Mendoza, pero a último momento decidió colarse por el patio que rodeaba la casa de Hortensia con la idea de sorprenderla en su habitación.

Capítulo 15

Pasión, amor y entrega.

Todos dormían. La hora de la siesta en Mendoza es el descanso obligatorio de la población, provocado por el intenso calor veraniego. Nadie oyó su llanto contenido contra la almohada, sólo sir George que atravesó el patio interno hacia el que daban las habitaciones de la casa y se introdujo, subrepticamente, en el cuarto de Hortensia. No se iba a ir dejándola con las dudas que se habían instalado en su mente y su corazón, al ser testigo del comportamiento artero de Octavia Arenal.

Se había dado cuenta de que la amaba. Ahora sabía que sus corazones compartían un mismo latir; los ecos del pasado lo torturaban, la sola idea de que Hortensia lo abandonara del mismo modo que lo hizo Oyá lo aterraba, nunca había experimentado un sentimiento tan profundo por nadie, ni siquiera por Oyá.

Algo tenía que hacer, tenía que borrar de su loca cabecita la imagen de Octavia manoseándolo y besándolo. Tenía que hacerle sentir que juntos podían forjar un futuro porque compartían un mismo sentir. Que no estaba derrotada, que sus miedos no eran reales, que el sabor amargo de la desilusión los iba a borrar de su boca con sus besos, que la amaba intensamente y que no era una mentira como ella creía. Tenían mucho que perder si ella se encerraba en sus dudas. Quería que sintiera que esta tormenta pasaría y que la mejor manera de despertar de ella era tomada de su mano y transitando, juntos y sin miedos, los obstáculos que la vida les pusiera.

George la escuchaba, acongojado, sollozar tirada sobre su juvenil cama. Su pequeño y esbelto cuerpo se movía, trémulamente, sobre las blancas sábanas y sus pequeños puños asestaban golpes con furia sobre la almohada. No pudo contener más su emoción y la llamó dulce y suavemente.

—Hortensia, mi niña Hortensia —la angustia reflejada en su voz, entrecortaba su reclamo.

La joven levantó la cabeza de la almohada, sorprendida al escucharlo tan cercana, dentro de su habitación.

— ¡Sir George! —exclamó avergonzada y asombrada —. ¿Qué hace aquí?

George entró en la habitación y cerró la puerta detrás de él con suavidad y extendió su mano, sin emitir otra palabra. Hortensia exhaló un profundo suspiro y se puso de pie acercándose a él, llorosa, confiada y con total entrega. De pie frente a él levantó su cara surcada por las lágrimas y sus ojos oscurecidos por el deseo se encontraron. Se miraron fijamente y Hortensia comprendió la muda intención de esa mirada y supo en ese instante que estaba decidida, quería entregarle su virtud, quería ser de él en cuerpo y alma. Ni Octavia Arenal, ni otra mujer, oculta en el pasado de George, iban a arrebatárselo.

Ese hombre era suyo. Y ella era de él.

George la acercó a su cuerpo, el calor atravesó sus ropas irradiándose a lo largo de sus cuerpos y penetrándoles los huesos. Se inclinó sobre ella reclamando su boca, con devoradora insistencia, introdujo su lengua saboreándola. La sensación de su lengua sobre sus dientes, sobre sus labios, entrelazada con la de ella empapó sus sentidos provocándole un vahído, jadeando, tuvo que abrir la boca para tomar una bocanada de aire, Hortensia sintió que el corazón se le salía. George acarició su nuca con sus arteras y seductoras manos y enredó los dedos en su oscuro cabello, atado en una juvenil coleta, tironeó de ella para mejorar el ángulo de su boca y la comió a besos dándole pequeños y excitantes mordiscones.

—Bésame, bésame pequeña. Hoy vas a ser mía. Te necesito y me necesitas. Basta de vueltas, de peleas, de gritos —jadeaba sobre su boca mientras hablaba —. Hoy

Hortensia vamos a unir nuestros cuerpos y nuestras almas para la eternidad —sus palabras sonaron amenazantes y premonitorias.

El aliento de George en el cuello le produjo una creciente excitación, el estómago lo sentía lleno de mariposas, la tensión aumentaba y la respiración de ambos se volvía cada vez más agitada. Las diestras manos del inglés comenzaron a desprender, uno a uno, los pequeños botones de su vestido, que se deslizó en un susurro por sus hombros hasta la cintura, dejando al descubierto sus turgentes pechos tan solo cubiertos con una perfumada y transparente camisola de lino.

—Aquí estoy bruja, corriendo detrás de ti como un adolescente, deseándote como un imberbe, ansiando tus pechos como un bebé. Solos tú y yo, vida mía —la sentía temblar en sus brazos, sus magníficos pechos casi desnudos, al alcance de su boca —. ¡No aguanto más Hortensia, no aguanto más! —musitó cuando sus labios se posaron sobre unos de los pezones de la joven, endurecidos por el deseo, mojando con su saliva el suave y tenue tejido que los cubría.

Hortensia sintió que sus piernas no la sostenían. En ese instante, George la atrapó con sus fuertes manos por la cintura y con un movimiento rápido y diestro paso su brazo izquierdo por debajo de sus rodillas, alzándola como si fuera una pluma y se acercó con paso decidido al borde de la juvenil cama, depositándola con suavidad. George jadeaba entrecortadamente parado frente a ella, tirada casi desnuda sobre la cama. Inclinandose sobre ella posó sus manos sobre sus hombros y procedió a bajarle la camisola dejando totalmente al descubierto sus redondos y henchidos pechos, arrastrando y rasgando en ese movimiento el resto de su ropa la dejó desnuda en toda su gloria.

Incorporándose ligeramente y apoyándose sobre sus codos Hortensia pudo observar, sofocada, su absoluta desnudez y el sonrojo que cubría su morena piel. En ese momento George se dirigió con largos pasos hasta la puerta para asegurarla y correr las cortinas para aplacar la intensidad del sol de la siesta mendocina, sumiendo la habitación en una tenue penumbra con un halo íntimo.

—George...—lo llamó sofocada—. No sé... no sé...—balbuceaba—. No sé qué debo hacer. Tengo miedo y al mismo tiempo —susurró—te deseo tanto, que creo que me va a explotar el corazón—. Su impericia frente a la vasta experiencia de sir George podía ser un factor que le jugara en contra, pero las ansias indescriptibles que se habían apoderado de su cuerpo la hacían sentir atrevida, audaz y desvergonzada.

El corazón de Hortensia latía atropelladamente, por un momento sintió que se estaba equivocando al tomar esta decisión, pero luego recordó las largas charlas con Amanda acerca de que el acto sexual debía ser placentero y agradable y la única manera posible de lograrlo, era manteniendo relaciones íntimas con alguien a quien uno amara, y ella amaba a George Percy Markham. Ni siquiera la cercanía de la habitación de su padre sería un impedimento para que averiguara si era capaz de proporcionar el placer que ese magnífico hombre, parado frente a ella, esperaba obtener.

Esperó ansiosa la reacción de George.

—No tengas miedo Hortensia—susurró con voz ronca cargada de pasión sir George, mientras trepaba a la cama y se arrodillaba frente a ella.

La joven podía ver, a través de la penumbra, como sus pupilas celestes brillaban dilatadas por el deseo y respiraba entrecortada y pesadamente. Hortensia estaba como hipnotizada por ese hombre arrodillado entre sus piernas, adorándola con la mirada mientras desprendía con torpeza los botones de su camisa tirando, finalmente de ella sin terminar de desprenderla, sacándosela con fuerza y sin miramientos por la cabeza, arrojándola a un costado sin preocuparse por ver donde caía.

Estaba tan cerca de ella que sólo tuvo que estirar su mano para tocar su musculoso torso.

—Quiero tocarte, mi amor —murmuró con voz trémula.

Esas cuatro palabras arrancaron un gemido ronco de la garganta de George. Hortensia era tan ingenua que daban ganas de comérsela, y eso era lo que iba a hacer una vez que ella saciara su curiosidad. Se dispuso a quedarse quieto mientras ella estudiaba su cuerpo y lo acariciaba con tanta delicadeza y concentración que lo estaba dejando sin aliento. Hortensia comprendió, instantáneamente, que a pesar de su experiencia, el inglés no estaba absolutamente tranquilo frente al hecho de yacer con una joven y bella virgen y esa certeza despertó su instinto perverso de someterlo, haciéndole pagar los momentos dolorosos vividos por culpa de su amistad con Octavia Arenal.

—Haz lo que quieras conmigo, preciosa. Pero, haz lo que quieras te pido que no pares. Soy tuyo Hortensia Correa, una vez que comiences no quiero que pares. Tómame hermosa, tómame ahora, porque enseguida, cuando yo te arrebaté las riendas nada ni nadie, sobre esta tierra, podrá separarme de ti —y se entregó. Dejó que ella tomara el mando.

George permanecía inmóvil mirándola, arrodillado entre sus piernas y sentado sobre sus talones, con la respiración agitada y las manos apoyadas en sus muslos tensos por la posición. Ella le recorría el torso desnudo con sus suaves y pequeñas manos, extasiada por la firmeza y la suavidad de sus músculos y de su piel. Elevó su cuerpo agarrándose de los antebrazos de George y, al hacerlos sus pezones erguidos rozaron el pecho del inglés que sintió que sus sentidos se encendían quemándolo, tuvo la sensación de que las costuras de sus pantalones no resistirían la presión de su, cada vez más creciente, miembro viril. Hortensia comenzó a bajar sus manos a lo largo de la línea rubia de vello que se extendía desde su pecho, bajando por su abdomen, rodeando el ombligo y ocultándose en el interior de sus pantalones. George continuaba arrodillado con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos entrecerrados pero al intuir la intención de Hortensia dirigiendo la mano, tímidamente, hacia su entrepierna la agarró de la muñeca y la miró interrogativamente. Y ella, descarada, sonriente y desafiante le dijo:

— ¡¿Qué?! ¡¿Qué pasa?! ¡Quiero verte y tocarte! —su voz susurrante y con un leve tono autoritario, lo dejó sin aliento. La atrevida estaba tomando el control, nuevamente. Lo estaba desafiando como si fuera una experta en el arte de amar.

—Amor mío, temo que no voy a aguantar mucho si me tocas, pero no puedo negarte nada en este momento —murmuró intentado controlarse—. ¡Bien! —claudicó George—. *¡Quiere seguir llevando la batuta, por un rato le voy a dar el gusto, después la orquesta la voy a dirigir yo! ¡Bruja!* —pensó sonriendo y se tendió al costado de ella despojándose, apresuradamente y de un solo tirón, de los pantalones junto con la ropa interior.

Hortensia miraba, fascinada, el acelerado movimiento de sus manos desprendiéndose de las ropas, liberando el erecto y poderoso miembro que apuntaba hacia arriba apoyado sobre su vientre. Esa visión hizo que tragara saliva, nerviosa, ahora comprendía algunos comentarios que habían oído de las mujeres casadas del pueblo, en sus charlas del té de los sábados, mientras, ella y Amanda, se mantenían calladas y ocultas detrás de la puerta de la sala. Eso que veía erguirse orgullosamente sobre el abdomen de George debía entrar en su intimidad y la preocupación y las dudas invadieron su ánimo; de nuevo trago saliva y lo miró a los ojos tratando de asimilar el tamaño de su arrogante pene. Tan arrogante como su dueño.

— ¡¿Y bien, Hortensia?! , ¡¿Cómo seguimos?!—preguntó sonriendo con picardía, viendo el gesto de asombro y el rubor que cubría su hermoso rostro, intentando apartar sus grandes ojos de su grueso e imponente miembro.

Para sorpresa del experimentado inglés, Hortensia comenzó a besar su pecho inclinándose sobre su torso, mordisqueando una tetilla primero para, haciendo un camino de pequeños besos, atrapar la otra entre sus labios tironeando, mordisqueando y besándola, provocándole placenteros estremecimientos. Continuando con los besos fue bajando, rodeando el ombligo y siguiendo la línea de rubio bello hasta encontrarse con su erecto pene, frente a frente, y sin titubear lo besó. George se había quedado sin palabras, su garganta sólo emitía gemidos incontenibles de placer, apabullado ante la desinhibición y soltura de Hortensia, asombrado por la actitud desenvuelta y desprovista de timidez al momento de expresar sus sentimientos y maravillado con la candorosa naturalidad con la que se prestaba y aceptaba el íntimo juego del amor.

— ¡Mi dulce!... ¡My sweet Hortensia!—jadeaba él inglés, hablando en su idioma—. Mi dulce niña Hortensia. ¿Dónde has aprendido esto? ¿Qué me estás haciendo pequeña? ¡Voy a morir en tus manos, nadie me ha hecho tan feliz como tú en este momento! —dijo entre resuellos.

En ese momento y con esa actitud Hortensia le estaba demostrando que no era una pacata, timorata y pudorosa joven pueblerina, sino una mujer audaz, osada y atrevida que, cuando deseaba y quería algo, sobre todo cuando estaba enamorada no andaba con rodeos ni comedimientos, ella iba directo al grano, ¡ella tomaba el toro por las astas! Se podría decir que lo que estaba haciendo no era, exactamente, tomar el toro por las astas, pero.... probablemente algo parecido porque, cuando apretó el pene de George entre sus labios para luego lamer, succionar y besarlo, recorriéndolo en toda su extensión y grosor, el asombrado inglés creyó que había muerto y vuelto a nacer.

— ¡Oh my God! ¡Oh my God! —el inglés quería gritar su gozo, su alegría.

Los gemidos que su accionar arrancaban de la garganta del excitado hombre la hicieron sentir dueña y señora y George percibiéndolo, le tomó el pelo que tenía atado en una coleta con su mano y comenzó a dirigirla para aumentar su placer y recuperar el control. Ella levantó la cabeza y sin soltarlo clavó sus dorados ojos en las dilatadas pupilas del sir dándole a entender que no se estaba sometiendo sino que estaba disfrutando y tomando lo que era de su propiedad.

— ¡A la mierda Hortensia! —dijo dejándose caer de espalda sobre el infantil cubrecama —. ¡Haz conmigo lo que quieras bruja! ¡Pero, que sea pronto porque no aguanto más y a este paso voy a terminar en tu hermosa boca! —resoplaba y bufaba como un poseído.

Y ella continuó marcando su territorio hasta que el desahogo llegó y el inglés derramó su semilla en la garganta de Hortensia que lo saboreó con deleite mirándolo provocativamente, pasando su tibia y rosada lengua por sus apetecibles labios.

Relajado y liberado, George la miró con ternura y deleite e incorporándose sobre las almohadas y almohadones estampados con florcitas, la tomó de la cintura atrayéndola sobre su pecho.

— ¡Gracias Niña Hortensia— susurró besándola y saboreando su esencia en los labios hinchados de la audaz joven—. *¡Eres tan hermosa, tan preciosa, tan bella mi adorada Hortensia!* —murmuraba mientras sentía que el amigo entre sus piernas revivía a pasos agigantados —. ¡Súbete encima de mí! —le ordenó y ella obedeció, sonrojada, colocándose a horcajadas sobre él, mientras la sostenía pegada a su pelvis, con sus fuertes manos apretando sus caderas.

Hortensia miró, sorprendida hacia abajo al sentir la presencia del miembro viril preparado nuevamente, entre sus piernas y contra sus nalgas, provocándole una sensación de placer electrizante.

George era dominante en el amor y en el sexo y Hortensia no se quedaba atrás.

— ¡Suéltate el pelo, Hortensia! —ordenó en un murmullo George mientras tomaba entre sus manos sus túrgidos pechos.

Estos se elevaron y movieron eróticamente cuando ella subió los brazos para soltar su melena oscura, dejando a George hechizado y anhelante, provocando una nueva y feroz presión de su pene entre sus nalgas. Cuando terminó de soltarse el pelo apoyó las manos sobre el estómago de George, que subía y bajaba con el ritmo de su agitada respiración, y lo miró excitada y ansiosa. El inglés se incorporó hasta quedar sentado frente a ella, tomó su hermoso rostro con las dos manos y atrapó su boca con avidez y ansia, enredando sus lenguas, recorriéndole el paladar, los dientes, las encías y mordiendo sus labios, casi salvajemente, como a él le gustaba. Con ese beso le demostró a Hortensia quien tenía el mando ahora, era un beso posesivo, exigente y dictatorial.

Soltó su rostro y bajó sus manos hasta sus pechos, apretándolos, manoseándolos y estirando sus pezones, pasando de la suavidad a la aspereza sin sosiego, provocándole placer y dolor al mismo tiempo. La boca de George se posaba sobre ellos, chupando y mordiendo, jugueteando con uno y otro, alternadamente. Hortensia sostenía su rubia cabeza, enredando sus dedos y tirándole del pelo, manteniéndolo con su boca apretada sobre ellos, gimiendo y jadeando. Los ruidos que salían de la garganta de Hortensia lo excitaban cada vez más, sentía que estaba al borde de explotar. Recordó que era virgen

y que no podía tomar su virginidad en esa postura, sería muy doloroso para ella, así que exhalando un rugido visceral la hizo rodar sobre los almohadones, colocándose entre sus piernas abiertas y tomó sus manos; al mismo tiempo que las elevó por encima de su cabeza, atrapó con su boca, nuevamente, sus pezones, chupando y succionando con voracidad.

Hortensia se movía agitada bajo su cuerpo, elevando las caderas en busca de su miembro, rogándole, exigiéndole la liberara de esa sensación desconocida pero placentera que su cuerpo le provocaba.

—Más... quiero más George...George... por favor...más —su tierna niña se había convertido en una mujer exigente y ávida de placer.

Pero George no pensaba terminar con ella todavía. Él era el experimentado y quería, que esa endemoniada e indomable criatura que tenía bajo su cuerpo tratando, desesperadamente, de tomar las riendas en sus manos, se le entregara en cuerpo y alma, que se volviera dependiente de él, que no pudiera vivir ni un minuto sin él, que lo anhelara y lo necesitara como él la anhelaba y necesitaba a ella. Hortensia continuó luchando exigiendo su alivio, intentó soltarse del agarre de George, revolviéndose y gimiendo bajo su cuerpo, y aumentando su excitación y su erección pero él no la dejó en libertad, mantuvo sujetas sus manos y la empujó sobre el colchón, suavemente.

— ¡Tranquila amor mío! Ahora es mi turno. ¡Primero voy a saborearte, pequeña! — susurró excitado, sobre su boca entreabierta, confundiendo su aliento con el de ella —. Llevo meses deseando esto, por favor, Hortensia déjame que te saboree —mientras bajaba besando su vientre y su pubis hasta llegar a su hinchado clítoris.

Hortensia, sorprendida y anhelante disfrutó de la húmeda lengua de George lamiendo los pliegues de su sexo, sintiendo que había llegado al paraíso. Apoyó con fuerza los talones en el colchón levantando las caderas y apretando con las dos manos su cabeza, en un intento desesperado por evitar que esa boca y esa lengua húmeda que la invadía se separaran de ella. Su cuerpo se convulsionó cuando la boca de George se detuvo en su clítoris, lamiéndolo, mordisqueándolo y tironeándolo, suavemente con sus dientes, una y otra vez, mientras introducía un dedo y luego dos, en el interior de su

vagina con atormentadora cadencia. El corazón le golpeaba atronadoramente dentro del pecho, jadeaba y gemía descontrolada mientras elevaba las caderas demandante, contra la boca de George, no tenía noción de cuantos dedos entraban y salían de su cuerpo, estaba al borde del éxtasis suplicando y emitiendo palabras incoherentes.

—George... no puedo más... te necesito...—jadeaba y su voz entrecortada lo provocaba.

— ¿Dónde hermosa? ¿Dónde me necesitas? ¡Pídemelo Hortensia! ¡Dime dónde me necesitas! —le ordenó enardecido.

— ¡Dentro de mí! —le dijo demandante—. ¡Te quiero dentro de mí! ¡Ya!

Viéndola tan excitada y temiendo que sus gemidos llegaran a los oídos del resto de los habitantes de la casa, George se incorporó de entre sus piernas, atrapó su boca con la suya compartiendo su sabor, colocó su grueso pene en la entrada de su vagina y presionando con movimientos cortos y precisos se introdujo en ella hasta encontrar la barrera de su himen. Embistió certeramente mientras continuaba besándola para apagar el intenso gemido provocado por el dolor de la pérdida de su virginidad. Se quedó quieto unos segundos esperando que ella aceptara su invasión murmurando palabras de amor y lamiendo sus lágrimas.

— ¿Dolió mucho, mi amor? Lo siento, eres tan pequeña y yo soy muy grande — quería consolarla antes de continuar, sabía que el dolor que sentía era intenso pero que pasaría en breves instantes. Sintió que ella se movía agitada, se apartó levemente y grande fue su sorpresa al verla tratando de contener la risa.

— ¡Hortensia!, ¿te estás riendo de mí!? —preguntó incrédulo y temiendo que el momento afectara su libido.

— ¡Muy grande! ¡Fanfarrón!—agregó riendo suavemente—. No quiero abochornarte pero tú me dijiste que la naturaleza no siempre es igual de dadivosa con

todos los hombres. Considerando que eres el primer hombre que veo desnudo, no puedo hacer comparaciones y me temo que no me lo permitirás tampoco ¿o sí? — preguntó dibujando un gesto inocente en su bello rostro.

George no pudo contener la carcajada, la descarada estaba poniendo en dudas su hombría.

—Te aseguro mí amada y descocada Hortensia que la naturaleza ha sido muy generosa conmigo ¡Muy generosa! —enfaticó dispuesto a demostrárselo —. Y olvídate de las comparaciones, el hombre que intente acercarse a ti, niña Hortensia, es hombre muerto —gruñó atrapando su boca, mordiéndola hasta sentir el sabor metálico de la sangre de sus hinchados labios.

Incorporándose la miró sonriendo continuando con la rápida e intensa embestida, adentrándose profundamente en ella, llenándola y haciéndola gritar de pasión, colmada y repleta por él, demostrándole cuán dadivosa la madre natura había sido con él. Y Hortensia no tuvo dudas.

George golpeaba una y otra vez su pelvis contra la de Hortensia, acometiéndola con largos e intensos movimientos, pasando a otros pausados, breves y profundos, mientras la miraba fijamente sin apartar los ojos de los de ella. Con un gruñido de satisfacción pasó sus manos por debajo de las nalgas de Hortensia, elevándola para penetrarla más profundamente; arqueado sobre ella, lamía y mordisqueaba sus pezones hinchados y brillantes por su saliva. Hortensia respondía a su ritmo, aceptando sus embestidas, mientras emitía sonidos de satisfacción que lo enardecían aún más. Le había rodeado la cintura con las piernas, enlazándolas con fuerza, obligándolo a mantener el ritmo e impidiéndole que abandonara su cuerpo, esta endemoniada y maravillosa mujer lo estaba poseyendo de la misma manera que la poseía él.

¡Aprendía rápido la pequeña bruja! Ambos estaban a punto de entrar en combustión espontánea.

Hortensia sentía el desesperado palpitar de su sexo mientras el grueso miembro de George se deslizaba entrando y saliendo con un movimiento enloquecedor. Los movimientos se aceleraron, su vagina se contrajo, convulsivamente, sobre el grueso pene del noble inglés, apretando, estrujando, exprimiendo el miembro invasor y entonces llegó al clímax. Su cuerpo experimentó el orgasmo más intenso de su vida, transformándolo en una experiencia maravillosa. Le exigió, lo apuró para que culminara y la liberara de esa ansiedad. George insistía en alargar su tortura, acariciándola lenta y posesivamente, entrando y saliendo sin tregua llevándola al delirio, cuando levantó las caderas para obligarlo a acelerar sus movimientos él la miró con una sonrisa socarrona, tenía la frente perlada por las gotas de sudor debido al esfuerzo que hacía para contenerse y alargar el goce de ambos, luego se inclinó sobre ella y comenzó a besarla con ímpetu y rudeza, invadiéndole la boca con su lengua y mordiéndola desesperadamente.

— ¡Maldición! ¡Sir George termina ya, no aguanto más! ¡Por favor, sir George, por favor! —le ordenó gimiendo.

— ¡Mi adorada bruja, tan demandante y tan poco paciente! — susurró con voz ronca y mordiéndole la oreja.

— ¡Termina ya inglés engreído o me las vas a pagar! —chilló, volviendo a experimentar un nuevo orgasmo, estaba al borde de sus fuerzas.

— ¡Pequeña desde el día que te vi cabalgando como una guerrera me estás haciendo pagar! — exclamó George, acelerando sus embestidas y aumentando la fricción de sus cuerpos sudorosos.

Al instante notó la tremenda tensión de George, de su cuerpo, de su pecho, de sus brazos que la apretaron violentamente, al mismo tiempo que echaba la cabeza hacia atrás con los ojos entrecerrados y el rostro crispado y emitiendo un rugido liberador se derrumbó sobre ella llenándola con su simiente. Como un huracán que arrastra con todo a su paso un nuevo orgasmo arrollador, nunca experimentado ni en la extensa experiencia de George ni en la corta de Hortensia, los dejó, exhaustos y jadeando, enredados en las sábanas de la cama juvenil de la niña Hortensia.

Juntos habían llegado al éxtasis.

—*Eres maravillosa, Hortensia, lo que siento por ti no puedo expresarlo con palabras*—le susurró en el oído—. ¡Te adoro Hortensia Correa! Me robaste el corazón en el mismo momento en que te vi surgir entre el vapor de la locomotora, desmelenada y sudorosa, protestando y desafiante, mirándome directa a los ojos, provocándome una tremenda excitación y fue entonces que me propuse, firmemente, que serías mía. Porque eres mía, Hortensia Correa. ¡Eres mía! —enfaticó apretándola contra su cuerpo de gladiador.

Hortensia estaba maravillada por la experiencia y escuchaba aturdida a George que miraba, embobado, su rostro acalorado y hermoso. Él la abrazaba contra su pecho tomando sus manos y besando con ternura cada uno de sus dedos, acariciando y dibujando círculos, lentamente en su espalda.

—*¡Es tan condenadamente hermosa!* —pensó y sintió que se estaba poniendo duro, otra vez.

Tenía que volver a la Estación central inmediatamente, además la casa estaba despertando de la siesta y no sería conveniente para la niña Hortensia que lo descubrieran en su cama y ¡desnudo! Le parecía increíble tenerla entre sus brazos, entregada y temblorosa. Sentía la sangre bombear por su cuerpo, el deseo de poseerla de nuevo se estaba volviendo incontrolable, tenía que levantarse de prisa e irse antes de volverse completamente loco.

Capítulo 16

Aclaraciones, dudas y fiesta.

El silencio invadió la habitación, ninguno se animaba a hablar. Se habían entregado mutuamente porque se amaban, sin lugar a dudas, pero aún quedaban asuntos por aclarar y este momento de pasión no iba a ser suficiente para calmar a la impetuosa Hortensia y someter al indómito George. Habían entregado el alma en ese acto de amor, pero ¿sería eso suficiente? ¿Podrían, continuar amándose tan intensamente, dejar de lado los celos, las dudas y soportar la separación física que los amenazaba?

Los sonidos de la casa indicaban que la siesta estaba llegando a su fin y que, en instantes, todos sus moradores descubrirían la presencia de George en el dormitorio de Hortensia.

—*¡Tenía que irse!*—la idea asaltó la mente de sir George, pero no podía dejarla sin una explicación.

La pasión se había apoderado de sus cuerpos y no le había aclarado los motivos que lo habían llevado a invadir su intimidad, ignorando en el proceso las consecuencias que éste provocaría.

—Hortensia, mi vida tenemos que hablar—dijo, mientras buscaba su ropa esparcida por el dormitorio.

George quería explicarle en pocas palabras, y rápidamente, que la escena de la estación con Octavia no tenía ninguna importancia.

—Lo que viste en mi despacho no es lo que piensas, Octavia sólo había ido a resolver algunos detalles de último momento relacionados con la fiesta. Bien sabes que ella es la encargada de organizarla y no me explico porque me abrazó y me besó, hemos terminado con nuestra relación hace varias semanas y ella sabe que sólo tengo ojos para ti y mi corazón es tuyo *¡Maldición!* —preocupado, se dio cuenta de que había desatado su verborragia nuevamente —. *Estoy hablando como un idiota y Hortensia ha notado mis nervios y ya está dudando de mis palabras, lo noto en su expresión* — pensó alarmado.

Terminó de ponerse las botas, tratando de mantener la calma. Detuvo el discurso y mientras metía los faldones de la camisa por la cintura de los pantalones se volvió a mirar a Hortensia que estaba sentada en el medio de la cama, desnuda, arrodillada y los brazos cruzados sobre sus deliciosos y sonrosados pechos que hacia un instante había besado y chupado hasta el cansancio. Escuchaba atentamente sus palabras con una expresión triste e incrédula instalada en su hermoso rostro.

— *¡Mierda, mierda! ¡No me cree, y eso que todavía no le digo que me voy mañana a Buenos Aires! ¡Y qué Octavia está entre los viajeros! ¡Esto no va a resultar!* —masculló moviendo la cabeza, preocupadamente —. Hortensia, mi amor — susurró acercándose a la cama y tratando de abrazarla —. *¡Demonios! ¡No, no, no! ¡Está levantando el dedito, señalándome acusadoramente!* — pensaba y la miraba, inmovilizado y asustado.

— ¡Quieto ahí, sir George Markham! ¡Ni un paso más! —le ordenó buscando su camisola y poniéndoselo por la cabeza —. Mis padres se han levantado de la siesta, así que es mejor que se vaya, ya hablaremos mañana en su dichosa fiesta de inauguración —agregó entre dientes y con un tono casi despectivo.

— *¡¿Pero que se creía esa mocosa atrevida y orgullosa!?* —resopló como un toro embravecido —. Seguía dándole órdenes, echándolo de su casa y de su habitación después del maravilloso momento que habían vivido y disfrutado juntos.

¡Después de que ella le entregara su virtud y él su corazón!

Cuando existía la posibilidad de que él la hubiera dejado embarazada ella se erigía, cual doncella ultrajada y mancillada, apuntándolo con ese dedito acusador, dejándolo como un abusador y un oportunista, sin aceptar ni creer una sola de las palabras que había emitido en su defensa.

— ¡Por supuesto que vamos hablar! ¡Y me vas a escuchar Hortensia Correa! ¡Mañana a la noche me vas a escuchar, mocosa malcriada! —amenazó enojado y levantando su voz.

Dio media vuelta, abrió la puerta-ventana que lo llevaba al patio interior y con largas zancadas abandonó la vivienda.

A punto de estallar en llanto, Hortensia escuchó unos tenues golpes en la puerta de su habitación y la voz dulce de Dorotea.

—Hortensia, mi niña ¿hay alguien contigo? Escuché voces desconocidas y airadas viniendo desde tu dormitorio. ¿Está todo bien? —preguntó Dorotea con un tono preocupado.

Poniéndose un salto de cama sobre su cuerpo para cubrir las huellas de la pasión y, simulando despertar en ese momento de la siesta, la joven abrió la puerta con una sonrisa en su rostro.

— ¿Voces? ¿Voces de quién, querida Dorotea?, sólo era yo cantando. Estaba imitando a Enrico Caruso, ya sabes cómo me gusta la ópera —agregó tratando de distraer a Dorotea que la miraba con las cejas enarcadas y con un gesto preocupado en su dulce rostro.

— ¿¡Enrico Caruso?! —repitió pensativa y perpleja Dorotea —. De acuerdo, mi niña. ¿Vienes a tomar unos mates? Acaban de llegar Amanda y Juan Ignacio, te esperamos en la cocina —haciéndose la distraída dio por terminada la conversación.

—En cinco minutos estoy, Dorotea. Me visto y voy —murmuró Hortensia, con la voz entrecortada por el llanto y cerrando la puerta de su habitación.

—*Voy a tener que prestar más atención al comportamiento de Hortensia* — pensó Dorotea mientras se dirigía a la cocina —. *Presiento que algo no marcha bien, Hortensia no nos está contando toda la verdad, además, he visto pasar a sir George montando a Thunder como si se lo llevara el mismísimo demonio y tengo la impresión de que acababa de salir por el portón que da al patio interior de la casa* —. Y entró, meditabunda, a la cocina en donde la esperaba los amigos de su niña.

Por otra parte, por más que Hortensia intentara disimular con una sonrisa, algo la preocupaba y era, sin lugar a dudas, algo importante. Su hermosa niña se había convertido en una mujer y ese inglés la rondaba mucho y muy cerca para su gusto. Tendría los ojos puestos en él y que Dios se apiadara si le provocaba dolor a su cachorra, los ingleses ya conocían la ira del criollo argentino. Dorotea lo único que haría sería recordársela.

Ninguno de los dos durmió esa noche, Hortensia ahogó su llanto contra la almohada para que nadie la escuchara y George ahogó su rabia e impotencia en el alcohol. Por la mañana sus rostros reflejaban el sentir de sus corazones heridos, ambos estaban decididos a enfrentarse esa noche en la fiesta sin doblegarse, la terquedad y el orgullo habían anidado en ellos desalojando el amor y la pasión.

La brecha abierta se hacía cada vez más ancha y más profunda, predestinándolos a la separación y al sufrimiento.

Era la noche de la inauguración de la mansión de sir George Percy Markham y Hortensia, esforzándose en ocultar su estado de ánimo, apareció en la sala-comedor sonriente, dejando boquiabiertos a Juan Ignacio y a su padre mientras que Dorotea y Amanda aplaudían y elogiaban su belleza.

Llevaba el cabello negro recogido en una media cola con una cinta de raso amarilla cayendo sobre su espalda. El vestido, también amarillo, de seda adamascada que destacaba sobre su piel morena, llevaba superpuesta otra tela semitransparente totalmente bordada en hilos de seda al tono. El amplio y profundo escote tipo barco tenía volados plisados de encaje dándole volumen. La estrecha cintura ceñida con un cinturón de seda amarillo idéntico al del cabello y la pollera, acampanada forrada con enaguas con un volado de encaje en el bajo. El volado del escote y el del bajo estaban ricamente bordados con delicadas piedras que le otorgaban brillo con el movimiento. Hortensia no necesitaba usar corsé, el corte del vestido remarcaba su fina cintura y aumentaba su voluminoso y generoso busto que intentaba, sin resultado, cubrir con el fino y etéreo chal de seda que colgaba de sus brazos.

— ¡Hortensia estás hermosa! —gritó Amanda, dando saltos de alegría, bajo la mirada orgullosa de Dorotea, el asombro de Don Miguel, impactado por la imagen bellísima de su niña, y la expresión estupefacta de Juan Ignacio.

— ¡Es cierto, pareces un ángel caído del cielo! —articuló su amigo cuando logró cerrar la boca. La visión de Hortensia lo había dejado pasmado.

Dorotea, viendo lo bella que estaba su adorada niña no pudo dejar de pensar en cuál sería la expresión de sir George cuando viera a Hortensia llegar a su fiesta con ese vestido fantástico y del brazo de Juan Ignacio.

—*Vamos a ver cómo te las arreglas ahora, inglés arrogante y grandulón* — pensó con una sonrisa burlona en sus labios. Su niña ya había sufrido bastante por él, ahora sería el turno del inglés de soportar el rigor de la infelicidad y el acoso doloroso de los celos.

Lamentablemente, Dorotea desconocía que los acontecimientos que se producirían, durante y después de la fiesta, desatarían una inclemente tormenta que arrasaría los corazones, ahora vulnerables, de Hortensia y George. Si solamente hubiera avizorado que las malas intenciones, y los celos de terceros, atentarían para destruir el profundo amor que sentían Hortensia y George, la sonrisa se habría borrado, instantáneamente, de su cara.

El destino iba a jugarles una mala pasada, pondría a prueba sus sentimientos bombardeados por el orgullo irreflexivo de ambos y por el miedo a fracasar en la construcción de una pareja.

Estaban condenados, irremediabilmente, a sufrir mucho antes de que comprendieran que habían sido hechos el uno para el otro, Hortensia con su inexperiencia y juventud, George, con el temor a sufrir un nuevo fracaso amoroso y su arrogancia, se verían enfrentados en una batalla de la que ninguno saldría victorioso, al contrario, les esperaba un calvario que sólo tendría fin cuando ellos resolvieran sus diferencias confiando el alma y el corazón en las amorosas manos del otro.

Capítulo 17

La fiesta.

George se encontraba en la entrada de su mansión recibiendo, como era la costumbre, a los invitados. A su lado estaba Octavia Arenal. Impecable, bellísima, enfundada en un vestido rojo ajustado al cuerpo y con un amplio escote que no ocultaba sus magníficas curvas sino que las realzaba. El cabello rubio recogido en un elaborado rodete entrelazado con pequeños brillantes, haciendo juego con el magnífico collar de brillantes que adornaba su alargado y elegante cuello. Con los brazos cubiertos con guantes de seda negros, que llegaban hasta arriba del codo, sostenía entre sus dedos un cigarrillo emboquillado, que le daba un aire de femme fatal que tenía boquiabierto a todos los hombres presentes.

Ella había organizado la fiesta y no permitiría que nadie se llevara los laureles, pretendía acaparar la atención de George y mantenerlo alejado de la inocente **chirusita** que lo tenía engatusado.

Al día siguiente viajarían a Buenos Aires en un vagón-camarote adecuadamente equipado para un viaje de más de treinta horas. Allí podría desplegar sus artilugios para volver a conquistar el corazón del noble inglés.

En la capital argentina, sir Markham iba a estar muy ocupado en la resolución de los conflictos surgidos con las autoridades nacionales y con los gremios ferroviarios. Estos continuaban oponiéndose al manejo de la línea ferroviaria por parte de los ingleses y sobre todo, profundamente concentrado, en las negociaciones para que se le otorgara, a la empresa inglesa de los Hermanos Burks, el desarrollo del proyecto del ferrocarril trasandino. Algunos integrantes del gabinete del presidente argentino, estaban comercialmente relacionados con sir Leguiza y pretendían obtener importantes ganancias en la obtención de estos acuerdos ferroviarios.

No les importaba si el manejo de los mismos quedaba en manos argentinas o inglesas, para ellos quienes ofrecieran mejor gratificación serían los adjudicatarios de los diferentes ramales ferroviarios.

— ¿Cómo ves la organización de la fiesta querido George? ¿Es de tu agrado o tienes algún comentario negativo que hacerme? —le preguntó Octavia haciendo un mohín infantil con su boca.

—Excelente querida amiga, como todo lo que haces. Tu experiencia en estos eventos es notable, te estoy muy agradecido —replicó indiferente y preocupado. No le gustaba esa relación íntima que Octavia dejaba entrever frente a sus invitados.

Octavia Arenal, urdía su plan mientras fingía y derrochaba simpatía con los invitados de sir Markham. Actuaba como si fuera su compañera y esta actitud tenía de muy mal humor a George ya que no quería que se creara una falsa imagen con respecto a su relación sentimental con Octavia, sobre todo ahora que con Hortensia se encontraban en la cuerda floja, debido a la testarudez de la mocosa insolente que le quitaba el sueño y el aliento.

Y sin aliento se quedó cuando la vio descender del carruaje que los había llevado desde Panquehua hasta su mansión. Hortensia era un regalo de la madre naturaleza. El cielo y el infierno se habían confabulado para ofrecerles a los mortales una perfecta obra de arte.

Su inocente belleza atrajo la atención de las damas y los caballeros presentes sin excepción. Ni las sedas más exquisitas, ni los brillantes más refulgentes hubieran podido opacar el encanto que emanaba, embrujando a todo ser viviente a su alrededor.

Enfundada en ese vestido amarillo brillaba como el oro. El pelo negro azabache cayendo en ondas sobre sus hombros desnudos, rozando el nacimiento de sus pechos, redondeados y turgentes. Sus grandes y rasgados ojos amarillos, como los de una pantera, oscurecidos por la decepción y la tristeza al ver a Octavia a su lado, se detuvieron, fijamente, en los ojos celestes de George, ahora brillantes por el deseo y la ira, viendo a Juan Ignacio tomando su mano y ayudándola a descender del carruaje.

Pero... ¿Qué mierda hace ese pendejo tomándole la mano? Esa mano que no hace veinticuatro horas me acariciaba íntimamente. ¡Lo voy a matar! ¡Sí! ¡Lo voy a matar como siga tocándola! La actitud de Juan Ignacio con Hortensia despertaba en él, instintos asesinos.

George estaba hechizado, embriagado de amor y al mismo tiempo enfurecido. Observaba, atónito, el grado de intimidad que mantenía Juan Ignacio con ella y como este lo miraba desafiante al pie de la escalinata sosteniendo, con actitud protectora, la pequeña mano de Hortensia entre las suyas. Por un instante pensó en arrojarse escaleras abajo como un desquiciado y arrebatarla de al lado de su amigo. Nunca en su vida adulta había sentido por una mujer lo que sentía por esa mocosa insolente. Ni siquiera Oyá lo había excitado de la manera que lo hacía Hortensia. Esa maldita bruja con su desparpajo y su descaró vivía para desafiarlo. Lo provocaba con su cuerpo y con su comportamiento. No podía sacársela de la cabeza; no podía concentrarse en su proyecto más importante que era el ferrocarril trasandino, porque la imagen de la condenada hechicera había invadido su mente.

Tenía los puños fuertemente apretados, los nudillos de los dedos se le pusieron blancos, sintió un leve toque de Octavia en su brazo, advirtiéndole que controlara su genio, volvió a la realidad y, dominando su iracundo temperamento, mantuvo la compostura y esperó, con dignidad y mesura propia de un noble, que la familia Correa y sus acompañantes ascendieran por la escalinata acercándose a saludar.

— *¡Ay preciosa!, no me desafíes. No despiertes al león, porque no te va a gustar. ¡No me provoques Hortensia Correa!* —ese era el mensaje que su mirada le enviaba, mientras ella subía la escalinata de su mansión con aires de reina destronada.

Don Miguel, Dorotea, Amanda sonrientes, lucían felices y agradecidos por la invitación a una de las fiestas más importantes de la sociedad mendocina; Juan Ignacio se mostró indiferente e impávido y Hortensia, con esa actitud altiva e impertinente que adoptó al bajar del carruaje y ver a Octavia tomada del brazo de George, lo miraba desafiante y triunfadora.

—Buenas noches Sir George, gracias por invitarnos a la inauguración de su hermosa mansión y por contarnos entre sus amistades —dijo afable Don Miguel extendiendo su mano, la que fue atrapada por George con un sincero y afectuoso apretón.

—El honor es mío Don Miguel, bien sabe usted que lo considero no sólo como amigo, sino como fuente de inspiración para desarrollar con eficacia mi labor en el ferrocarril. Señora Dorotea, Amanda —dijo mirándolas cariñosamente—. Están ustedes muy bellas y elegantes esta noche. ¡Bienvenidas! Juan Ignacio, espero que disfrute de la velada —el tono utilizado fue frío y seco y si las miradas fulminaran, el joven se habría convertido en cenizas en ese preciso instante.

Por último se dirigió a Hortensia, volviéndose lentamente, impasible, mirándola descaradamente. Recorrió su cuerpo, insolentemente, provocándola, demostrándole que no se arrepentía de su desagradable actitud. Quería que sintiera la misma humillación y el mismo dolor que estaba sufriendo él viéndola tomada de la mano de Juan Ignacio.

—Hortensia —esa voz ronca y sensual hizo que su intimidad se humedeciera instantáneamente. Se sonrojó al revivir los momentos apasionados compartidos durante la siesta, levantó la cabeza y se hundió en el océano de sus ojos. George se dio cuenta inmediatamente del efecto que había provocado en ella. Él había recordado también, entonces dijo, con el mismo tono lascivo —. Hortensia, está usted despampanante. Su belleza ha eclipsado a la luna. Nos premia con su presencia —el corazón de Hortensia, que había caído en sus redes al oír su voz, se detuvo al escucharlo expresarse en plural, involucrando a Octavia en la bienvenida, dándole el lugar de anfitriona —. Ah..., y espero que me conceda el honor de bailar un vals antes de la cena —agregó displicentemente y con ironía —. Por supuesto, siempre y cuando no tenga todos los bailes comprometidos —dijo, flemático como buen inglés, y recordando el episodio de la kermese cuando, en un acto prepotente y descarado, había comprado todo el talonario de vales, impidiéndole de esa manera que bailara el último vals con otra persona que no fuera él.

Esta frase y ese recuerdo fue el pie que Hortensia necesitaba para vengarse por conservar a esa arpía a su lado. Octavia estaba disfrutando del enfrentamiento verbal

que mantenían, como si fueran enemigos acérrimos, con una sonrisa socarrona en sus labios.

—Gracias por la invitación sir George —lo miró inclinando su cabecita, mordiéndose, levemente, el labio inferior en un gesto casi infantil e inocente, consciente de que cada vez que se mordía el labio provocaba la lujuria del inglés.

Ese gesto revolucionó la libido de George, que se manifestó con un doloroso tirón en su entrepierna obligándolo a cambiar su postura. Esta situación no pasó desapercibida para la causante de tal incomodidad la que, esbozando una triunfal sonrisa, desvió la mirada dirigiéndose a la mujer parada a su lado.

—Señorita Arenal está usted hermosa —sin agregar otra palabra comenzó a retirarse tomando la mano de Juan Ignacio. Súbitamente se volvió, sin soltar la mano de Juan Ignacio y plantándose frente a un George, cada vez más furibundo y excitado, soltó con todo el rencor que tenía contenido, y sin perder la sonrisa —. Ah..., me olvidaba —susurro provocativamente con el dedito apoyado en la barbilla —. ¡Sí!, tengo todos los bailes comprometidos, lo lamento va a tener que bailar el vals con la señorita Arenal.

Y dejando boquiabierto a los presentes, incluido John que se había acercado a saludar, dio media vuelta y, sin soltar la mano de su amigo, se dirigió, contoneándose, provocadoramente, y con la prestancia de una emperatriz al salón en donde ya había comenzado el baile. Don Miguel, Dorotea y Amanda la siguieron, despidiéndose consternados y asombrados por el comportamiento de Hortensia.

—Vaya, Vaya, sí que tiene agallas la **chirusita** —reflexionó sorprendida Octavia tratando de interpretar la expresión inescrutable del rostro de George.

— ¡No vuelvas a llamarla **chirusita** nunca más! —le ordenó entre dientes, lanzándole una mirada de advertencia, con los ojos llameantes por la rabia contenida, mientras continuaba con su labor de anfitrión, recibiendo a sus invitados con amabilidad y dignidad como corresponde a un integrante de la nobleza inglesa.

John que lo conocía después de años de estar a su servicio, además, de ser un amigo fiel, se acercó para suplantarle en su labor y liberarlo del mal rato que estaba pasando, dándole la oportunidad para que recompusiera su estado de ánimo, antes de que decidiera salir detrás de Hortensia como un toro de miura, e ignorando a los presentes, la sacara del salón de baile tirada sobre uno de sus hombros con la intención de aplicarle un correctivo a su comportamiento. A esta altura de los acontecimientos, era posible imaginar que el correctivo iba a ser en una cama y entre las piernas de la insolente y provocadora morocha argentina.

John no pudo dejar de esbozar una sonrisa cómplice, ya era hora de que estos dos se dieran cuenta de que estaban locamente enamorados.

— *¿¡Todos los bailes comprometidos?! —* mascullaba imitando la voz de Hortensia, tratando de localizarla entre las parejas que poblaban el salón de baile.

— *¡Después de que hablemos, no le van a quedar ganas de bailar! ¡Mocosa insolente! —* finalmente los había divisado—. *¡My God!, Juan Ignacio se está jugando la cabeza —*enfurecido atravesó a grandes zancadas el salón al ver que los amigos bailaban un vals, en su opinión, muy juntos.

¿Por qué esta mujer no había caído rendida a sus pies? Todas las mujeres que había conocido en su larga historia de libertino, sin excepción, habían sucumbido a su atractivo y a su poder de seducción, sin embargo, esta niña alocada no sólo no se había derretido frente a él como las demás, sino que lo desafiaba y le presentaba batalla cada vez que tenía oportunidad, especialmente cuando él cometía algún desliz que ella no aprobaba.

Ahora, la que se estaba deslizando por la pendiente era ella y no lo iba a permitir, nadie ponía las manos sobre Hortensia Correa ¡sólo él!, ya era hora de que esa seductora lo entendiera.

Hortensia Correa era suya y todos en ese salón iban a ser testigos del momento en que Sir George marcaba lo que era de su propiedad.

Hortensia lo vio dirigirse hacia ellos con andar vigoroso, amenazante, temerario y no pudo evitar que un temblor le recorriera todo el cuerpo, Juan Ignacio advirtió su preocupación pero nada pudo hacer. Sobre sus espaldas percibió un metro noventa de poderosos músculos, encolerizados, reclamando a su hembra. Sin darle oportunidad para oponerse o protestar y, apartando de un inadecuado empujón al joven, la tomó de la mano y prácticamente la arrastró a través de los bailarines; atravesando el salón de baile. Exhalaba aplomo y autoridad por todos los poros que le otorgaban un halo de masculinidad y arrogancia, irresistible.

— ¡Pero... qué tupé! ¿Adónde me lleva Sir George?! —al no obtener respuesta, volvió a preguntar —. George, ¿adónde vamos?! , creo que estamos dando un espectáculo. Todos nos están mirando y sacando falsas conclusiones —continuaba hablando Hortensia, mientras el mastodonte inglés tiraba de ella llevándola en vilo.

Hortensia no podía creer lo que pasaba, ese gigante prepotente la llevaba tomada de la mano, casi en el aire, apenas podía apoyar los pies en el suelo, cada paso de él equivalía a tres de ella, prácticamente corría con los ojos fijos en su ancha y poderosa espalda, sin poder escapar de su atenzadora mano y bajo la atenta y curiosa mirada de todos los presentes en la fiesta.

Abrió la puerta de la biblioteca y con habilidad, la empujó adentro, luego cerró de una patada la puerta y se paró con los brazos cruzados, las piernas abiertas y los fríos ojos celestes clavados en los coléricos ojos del ella. No habló, no preguntó, no gritó, sólo la miró, y en el fondo de sus ojos Hortensia pudo avizorar, que la tormenta interior que azotaba al inglés todavía no alcanzaba su máxima expresión. Tardó varios minutos en vislumbrar el cariz que habían tomado los acontecimientos. Comprendió que había jugado con fuego, lo había empujado casi al borde del abismo y había llegado el momento de pagar las consecuencias. Frente a casi la totalidad de la sociedad mendocina, reconocida por lo pacata y pre juiciosa, la actitud cavernícola de George acababa de echar una sombra de duda sobre su integridad y honorabilidad, y ella era la culpable de esa conducta irracional.

— ¿Y bien Hortensia? , ¿Qué hacemos ahora? , ¿Cómo seguimos? —preguntó más calmado y exhalando un suspiro, resignado —. ¿Seguimos juntos o terminamos ahora? ¿Nos queremos o nos odiamos? —preguntaba mientras se acercaba y ella retrocedía.

No confiaba mucho en el tono suave y conciliador y a la vez autoritario, ya lo había escuchado antes cayendo rendida en sus brazos, George siempre la conquistaba con sus palabras, sus besos y con las sensaciones lujuriosas que despertaba con ellos. Esta vez no se lo permitiría, no mientras esa zorra de Octavia Arenal permaneciera a su lado marcando territorio, lo emplazaría para que tomara una decisión.

Juntos significaba que no había lugar para terceros, ni Octavia ni Juan Ignacio. ¡Sólo ellos!

En el momento que su espalda rozó con una de las repisas repletas de libros ya estaba George encima de ella, pregunta tras pregunta se fue acercando hasta acorralarla, siempre la acorralaba. Intentó escapar dándole la espalda y él aprovechó ese instante para abrazarla contra su pecho, apretándola con fuerza entre su cuerpo y la biblioteca. Diseñó un camino de besos húmedos entre la oreja y el hombro de Hortensia, ida y vuelta, dejando un rastro de saliva y mordiscones, estrujando sin compasión sus pechos, hinchidos entre sus dedos, provocándole un dolor placentero, frotando sus pezones, endurecidos por la pasión, por encima del tejido del vestido, incansablemente.

Sir George Markman era un maestro en el arte de la seducción.

— ¿Me deseas, Hortensia? ¿Quieres que volvamos a estar juntos? —susurró lascivamente, agitado, enojado.

—*¡Media sociedad mendocina tras la puerta y él, el demonio hecho hombre, hablándole al oído con lujuria, recorriendo y apretando sus pechos con sus grandes*

manos ¡¡Dios mío!, ¡este hombre es increíble! —pensaba Hortensia apretada entre él y la biblioteca.

George desprendió, lentamente, uno a uno los pequeños botones de su vestido, alternando besos y caricias y lo bajó hasta la cintura, acarició su espalda, recorrió la columna con la boca abierta, dándole besos, desde la base del cuello hasta más abajo de la cintura, donde se detuvo propinándole un mordiscón, dejándole su marca, luego pasó sus brazos por debajo de los de ella aprisionando su pechos, nuevamente, ahora sin la barrera textil.

—No me has contestado ¿me deseas Hortensia? —volvió a preguntar con la voz enronquecida por la pasión. Sus manos inquietas, ávidas, la enloquecían —. Tus pechos son hermosos, suaves, enormes y tienen el tamaño justo de mis grandes manos. ¡Han sido hechos a mi medida y para mí! ¡Nadie!, me has escuchado niña ¡nadie los tocará!, ¡sólo yo! ¡Porque soy tu dueño! ¡Porque eres mía! —murmuraba agitado y excitado, refregando, posesiva y brutalmente, su erección contra el culo de la sorprendida y turbada muchacha.

La joven no podía articular una palabra, estaba sumergida en una mezcla de éxtasis, placer y vergüenza y nada hacía para detener el maravilloso estremecimiento de placer que George le procuraba con sus manos, esas manos maravillosas que tanto placer le dieran en esa inolvidable siesta que pasaron juntos cuando le entregó su virginidad. George mantuvo todo el peso de su cuerpo contra ella para que notara el tamaño alcanzado por su miembro viril y lo frotó, con frenesí, contra su culo respingón. Le dio un mordisco en el hombro que luego lamió para calmar el escozor, procurando no dejarle marca, mientras retiraba las manos de su pecho para comenzar a levantarle la parte de atrás de la falda, dejando sus piernas y su trasero al alcance de sus caricias.

— ¡No!, ¡No!, por favor George, ¡no! —gimió Hortensia.

— ¡¿No!?, ¡¿No quieres que estemos juntos?! ¡¿No me deseas?! —George separó los labios de su cuello, sorprendido por su respuesta —. No te atrevas mocosa a pararme ahora, porque es imposible que lo haga, la erección que tengo supera lo previsible. Hortensia no te vas a escapar tan fácil. Estoy cansado de este juegoito

histórico. Me pones duro como una piedra y luego tengo que conformarme con mi mano. ¡Se acabó niña, se acabó! —la amenazó enfurecido.

— ¡Sí!, ¡si te deseo!, ¡si quiero que estemos juntos, sir George! —se apresuró a contestar la joven.

George suspiró aliviado al escucharla, no podía contener la risa, casi había estallado en carcajadas al oírla llamarlo sir George mientras él intentaba desnudarla, atrapada contra la biblioteca.

—¡Y no!, porque estás tratando de desnudarme mientras todos los invitados están pendientes de lo que está pasando acá adentro —continuó Hortensia compungida y ajena a la viva hilaridad que despertaran sus palabras en el hombre.

Pero George no se detuvo, le subió más el vestido y puso las manos sobre sus caderas y trasero, apretándolo con fuerza, dejando sus dedos marcados en la suave piel de Hortensia, mientras suspiraba y jadeaba cerca de su oído y mordisqueaba pecaminosamente el pabellón de su oreja y su cuello.

— ¡Bruja, me vuelves loco!—exclamó, mientras se desabrochaba el pantalón, liberando a su engrosado y enhiesto pene y empujándolo contra las nalgas de ella.

Hortensia comenzó a jadear, desesperada e intensamente excitada, permitiéndole entrar entre sus piernas. George la obligó, violentamente, a cerrar las piernas atrapando su miembro entre ellas. Le levantó la parte delantera de la falda, sosteniéndola, y tomando la pequeña mano de Hortensia la llevó hasta su entrepierna en donde esperaba su grueso y húmedo pene, ordenándole:

— ¡Tócame, Hortensia! ¡Tócame, por favor!—demandaba, rogaba, jadeaba, entrelazando su mano con la de ella, exigiéndole que lo masturbara al mismo tiempo que él acariciaba el centro de su placer—. ¡Si, si, Hortensia! —gemía, moviéndose sobre su mano, guiándola con ritmo y exigencia, para obtener una cadencia y una presión placentera.

George, deslizó la mano libre por el pubis de Hortensia, frotando y tironeándole el clítoris, imprimiéndole a sus movimientos la misma cadencia que ella aplicaba a su endurecido miembro. Súbitamente, un fluido húmedo y tibio impregnó las manos y los dedos de ambos y los sonidos y gemidos que emitió George, provocaron una explosión de placer inimaginable en Hortensia. Habían alcanzado el clímax. Pero George exigía más, necesitaba más, quería estar dentro de ella y volver a sentir sus dulces contracciones alrededor de su pene.

— ¡Quiero estar dentro tuyo, amor mío! ¿Me quieres dentro de ti?—ordenó más que preguntó, con la respiración entrecortada como la de un animal enfebrecido.

— ¡Sí! —dijo casi en un suspiro. No quería pensar en las consecuencias, en los invitados, en Octavia Arenal, en... —. *¡Al diablo con todos, ahora somos nosotros dos, sólo nosotros dos!* —decidió Hortensia.

Sorprendiéndola, George la puso de rodillas y la obligó a apoyar sus manos en el suelo alfombrado penetrándola, desde atrás, profundamente y de una sola embestida, para luego comenzar, otra vez, adentro y afuera en suave cadencia. Con una mano apretaba, con alternancia, un pecho y el otro y con la otra, el inglés frotaba y tironeaba de su clítoris sin detenerse, depositando húmedos y calientes besos en su nuca.

Volvieron a culminar juntos y ella, que no salía de su sorpresa por la forma en que George le había hecho el amor, al alcanzar el orgasmo mordió su mano para sofocar un grito que se fundió con un gruñido gutural de él. Cayeron juntos sobre la alfombra de la biblioteca, abrazados y jadeantes, las piernas enredadas y las manos unidas.

Estuvieron en esa postura algunos minutos, recuperando el aliento y la cordura. Una vez que logró respirar con normalidad, Hortensia abandonó, con gran esfuerzo, el refugio de los fuertes brazos de George. Sentada sobre la alfombra de la biblioteca intentaba recomponer su ropa y su cabello. Tenían que volver al salón antes de que

alguien golpear la puerta exigiendo su regreso, antes de que las habladurías alcanzaran un punto sin retorno.

El comportamiento cavernícola del inglés iba a traerle grandes complicaciones, tendría que dar explicaciones a mucha gente, empezando por su padre y Dorotea. George la contempló con sus maravillosos ojos celestes, embelesado. La mata de pelo alborotado por sus caricias, finas gotas de sudor brillando sobre su piel morena, el vestido arremolinado entre sus piernas, sus magníficos pechos expuestos y sonrosados por los toques reiterados de sus manos y los intentos torpes y nerviosos con los que pretendía recomponer su figura, le otorgaban una imagen casta y seductora al mismo tiempo.

— ¡No me mires! —dijo con voz suave, pero con tono autoritario. La bruja se estaba rearmando nuevamente, con intención de dar batalla.

— ¿Por qué? —contraatacó él inglés, despreocupado y flemático, recostado contra una de sus caderas, con el codo flexionado y la cabeza apoyada en la mano abierta.

—Porque nos hemos comportado como brutos, como se comportan los animales —susurró, avergonzada.

—Hortensia, mi amor. Tú eres un animal hermoso y yo te adoro. Nadie puede resistirse a tu belleza —sonreía al mirarla y parecía un dios del Olimpo. La sonrisa amplia embellecía aún más el rostro magnífico de George.

— *¡Cómo puede existir un ser tan bello y seductor sobre la tierra!* —cavilaba Hortensia. No pensaba expresar su pensamiento en voz alta, no iba a colaborar a aumentar su ego, bastante engreído era gracias al acoso de las mujeres —. ¡Diabólico, eso es lo que es usted sir George! ¡Un odioso, un perverso! —agregó poniéndose de pie y tratando de acomodarse el vestido —. Parece que estuvieras en un picnic, con esa postura sobre la alfombra —protestaba tironeando sus ropas tratando de disimular las arrugas.

— ¡De nuevo sir George! Amor mío, llámame George, por favor —trataba de contener la carcajada, pero no le sería posible por mucho rato.

George dio un salto poniéndose de pie y mientras acomodaba su miembro viril, ahora en descanso, emitió una sonora carcajada, que escucharon en el salón de baile, llevando tranquilidad a las persona reunidas en él, muchas de las cuales se preguntaban que estaría pasando dentro de la biblioteca y porque había tanto silencio. Principalmente Don Miguel, Dorotea, Amanda y Juan Ignacio que presenciaron, desde una posición preferencial, el cuasi rapto de Hortensia por parte de George.

La abrazó, besándola tiernamente y procedió a abotonar el vestido con la misma dedicación con la que se lo había desprendido. Le ayudó a componer el peinado y cuando consideró que estaban presentables nuevamente, dijo:

— ¡Bien Hortensia!, ¡tenemos que hablar! —para eso la había llevado a la biblioteca, pensó.

No recordaba en que momento sus intenciones habían cambiado para terminar haciendo el amor en el suelo, como animales en celo, devorándose, tragando con ansiedad todo el rencor, el dolor, la impotencia y el deseo que sentían el uno por el otro. No se explicaba cómo habían acabado revolcándose sobre la alfombra de la biblioteca. En realidad, tenía una clara idea de por qué y cómo. Él quería a Hortensia, de eso estaba seguro, la deseaba con todo su cuerpo y con su corazón, lo acababa de comprender, no soportaba verla en brazos de otro, no toleraba estar separado de ella, no imaginaba su vida sin ella. Tenía que tomar una decisión drástica:

¡La niña Hortensia tenía que convertirse en su esposa!

Tomando su carita enfurruñada entre sus manos, la besó con pasión. Era más fuerte que él, no podía contenerse cuando la tenía entre sus brazos, Hortensia provocaba el animal sediento que tenía en su interior. Quería poseerla nuevamente,

echar a todos los invitados y quedarse con ella a solas, ponerla sobre su hombro como si fuera una bolsa de papas, subir a su habitación, tirarla sobre la cama, arrancarle ese hermoso vestido, desnudarla y devorarla a besos y mordiscones.

— *¡Oh my God! ¡Cómo me gustaría marcarla para que todos sepan que es mía, sólo mía, de mi propiedad!* —rumió George.

Pero no era posible, tenían que aclarar algunos puntos antes de volver al salón.

El más importante era el impostergable viaje, al día siguiente, a la capital argentina por tiempo indeterminado, dos meses o más, no tenía ni idea cuanto podían demorar las negociaciones con las autoridades del ferrocarril argentino y con el gobierno nacional. En Buenos Aires lo esperaban los hermanos Burks para estudiar la estrategia que utilizarían, ya que era de vital importancia mantener la concesión del Ferrocarril Nacional Andino para poder llevar a cabo el proyecto del Ferrocarril Trasandino. ¡Este era su proyecto, su ambición!, tenía que convencer a Hortensia para que aceptara su realidad y lo esperara. Sabía que sería difícil, considerando el carácter belicoso de su amada, pero confiaba en que el amor que sentían prevaleciera por encima de sus diferencias.

Luego de contarle a grandes rasgos el motivo de su viaje, obviando que Octavia Arenal era parte de la comitiva, para evitar el enojo de Hortensia, salieron de la biblioteca. Tomados de la mano, se dirigieron a donde estaba Don Miguel serio y preocupado y Dorotea muy nerviosa, esperando una explicación convincente por parte de Sir George.

—Don Correa quiero disculparme por mi comportamiento y pedirle su autorización para cortejar a Hortensia —agregó—. Es mi intención contraer matrimonio con ella, prontamente, al regresar de mi viaje a la ciudad de Buenos Aires. ¡Amo a Hortensia con todo mi corazón y quiero que sea mi esposa! —dijo sonriendo, enamorado y feliz, mirando a los ojos de su amada.

Sir George había hecho público su amor por Hortensia sin imaginar las consecuencias que esa declaración acarrearía. Mientras los presentes felicitaban a la pareja por la decisión tomada, los ojos enfurecidos de Octavia Arenal se cruzaron con los de Sir Leguiza que estaba boquiabierto, asombrado por la inesperada noticia. El mensaje que le enviaban no era agradable, estaba cargado de odio y resentimiento. Octavia Arenal era una rival peligrosa, no aceptaría ser desplazada y humillada públicamente. Estaba buscando un socio para vengarse de sir George Markham por el atrevimiento de rechazarla como a un paria, y sir Leguiza tenía mucho para perder si tenía a Octavia como enemiga, no cabía duda, iba a tener que aliarse con ella.

Sir George iba a pagar caro el error de haberse enamorado de esa belleza mendocina.

En el magnífico parque de la mansión de La Alameda se organizó un fogón, como era costumbre en las provincias cuyanas. Sin importar la condición social todos los invitados, sentados alrededor de él hicieron demostración de sus habilidades musicales y danzantes. George disfrutaba de este tipo de reunión, le recordaba su vida en África. Los integrantes de la tribu Yoruba tenían un modo parecido de celebración y por un momento el recuerdo de Oyá invadió su mente, removiendo sentimientos que creía enterrados para siempre, afortunadamente Hortensia tomó la guitarra y comenzó a cantar una tonada, trayéndolo al presente con su dulce voz.

Mirándolo directo a los ojos, sumergiéndose en ellos para que su imagen quedara grabada eternamente y no la olvidara, Hortensia comenzó a cantar una tonada de amor.

—Voy a cantar una tonada llamada “Aunque esté lejos de ti” y se la dedico a sir George, a George dijo corrigiéndose—. Mi adorado y prepotente inglés —y lo dijo poniéndole carita de inocente, provocando la risa de los presentes.

Podía llamarlo “prepotente”, “pirata” “mandón”, “pedante” y “libertino” lo que ella quisiera, nada de eso importaba porque estaba seguro de que esa hermosa mujer, esa deliciosa arpía, era suya y nada ni nadie los iba a separar.

Aunque este lejos de ti,
me detiene mi destino.
El llegar a tu camino,
aunque pienses mucho en mí.
Ojalá que siempre así,
guarde tu pecho inocente.
Ese amor en que el presente,
se delicia el alma mía;
y sin el cual viviría
desgraciada, eternamente.

Aunque de ti separada,
por mil causas que lamento,
mi amoroso pensamiento
no se aparte de tu lado.
Tu nombre, siempre adorado,
será siempre mi ventura,
y en mis horas de amargura,
se alegra mi corazón
recordando con pasión,
tu cariño y tu hermosura.

George tuvo que resistir la tentación de abrazarla y comerle la boca a besos. Dominando su ímpetu, tomó la mano de Hortensia, besando sus dedos uno a uno y

plantando un beso en su muñeca, humedeciéndola, descaradamente, con la punta de su lengua, provocando el sonrojo de Hortensia y la ira de Juan Ignacio que le arrebató la guitarra de la mano, ante la mirada rabiosa de Sir George.

Los presentes quedaron sorprendidos por la actitud del joven, que comenzó a entonar otra tonada cuyana, mirando furibundo a su amiga. Juan Ignacio no soportaba que Hortensia se hubiera enamorado del inglés y lo pensaba dejar claro frente a los invitados de Sir George y frente a la ex amante del inglés, que sonreía sarcásticamente, aprobando y asintiendo victoriosa la reacción belicosa del joven amigo de Hortensia.

Verte enojada es mi intento

Porque ya tuyo no soy

Si crees que triste estoy

Pues hoy estoy más contento.

Si por darme algún tormento

Me maltratas con sonrojos

No se han de gloriarse tus ojos

Verme triste algunas veces.

Porque si triste me vieses

Dirías que por tus enojos.

Al enmudecer tus labios

No me haces ningún perjuicio.

Porque no siempre es agravio

No agradecer beneficio

Yo no te he de hacer ni juicio

Si no me quieres hablar.

Ni menos te he de rogar
Ni tampoco hacer pucheros
Ni porque me digas “fiero”
Me he de poner a llorar.

Por fin, falsa, ya te dejo
Sigue tus nuevos amores
Y tus fingidos favores
Que me queden en bosquejos.
En esta intención te dejo
Dos cosas te he de dejar
Pesares que desechar;
Consuélate si es que puedes
Y si enojada te quedas
Así te debes quedar.

Hortensia miraba a su amigo de toda la vida, con los ojos inundados en lágrimas, incapaz de asimilar el terrible golpe al corazón que acababa de asestarle Juan Ignacio con esos versos llenos de rencor y amargura. Él, apretaba con fuerza la guitarra con una de sus manos, parado frente de ella, la miraba con una sonrisa dolorosamente burlona. George dio un paso con la intención de borrarle, de un puñetazo, esa sonrisa sarcástica del rostro cuando sintió la mano de Hortensia en su brazo, impidiéndole que lo hiciera. Su amigo estaba tan dolido que no había titubeado en descargar todo su dolor, entonando esas estrofas frente a conocidos y desconocidos, no tuvo vergüenza de humillarse, confesándole su amor de esa manera.

El silencio que provocó la canción de Juan Ignacio sólo fue interrumpido por el cantar de los grillos y el croar de las ranas que habitaban la fuente del jardín,

impregnado por los olores de los jazmines y las madre selvas.

Amanda, corrió al lado de su amigo quitándole la guitarra y tomándolo de un brazo lo apartó de Hortensia y Sir George, llevándolo con ella y con el grupo familiar al otro lado de la fogata, mientras Octavia Arenal sonreía maquiavélicamente.

George, aprovechó el momento para tomar las manos de Hortensia entre las suyas e inclinándose besó sus labios, tiernamente, luego, manteniéndola sujeta se dirigió a los invitados.

—Queridos amigos no se cantar pero conozco bien la música cuyana, soy un admirador de los maravillosos cantautores que esta hermosa tierra mendocina tiene. Voy a solicitarle al maestro Vargas que entone unas estrofas de “Si acaso crees a mi alma” y quiero dedicarla a la mujer que robó mi corazón y me entregó el suyo, indómito y rebelde, pero que trataré de domar —. Sonaron risas entre los invitados y George se dio cuenta de que, nuevamente los nervios habían soltado su lengua.

El maestro Vargas tomó la guitarra y entonó, con dulce y potente voz, las estrofas que no dejaban dudas sobre el sentimiento que anidaba en el corazón de ese inglés, mandón, pirata, mujeriego y locamente enamorado de una bella india morena que el destino cruzó en su camino en la lejana y olvidada estación Panquehua.

Si acaso crees a mi alma
Capaz de algún sentimiento
Juzga el dolor que yo siento
Al separarme de ti.
Voy a partir y no puedo
Hacer la partida en calma
Porque yo siento que mi alma

Se quiere quedar aquí.

Parto al fin, pero llevando
El recuerdo más querido
De las horas que he vivido
Sin separarme de ti
Horas de dulces recuerdos
Sin pesares, sin enojos,
Que en el cielo de tus ojos
Sólo encantos yo vi.

Llevo en mi pecho guardada
En secreto una firmeza
A quien le he hecho promesas
De no olvidarme de ti
Y al separarme quisiera
Que algo en tu pecho quedara
De mi parte y te inclinara
A no olvidarte de mí.

El último sonido de la guitarra la sorprendió abrazada a sir George, como ella lo llamaba cuando lo amaba y cuando lo retaba, con el rostro bañado en lágrimas que el apesadumbrado inglés secaba, con sus pulgares, mientras sostenía su cara con sus inmensas manos. Hortensia era un canto al amor y el dolor de la inminente separación se reflejaba en su inocente y hermoso rostro.

— ¿Cómo voy a vivir estos meses sin ti sir George? —suspiró y preguntó en un susurro sólo audible por él, mirándolo y ofreciéndole su boca para que la besara.

Y sir George Percy Markham, el inglés duro, implacable y arrogante, sintió que el mundo se desplomaba sobre su cabeza aplastándolo y su miembro viril se encabritaba reaccionando a la ofrenda de sus jugosos labios.

— ¿Cómo voy a vivir yo sin ti?, ¡Bruja! ¡¿Cómo voy a vivir estos meses sin ti!? —repitió con lágrimas corriendo por sus mejillas —. ¡Oh my God, Como te amo, mujer! —dijo atrapando sus labios, hambriento de sus besos.

Nada le importaba, ni los invitados, ni Don Miguel, ni Dorotea y menos Juan Ignacio y Octavia Arenal, sólo esa hechicera que tenía en sus brazos y lo cautivaba con su belleza y dulzura. La discreción y el recato, principios estipulados por la puritana sociedad mendocina, se esfumaron ante la colisión de estos dos corazones, desbordados por la pasión y el deseo. Después de que Oyá lo abandonara, George prometió no derramar más lágrimas por una mujer y aquí estaba el orgulloso, inmutable y arrogante sir, llorando por una joven díscola y desobediente, pero sobre todo humana, alegre y solidaria que tenía su alma y su corazón encadenados y la llave del candado había desaparecido para siempre.

Al día siguiente partiría hacia Buenos Aires y estarían separados por varios meses. Ella quedaba en Panquehua con Juan Ignacio; él se iba a Buenos Aires con Octavia Arenal y Hortensia todavía no lo sabía, ¿Cómo reaccionarían sus corazones frente a este desafío.

La reunión continuó con tranquilidad, Juan Ignacio se reunió con sus amigos que lo contuvieron y consolaron; Octavia Arenal consideró que era preferible llamarse a silencio y mantener un perfil bajo por el momento, al día siguiente durante el largo viaje redoblaría sus esfuerzos para tratar de reconquistar a George.

Capítulo 18

Fin de la fiesta y comienzo de la odisea.

El amanecer en Mendoza, perfumado por los tilos, musicalizado por el trinar de los zorzales y abrigado por la calidez del solcito mendocino, los encontró abrazados y silenciosos.

George decidió acompañar a la familia Correa hasta su casa en Panquehua. Quería permanecer con Hortensia el mayor tiempo posible, sentía un dolor enorme en su corazón por tener que dejarla, no sabía cuántos días debería estar en Buenos Aires y por otra parte, no encontraba el modo de confesarle a Hortensia el motivo por el cual Octavia Arenal era parte de la comitiva que lo acompañaba en su viaje.

Montado en Thunder cabalgaba a la vera del carruaje que llevaba a Hortensia, Dorotea, su padre, Amanda y un huraño y silencioso Juan Ignacio que cruzaba furibundas miradas con George.

—Pero, que mocoso insolente —murmuraba George—. Espero que no intente nada con Hortensia en mi ausencia. Si lo hace cuando regrese es hombre muerto — pensaba mientras trataba de transmitirle sus pensamientos al joven cada vez que sus miradas se cruzaban.

—Inglés huevón— rumiaba Juan Ignacio *—. En cuánto pongas un pie en el vagón del tren seguro que la vas a engañar y Hortensia sufrirá las consecuencias de tu libertinaje —*sostenía la mirada de Sir George sin amilanarse, adoraba a Hortensia y no iba a permitir que ese inglés invasor la hiciera sufrir.

Mientras tanto Hortensia, ajena al silencioso enfrentamiento de miradas que mantenían los dos hombres enamorados de ella, fingía dormir sobre el hombro de Don Miguel que acariciaba su cabeza, confortándola.

Dorotea y Amanda la observaban preocupadas, podían apreciar como las lágrimas resbalaban mansas por sus mejillas mientras aparentaba dormir en los brazos de su padre. La dulce e inocente niña Hortensia sufría ante la evidencia de tener que separarse de Sir George y ellas nada podían hacer para mitigar su dolor. George y Juan Ignacio también notaron el llanto silencioso de Hortensia provocando en sus corazones el mismo sentimiento de angustia e impotencia por no poder evitarle esa aflicción.

George, hubiera deseado postergar su viaje hasta poder llevarla con él, pero era imposible, la presión de las autoridades argentinas, tanto del ferrocarril como del gobierno, así como la llegada inminente de los hermanos Burks a Buenos Aires le impedían retrasar el viaje.

Inmersos en sus pensamientos y tribulaciones no notaron que habían llegado al hogar de los Correa cuando José, el conductor del vehículo, les avisó rompiendo el incómodo y tenso silencio que se había instalado en el pequeño grupo.

—Hemos llegado Don Miguel —dijo suavemente José.

—Gracias José —dijo Don Miguel, luego inclinándose sobre su hija Hortensia susurró—. Pequeña, hemos llegado a casa.

No había terminado la frase cuando George, antes de que Juan Ignacio se le adelantara, saltó de su montura, la tomó en sus brazos y entró en la vivienda siguiendo a Dorotea que abrió la puerta, dándole paso al gigante inglés que sostenía con celo y propiedad la preciada carga.

Apoyó con cuidado el cuerpo lánguido de Hortensia sobre la juvenil cama, en donde habían compartido el momento de amor más intenso y maravilloso de sus vidas, depositó un casto beso, en la frente de su amada, deseando quedarse con ella y dio media vuelta saliendo apresurado de la habitación. Sabía que si se quedaba un segundo más no habría fuerza, ni terrenal ni celestial, que la separaran de su lado.

Montó a Thunder, luego de despedirse de Don Miguel y Dorotea y lo espoleó partiendo raudo, antes de que alguien fuera testigo de las lágrimas que inundaban sus celestes y entristecidos ojos.

Cabalgaba, impetuosa y velozmente, sin percibir que estaba sometiendo a Thunder y a sí mismo al riesgo de una caída, esta podía ser fatal para ambos considerando la escasa visibilidad, por el horario, y las características del terreno. No podía dejar de recordar a Hortensia, desnuda y perfecta. Desnuda en toda su gloria como una ninfa, rebalsando de deseo, queriendo fundirse con él, deseando que se hundiera en ella con fuerza y profundamente...

Hortensia era suya, iba a ser su mujer en cuanto volviera de Buenos Aires.

Él, era un hombre consciente de sus pecados pasados y de la vida de libertinaje que había llevado, pero sabía que a partir del momento que conoció a esa bruja endemoniada su vida había cambiado y continuaría cambiando cuando se casaran.

— ¡Al demonio con Don Miguel, Dorotea y sus amigos! —sofrenó a Thunder y emprendió el regreso a la casa de Hortensia.

Desmontó sigilosamente y se deslizó, nuevamente, como un gato silencioso a través del patio hasta la puerta-ventana del dormitorio de Hortensia. Conocía ese camino de memoria y lo recorrió sin contratiempos, amparado por la luz de la luna.

Hortensia estaba tirada sobre su cama, apretando la boca contra la almohada para que sus sollozos no llegaran a oídos de su padre o de Dorotea, cuando percibió el

sonido de la puerta-ventana, abriéndose. Se incorporó asustada y, asombrada, vio a George parado como un guerrero vikingo, enmarcado en la entrada a su habitación. El tibio sol del amanecer se reflejaba en su rubia cabeza, haciendo brillar las gotas de transpiración que se deslizaban por su frente. Estaba con las piernas entreabiertas, sosteniendo el peso de su magnífico y musculoso cuerpo y sus ojos celestes, levemente, oscurecidos por el deseo y la pasión, esperando una señal de Hortensia para sumergirse entre sus brazos y entre sus piernas. Mientras George la observaba, expectante y ansioso, ella sorprendida y dubitativa sin darse cuenta y con naturalidad se lamió los labios con su rosada lengua, ese fue el disparador para que la naturaleza depredadora de George se apoderara de su cuerpo.

Tomó aire y lo exhaló, dejando escapar un gemido y en dos zancadas estuvo sobre Hortensia atrapándola entre sus poderosos brazos y sometiendo su boca y su lengua a la presión de sus labios, ansiosos por devorar el néctar de sus besos. No tenían mucho tiempo para estar juntos, pronto los habitantes de la casa despertarían del breve sueño. George, sin mayores preámbulos, desgarró el camisón de Hortensia mientras con la otra mano agarraba su pelo, tironeándolo, para lograr el mejor ángulo para comerle la boca, metiéndole su lengua, ansiosa y demandante, recorriendo sin pausa ni compasión cada rincón de la misma, saboreándola, impregnándose y deleitándose con el dulce gusto de la mujer de su vida.

Hortensia se aferró a su cuello, con deseo y desesperación. Su maravilloso cabello caía en cascada sobre la cama, sus turgentes y perfectos pechos subían y bajaban agitadamente y sus pequeñas manos se enredaron en el rubio cabello de George. Le desató la coleta y le tironeó del pelo con fuerza, provocándole dolor.

— ¿Me deseas niña Hortensia?—murmuró George mientras la acariciaba posesivamente—. Si quieres que pare...Dímelo...Si no quieres que me quede contigo... Dímelo ahora...Porque no creo que pueda parar una vez que comience... ¿Me deseas niña Hortensia?—Volvió a repetirlo, separando levemente la boca de la suya.

Hortensia lo miraba con sus oscuros ojos agrandados y brillantes por las lágrimas y el deseo, la boca entreabierta y los labios hinchados por los besos descarnados infligidos por la boca de George.

— ¿Ya es de día sir George? ¿Qué hora es? —preguntó desorientada y apabullada por sus preguntas

George, tuvo que contener la carcajada frente a la expresión de confusión y turbación reflejada en el adorable rostro de su amada.

—No te he preguntado... que hora del día es, amor mío —dijo recorriéndole la mejilla con un dedo, que metió en su boca para que ella lo chupara.

— ¿Y qué me has preguntado, sire?—dijo con vos sensual y maliciosa.

Mientras la besaba, ahora suavemente, acariciando su rostro y mordisqueando su cuello, intentando no dejarle marcas, fue bajando su mano hasta la entrepierna, bajándole la bombacha en el camino. Introdujo el dedo que ella había chupado en su vagina, provocándole un fuerte estremecimiento y dejándola sin aliento. Ella estaba lista, húmeda, empapada. Introdujo otro dedo en su interior, masajeando, con el pulgar y con fuerza su henchido y endurecido clítoris. Hortensia exhaló un débil gemido que le provocó una dolorosa sensación en su endurecido y erguido pene.

—Te he preguntado, amor mío... ¿me deseas? ¿Me deseas como yo te deseo a ti, Hortensia Correa? — volvió a repetir en un murmullo, mordisqueándole el pequeño pabellón de su oreja, sacando y metiendo su dedo y acariciando con el pulgar su endurecido clítoris provocándole suspiros y gemidos —. Quiero estar dentro de ti, una vez más. Necesito llevarme tu perfume impregnado en mi piel y tu sabor en mi boca porque sólo de esa manera soportaré estos días sin tu presencia.

Sabía que ese viaje era una locura, dejarla era la peor prueba que el destino ponía en su camino. Se preguntaba como sobreviviría separado de ella, de sus besos, de sus arrebatos, de su mirada caprichosa, de su risa cantarina, de su cuerpo de diosa que lo enardecía.

Por otra parte, la existencia de Juan Ignacio y su relación cercana con Hortensia lo volvía loco de celos. Temía que la separación enfriara su relación y ella dejara de quererlo. Ella era tan suave, tan dulce y él la amaba, estaba loco por ella, acababa de darse cuenta de ello. Creía tener el derecho de exigirle que lo esperara, que esperara su regreso para no volver a separarse el resto de sus vidas.

Hubiera querido llevarla con él, pero las circunstancias, tanto sociales como laborales, se lo impedían, pero nada ni nadie lo imposibilitaba para que le pidiera, más bien, le exigiera que lo esperara, y eso hizo, ¡le exigió, prácticamente le ordenó, sacando a relucir el tirano inglés que habitaba en su interior, que lo esperara!

— ¡Prométeme que me esperaras! ¡Prométemelo! —le demandó rugiendo como un león enfurecido, intensificando el movimiento de sus manos. Con una mano torturaba el centro de su placer y con la otra tironeaba de su pelo mientras la devoraba con la boca abierta, mordiendo sus labios.

—Te... Lo... prometo...sir George... Te amo...—musitaba al borde del orgasmo

—George, vida mía, dime George —le susurró, riendo sobre sus torturados labios.

—George... George... Te quiero George —murmuraba agitada, llegando a un atronador orgasmo, se sentía incapacitada para detener esa catarata de emociones que el inglés le había provocado con sus manos y su boca.

Antes de que Hortensia dejara de estremecerse, George desprendió su bragueta dejando liberado su belicoso miembro y colocó a Hortensia en el medio de la cama.

—Hortensia, dime si quieres que pare ¡Dímelo Hortensia! —exclamó en voz baja pero con tono autoritario, notando la languidez de la joven y el apremio de su deseo.

Se puso sobre ella, fijando sus ojos en los de ella, abrazándola posesivamente, erguido, mirándola con una mezcla de dulzura y arrogancia. Trazando un camino de besos sobre los ojos, la nariz, la boca, la barbilla, el cuello y hacia abajo, más abajo hasta encontrar uno de sus pezones que introdujo, vorazmente, en su boca, chupándolo, tironeando y mordiéndolo con avidez pasando luego, a través del valle de sus pechos, al otro pezón efectuando idéntica maniobra logrando que se endurecieran como perlas, brillantes por el efecto de su saliva.

La boca y la lengua de George sobre sus pezones, las manos en sus glúteos empujándola contra su pene erecto al mismo ritmo que sus dientes mordisqueaban sus pezones, obligaron a Hortensia a unir sus manos sobre la nuca del inglés, gimoteando y arqueándose para apretarse contra su cuerpo, haciéndolo gruñir de placer.

—No... No pares George...quiero ser totalmente tuya... quiero que no me olvides...Porque yo no te olvidaré, mi amor —murmuró suspirando.

Hortensia no tenía dudas de sus sentimientos, lo amaba sin barreras, sin prejuicios de clases o edades, quería a ese inglés por encima de toda norma social y ella sí se animaba a decírselo. No tenía dobleces, era honesta con sus sentimientos, no especulaba con las emociones. Era una mujer que cuando tomaba una decisión o hacía una elección no retrocedía y lo había elegido como el hombre de su vida y al que le entregaba su cuerpo y su alma sin condiciones.

George se irguió y entró en ella. Hortensia sollozó, no sólo por el dolor físico, sino porque sentía su corazón a punto de romperse en mil pedazos por la inminente separación y por la sospecha de que George le ocultaba algo.

Fuego, calor y delicioso dolor era lo que le provocaba este gigante dorado, experimentado en los placeres mundanales, libertino y a veces perverso, que la sujetaba fuertemente contra su cuerpo, cubriéndola de besos mientras la penetraba con fuerza y dominio, una y otra vez, más lento, más rápido, estirando su poderoso y magnifico cuerpo sobre el de ella, dándole placer y dolor en cada embestida.

—No... no... tranquila mi vida, ya va a pasar... El dolor ya va a pasar —Con la voz quebrada trataba de tranquilizarla, mientras la besaba.

El impetuoso asalto del inglés todavía dolía un poco. Cegado por la pasión y el deseo, había olvidado que ella era muy pequeña e inexperta en el juego sexual. Era la segunda vez en la noche que la poseía y en ambas ocasiones había estado fuera de sus cabales, enardecido y alterado como un animal en celo.

Al ver las lágrimas corriendo por sus mejillas se le produjo un nudo en la garganta, se mantuvo sobre ella y dentro de ella, esperando que el dolor remitiera, dándole suaves besos sobre los ojos y lamiendo las lágrimas de sus mejillas.

Comenzó a moverse de nuevo, tratando de que el dolor fuera menor, estaba tan apretada que su miembro también experimentaba el dolor, pero al mismo tiempo era tan grande el placer que ese movimiento sensual le provocaba, que creyó que iba a morir en los brazos de esa mocosa malcriada a la que adoraba y que tantos dolores de cabeza le daba y que, sospechaba, le daría.

Cuando Hortensia bajo sus brazos y sus pequeñas y suaves manos se aferraron con fuerza, clavándole las uñas en sus glúteos a través del pantalón, George gimió imprimiendo un movimiento, rápido y frenético, con sus caderas levantando el cuerpo de Hortensia en cada embestida, parecía que quería estar dentro de ella, como si quisiera fundirse con ella.

Súbitamente se tensó y emitiendo un sonido, ronco y gutural, que brotó de lo más profundo de su pecho en un último y feroz embate, la llenó de vida.

—Te voy a extrañar, amor mío —dijo entre jadeos—. ¡Oh my God! ¡Oh honey! ¿¡Cómo voy a poder vivir sin ti, amada mía!?

Hortensia apretó la rubia cabeza de su amado contra su pecho, suspirando y conteniendo el llanto. George levantó la cabeza tratando de leer en sus ojos los

pensamientos que llenaban su loca cabecita, pero Hortensia era una joven inteligente y muy madura y a pesar de sus pocos años supo ocultarle el dolor y la angustia que su viaje le provocaba.

Cuando sus ojos se cruzaron le sonrió dulcemente y uniendo sus labios le susurró.

—Yo también te voy a extrañar, amor mío. Pero tu trabajo es muy importante, el proyecto del Trasandino es tu gran sueño, este es el momento de ir tras él —dijo acariciando su cabello rubio y alborotado por el momento de pasión compartido—. Ya es de día, tienes que irte antes de que despierte mi padre y Dorotea. Nos vemos al atardecer en la estación central, antes de que parta el tren para Buenos Aires.

En ese instante George cayó en la cuenta de que no le había mencionado que Octavia Arenal era parte de la comitiva que lo acompañaba a la ciudad de Buenos Aires.

—Hortensia, tengo algo que decirte —mientras se incorporaba, carraspeó tratando de aclarar la voz, enronquecida por el temor a la respuesta de su amada.

—Sí, George ¿Qué es lo que tienes que decirme? —preguntó ella apoyada sobre sus codos, mirándolo embelesada, con el rostro ruborizado y su maravilloso cuerpo sonrojado por las caricias de George.

—Eh... eh... entre las personas que viajan conmigo a Buenos Aires, se encuentra Octavia, pero...—no pudo seguir hablando.

Teniendo en cuenta que Hortensia sospechaba que el inglés le ocultaba algo su reacción no se hizo esperar.

— ¡Quéééé...! ¡¿Octavia Arenal viaja con ustedes a Buenos Aires?! —exclamó al borde del paroxismo.

—Bueno... eh...Sí, pero no es lo que piensas Hortensia, no es lo que piensas — repetía, mientras se prendía la bragueta, ya que ni siquiera había alcanzado a sacarse la ropa, y trataba de abrazarla para calmarla.

Soltándose de sus brazos y huyendo, desnuda, de su lado colocó sus brazos estirados entre ambos y le ordenó.

—Ni un paso más, Sir George, ni un paso más —dio media vuelta, buscó un camisón en la cómoda y se lo colocó por la cabeza, cubriendo su cuerpo—. ¡Fuera!, ¡fuera de mi habitación!, no quiero volver a verlo. Acaba de destrozar mi corazón.

—Hortensia, por favor, no me eches de tu vida, hablemos no peleemos, sabes que las peleas no nos conducen a nada, al contrario cada vez que peleamos, nos separamos y nos dañamos —. Trataba en vano de tranquilizarla. Ven a mis brazos, Hortensia por favor —estiró sus brazos hacia ella, rogando que dejara su testarudez de lado por primera vez en su vida.

— ¡Fuera! ¡He dicho, fuera sir George! ¡Lo quiero fuera de mi habitación y de mi vida! —nuevamente, se dejaba atrapar por la ira y los celos que la cegaban y permitía que el rencor anidara en su corazón, ahora roto en pedazos por la confesión de George —. Ya es demasiado tarde para explicaciones y disculpas. Que Dios me perdone, ¡Te quiero sir George, te quiero! —hablaba entre sollozos, vencida por el dolor —. ¡Te quiero más que a mi propia vida! Pero ¡te quiero sólo para mí! ¡No quiero compartirte con nadie y si hoy te vas con ella olvídate de mí sir George! —fueron sus últimas palabras antes de que George diera media vuelta y saliera furioso por la puerta por la que había entrado, lleno de amor e ilusiones.

Desde el umbral giró y mirándola dolido y furioso la encaró por última vez.

—Sigues ahí, anteponiendo mi título y mi cargo sin importarte qué clase de persona soy, sin pensar si debes esperarme, sin importarte si mis sentimientos son verdaderos—. Ella lo miraba atónita sin poder creer que fuera él quien estuviera enojado —.Sigues ahí plantada frente a mí echándome en cara mis errores, escarbando más y más profundo en mi pasado, provocando una herida profunda en mi corazón y en mi alma —y antes de irse dejó caer las últimas gotas que rebalsaron el vaso —. Ahora el juego está en tu lado del tablero, de ti depende la próxima jugada Hortensia Correa, espero que seas inteligente y escuches a tu corazón cuando llegue el momento de mover tus piezas.

Cerró suavemente la puerta ventana y, cruzando el patio interior de la residencia de los Correa, se dirigió hacia donde se encontraba Thunder y montándolo de un salto lo incitó a emprender el galope.

Hortensia, se tiró sollozando sobre las sábanas arrugadas y oliendo a sus cuerpos sudorosos, ahogando el llanto y mordiendo su puño cerrado por la impotencia y la rabia.

Enojada con George, Octavia Arenal y el maldito ferrocarril Andino.

Y, nuevamente, Dorotea, que madrugaba para tomar sus mates matinales, vio pasar al galope, como si el diablo lo azuzara, a Thunder. En realidad iba montado por el mismísimo diablo, teniendo en cuenta la ira y la irritación reflejadas en el rostro del jinete que dominaba las riendas del magnífico semental.

— ¡Sir George, sir George!, ¡Me tienes cansado con tu temperamento indomable Hortensia Correa!, ¡Quizás lo mejor sea que estemos separados por un tiempo — gritaba exaltado, galopando como un poseso a través del monte mendocino —. Soy un hombre grande ¡My God! ¡Cómo he dejado que una mocosa insolente domine mi vida! —seguía despotricando casi llegando a su mansión—. *¡Domado, estoy domado por esa arpía!* —pensaba.

Era mejor poner tierra de por medio para poder pensar fríamente, el viaje a la capital argentina les iba a permitir, a ambos, comprender hasta donde eran capaces de llegar en defensa de su amor.

— ¡John! ¡John!, ¡dónde diablos estás cuando te necesito! —rugió entrando enloquecido por la puerta principal y cerrándola de una patada.

—Aquí estoy sir George —dijo con tranquilidad y en un tono suave, imaginando la causa de la furia que poseía al inglés.

— ¡No me llames sir George! Nunca más en tu vida, recuérdalo si la valoras. ¡No quiero que nadie me llame sir George otra vez! —rugió enfurecido.

Conociendo el temperamento irascible de su amigo no hizo caso de sus amenazas y permaneció imperturbable frente a él.

—Como usted diga sir George —respondió sonriente John—. ¿Para qué me necesitaba? —continuó, parado frente al encolerizado inglés.

— ¡¿Has preparado mi equipaje!?! —cuestionó a los gritos.

—Por supuesto, sir George, ya están todos los baúles cargados en su vagón especial, sólo falta engancharlo al resto de la formación, lo que se hará al momento de partir, en la misma estación central.

— ¡Muy bien! ¡Voy a darme un baño y no quiero que nadie, nadie me moleste! ¿Entendido? ¡Nadie! —remarcó mirando a su amigo y asistente, fijamente.

—Entendido sir George —contestó el otro con una sonrisa socarrona en sus labios—. *¿Qué le habrá hecho la hermosa diabla al honorable miembro de la*

nobleza? —se preguntaba sonriente John, imaginando el viaje terrorífico que le esperaba si el baronet no cambiaba ese estado de ánimo.

Capítulo 19

Triste despedida — Viaje y estadía en Buenos Aires.

El horario de partida del tren con destino a la ciudad de Buenos Aires estaba previsto para las siete de la tarde, de ese modo se aprovechaba toda la noche para viajar, y se estimaba el horario de llegada luego del mediodía.

Octavia Arenal tenía la idea de colarse en el camarote de George durante la noche y conseguir retomar la relación rota por causa de la **chiruzza**, como ella llamaba a Hortensia. Por supuesto, ignoraba el estado de ánimo del inglés quien no se encontraba predispuesto a tolerar el acoso de su ex amante.

Alrededor de las seis de la tarde Don Miguel golpeó la puerta del dormitorio de Hortensia, estaba preocupado porque su hermosa niña no había abandonado su cuarto ni siquiera para desayunar en familia, como acostumbraban.

—Hortensia, mi pequeña—dijo golpeando suavemente la puerta del cuarto-¿Estas lista para ir a despedir a Sir George? El señor José ha venido a buscarnos para acercarnos a la estación Central—agregó esperando respuesta.

—No me siento bien, papá, no voy a ir—contestó casi en un susurro la joven.

—Ábreme la puerta Hortensia, quiero hablar contigo —ordenó enérgicamente Don Miguel. Hortensia era una hija respetuosa de su padre y además lo adoraba, lejos de su intención estaba procurarle un disgusto, así que abrió la puerta invitándolo a entra —. ¿Qué pasa mi niña? ¿Estás triste por algo? ¿Alguien te ha hecho daño? — preguntó analizando detalladamente la expresión de su adorada hija.

— ¡No papi! No me pasa nada, ni nadie me ha hecho algo o daño, sólo que tengo un fuerte dolor de cabeza, debo haber comido algo en la reunión de anoche y no tengo muchas ganas de salir. ¿Podrías disculparme con sir George por no ir a despedirlo? — agregó con tristeza.

Don Miguel Correa, no era tonto y enseguida se dio cuenta de que algo le pasaba a su hija. Era muy importante para él descubrir el motivo de su tristeza, ya habían pasado por eso en su anterior discusión con Sir George y no estaba dispuesto a verla en ese estado nuevamente.

— ¡No, Hortensia!, no puedo disculparme con sir George, sabes que sería muy ofensivo y de mal gusto que fuéramos Dorotea y yo a despedirlo y tú, que eres casi su prometida, te quedaras en casa por un leve dolor de cabeza —apeló al cuasi compromiso que había tenido lugar en la fiesta de inauguración de la mansión de sir George, para que su hija recapacitara —. Nunca has evitado una responsabilidad, arguyendo algo tan pueril como un dolor de cabeza, además a ti nunca te duele la cabeza. ¿Vas a contarme o no lo que te pasa? —la conminó en un tono cercano al enfado.

— ¡Está bien! ¡Voy a ir! ¡Pero que conste que es en contra de mi voluntad y deseo que Amanda y Juan Ignacio me acompañen! —gritó ofendida y cruzándose de brazos como acostumbraba cada vez que se agarraba un berrinche.

— ¡Bien! —dijo Don Miguel saliendo de la habitación-. ¡En media hora te quiero en la puerta Hortensia Correa y deja tu berrinche en casa! —Don Miguel nunca se enojaba con su hija pero consideraba que, en este momento, Hortensia se estaba comportando como una nena malcriada y caprichosa, así que la obligó a acompañarlos en contra de sus deseos.

Si ella quería le contaría más tarde el motivo de su tristeza, sino, conociendo la testarudez de su hija, iba a tener que armarse de paciencia hasta que se dignara a compartir su secreto con él.

George se paseaba como un león enjaulado por el andén de la Estación Central, ya era casi la hora para que el tren partiera y la Familia Correa no daba muestra de aparecer por allí. No aceptaba la idea de irse sin verla nuevamente, aunque fueran unos segundos, necesitaba llenar sus ojos y su mente con su imagen. Sabía que no le permitiría acercarse a ella para tocarla y besarla antes de partir, por eso ansiaba verla, para transmitirle su amor a través de su mirada.

Respiró tranquilo cuando escuchó la voz agitada de Don Miguel que se acercaba con pasos largos hacia donde él se encontraba, detrás de él venía Dorotea con Amanda y mucho más atrás y lentamente ¡Hortensia con Juan Ignacio!

— *¡Que mierda hace Hortensia tomada de la mano del imbécil de Juan Ignacio!* —comenzó a despotricar por lo bajo y en inglés —. *Pero... ¿qué pretende esta mocosa?, ¿enfermarme de celos?, pues no lo va a lograr, yo también puedo enfermarla de celos, ¿quiere guerra?, ¡la tendrá!* —y poniendo su mejor expresión de indiferencia y, sin ocultar la repugnancia que le provocaba verla tomada de la mano de Juan Ignacio, saludó con alegría forzada a Don Correa, Dorotea y Amanda, ignorando, deliberadamente, a Hortensia y a Juan Ignacio, olvidando la intención de transmitirle sus amorosos sentimientos con la mirada.

Y como acostumbraba cuando se ponía nervioso o cuando lo asaltaban los enfermizos celos, desató su verbosidad y comenzó a escupir las palabras a través de su boca apretada en un rictus, hosco y furibundo.

—Don Miguel menos mal que llegó antes de que el tren partiera, usted mejor que nadie sabe lo preocupados que estamos por la puntualidad en la salida de las formaciones, bastantes críticas hemos recibido por parte de los que quieren ver el ferrocarril en manos de argentinos, acusándonos de incapaces para manejarlo — argumentó pasando el brazo por los hombros de Miguel Correa y acercándose al vagón- camarote, adosado a la formación, para abordarlo.

El vagón privado en el que viajarían ya estaba enganchado a la formación. Era un vagón grande y acondicionado lujosamente, contaba con una pequeña sala-comedor central y cuatro dormitorios, dos al frente y dos en la parte posterior y con un cuarto de baño totalmente equipado, incluso con bañera.

En los dormitorios frontales se ubicaban sir Leguiza con Aurelia en uno de ellos, y Octavia en el otro, mientras que los posteriores estaban reservados para sir George y su ayudante de cámara, John.

—Don Miguel, Dorotea quiero presentarles a las personas que me acompañan en el viaje y con los que mantendré relaciones durante nuestra estadía en la ciudad de Buenos Aires —haciendo hincapié en **mantendré relaciones** y mirando fijamente a Hortensia, desafiándola.

Acababa de enterrar la pasión que ella despertaba en él, en el fondo de su corazón herido.

—Creo que ya conoce a la señora Arenal, a Sir Leguiza, su novia la señorita Aurelia y John mi amigo y secretario —los presentó sin retirar los ojos de Hortensia que miraba la punta de sus zapatos como si se le hubiera perdido algo en ellos —. Ellos serán mis compañeros de viaje y de correrías en Buenos Aires —agregó lanzando una falsa carcajada, sin lograr convencer a nadie de su alegría.

Don Miguel captó enseguida el estado de ánimo de la pareja y comprendió la gravedad del mismo, supo cuánto iba a afectar a su hija esta separación, que daba la impresión que sería muy larga. Sin dilaciones y ante la inminente partida del tren se dirigió a los pasajeros diciendo.

—Ha sido un placer conocerlos y compartir con ustedes una velada tan hermosa como la de anoche, en la casa de sir George, espero que tengan un viaje placentero y que la estadía en la ciudad de Buenos Aires también lo sea. Buen viaje —dijo Don Miguel dándole la mano a cada uno de ellos, con una expresión seria en su rostro.

Luego se dirigió a George, en un tono paternal cargado de emoción y sentimientos. Sus deseos eran sinceros, pero no escapó a la percepción de George que aquellos tenían una advertencia implícita.

—Sir George deseo que su viaje sirva para que obtenga los logros que ansía, y que pueda cumplir su anhelado sueño de participar en el desarrollo y la construcción del trasandino. Ojalá este viaje abra sus ojos y su corazón y no empeñe y reniegue de su felicidad en pos de su ambición —y agregó al mismo tiempo que le tendía su mano en un gesto de profunda e innegable amistad—. La ambición y el orgullo destruyen a Sir George, rompen el corazón y aniquilan el amor. Buen viaje, y espero noticias tuyas poniéndonos al tanto de sus negociaciones —giró sobre sus pasos y abrazó a su atribulada hija, que permanecía callada y con la cabeza baja mirando el piso del andén.

Nunca, en el corto tiempo que hacía que la conocía, George había visto a Hortensia tan abatida y humillada como en ese momento, pero el orgullo y la soberbia primó por sobre el amor y levantando, orgullosamente la cabeza y erguido como un conquistador subió los escalones del vagón

-camarote en el preciso instante que el tren se ponía en movimiento, sin despedirse de ella.

Del mismo modo que había llegado, altanero, soberbio y seguro de su innegable encanto, del mismo modo se iba. Sólo había una diferencia, ahora tenía el corazón roto en mil pedazos.

Octavia Arenal, apoyó su mano en el antebrazo de George y al mismo tiempo dibujó una sonrisa triunfadora en su perfecta boca y mirando a Hortensia con inocultable maldad, levantó su brazo en un gesto malintencionado de despedida.

El tren se alejaba llevando a bordo al orgulloso inglés con el corazón destrozado, que no podía borrar de su retina la imagen de su amada, humillada y desolada. Se veía tan pequeña y frágil, parada en el andén con los ojos inundados por las lágrimas, tratando de evitar el llanto y con los puños de sus pequeñas manos

apretados con fuerza, provocando que las uñas se clavaran en las palmas hasta hacerlas sangrar.

Ella se quedó parada en el andén hasta que desapareció el tren en el horizonte y él se mantuvo en pie sobre la plataforma del vagón-camarote hasta que la estación desapareció de su vista.

Los dos intentando grabar en sus corazones la imagen del ser amado. Nadie mejor que ellos sabían que estaban creados para ser uno, sólo que todavía no encontraban la manera de amalgamarse.

Ambos estaban sacrificado el amor que sentían, sometiéndolo al poder destructivo de la altivez y la soberbia.

¿Serviría esta separación para unirlos o para separarlos definitivamente?

Capítulo 20

George viaja y Hortensia se queda sola.

El sol se había ocultado tras la imponente cordillera de Los Andes y el aroma del algarrobo y el piquillín de los campos mendocinos invadió sus fosas nasales. El ruido de voces provenientes del interior del vagón-camarote lo volvió a la realidad, secando las lágrimas, que corrían por sus bronceadas mejillas, se dispuso a entrar en él y compartir un viaje que amenazaba con ser largo y desagradable.

— *¿Cómo he podido separarme de ella?! —gruñía entre dientes —. Sin abrazarla, sin darle un beso en su jugosa y roja boca, sin sentir su pequeño cuerpo fundirse con el mío, sin oler su perfume de hembra salvaje que me vuelve loco, sin oír su gemido cuando la aprieto ferozmente contra mi erección. ¿Cómo he podido ser tan estúpido, tan pedante, tan idiota!?* —mascullaba en inglés entrando en el vagón y cerrando la puerta de una patada, como hacía normalmente cuando estaba fuera de sus cabales.

En la confortable salita del vagón se encontraban, saboreando una taza de té, Octavia y Aurelia, la primera con una sonrisa satisfactoria e imborrable en su cara, mientras, que la segunda lo observaba muy seria y con un gesto de reproche en su adorable carita. Sir Leguiza que leía el diario, sentado en uno de los sillones, levantó la vista del mismo, sorprendido con la brusquedad con la que el inglés había cerrado la puerta, en tanto, John acomodaba el equipaje de cada uno en los respectivos dormitorios, silencioso y preocupado por los sentimientos de su amigo.

— ¡George, querido George!—exclamó Octavia con voz melosa y ñoña —. Menos mal que te decidiste a entrar, comenzaba a refrescar y estaba preocupada —se levantó de la silla acercándose solícita, y haciendo caso omiso al deplorable estado de ánimo en el que se encontraba su ex amante.

— ¡Tu voz es lo último que deseo escuchar, Octavia! ¡Eres una de las culpables de mi malhumor, por favor no me hables hasta que llegemos a Buenos Aires! —no pensaba compartir con ella ni un segundo del viaje La ignoró, deliberadamente, y se dirigió a su asistente —. John, ¿está mi camarote listo?, necesito darme un baño y tengo planeado dormir hasta que el tren llegue a Buenos Aires. Sin que nadie me moleste ¡Nadie! —agregó terminante.

Dirigiéndose a Sir Leguiza y su adorable novia Aurelia se disculpó por no cenar con ellos y los hizo partícipe de su decisión de permanecer en el camarote hasta llegar a la ciudad de Buenos Aires, insistiendo en el hecho de que no quería la compañía de ninguna de las personas presentes en el vagón. Como un animal herido se encerró en el camarote a rumiar su dolor, rogando que su comportamiento no hubiera causado un daño irreversible en el corazón de su amada.

Le esperaba una larga noche sin dormir, varias semanas de arduo trabajo, discusiones interminables y sobre todo días y noches añorando a esa mocosa atrevida que lo sacaba de sus casillas, pero que adoraba como jamás había amado a nadie.

Desde que Hortensia había entrado en su corazón, su vida se había convertido en un suplicio. Esa malcriada le hacía perder la razón. Lo había convertido en un animal insaciable, en un adolescente caprichoso de su cuerpo, de sus gemidos, de sus suspiros. Nunca iba a saciarse de ella, la deseaba, la codiciaba, la amaba desesperadamente. Le costaba reconocer el verdadero temperamento de esa mocosa impertinente. Por momentos, especialmente entre sus brazos, era como el fuego: ardiente, explosiva, apasionada. Era una mujer honesta con sus sentimientos, cualquiera que la conocía sabía a qué atenerse con ella, iba de frente; arrasando todo a su paso, incendiando y convirtiendo en cenizas todo aquello que fuera una amenaza para su corazón y sus afectos. Otras veces, muy pocas en realidad, era calmada, moderada, prudente, parecía la voz de la razón. Era aquí donde George se equivocaba, Hortensia siempre era apasionada, volcánica, era como el poderoso viento Zonda, uno no lo veía venir pero cuando se levantaba arrasaba con su calor y su poder.

Esa combinación de fuego y viento era lo que la hacía deseable, la que despertaba su apetito y su instinto depredador.

Su viaje recién comenzaba y ya extrañaba el brillo de sus ojos cuando juntos alcanzaban la cúspide del acto sexual. Su mirada de fierecilla retadora cuando lo enfrentaba enojada, su sonrisa compradora y gatuna cuando justificaba sus diabluras frente a su padre; el movimiento provocador de sus caderas cuando se alejaba ofendida y la risa cantarina y sensual que deleitaba a quienes la escuchaban y a él le provocaba una excitación salvaje.

George, se durmió con una gran sonrisa recordando su carita enojada y sonrosada por el roce de su incipiente barba, y con una tremenda erección al recordar sus gemidos cuando mordía su hombro para sofocar sus gritos al alcanzar el clímax. La imagen de Hortensia con la espalda curvada, la cabeza hacia atrás, el cabello rozando sus piernas mientras lo cabalgaba como una experta amazona, lo volvía loco. Sentía el calor de su cuerpo en sus grandes manos cuando aferraban las redondeadas caderas de su amada, manteniéndola firme sobre su cuerpo, controlando y dirigiendo sus sensuales movimientos.

Pese a su juventud e inexperiencia, Hortensia era dueña de una sensualidad innata que ponía de manifiesto sin tapujos. No era tímida al momento de expresar sus sentimientos cuando hacían el amor, y era entonces cuando George se transformaba en un eximio director de orquesta obteniendo de ella su mejor melodía.

La tensión y el disgusto instalado en el vehículo que llevaba a la Familia Correa con sus amigos de regreso a Panquehua, después de la tempestuosa partida de George, mantenían a sus ocupantes incómodos y preocupados, sólo se oían los sollozos ahogados de Hortensia y los rezongos y bufidos rabiosos de Juan Ignacio.

Don Miguel, Dorotea y Amanda no emitieron palabra durante todo el trayecto, esperaban, que una vez que llegaran a su casa, Hortensia les explicara las razones del extraño comportamiento de George, y de su silencio obstinado que la había sumergido en una profunda tristeza.

—Hemos llegado Don Miguel —la voz del conductor sacó a los pasajeros de sus cavilaciones.

Hortensia descendió apresurada del vehículo y apenas Dorotea abrió la puerta se encerró en su dormitorio, sin despedirse y sin dar una sola explicación por su comportamiento o por la razón de su llanto silencioso.

—Está bien —dijo Dorotea dirigiéndose a Don Miguel —. Tarde o temprano va a hablar con nosotros, por el momento dejémosla tranquila. Vamos a cenar y luego a dormir que mañana es día de trabajo.

Quizás mañana Hortensia estaría dispuesta a contarle que nueva herida, había infligido el gigante inglés en su tierno e inexperto corazoncito.

Encerrada en su habitación Hortensia se propuso tomar un baño antes de acostarse. Se sumergió en la bañera, el agua tibia y perfumada provocó que sus músculos se relajaran, cerró sus ojos y recordó la calidez de las grandes manos de George cuando recorrían su cuerpo, estremeciéndose intentó desechar los pensamientos negativos de su mente.

El recuerdo de la mano de Octavia sobre el brazo de George, la sonrisa triunfal de ella, en contraposición a la mueca de tristeza y enojo en los labios apretados de él, el silencio y la indiferencia del inglés despidiéndose de todos menos de ella hicieron que estallara en llanto, nuevamente. Salió de la bañera se envolvió en un cálido toallón y, dominando los celos y el dolor, se propuso dormir dejándose acunar por el recuerdo de los besos y las caricias que él le prodigara al amanecer.

George se había apoderado de su corazón. Mientras ella desconfiaba de sus intenciones y de su amor, él se había colado por la puerta ventana de su dormitorio poniendo su mundo patas para arriba y ahora se había ido, a pesar de sus promesas y planes de un futuro juntos. Lo imaginó en brazos de Octavia, lejos de ella. George le había prometido que no se marcharía dejándola sola y esa imagen y ese recuerdo

despertó su temperamento criollo, enojada y desilusionada golpeó con fuerza la almohada.

— ¡Al demonio sir George!, espero que disfrutes de tu viaje con esa endemoniada mujer —sollozó y hundió la cabeza en ella para que nadie escuchara su llanto.

El tren arribó a la Estación Retiro al atardecer. Llovía y el día parecía haberse confabulado para aumentar el malhumor de Sir George que, como había anticipado el día anterior, no se movió de su camarote hasta que el tren no detuvo su marcha en la populosa estación Central de Retiro. Se despidió de sir Leguiza, de Aurelia y dejando a Octavia con la pareja. Se dirigió a las oficinas centrales del ferrocarril, ubicado en pleno corazón de la capital argentina. John se encargaría del equipaje y del alojamiento en el Hotel Phoenix, en dónde habían reservado para todo el grupo.

El hotel se encontraba en una de las esquinas de la manzana en la que se levantaba la magnífica Galería Florida, lugar donde tenía sus oficinas el Ferrocarril Andino. Tanto el hotel como la galería, habían sido diseñados por un arquitecto italiano y estaban inspirados en las grandes galerías europeas como la Vittorio Emanuele de Milán; contaban con adelantos tecnológicos poco conocidos para la época, como ascensores, iluminación y calefacción centralizada. Octavia estaba deslumbrada con las comodidades y el estilo de vida de la sociedad porteña y pensaba utilizar cada minuto de su tiempo en la reconquista del amor de George, tenía la intención de convencerlo para quedarse en Buenos Aires y no volver a Mendoza nunca más.

Rápidamente comenzó a elaborar su plan, confiando en que la distancia y el entorno social jugaran a su favor en la difícil empresa de atraer a George, nuevamente a sus brazos, para que olvidara a la **chirusita** mendocina. La estadía del grupo en la capital porteña incluía no sólo trabajo, sino reuniones sociales con renombrados personajes del mundo de la cultura, de la política y de la economía; era en esas ocasiones que Octavia iba a desplegar todo su encanto y sus artimañas para volver a convertirse en la única mujer en la vida de sir Markham.

A esa misma hora en Mendoza, mientras Octavia maquinaba la manera de conquistar a Sir George, Hortensia se disponía a dar todas las explicaciones que su padre y Dorotea le exigían; ya era tarde para conservar el amor del inglés, él había elegido abandonarla y llevar en su largo viaje a su ex amante, sólo tenía que dejar actuar al tiempo y este le traería el consuelo necesario para olvidarlo.

— ¡Pero Hortensia, mi pequeña —exclamó Dorotea—. En la fiesta que Sir George dio en su casa, hace dos noches atrás, prácticamente pidió tu mano y expresó su deseo de casarse al regresar de su viaje ¿Por qué te encierras en la idea de que él no te quiere y no volverá? ¿Cuál es la razón valedera para pensar de esa forma?

Don Miguel mantenía una actitud expectante, sin emitir palabra u opinión, pensaba que, por lo general, las mujeres se entendían mucho mejor cuando se trataba de discutir temas que involucraban los sentimientos y los corazones heridos.

— ¡Dorotea, por favor, no trates de pintarlo como un inocente! —protestaba caminando de un lado para el otro, enfadada y con los brazos cruzados sobre su pecho—. ¡Pobrecito Sir George, tan cándido, tan puro y casto! —Continuaba despotricando enojada—. ¡¿Por qué la tiene que llevar a ella, a esa bruja malintencionada y chupamedias?! ¡¿Qué tiene que hacer ella en Buenos Aires?! ¡¿Acaso dirige el ferrocarril?! ¡No!, nada de eso, la lleva porque quiere y porque no es lo suficiente hombre para decirle que no ¡Muy bien!, que se quede con ella y con el maldito ferrocarril, yo renuncio y me voy a dedicar a darle clases a los niños de la comunidad —culminó agitada.

Considerando la importante decisión que acababa de tomar Hortensia, Don Miguel creyó oportuno participar de la conversación.

—Hortensia, hija mía —dijo calmado y conciliador—. ¿Es terminante lo que acabas de decir?, renunciar al ferrocarril y dedicarte a la educación de los niños indígenas es una elección muy importante, e influirá en tu futuro laboral y en tu vida sentimental, marcando un antes y un después. Estás eligiendo sacar a sir Markham de tu vida, nuevamente te pregunto ¿estás segura? —Hortensia detuvo su caminar agitado y

furioso y mirando a su padre con los ojos inundados por las lágrimas de dolor y de impotencia, asintió.

Acababa de hacer una elección muy dolorosa pero en este momento estaba segura que era lo mejor que podía hacer. Su mundo no estaba al lado de sir Markham, un ingeniero reconocido y poderoso, un noble orgulloso y soberbio; su vida estaba con las personas que la necesitaban y la querían y sir George no la necesitaba ni la quería.

Nada más alejado de la realidad, Hortensia todavía no llegaba a comprender cuanto la amaba George Percy Markham, sería necesario que pasaran por muchas pruebas antes de que ambos comprendieran que no tenían futuro el uno sin el otro.

Capítulo 21

George, ¿solo en Buenos Aires?

El Jockey Club de la ciudad de Buenos Aires era el club más importante y tradicional de la Argentina. No sólo tenía renombre en América sino a nivel mundial por su excelente actividad turfística. George era un eximio jinete y al llegar a la Argentina se había asociado al prestigioso club relacionándose de esta manera con un importante conjunto de caballeros, representativos del ámbito social y económico del país, incluso con las más altas autoridades políticas del momento.

Concurría todas las noches desde que había llegado a la capital, encontrándose con ilustres personajes con los que compartían largas charlas. Entre cigarros, licores y juegos de cartas había conseguido interesar a varios grupos nacionales para que invirtieran en la construcción del ferrocarril trasandino.

Las fiestas organizadas en el Jockey Club eran objeto de gran interés de la sociedad porteña, los periódicos de la capital y los diarios más importantes del interior del país dedicaban varias páginas para describir los entretelones del acontecimiento. Los nombres de las personas que concurrían, la vestimenta de las mismas y los posibles romances que surgieran durante la celebración del mismo.

Como presidente de los Ferrocarriles Argentinos, sir Leguiza y su novia Aurelia estaban invitados a la gran fiesta en la que se festejaba el comienzo de la temporada turfística, y como representante de los intereses ingleses en los ferrocarriles argentinos sir George. Este tenía la intención de presentarse solo pero, a pesar de su renuencia, tuvo que aceptar la compañía de Octavia con gran disgusto. Sir Leguiza no le dio oportunidad para que se negara a llevarla como acompañante, argumentando que ella tenía grandes e importantes contactos que serían beneficiosos para cerrar las negociaciones relacionadas con la construcción del Trasandino. Por supuesto todo este

enredo había sido concebido por Octavia, que contaba con el apoyo de su ex amante, preocupada por recuperar su relación con George y por sir Leguiza, seguro de que obtendría cuantiosas ganancias una vez que se concretaran las negociaciones.

El malhumor de George había alcanzado su nivel más alto. Extrañaba a Hortensia. El día a día, separado de ella, se hacía insostenible, las reuniones de trabajo eran agotadoras y no podía concentrarse; su mente estaba ocupada con los recuerdos de esa bruja, descocada e impertinente, inmóvil en el andén de la estación mientras el tren se alejaba. Silenciosa, desvalida y triste mirándolo sin que su boquita, esa dulce y adorada boquita que lo volvía loco, emitiera un solo sonido, ni para despedirse ni para reprocharle su actitud altanera, de la cual estaba totalmente arrepentido.

Ya llevaban casi dos meses en la capital argentina. La estadía se estaba prolongando más de lo que había pensado. Las negociaciones, tanto con los empresarios argentinos como con los políticos de turno no avanzaban convenientemente y los nervios de los Hermanos Burks estaban al borde del colapso. La presión sobre George era insoportable, obligándolo a aceptar compromisos y a participar de eventos que no eran de su agrado.

No soportaba la idea de tener que llevar a Octavia Arenas como compañera a la inauguración de la temporada en el Jockey Club, pero se había quedado sin excusas. Rogaba que esta noticia no llegara a oídos de Hortensia, pero el destino tiene, a veces, reservadas dolorosas sorpresas que ponen a prueba el verdadero sentimiento de las personas. El intenso amor entre Hortensia y George iba a ser, nuevamente, una víctima del egoísmo y la pasión enfermiza de Octavia Arenal, quien contaba con la ayuda de sir Leguiza; una persona ambiciosa y sin escrúpulos capaz de cometer actos denigrantes e injuriantes siempre y cuando éstos le permitieran alcanzar sus objetivos.

—El coche lo espera en la puerta del Hotel, sir George —le informó con cara seria, censurando con su mirada la decisión de concurrir a la fiesta en compañía de Octavia.

—¡¡Mierda John!! ¿Tú también vas a regañarme esta noche? , Aurelia acaba de reprocharme mi actitud, advirtiéndome de las consecuencias nefastas que ésta situación tendrá si llega a conocimiento de Hortensia —furioso se sirvió una copa de brandy y se la zampó sin respirar, provocándole un tremendo ardor en la garganta —. ¡¡Por Dios!! ¿Qué quieren que haga? ¿Qué me niegue a llevar a Octavia? ¿Qué no vaya a la inauguración del Jockey Club? —preguntó a los gritos, mientras se mesaba la rubia cabellera con sus grandes manos y caminaba, alterado y rabioso, de un lado para otro de la magnífica habitación que ocupaba en el Hotel Phoenix —. ¡¡Maldita sea!! Por un lado me presionan los Hermanos Burks, por otro los empresarios y el gobierno argentino y como si eso no fuera bastante, ahora ustedes ¡¡mis amigos!! , critican y censuran mi comportamiento. ¡¡Mierda, mierda, mierda!! —continuó insultando y vociferando —. Seguramente la niña Hortensia seguirá con su vida de nena caprichosa, yendo de la manito de su amigo del alma, de un lado para el otro sin que nadie le reproche o desapruebe su comportamiento—argumentó apasionadamente, poniendo en evidencia los celos que sentía por Juan Ignacio.

John no pudo dejar de compadecerse de su jefe y amigo. Había sido testigo de su sufrimiento y dolor al abandonar África, dejando atrás a Oyá con el corazón partido en mil pedazos, creyendo que nunca volvería a encontrar el amor y cuando finalmente, en un paraje lejano de la Argentina, una india de grandes ojos, y un carácter de los mil demonios, le devolvía la esperanza, las circunstancias sociales y políticas de la región caían sobre él como fantasmas del pasado; atentando contra su estabilidad emocional y amenazando con romper su corazón enamorado.

—No estoy censurándote, amigo mío —dijo John con voz calma-. Sólo creo que debes tener mucho cuidado con las intenciones de la Sra. Arenal, es una mujer intrigante y peligrosa que busca satisfacer sus caprichos sin importar a quien hiere. Y debo advertirte, que en este momento su capricho eres tú, y su más grande amenaza para conseguirte, es Hortensia. Creo que es capaz de recurrir a cualquier artimaña para conseguir su objetivo.

—Querido John, nadie mejor que yo conoce a Octavia Arenal, te prometo que tendré cuidado, sólo espero que los comentarios de esta fiesta no lleguen a los oídos de Hortensia —sonrió al recordarla —. Esa hermosa bruja no me lo perdonaría —agregó en tono jocoso, y un poco más tranquilo, disponiéndose a salir rumbo al Jockey Club.

¡Qué equivocado estaba!, esa fiesta sería la principal causa de su separación de Hortensia.

La desconfianza, los celos, la sospecha infundada y el orgullo se instalarían en el corazón y el espíritu de los amantes, separándolos y sumiéndolos en una abrumadora y tortuosa existencia de la que sobrevivirían siempre y cuando ocurriera un milagro.

Cuando descendieron del carruaje que los llevó hasta el ingreso del Jockey Club se vieron rodeados por un enjambre de periodistas, ávidos de información detallada del estado alcanzado por las negociaciones entre el Ferrocarril Andino y las autoridades nacionales y del Ferrocarril Argentino, y sobre todo de los más mínimos detalles íntimos de la vida de sir George. Sir George Markham pertenecía a la nobleza inglesa y su posición social era motivo de curiosidad para los lugareños. En Argentina no existían los títulos de nobleza, el status social se establecía por el poder adquisitivo o político, y, si a su título se le agregaba su prestancia física y su calidad intelectual el ingeniero Markham era una presa indiscutible y apreciada para la prensa, especialmente la que se dedicaba al chisme y al amarillismo periodístico.

George era, ante los ojos de la sociedad terrateniente argentina, objeto de admiración por su fama de mujeriego galante, libertino y disoluto; mecenas de artistas dedicado a las artes mundanas como la pintura, la música y la literatura. Su atractivo rostro, la perfección de su vestimenta y sus singulares modales demostraban su excelente educación, pero a pesar de todas estas cualidades su lado oscuro atraía más a la clase alta de la sociedad porteña que lo veía como un auténtico pirata. Este aspecto lo había transformado en el preferido de la prensa escandalosa porteña, la que disfrutaba haciéndose eco, a veces infundado, de sus andanzas y proezas. Por otra parte, Sir Leguiza y su romance con la joven española Aurelia también despertaba la curiosidad de esta prensa sensacionalista.

Octavia Arenal no pudo ocultar su alegría. En su cara se dibujó una sonrisa de triunfo absoluto, cuando al bajar del carruaje del brazo de Sir George los periodistas se abalanzaron sobre ellos dificultándoles el desplazamiento para llegar a las escalinatas de ingreso al majestuoso edificio del Jockey Club. Lucía un vestido de seda

color granate, diseñado por la Casa Worth, con un amplio escote, las mangas al codo eran transparentes, bordadas con piedras y cristales Swarovsky, ajustado al cuerpo hasta la cintura de donde se desplegaba una amplia falda terminada en una media cola que sostenía, elegantemente, con una mano, mientras la otra la apoyaba posesivamente en el antebrazo de George.

Sir George Markham estaba imponente, rompiendo con las reglas de la moda e ignorando el uso del frac, había elegido para la ocasión un chaqué. La levita era de color gris, el pantalón con finas rayas, chaleco gris abotonado y de corte clásico, camisa blanca sin botones, bien almidonada, los puños con gemelos y el corbatón, anudado tipo Windsor, de seda, en un gris más subido que el tono de la casaca sostenido con un alfiler de oro, con cabeza de perla a juego con los gemelos; zapatos negros mate acordonados, sombrero de copa gris, guantes blancos y bastón. Sus ojos celestes, perspicaces, resaltaban debido al color tostado de su piel, se paseaban, brillantes e indiferentes sobre la multitud, deseando que el acoso periodístico al que se veía sometido terminara lo más pronto posible.

Apuró el paso, obligando a Octavia a correr detrás de él y prácticamente se zambulló en el interior del edificio Entregando su galera, guantes y bastón al mayordomo se disculpó con Octavia, dejándola en compañía de Sir Leguiza y Aurelia dirigiéndose raudo al bar. Necesitaba con urgencia una copa de lo que fuera, vino, scotch, champagne, hasta veneno tomaría si haciéndolo pudiera abandonar esta inaguantable reunión. Mantuvo conversaciones tediosas con personas de las cuales ni siquiera recordaba sus nombres, bailó con mujeres que suspiraban en sus brazos y lo miraban, embelesadas, intentando atraparlo en sus redes; bebió demasiado para su gusto, soportó el indiscreto y evidente acoso de Octavia a lo largo de toda la velada, pero nada ni nadie logró sacar de su cabeza el recuerdo de una bella diosa morena riendo a carcajadas, desafiándolo a subirse en un columpio, rodeada de sonrientes niños morenos con sus caritas sucias expectantes, frente al espectáculo de un gigante rubio disfrutando, como un niño más, de esa experiencia.

Necesitaba terminar su gestión en la capital argentina urgentemente, algo en su interior le llevaba a pensar que el tiempo pasado y la distancia eran dos factores que le jugarían en contra en su, ahora, quebrantada relación con la razón de sus desvelos: Hortensia Correa.

Lamentablemente, las malas noticias viajan más rápido que las buenas y antes de conocer que el regreso de sir George era inminente, Hortensia fue testigo de la estupenda velada que había compartido con lo más selecto de la sociedad porteña del brazo de Octavia Arenal, como lo mostraban las noticias de la prestigiosa revista *Caras y Caretas*, una de las publicaciones argentinas de mayor éxito de la época.

La revista que se distribuía en toda la capital porteña, también llegaba al campo y regiones alejadas. Esta era esperada, con ansiedad, por los pobladores ávidos por conocer la dinámica cultural y política de la gran ciudad, los entretelones de la vida sentimental de los hombres y mujeres públicos; además de las ofertas de las grandes tiendas que publicaban sus catálogos con instrucciones sobre el método de pedidos, fletes y pagos para clientes del interior.

Esa mañana Hortensia no se sentía bien, le dolía la cabeza y tenía náuseas, de hecho había vomitado al levantarse. Atribuyó el malestar a algo que había comido la noche anterior y se dispuso a ir, en compañía de Amanda y su inseparable amigo y enamorado, Juan Ignacio, a la ciudad de Mendoza.

El tren que llegaba de la capital traía varios pedidos de libros que habían hecho, así como los periódicos y la esperada revista *Caras y Caretas*, que ella devoraba, junto a sus amigos, en las largas y tediosas horas de la siesta mendocinas en las que no se movía ningún ser viviente.

—Chicos ya llega el tren, estoy ansiosa por ver los libros que nos han enviado — se paseaba Hortensia intranquila por el andén.

—Sí, claro —dijo Amanda abrazándola—. Lo que quieres es hojear la revista *caras y caretas* para ver si hay alguna noticia de tu pirata inglés.

Hortensia revoleó los ojos haciendo una mueca de fastidio, mientras Juan Ignacio protestaba, por lo bajo, ante el comentario de su amiga Amanda. Hortensia no había

podido olvidar al inglés, todo lo contrario, cada día estaba más triste y meditabunda, la notaba demacrada, tenía grandes ojeras que le daban a su hermoso rostro un aspecto melancólico y mantenía un irritante mutismo con respecto a lo acontecido el día que sir George partió rumbo a la ciudad de Buenos Aires.

—Ay Amanda. ¿Sabes que soporto tus comentarios fuera de lugar porque te adoro? —refunfuño, intentando sonreír, pero las palabras de su amiga la habían entristecido —. Ya te he dicho que no quiero saber nada, ni hablar de ese patán, grosero y maleducado. Ojalá no vuelva más de Buenos Aires —agregó con los ojos brillantes inundados por las lágrimas a punto de rebalsar sus grandes y soñadores ojos —. ¡Tengo tanta rabia, que la sola mención de su nombre me provoca tanta angustia que me dan ganas de ponerme a llorar! —protestó dando una patadita en el suelo —. ¡Y no quiero llorar más, Amanda, no quiero llorar más por él!

—¡¡Amanda!! —gritó exasperado Juan Ignacio —. ¡¡Eres estúpida o te haces!!

—¡¡Está bien, está bien!! No me grites Juan Ignacio, no soy ni tu hija, ni tu novia, para que me grites —exclamó Amanda, con los brazos en jarra sobre sus caderas —. ¡Sólo pretendía hacer un chiste! Últimamente Hortensia anda con una cara de alma en pena que asusta —agregó ofendida.

—Es cierto —dijo Juan Ignacio —. Pero no es necesario nombrar a ese fantoche para levantarle el ánimo, al contrario lo único que consigues es provocarle más pena.

Discutiendo habían llegado a la oficina de la estafeta postal en donde debían retirar las encomiendas y las revistas. Durante la espera para que les entregaran sus paquetes, Hortensia trató de conciliar el ánimo de sus amigos. No soportaba que existieran roces entre ellos y menos cuando el causante de la discusión era ese arrogante inglés.

—Basta chicos, no riñamos más — pidió con una sonrisa en su hermoso rostro, dejando con la boca abierta a Juan Ignacio. Abrazó a sus amigos y los besó, intensamente, demostrándoles de esa manera el inmenso amor que sentía por ellos.

Amanda y Juan Ignacio eran sus hermanos de la vida, sus compañeros de juegos y sus confidentes —. ¡Los quiero con todo mi corazón!, somos como los tres mosqueteros, no permitamos que nos separen. Nosotros no tenemos secretos y el amor que nos une nos hace invencibles —terminaron abrazados en mitad del andén, frente a los viajeros que los miraban asombrados y enternecidos —. *Estoy tan agradecida de tenerlos como amigos* —pensó Hortensia —. *Confío en ellos ciegamente, aunque algunas cosas ocurridas con el inglés no se las haya contado todavía.*

—Aquí tienen chicos —dijo el jefe de la estafeta postal —. Que disfruten de sus libros y revistas. ¿Cómo está tu padre, Hortensia? —preguntó el hombre —. Desde que el inglés partió para Buenos Aires lo veo poco por la estación Central y a ustedes también —agregó el hombre mirándolos sonriente.

—Está muy bien, gracias Don Ojeda —conocía al hombre desde la infancia. Se había criado entre trenes y estaciones, yendo de Panquehua a la ciudad de Mendoza y viceversa. En realidad conocía a todas las personas que trabajaban en ambas estaciones y ellos a ella. La consideraban una bella y agradable niña siempre dispuesta a ayudar al prójimo.

—¿Y sabes cuando vuelve el inglés? —preguntó provocando que se aceleraran los latidos del corazón de la joven. Un nudo se le formó en la boca del estómago y le sobrevinieron unas insoportables ganas de vomitar, que logró controlar por fortuna.

—No, Don Ojeda, ni idea —ella intentaba sonar indiferente —. En una de esas nos hace el favor y ese idiota se queda en la Capital dejándonos vivir tranquilos como antes de que él llegara a nuestra provincia.

—¡Niña Hortensia!! —se sorprendió el jefe de la estafeta postal —. Sir George no es ningún idiota, al contrario, creo que es un hombre sensato, inteligente y humilde —aseveró moviendo la cabeza de un lado para el otro, sorprendido por la reacción de Hortensia. Ella era una joven muy educada y respetuosa y su impropio sonaba inadecuado e inexcusable.

—Disculpe Don Ojeda —dijo bajando su cabeza y al borde del llanto—. No fue mi intención insultar a sir George, hoy no me siento muy bien, me duele la cabeza y anoche no he dormido muy bien. Le pido que perdone mi grosería —tomó el brazo de Amanda, avergonzada, y la empujó para poder salir rápido de la oficina.

Amanda y Juan Ignacio observaban y escuchaban, con atención y perplejidad, la conversación entre Hortensia y el jefe de la estafeta postal. El ataque verbal de la joven contra el inglés los había dejado atónitos, era evidente que Hortensia estaba muy enojada con sir George pero, hasta el momento, no habían podido sonsacarle ni una sola palabra que los pusiera sobre una pista para conocer la causa de ese enojo.

Se despidieron del Sr. Ojeda y mientras caminaban por el andén, esperando la salida del tren para el pueblo de Panquehua, Hortensia comenzó a hojear la revista. Se detuvo, asombrada, al encontrarse en la página central de la revista una descripción detallada de la gran fiesta organizada en el Jockey Club. Un fotograbado de los salones, fastuosamente engalanados, para recibir a los integrantes de la alta sociedad porteña, y una descripción detallada de los asistentes al evento, entre los que se contaba Sir George Markham y su “prometida” Octavia Arenal.

Sorprendida, Hortensia no podía dar crédito a lo que leía, parecía que las letras bailaban frente a ella, burlándose con su contenido. El artículo era preciso y certero, cada una de las palabras escritas en molde eran un tiro al corazón de la joven:

“La necesidad que tiene Buenos Aires de contar con la nobleza para darle categoría a esta democracia que amenaza con desaparecer, disfrazándose con arte, ostentando símbolos heráldicos, pavoneándose con aristócratas y nobles extranjeros, como la señorita Octavia Arenal que durante toda la noche no se separó de sir George Markham, exhibiéndose con él. A la señorita Arenal se le hacía agua la boca ante la posibilidad de atrapar a un integrante de la dinastía monárquica inglesa; disfrutando de la idea de sentir el bullir de la sangre azul corriendo por sus venas una vez que logre atrapar al inglés en sus redes, cosa que no parece disgustarle a sir George, considerando que no se separó de ella en toda la noche. Parece que Sir Markham finalmente ha sido atrapado por una mendocina y no exactamente por la hija del Jefe de la Estación Panquehua como se rumoreaba. Evidentemente, la hermosa y fogosa salvaje no estaba a la altura del noble inglés”.

Hortensia no pudo seguir leyendo, se desmayó y cayó redonda en medio del andén de la Estación Central.

≈≈≈

—¡¡John!!! Mierda, mierda, mierda ¡¡ ¿Dónde estás John?!! —berreaba enfurecido, entrando a su oficina de la Galería Florida, en el corazón comercial y financiero de la capital argentina —. Dime que los diarios y revistas todavía no han salido para la provincia de Mendoza, especialmente *cara y careta* —casi rogaba. Sólo le faltaba ponerse de rodillas, mientras vociferaba improperios en inglés —. ¡Quién fue el imbécil que le dijo a la prensa que Octavia es mi prometida! —bramó como un toro enfurecido —. Si Hortensia lee esto, y ¡seguro que lo leerá! Mejor que me considere muerto. No, No, ¡estoy muerto! —exclamaba rabioso.

—Lamentablemente, salieron en el tren que partió al día siguiente de la fiesta en el Jockey Club, sir George —dijo John sin que un músculo de la cara se le moviera observándolo caminar, alrededor de su escritorio, revolviendo sus rubios cabellos de manera demente. Sintió la necesidad de decirle: “*¡Te lo dije inglés engreído, testarudo y pedante, te dije que tu tonta aventura llegaría a los oídos de Hortensia!*”, pero se contuvo y se mantuvo callado como corresponde a un buen amigo.

¡Oh my God! ¡Estoy muerto! *Hortensia no me va a querer ver nunca más, con lo orgullosa y cabeza dura que es seguramente me va a tirar debajo de las ruedas de la locomotora en cuanto intente darle una explicación* —mascullaba desmelenado, con la camisa salida de los pantalones y pateando las sillas y cuanto mueble se le ponía por delante.

—*Vamos a ver como solucionas este entuerto con Hortensia* —seguía pensando John observándolo en silencio —. *Y no fue porque no se lo avisamos, pero es más obcecado que una mula este inglés. Ahora pretende arreglar todo a los gritos. Seguro que quiere salir corriendo ya para Mendoza antes de que la bella bruja prepare el cadalso en el andén de la estación central y lo espere para ponerle la soga al cuello.*

—Prepara nuestro equipaje. Partimos de inmediato para Mendoza, en el primer tren que salga, no me importa si tengo que ir en clase económica, salimos en cuanto mi vagón se enganche a la formación —ordenó descargando su furia sobre la puerta de su oficina, cerrándola de una patada.

—*Hecho y dicho* —pensó John —. *Ahora salimos **pitando*** (Cuando John pensaba le encantaba usar palabras típicas mendocinas) *para Mendoza a ver como arreglamos la metida de pata de él. ¡Pero que inglés orgulloso y cabezón, por Dios!* —sin dejar traslucir sus pensamientos contestó: Como tú digas sir George ¡Ah, una pregunta más! —dijo asomando su cabeza por la puerta entreabierta de la oficina de George —. ¿La Señorita Arenal viene con nosotros? —y esperó, poniendo carita inocente.

—¡¡¡Fuera!!! ¡John no te pases conmigo o te voy a dejar el culo morado a patadas! —y señaló la puerta, enérgicamente. Un sonriente y circunspecto John salió, con su andar pausado y tranquilo, cerrándola suavemente.

Capítulo 22

Una sorpresa ¿inesperada?

Dorotea y Don Miguel entraron al hall del Hospital Central con la angustia reflejada en sus rostros. Juan Ignacio había llegado, al galope, avisándoles que Hortensia se había desmayado en el andén de la Estación Central y la habían llevado de urgencia al Hospital Central. Ninguno de los doctores querían darle información, ni a él ni a Amanda, hasta que no llegara un familiar responsable. Cuando el médico de guardia vio a Don Miguel y a Dorotea los hizo pasar a su despacho, y se dispuso a darles la noticia que sabía provocaría una gran conmoción en la pareja.

Hortensia era muy joven, acababa de cumplir dieciocho años y ¡estaba embarazada!

Despertó en un lugar desconocido, en una cama desconocida. La habitación estaba pintada de blanco y por la amplia ventana se colaban los rayos del brillante sol mendocino iluminándola. Recorrió, desorientada, la estancia hasta que sus dorados ojos se tropezaron con los rostros apesadumbrados de su padre y de Dorotea, que la miraban amorosamente, pero con una profunda preocupación en el fondo de sus ojos.

—Papi, Dorotea —musitó—. La lengua la sentía pastosa y su voz sonaba gangosa, pensó que le habrían dado un calmante y por eso no podía coordinar la lengua con su mente. *Pero... ¿por qué estaba en el Hospital?, ¿por qué la habían llevado allí?* De lo último que se acordaba era de estar hojeado la revista “*caras y caretas*” en el andén de la estación Central y que después todo se volvía negro y sus pensamientos confusos.

—No hables, mi amor —dijo su padre acariciándole la mejilla mientras las lágrimas rodaban por su rostro surcado por las arrugas que el tiempo, el dolor y las alegrías habían dibujado en él, rigurosamente.

—Dorotea, ¿por qué llora el papi? —preguntó preocupada y mirando desolada a su madre adoptiva.

—Tranquila, mi vida, mi adorada niña Hortensia —dijo Dorotea tratando de lucir calmada. *¡Dios mío!, ¿Cómo se lo iban a decir?* —pensó la dulce Dorotea —. *¿Cómo reaccionará ante la inevitable realidad? Hortensia es casi una niña, es inocente, confiada y un poco ingenua. Sólo ha cometido el error de enamorarse locamente de este inglés altanero y él se ha aprovechado de su inocencia* —a medida que reflexionaba, Dorotea iba montando en cólera contra el inglés —. *Y ahora la ha dejado sola para enfrentar esta responsabilidad y la murmuración de gran parte del pueblo, menos mal que mi niña nos tiene a nosotros, a Amanda y a Juan Ignacio* —se propuso tranquilizarse para no preocupar a Hortensia.

Es conociendo el refrán “pueblo chico, infierno grande” (y Panquehua no era la excepción a esa regla), Hortensia iba ser una víctima más del chismorreo y de las habladurías de, por lo menos, una parte de los habitantes del pequeño pueblo.

— ¡Oh mi Dios! —exclamó en ese instante Hortensia —. ¡Ya recuerdo todo! Estaba leyendo una noticia que me perturbó un poco, además llevo varios días con el estómago revuelto, seguramente eso debe haber sido la razón de mi desmayado, no hay razón para que se preocupen, lo más probable es que ya me pueda ir a casa. ¿Verdad papi? —su voz era débil, triste. Trataba de minimizar los hechos.

Se la veía desvalida, desprotegida, indefensa, no quedaban rastros de la pantera aguerrida, de la fierecilla indomable. Habían desaparecido. La noticia que leyera en la revista la había destruido y en su lugar sólo había una mujer rota y desolada.

—Sí, mi niña hermosa, enseguida nos iremos a nuestra casa, pero... —Don Miguel tenía los ojos anegados por las lágrimas y las palabras se atragantaban en su

garganta—. Pero hay algo más que debes saber y quiero que tengas en cuenta que ninguno de nosotros te juzga y siempre estaremos a tu lado para protegerte —decía esto mientras acariciaba con ternura la cabeza de su dulce niña.

No era necesario que Don Miguel continuara hablando. Hortensia era una joven inteligente, perspicaz, valiente y hacía rato que intuía lo que su amoroso padre intentaba decirle, las náuseas mañaneras y el retraso en su periodo había sido poderosas señales que ella intentó ignorar pero que, ahora, las palabras y el abatimiento de sus padres confirmaban.

El amor que sentía por George, la pasión desenfrenada que el arrogante inglés había despertado en su alma indómita había dado sus frutos. Estaba embarazada, iba a tener un hijo del único hombre que amaba y que amaría, aun sabiendo que él no la quería y que estaba comprometido con una mujer, socialmente, a su altura.

—Perdón papi, perdón Dorotea—musitó avergonzada y con ello les daba a entender que no necesitaba más explicaciones —. He cometido una locura y me hago responsable. Amo a George aunque él no me quiera, voy a tener a su hijo y será mi hijo. ¡Mío!, sólo mío. Sé que ustedes estarán siempre a mi lado, pero esta es mi responsabilidad y sé que podré afrontarla, soy fuerte y no voy a permitir que nada, ni nadie me impida seguir adelante —.suspiró fuerte y en ese momento supo que no necesitaba de George. Su hijo y ella eran capaces de vencer cualquier obstáculo que la vida se empeñara en poner en su camino.

— ¡Esa es nuestra niña! —dijeron a coro Don Miguel y Dorotea, abrazándola y besándola —. Ahora vamos a casa, tenemos mucho que hablar.

Las copiosas y persistentes lluvias que azotaban el centro del país habían elevado los niveles de grandes lagunas, cercanas al tendido de las vías del ferrocarril, por ese motivo una sección importante de las vías habían quedado bajo el agua, cortando el tránsito del tren que unía la capital argentina con la provincia de Mendoza.

George veía retrasada su partida y esta demora lo tenía irritado y alterado.

—¡John!! —bramó como un dragón enfurecido. Sólo le faltaba escupir fuego por la boca; sus ojos, llameantes y enrojecidos, eran una muestra de las largas noches sin dormir y de la impotencia que sentía por no poder solucionar el problema que lo mantenía separado de Hortensia. Nada podía hacer contra la fuerza de la naturaleza, la solución no dependía de él y la furia de los elementos parecía haberse confabulado para fastidiarlo.

—*Allá vamos* —dijo resoplando lastimeramente John, abandonando el libro en castellano que estaba leyendo —. ¿Me llamó sir George? —preguntó poniendo cara de bueno.

— ¡Por supuesto que te llamé! ¿No me oíste o acaso es que estás sordo? —grito sin importarle nada

·
— *¿Alguien podría creer que no lo he oído* —pensó John —. *Está gritando como un energúmeno ¿y todavía me pregunta si no lo oí?, tengo que armarme de paciencia mi amigo me necesita, esta tormenta va a ser larga y me preocupa que el final no sea el esperado.*

— ¿Qué noticias tenemos acerca del estado de las vías? ¿Ya puede pasar el tren o voy a tener que viajar en carreta hasta Panquehua? —la ironía de sus palabras intentaban enmascarar su desesperación y su impaciencia.

—Afortunadamente, luego de dos meses, parece que las aguas han comenzado a bajar, y si la naturaleza lo permite este fin de semana saldrá la primer formación con destino final en Mendoza —le informó con una sonrisa y tratando de calmar el ánimo belicoso del inglés.

Esa mañana le habían informado de la buena nueva, sabía que ella le traería tranquilidad a George y aplacaría su ansiedad.

— ¡Al fin! —exhaló un suspiro de alivio y se abrazó a su amigo y compañero—. Perdóname John, por mis gritos y malos tratos, no los mereces pero, estoy desesperado por volver a los brazos de Hortensia. Llevamos cuatro meses separados ¿crees que me habrá olvidado? ¿Estará esperándome? ¿Habrá cedido al coqueteo de Juan Ignacio? — las preguntas se atropellaban en su boca, la ansiedad lo estaba destrozando—. Tengo tantas dudas y temores que temo que en cualquier momento explotaré, mi corazón está a punto de estallar en mil pedazos.

La noticia lo había relajado un poco, aliviando la angustia que lo oprimía y lo mantenía prisionero de la ansiedad y, nuevamente, como pasaba siempre que se encontraba en una situación límite, su verborragia no hallaba contención.

—Ya he dado órdenes para que enganchen su vagón-camarote a la formación y me estoy ocupando de los preparativos. ¿Tenemos que informarle a alguien de nuestra partida o sólo viajaremos nosotros? —sabía que Octavia Arenal esperaba ser invitada a viajar con él, la mujer no cedía en su intento de reconquistar el corazón de Sir George.

— ¡Sólo nosotros, John! ¡Sólo nosotros dos!—repitió la orden para que no quedaran dudas—. Si Octavia Arenal quiere volver a Mendoza, que se busque otro medio de transporte, en mi vagón no volverá a viajar ya me ha fastidiado bastante esa mujer.

No podía olvidar el rostro triste y atribulado de Hortensia cuando el tren se alejaba de la estación Central y él, como un estúpido arrogante, había permitido que Octavia se tomara de su brazo mostrando, una falsa imagen ante los ojos inundados por las lágrimas de su dulce india morena. Nunca se lo perdonaría pero anhelaba que Hortensia lo perdonara a él.

Finalmente estaban en marcha. Lenta por el estado en que se encontraban las vías, en algunos lugares el tren iba prácticamente a paso de hombre, pero constante ya que no tuvieron que detenerse en ningún momento lo que indicaba que, si bien la marcha no era la esperada, el tiempo de duración del viaje sólo se incrementaría en

unas seis a ocho horas más de lo estimado, es decir que llegarían a la medianoche, motivo por el cual recién vería a Hortensia a la mañana siguiente de su llegada.

A esta altura de los acontecimientos la demora no era lo más importante, sólo quería verla abrazarla, besarla, confesarle su amor y su deseo de unirse a ella y no separarse más.

Hortensia, luego de confirmar su estado había tomado la decisión de irse a vivir con sus amigos de la comunidad indígena, por lo menos hasta que su embarazo llegara a feliz término.

La razón que la había llevado a tomar tan drástica medida respondía a su necesidad de poner distancia entre ella y el inglés una vez que éste se dignara volver a Mendoza, si es que volver entraba en sus planes. Nada tenía que ver con el temor a las habladurías maliciosas de algunos vecinos del pequeño pueblo de Panquehua, ella y su familia nunca se habían hecho eco de las palabras malintencionadas o de la ruindad con la que algunos se dirigieron a ella cuando supieron la noticia. Estaban felices con la decisión tomada y deseaban que el embarazo se desarrollara en un entorno calmo y sereno y ese lugar era la comunidad indígena. Allí, Hortensia contaba con la contención y sostén de todos sus integrantes, desde el cacique y su familia hasta el más pequeño de los miembros de la comuna.

Pasaba sus días enseñando y educando a los niños en la humilde escuela del poblado, amenizando con caminatas por los alrededores y con largas horas de juego en la plaza infantil que, finalmente, habían construido gracias al aporte del Ferrocarril Andino y por expreso pedido de sir George. Él, a pesar de los mil kilómetros de campo y desierto que había puesto entre ellos, no había dejado de supervisar la construcción del mismo. George era consciente de que la plaza de juegos era uno de los más grandes sueños de Hortensia y él no había escatimado ni tiempo ni recursos para cumplírselos.

Don Miguel, Dorotea, Amanda y por supuesto Juan Ignacio tenían la orden expresa de no revelar su paradero, especialmente a sir George Percy Markham. Eran los únicos que conocían dónde estaba Hortensia por eso, cuando esa mañana, George

descendió de Thunder al que había sometido a una exigente cabalgata, extenuado y con el corazón desbocado, con la ansiedad reflejada en sus refulgentes ojos celestes se llevó la gran sorpresa. Nadie parecía saber en dónde estaba Hortensia y los que lo sabían no tenían ninguna intención de decírselo

—No entiendo Don Miguel—dijo atónito y furioso—. No entiendo cuál es el motivo por el que Hortensia no quiere hablar conmigo. Bueno, mejor dicho, creo poder entender que ella esté enojada por la manera en que me fui, casi sin despedirme de ella...

— ¡¿Casi?! ¡¿Casi sin despedirse?! ¡¿Y qué es lo que no entiende sir George?! — lo cortó alterada y salida de las casillas una desconocida Dorotea. Estaba dispuesta a defender a su cachorra de este malnacido inglés, que volvía con la cola entre las patas después de haber embarazado a su hermosa niña —. *Es cierto que él no sabe nada del embarazo, ni lo va a saber si de nosotros depende, pero eso no da motivos para que se haga el mártir como lo estaba haciendo en ese momento* —reflexionaba furibunda y con ganas de zamparle un cachetón al inglés altanero que estaba haciendo sufrir a su niña.

—Cálmate Dorotea —intentó tranquilizarla Don Miguel, aunque él estaba a punto de bajarle todos los dientes a ese inglés arrogante y prepotente que aparecía cuatro meses después de haber dejado a su amada hija sumida en la amargura y la tristeza, reclamándola como si fuera de su propiedad —. Sir George —dijo con un tono de voz, frío y cortante, intentando sonar calmado —. No le vamos a decir el paradero de Hortensia porque, ella así lo quiere. No desea saber nada con usted y ha renunciado a su trabajo en el ferrocarril, por lo que tampoco puede reclamarla como su empleador —le aclaró, por las dudas que el inglés pretendiera ejercer su cargo—. Si usted lo desea yo continuaré con mi función de Jefe de la Estación Panquehua, porque ese trabajo es mi vida y mi subsistencia, pero si así no le apetece puedo presentar mi renuncia al cargo en cuanto usted me la pida.

Abrumado y confundido por la actitud de Dorotea y las palabras de Don Miguel, George no atinaba a continuar con la frase que la iracunda mujer había cortado de forma violenta. Parecía dispuesta a saltarle a la yugular en cualquier momento, estaba

seguro de que si no fuera por la intervención de Don Miguel no tenía la menor chance de salir con vida de la vivienda.

—*Con razón llamaban a Panquehua “tierra de panteras”* —gruño George por lo bajo —. *Ya me había advertido que las mujeres mendocinas son verdaderas panteras, feroces protectoras de sus cachorros y no temen enfrentarse a enemigos más grandes que ellas, luchando con éxito en su defensa* —sir George Markham era un hombre imponente, medía casi un metro noventa, pero en este momento se sentía una cucaracha frente a la bravura y la grandeza de esa mujer y la integridad y la nobleza de ese hombre.

Recuperándose de su asombro y avergonzado no pudo impedir que la emoción se apoderara de él, las lágrimas pugnaban por saltar de sus encharcados ojos celestes, la voz entrecortada y temblorosa se negaba a salir de su boca; tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para poder modular una frase coherente y cuando finalmente lo logró sólo atinó a pedir disculpas. Le dijo a Don Correa que no se le ocurriera renunciar y salió, dando grandes zancadas, saltó sobre su semental u espoleándolo, enérgicamente, y partió velozmente. Furioso como tantas veces lo había hecho cada vez que había abandonado a Hortensia.

— *¿Dónde estaba? ¿Por qué se había escondido de él? ¿Por qué se negaba a verlo? ¿Estaría Juan Ignacio con ella*—éstas y muchas otras preguntas se atropellaban en su mente mientras galopaba, temerariamente, a campo traviesa sin reparar en los peligros que representaban las alambradas y los cauces secos de los arroyos aluvionales de montaña.

—¡Una semana! ¡Una maldita semana hace que estoy en Mendoza y la diabla de Hortensia sigue desaparecida en acción!—estaba furioso y desesperado. Nadie parecía saber dónde se había metido la joven y si lo sabían se habían confabulado en su contra y no soltaban prenda.

Trató de sonsacarle información a Amanda y fracasó rotundamente. Estaba convencido que ella sabía en qué lugar se ocultaba, porque era evidente que se estaba ocultando de él. Reconocía que se había portado muy mal con Hortensia yéndose de

esa manera, sin mirarla, sin hablarle, provocándola con la presencia de Octavia, pero estaba arrepentido; si no había vuelto antes había sido debido a factores ajenos a su voluntad. Había estado a punto de fracasar en sus negociaciones intentado volver antes de firmar los contratos, los cuales, como consecuencia de la demora provocada por las inundaciones ya estaban en su poder.

Se estaban ajustando y releendo las últimas cláusulas para poder comenzar con los estudios topográficos y la mensura del terreno por dónde se iba a tender las vías del ansiado ferrocarril trasandino a través de la Cordillera de Los Andes.

Sir George era el responsable absoluto de esta gran empresa y su sueño peligraba porque la desaparición de Hortensia, lo tenía vagando por el camino de la amargura y no podía concentrarse, no podía dormir, no comía, bebía más de la cuenta, prácticamente lo único que hacía era respirar y buscar, infructuosamente, a alguna persona que le diera una pista, por pequeña que fuera, para encontrarla.

Lo tenía decidido, cuando la encontrara la iba a estrechar tan fuerte contra su pecho que esa bruja no se le iba a escapar nunca más. La iba a besar hasta que los labios le sangraran y luego la encerraría en su habitación para hacerle el amor hasta que, agotada, muriera de placer entre sus brazos.

Dejando de lado su orgullo buscó a Juan Ignacio. Sabía que el enfrentamiento no iba a ser fácil y, efectivamente, no lo fue.

Apenas se acercó al joven, con el fin de encararlo en busca de información, Juan Ignacio, ni lerdo ni perezoso, le zampó un puñetazo que casi lo acuesta en medio del andén de la estación Panquehua, que era en dónde se lo había encontrado. George que era un coloso, fuerte y musculoso, sintió el fuerte impacto, más en su hombría que en lo físico. Juan Ignacio era un joven delgado y no demasiado alto, pero la furia contenida y el conocimiento del sufrimiento de la mujer que amaba le dieron una fuerza sobrehumana que casi acaba en el suelo con el prepotente y poderoso inglés.

George que era superior en tamaño y fuerza lo sometió rápidamente y, después de varios revolcones, lo mantuvo quieto en el suelo poniendo una de sus rodillas en el pecho del joven que pataleaba y profería improperios contra él y la reina de Inglaterra. Trató de calmarlo antes de que ambos salieran más lastimados de lo que estaban en lo físico y en lo anímico.

— ¡Basta Juan Ignacio! ¡Tranquilízate! ¡No quiero hacerte más daño! —le ordenó tratando de esquivar las patadas y puñetazos que el joven largaba sin ton ni son —. ¡Sabes que soy superior a ti y que saldrás perdiendo más de lo que ganarás! ¡Sólo quiero hablar contigo! ¿Es eso posible? Si lo es, asiente con la cabeza y te soltaré ¿de acuerdo? —preguntó mientras aflojaba la presión de su rodilla sobre el pecho del iracundo joven.

— ¡De acuerdo, inglés de mierda! ¡Suéltame ya! —le gritó a viva voz y revolviéndose en el suelo para lograr soltarse de la sujeción aplicada por el mastodonte británico.

Juan Ignacio se puso en pie con la ayuda de George que le tendió la mano con desconfianza pero con energía. Se miraron fieramente a los ojos como dos gallos de riña, despeinados, con la ropa sucia y desgarrada por los revolcones que se habían dado sobre el andén durante el fragor de la pelea. En la cara de George se notaba el puñetazo que Juan Ignacio le pegó de entrada, pero el joven se había llevado la peor parte; George era más grande que él, en tamaño y en edad y tenía vastos conocimientos de boxeo, así que su rostro acusaba notablemente la vehemencia de los puños de sir Markham.

—Juan Ignacio no quiero pelear contigo, sólo necesito que me digas dónde está Hortensia —lo encaró decidido a obtener la información que buscaba. Sonaba cansado y triste. Y nuevamente su intento se vio frustrado.

— ¡No lo sé, inglés huevón y si lo supiera no te lo diría —gritó enojado y sin conmoverse frente a la presencia vencida del noble, que movía a la compasión.

Sacudió su ropa y dio media vuelta dejándolo solo, desaliñado y anímicamente derrotado; con los puños apretados a los costados de sus muslos y con una sensación de impotencia que nunca había experimentado en sus treinta y dos años de vida.

Ajena a las pasiones que su ausencia provocaba en sus dos enamorados, Hortensia comenzaba a mostrar cambios físicos que la tenían embelesada. Esa mañana, al levantarse había sentido un leve movimiento, como si un pececito nadara en su pancita, apenas abultada, que la conmovieron hasta las lágrimas. Lágrimas de felicidad al sentir por primera vez al hijo que llevaba en sus entrañas y lágrimas de dolor por no poder compartir ese momento único, con el hombre que amaba más que a su propia vida.

—Si ambos no hubiéramos sido tan altivos —pensó Hortensia—. En este momento estaríamos disfrutando de la dulce espera de nuestro primer hijo o hija, proyectando juntos un futuro mejor y soñando con la concreción de nuestros sueños y de una gran familia.

Pero la relación tempestuosa y ardiente que habían construido apoyada sobre cimientos enclenques y destructivos como el orgullo, la soberbia y la arrogancia amenazaban el intenso y profundo amor que sentían el uno por el otro.

George estaba tirado sobre la cama. Ni siquiera se había desvestido, llevaba dos días sin bañarse, ni afeitarse, abrazado a la botella de whisky regodeándose en su dolor y no permitía que nadie se acercara a su habitación. John corriendo el riesgo de que lo sacara a patadas por el culo, como siempre lo amenazaba su amigo cuando estaba enojado, entró sin siquiera golpear la puerta y lo obligó a levantarse para que tomara un baño. Para su sorpresa sir George obedeció como un niño, metiéndose en la bañera y permitiendo que le lavara el cabello sin emitir una palabra, mientras gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Lo había visto muy abatido cuando abandonó el África y Oyá se negó a acompañarlo, pero nunca de esta manera: estaba desolado, sin consuelo, derrotado y sin deseos ni motivos para enfrentarse al desafío del trasandino. La única razón que lo había mantenido enfocado en su objetivo había sido Hortensia y ahora sin ella no

hallaba el impulso que necesitaba para seguir adelante. Hortensia Correa era su enervación, su estímulo. La fuerza que lo empujaba día a día, el motor que hacía que su corazón latiera.

Sin ella no existía.

Mientras George se vestía, recuperado de la borrachera del día anterior y con bastante ánimo para continuar la búsqueda de Hortensia, a John se le ocurrió una idea magistral.

—Sir George ¿has buscado en el poblado indígena? —la pregunta sorprendió y caló hondo en el corazón del inglés.

— ¡John, querido John! —exclamó eufórico—. ¿Cómo no se me ocurrió antes? ¡Sin lugar a dudas que allí se debe encontrar, la muy bruja sabe que nunca se me ocurriría buscarla en la aldea! ¡Si no fuera que eres realmente feo te daría un beso! —dijo riendo a carcajadas y abrazando a su amigo que recuperó la tranquilidad al verlo tan feliz—. ¡Prepárame a Thunder, querido amigo! ¡No aguanto un minuto más, necesito partir inmediatamente! —y comenzó a preparar una bolsa de viaje. Se iba a quedar en la comunidad hasta que la convenciera de casarse con él, no iba a volver a Panquehua hasta que no trajera a su bella hechicera con él.

No estaba dispuesto a vivir un solo día más sin ella.

Hortensia Correa era de él, sólo de él. Hoy, mañana y el resto de los días de sus vidas.

Capítulo 23

Reencuentro — George se lleva una sorpresa.

El sol comenzaba a caer lentamente tras la cordillera de Los Andes, resaltando con sus rayos el color dorado de las alamedas que se extendían a lo largo de las acequias, por las que corría el agua pura del deshielo. Hortensia disfrutaba del otoño. En Mendoza es una de las estaciones más bellas, por el colorido de sus árboles y la calidez del clima, antes de que llegue el frío invierno. Esa tarde decidió dar una caminata por los alrededores de la comunidad, afortunadamente había llovido ese día, tras varios meses de sequía, trayendo alivio a la tierra yerma y a las agobiadas plantaciones de frutales y a los viñedos que ya comenzaban a sufrir los efectos de la falta de agua.

El olor de la tierra húmeda, mezclado con el ozono en el aire, animó a Hortensia, que decidió dar una vuelta por la plaza de juegos sabiendo que estaría sola, ya que a esa hora los niños cenaban para luego ir a dormir. Al día siguiente la jornada escolar comenzaba temprano. Despertaban juntos con sus padres y cuando éstos se dirigían al campo a realizar sus tareas, ellos se quedaban en la humilde escuelita al cuidado de Hortensia.

Se acercó al **columpio**, recordando con una sonrisa la cara de George haciendo cola para compartirlo con los niños. Un gigante, sobresaliendo entre los pequeños e inquietos cuerpitos que, ruidosos y sonrientes, lo animaban a hamacarse. Era inolvidable la cara de felicidad del inglés esperando su turno, mirándola con esa expresión cautivante y encantadora que provocaba que su corazón se desbocara y su cuerpo traicionero respondiera, deseando que la abrazara y la besara y la sometiera a su arrolladora pasión hasta dejarla sin sentido.

Se sentó en uno de los **columpios**, como llamaban los niños de la comunidad a las hamacas, y como ella le había enseñado a George, siempre ávido por aprender nuevas palabras mendocinas. Con una mano se sostuvo de la cuerda, apoyando la otra sobre su, apenas perceptible, pancita, acariciándola con la intención de transmitirle paz y tranquilidad al bebe que crecía en su joven vientre.

— ¡Te tumbaría bajo los sauces y te haría pagar caro el bochorno al que me has expuesto con el maldito **columpio**! Pero, no puedo castigarte por ser la causante de algo que me ha provocado una gran felicidad —recordó las palabras que George le había dicho aquel día, sonriéndole cariñosamente, pero también recordó que en ningún momento le había dicho que la amaba. Se lo había expresado con hechos pero no con palabras. Le había dicho que la deseaba, que la adoraba, pero nunca que la quería o que la amaba y ese pensamiento le provocó una gran congoja —.Yo sí te amo sir George —susurró, dejando que las lágrimas se deslizaran suavemente por sus sonrosadas mejillas —.Te amo como nadie te ha amado y como nadie te amará.

Y así fue como George la encontró.

Fue acercándose sigilosamente, dominando la ansiedad que le provocaba tenerla al alcance de su mano y la angustia que sentía, al ver las lágrimas rodar por sus mejillas hasta llegar a la comisura de sus codiciados labios. Deseo tenerla en sus brazos y lamer esas lágrimas, besar esos labios, acariciar su bello rostro, pero no quería asustarla y que saliera corriendo alejándose de su lado, nuevamente, frenó su impaciencia y sólo cuando estuvo a su lado musitó su nombre.

—*Hortensia, mi niña Hortensia* —susurró quedo en su oído, percibiendo el estremecimiento que su cálido aliento sobre el cuello, le provocaba —. No llores, mi amor, ya estoy nuevamente a tu lado y no me iré jamás. No podemos seguir enfrentados como fieras, llenos de orgullo y arrogancia. Nuestro amor ya ha sufrido bastante daño; los celos, los reproches, las dudas y los miedos están destrozando nuestros corazones. Nuestro amor es tan inmenso que no podemos permitirnos vivir separados por pequeñeces... ¡Mierda!—pensó sir George —. ¡Ya se me está desatando la lengua, me estoy poniendo parlanchín y eso seguro que no le va a gustar!

Efectivamente, ¡no le gustó nada!

La belicosa Hortensia, saltó de la hamaca en movimiento como si hubiera visto al mismísimo Lucifer y lo enfrentó secándose, rápidamente, las lágrimas para que él no notara su tristeza.

— ¡Sir George! ¿Qué hace acá? ¿Quién lo dejó entrar? ¿Quién le dijo dónde estaba? ¿Cuándo ha llegado? —escupía una pregunta tras otra, sorprendida viendo de pie ante ella a la única y última persona que hubiera imaginado, mientras retrocedía alejándose de él.

— ¿Qué? ¿Quién? ¿Cómo? ¿Cuándo? —gritó enojado, mirándola fijamente con los ojos encendidos por la ira y la pasión —. ¡Un segundo, sólo un segundo al lado tuyo Hortensia Correa y ya me has sacado de las casillas! —rezongó tratando de bajar el tono de su voz —. ¿No te alegras de verme? Yo sí, ven a mis brazos Hortensia —la incitaba a que se acercara a él, mientras le extendía los brazos —. Te he extrañado como un loco y ¿éste es el recibimiento que me haces?, gritando y enfrentándome como si ya no me quisieras. Ven a mis brazos niña Hortensia —repitió dulcemente, casi ordenó, estirándolos y esperando que ella corriera hacia él.

Sentado iba a tener que esperar sir George Percy Markham si creía que Hortensia iba a correr enamorada a sus brazos, enamorada estaba pero también estaba ¡muy, pero muy enojada! ¡Enfurecida!, y sus palabras y sus gestos amorosos no iban a aplacar tan fácilmente la furia volcánica que su presencia había desatado en el corazón de su niña Hortensia.

—Ven, bruja hermosa, ven a mis brazos —seguía provocándola, sin acercarse a ella y mirándola con deseo, con una sonrisa descarada y atrevida que hizo que Hortensia jadeara. Comiéndosela con los ojos como un depredador frente a la incauta presa.

— ¡Ni loca, ni borracha voy a acercarme a sus brazos! ¡Energúmeno! —exclamó histérica —. ¡Ya mismo lo quiero fuera de la comunidad y no vuelva nunca! —le

ordenó cruzando sus brazos bajo sus hinchados y túrgidos pechos, ahora más grandes debido al embarazo.

— ¡Energúmeno! ¿Me has dicho energu...? —se acercó a ella, amenazante y enojado, y fue entonces cuando vio el pequeño bulto que delataba su maternidad. Se quedó mudo, la mandíbula se le cayó, quedando con la boca abierta, por la sorpresa y sus ojos denotaron su asombro. Se llevó las manos a la cabeza soltando una maldición, dio media vuelta dándole la espalda y pasando las manos por su cabello en un movimiento nervioso.

Se había quedado petrificado frente al evidente embarazo de Hortensia.

Un silencio absoluto cayó sobre ellos, Hortensia estaba rígida, tiesa, como si le hubieran dado una bofetada. Cuando él comenzó a acercársele comprendió que su postura había delatado su condición y ya no había vuelta atrás, George acababa de darse cuenta de su embarazo y no lo estaba tomando muy bien, por lo que avizoraba. La respiración del inglés se oía agitada, su cara se había transformado, los ojos celestes eran dos estacas de hielo, no había rastros de la calidez con la que la miraba segundos antes, el gesto de sus labios apretados había borrado todo vestigio de la dulce sonrisa que embellecía su rostro, se había transformado en un rictus irónico y mordaz, y los brazos le colgaban laxos a los costados del cuerpo. Los puños fuertemente presionados, mostraban sus nudillos casi blancos por la manera violenta de apretar las grandes manos, que tantas caricias le había prodigado en el pasado.

— ¡Estás embarazada Hortensia, estás preñada! —aseveró amargamente, casi ofensivamente, con voz queda y mirándola, directamente, a los ojos.

La joven interpretó su mirada como condenatoria, despojada de amor y comprensión, en lugar de entender su actitud como de total y absoluta confusión y dedujo que George no creía que ese hijo fuera suyo.

Se había quedado estupefacto con la visión de Hortensia embarazada, no podía salir de su asombro.

— ¡Sí! —contestó ella escueta y categóricamente, sin bajar la mirada, mientras pensaba —. *Pero... ¿qué se cree este inglés estúpido y prepotente que mi hijo es obra del espíritu santo? ¡Preñada!, ¿acaso cree que soy una yegua? ¿Quién es él para poner en dudas mi integridad moral? Ni loca le voy a decir que él es padre, no quiero para mi hijo un padre tan idiota y desconfiado.*

— ¡¿Y se puede saber de quién es ese hijo, Hortensia!?! —clamó entre dientes, enfermo de celos. Herido en su hombría y su honor al creer que Hortensia lo había engañado con otro hombre.

— ¡No! —le gritó en la cara, alterada y al borde la histeria —. ¡No, no y no! — volvió a gritar. Dio la vuelta y salió corriendo hacia la escuela en dónde tenía su habitación.

— ¡Hortensia! ¡Espérame Hortensia! —George, la llamaba a voz en cuello, mientras trataba de alcanzarla temiendo que tropezara. Concentrados en la discusión no notaron que la noche ya había caído sobre la aldea y sólo la luz de la luna guiaba su alocada carrera —. ¡Maldita seas Hortensia Correa! , ¡Niña malcriada y consentida, te vas a caer si no tienes cuidado! ¿No te has dado cuenta de que ya se ha hecho de noche y puedes tropezar? ¿No se te ocurre que en tu estado una caída puede ser peligrosa y fatal? —le dijo una vez que la alcanzó, y apretándola contra su pecho, desesperadamente, la acariciaba y besaba su cabeza.

En el preciso instante en que escupió la pregunta acerca de la paternidad del niño se había arrepentido. La duda se había instalado en su corazón cegado por los celos, creyendo que Juan Ignacio tenía o había tenido algo con ella. Al verla salir corriendo desesperada, se dio cuenta de su gran error. De quién otro sino de él podía ser ese niño, Hortensia sólo había sido suya, le había entregado su virginidad y se habían entregado apasionadamente el uno al otro sin medir las consecuencias. Cómo podía ser tan estúpido y dudar de ella. Su dulce y tierna Hortensia, esperaba un hijo suyo y en lugar de abrazarla y besarla; en lugar de disfrutar de esa inmensa felicidad ponía en dudas su honor y ella como una pantera en celo defendía a su hijo hasta de su propio padre.

— ¡Te amo Hortensia Correa! ¡Te amo con desesperación! ¡Te quiero hasta la exasperación! ¡Porque me exasperas, me irritas y me enloqueces, porque no puedo estar un minuto más separado de ti!, ¡mujer, por favor!, no huyas nunca más de mi lado. Prometo no abandonarte nunca, ni a ti ni a nuestro hijo —le reclamaba mientras la acariciaba—. Eres la mujer más fuerte, osada y atrevida que conozco. No sólo te amo sino que te admiro, eres valiente y un ser humano excepcional capaz de defender sus creencias y convicciones sin temor, enfrentándose a cualquier cosa que atente contra ellas y defendiéndolas como una pantera argentina. *Nuevamente estoy hablando como un bobo incorregible* —pensó, pero no podía parar de hablar—. Soy un tonto Hortensia —continuó a pesar de todo—. Un tonto y un orgulloso. Ahora sé que el verdadero amor no se sostiene si los dos no luchamos juntos por él y eso es lo que quiero hacer contigo. He vuelto para luchar por nuestro amor a tu lado y día a día. Ahora sé que no puedo vivir sin ti, he comprendido lo doloroso que es vivir separados; estos meses lejos de ti han sido terribles, no quiero ni imaginarme lo que será mi vida si me rechazas, intenté convencerme que tu vida sería mejor sin mí, pero soy un egoísta incorregible y no estoy dispuesto a dejar que huyas nuevamente de mi lado ¡Cásate conmigo Hortensia Correa! , ¿Te casarás conmigo mi niña Hortensia? —preguntó suavemente, con la boca pegada a esos labios rosados y húmedos que se le ofrecían sin reserva, sin pudor. Y entonces, ella lo dejó sin palabras, cuando le preguntó como si no hubiera escuchado el discurso que acababa de decir.

— ¿Por qué has venido a verme George? Te fuiste con esa mujer y estuviste lejos de mí casi cuatro meses, ¿Por qué viniste ahora? —parecía que no había escuchado una sola palabra que George le había dicho con el corazón en la mano, despojándose de todo orgullo por su amor.

—Hortensia, eres la mujer más provocadora que he conocido en mi vida —dijo soltando una carcajada estrepitosa—. No has escuchado ni una palabra de las que he dicho, y eso que sabes que cuando estoy nervioso hablo como un tonto sin freno. Voy a decirte porque he venido, *my sweet* Hortensia —le dio un suave beso y dejó que sus palabras llenaran la noche y el corazón de Hortensia con sus disculpas y su amor— ¡He venido ahora porque la naturaleza se puso en mi contra inundando las vías del tren y no podíamos pasar! ¡He venido ahora, porque no puedo volar como un halcón, sino hubiera surcado el cielo con mis alas hasta caer en tus brazos! ¡He venido ahora,

porque te buscaba y no podía encontrarte. ¡Nadie quería decirme dónde estabas! ¡He venido ahora porque te amo, siempre te he amado; desde el mismo momento que te vi cabalgar alocada entre los viñedos, saltando las alambradas como una desquiciada y luego, en el andén de la estación y frente al pueblo de Panquehua, al tratarme de pirata engreído y mujeriego —ella lo miraba atónita y el continuaba hablando sin respirar—. ¡He venido ahora para encontrarme con que me has hecho el hombre más feliz de la tierra al ver tu hermoso cuerpo sirviendo de refugio para nuestro hijo! ¡He venido ahora porque no quiero vivir ni un segundo más separado de ti, maravillosa mujer-niña que el destino puso en mi camino cuando creía que nada en este mundo tenía sentido! ¡He venido ahora porque quiero que vuelvas a confiar en mí, pero para eso primero tienes que confiar en ti, tienes que estar segura que estás dispuesta a compartir conmigo tu vida y tus sueños! ¡He venido ahora porque he comprendido que mi vida estaría vacía si no estás conmigo, sin ti no soy nada Hortensia Correa! —suspiró y tomó aliento. Hortensia lo miraba asombrada ante la catarata de palabras que salían, arrolladoras, de la boca del inglés pegada a sus labios, sin volver a besarla—. ¿Está claro ahora, porque he venido amada mía, mi pantera adorada?

—¡Sí! —dijo ella antes de que la boca del inglés se apoderara de sus labios. Se había quedado sin palabras ante tanta locuacidad y además le dolía el cuello de mirar para arriba—. *¡Por Dios qué alto que es este maravilloso hombre y cómo habla!. Si será tonto, ¡cuándo se callará y me comerá la boca a besos como sólo él sabe hacerlo!* —pensó, sonriéndole.

Y entonces sir George Percy Markham la besó.

La besó con la boca abierta. Metiendo su lengua posesivamente en la boca de Hortensia, buceando en su interior como un hombre sediento en medio del desierto, mordiendo sus labios, desesperadamente, con la única intención de dejar su marca indeleble en ella, para que no quedaran dudas de que era suya.

Cuando sus bocas se separaron estaban al borde de la asfixia. George continuaba acariciándola, recorriendo su cuerpo de arriba abajo con sus grandes manos, apretándola para que ella sintiera su erección y comprobara el efecto físico que siempre, y de manera indefectible, provocaba en él.

La había tomado de las nalgas elevándola hasta poner el centro de su placer a la altura de su encabritado pene, esa postura le permitía disfrutar la presión de su vientre en sus abdominales y experimentar, por primera vez, la existencia de su hijo. Sus cuerpos estaban tan unidos, tan apretados y juntos, que era difícil saber en dónde comenzaba uno y terminaba el otro.

—Hortensia ¿estás bien? ¿Necesitas ayuda? —la voz del cacique de la comunidad, a espaldas de George, rompió esa comunión en la que habían caído y los obligó a separarse súbitamente.

La bajó, lentamente, manteniendo el roce de sus cuerpos y separándose de ella, contra su voluntad. La apoyó con los pies en el suelo pero mantuvo el agarre de su mano y entonces el inglés se dio vuelta enfrentando al cacique.

— ¡Sir George, perdone no lo había reconocido, no sabía que había vuelto! —se excusó el jefe de la comunidad al verlo frente a frente —. A través de mi ventana vi venir corriendo a la señorita Hortensia y me pareció que estaba en apuros, por eso me acerqué. Les pido disculpas por comportarme como un intruso —hizo el gesto de retirarse del lugar.

— ¡Está bien jefe!, todo está bien ¿no es así Hortensia? —le murmuró al oído inclinándose, y sonriéndole con picardía, sobre la avergonzada joven.

Hortensia estaba abochornada ante la evidencia de que el jefe, había sido testigo mudo del momento apasionado vivido por ambos minutos antes de que les interrumpiera.

— *¡Por Dios!* —pensó Hortensia sofocada —. *Si el jefe no aparece terminamos revolcándonos por el jardín, este hombre hace lo que quiere conmigo, pierdo la voluntad en cuanto lo veo.*

George no podía reprimir la risa viendo la turbación de su amada pero, consciente de que su hilaridad podía despertar los demonios que habitaban en ese pequeño y deseable cuerpecito, contuvo la carcajada y se dirigió al cacique amablemente.

—Gracias por su preocupación Jefe, Hortensia ya se retiraba a su dormitorio está algo cansada —sin soltar la mano de Hortensia le habló al cacique—. Necesito que me aloje en alguna de las casas de la comunidad y que alguno de los jóvenes atienda mi caballo. ¿Es eso posible? —preguntó. Hortensia tironeaba insistentemente para escaparse, quería huir de la escena para que el jefe no notara su desconcierto—. *¿A dónde quieres ir, bruja?* —le susurró sólo para sus oídos—. *Quédate quieta o te van a quedar las marcas de mis dedos en la muñeca, ¡no pienso soltarte!* —terminó la frase, sonriendo y en un tono de voz imperceptible para los oídos del jefe.

Por suerte, para Hortensia, la luz de la luna no era suficientemente intensa para que se pudiera apreciar el sonrojo de sus mejillas.

El tironeo y la vergüenza la habían hecho entrar en calor.

—Por supuesto sir George. Usted dormirá en mi casa, que está aquí al lado. Ya mismo le envié a mi hijo para que atienda su caballo. Buenas noches señorita Hortensia —saludó llevándose la mano a la cabeza—. Lo veo más tarde sir George, voy a avisarle a mi mujer que es usted nuestro invitado.

Después que el cacique de la comunidad se retiró, George acompañó, sin soltarle la mano, a Hortensia al interior de su vivienda. Quería quedarse con ella, quería dormir abrazado a ella, recorrer su hermoso cuerpo con sus labios. La deseaba tanto que dolía, pero era consciente que esa noche no podía quedarse. Tenía que hablar primero con Don Miguel y Dorotea. Aunque sabía que la comunidad no la juzgaba, sabía que durmiendo con ella esa noche, contribuiría a comprometer su buen nombre, más de lo que ya lo había hecho.

—Mañana vendré a buscarte mi niña y juntos iremos a hablar con tu padre y con Dorotea. ¿Estás de acuerdo?, ¿tengo que preocuparme, temiendo que huyas durante la noche? —preguntó jocosamente con su sonrisa de pirata —. No te atrevas a abandonarme de nuevo Hortensia Correa. El resto de mi vida y nuestro futuro sólo tiene sentido si lo vivimos juntos.

— ¡Estaré aquí! —exclamó ella enfurruñada y rebelde, para luego sonreírle como una hechicera, dejándolo sin aliento cuando le dijo —. No me iré aunque me lo pidas, no existe fuerza ni poder que vuelva a separarme de ti sir George —agregó melosa y sonriéndole provocadora.

George, la volvió a abrazar, riendo bajito, con esa risa ronca que hacía que se derritiera, su intimidad se humedeciera y su corazón latiera alocadamente. Mordiéndole suavemente la oreja, le susurró:

—Mañana, mi amor, es el primer día del resto de nuestras vidas y aquí estaré nuevamente rendido a tus pies dispuesto a dejar que te adueñes de mi corazón y lo encadenes al tuyo. No habrá fuerza, ni humana ni sobrehumana, ni en la tierra, el cielo o el infierno, que vuelva a separarme de ti. ¡Eres mía Hortensia Correa, tu cuerpo, tu corazón y tu alma son míos! Y yo soy tuyo hasta el final de mis días —esa noche George Percy Markham estaba tan alegre y excitado que no podía parar de hablar —. Mañana te amaré más que hoy porque mi amor crece con cada hora que el reloj marca. Prometo hacerte muy feliz Hortensia. ¡Prefiero morir a volver a vivir un solo segundo lejos de ti! Tú me haces mejor hombre de lo que soy y voy a dedicar mi vida a demostrártelo —dijo todo esto hablándole, sobre su boca entreabierta.

Le comió la boca a besos y, separándose abruptamente de ella, salió por la puerta dando grandes zancadas, si se quedaba un segundo más no se sentía capaz de abandonarla hasta el día siguiente.

Para colmo de males en la casa del jefe no contaba con la posibilidad de un baño frío y tampoco su mano era buena compañera dadas las circunstancias.

— ¡Mierda, maldición, mierda! Que noche de perros me espera —mascullaba en inglés mientras abandonaba la casa de su amada. No obstante, el brillo de sus ojos celestes y la amplia sonrisa en sus labios ponían en evidencia su gran felicidad.

Amanecía y los rayos del sol se colaban entre las hojas doradas de los álamos, extendiendo sus largos brazos sobre los viñedos, pletóricos de racimos, esperando al vendimiador para que los recolectara con sus callosas y agrietadas manos y así, transformarse en vino, como el gusano de seda se convierte en mariposa. Ese dulce elixir que acompaña al mendocino en sus comidas diarias y en los encuentros con amigos.

George, se resistía a abandonar la cama. Finalmente había terminado en los brazos de Hortensia, durante la noche se había escurrido, sigilosamente, como un depredador, entre las sábanas de la endiablada morena que había transformado sus últimos días en un calvario, con una sola intención, de abrazarla y sentir su cuerpo, el cofre en el que guardaba su más preciado tesoro: su hijo, pegado al suyo. Habían vivido una noche increíble, la distancia y la separación habían exacerbado la lujuria y la pasión contenida en ambos, explotando y haciéndoles sentir que el mundo no sería el mismo si tuvieran que vivirlo por separado y ahora no estaba dispuesto a abandonarla.

Giró la cabeza y se encontró con unos ojos color caramelo clavados en los suyos, si bien sonreía, su sonrisa no expresaba la misma alegría que él sentía, estaba empañada por un velo de tristeza y seriedad que George no supo interpretar.

— ¡Buenos días mi amor! —dijo, acercándose y depositando un suave beso en sus labios rosados y entreabiertos.

—Buenos días sir George ¿todavía está acá? ¿Todavía no se ha ido? —contestó con un tono somnoliento impregnado de frialdad, y sin devolverle el beso.

— ¿Cómo? —dijo el inglés sorprendido—. ¿Cómo que todavía no me he ido? ¿Quieres que me vaya Hortensia Correa? —agregó con tono triste y levemente enfadado.

—Si —respondió ella sonrojada, sentándose y apoyándose contra el cabecero de la cama, sosteniendo las sábanas con sus brazos, tratando de ocultar su desnudez —. Quiero que te vayas. Lo de anoche fue una equivocación más. No estoy segura de tu amor, ni de tu repentino interés en que nos casemos que, sin lugar a dudas, responde al hecho de que estoy esperando a tu hijo y te ves obligado a enmendar tu error —y agregó dejándolo de tutear —. Lo relevo de ese compromiso sir George ya puede volver a los brazos de su amante Octavia.

George, trataba de absorber cada palabra que su amada vertía impertérrita y con una frialdad que él desconocía; considerando la noche de locura y erotismo que habían vivido. No reconocía en ella a su mujer indómita y a la vez tierna, audaz y a la vez tímida, sincera y candorosa que esa noche había llorado entre sus brazos, temblando y convulsionando mientras él presionaba sus caderas arriba y abajo sin soltarla, sin pensar en sus necesidades; acariciándola sin descanso hasta que ella alcanzó el desahogo y se desplomó sobre su pecho, sollozando de placer. Deslizándose sus grandes manos desde su primerizo vientre hasta el punto húmedo en el que se concentraba el placer y el tormento en partes iguales, mientras ella lo cabalgaba intensamente, usándolo para encontrar el alivio a tanta excitación contenida y exacerbada por el embarazo. Mientras él tocaba, mordía, besaba y chupaba sin clemencia, haciéndole el amor a sus pechos hinchidos por la maternidad, exigiéndole para que ajustara su sexo alrededor de su sediento miembro, embriagado y hambriento de sus orgasmos. Hortensia había llorado de placer, musitando su nombre mientras sollozaba agitada y aturdida disfrutando, juntos, de la más maravillosa experiencia sexual de sus vidas, una y otra vez hasta el amanecer, quedando saciados y agotados de tal manera que casi no recordaban en donde estaban.

Y ahora, lo estaba echando de su cama y de su vida, como si lo ocurrido la noche anterior hubiera sido una despedida, como si su declaración de amor hubiera sido una mentira, como si su deseo de formar una familia con ella y su hijo fuera una fantasía.

— ¿Qué pasa contigo Hortensia Correa?—exclamó, saltando de la cama y parándose frente a ella, totalmente desnudo y con una erección matinal tremenda que esa mocosa descarada, con sus palabras se estaba encargando de aplacar —. ¿El embarazo te ha trastornado? ¿El exceso de hormonas te ha vuelto loca? —gritaba como

un poseído, dando grandes zancadas, de un lado al otro de la habitación ¡completamente desnudo!, por supuesto —. ¡No me voy a ir, ni ahora, ni mañana, ni nunca! ¿Me has entendido, Hortensia Correa? —dijo cruzándose de brazos, enfurruñado y parándose en medio de la habitación, manteniéndose ¡completamente desnudo! —. ¡Vas a volverme loco Hortensia! ¿Tienes idea de los sueños que tengo contigo? ¿Acaso imaginas cuánto te he echado de menos? ¿Te has detenido por un instante a pensar en lo que te he extrañado? —se arrodilló al costado de la cama mientras le hablaba —. Cuando pienso en ti, siento tus manos acariciando mi espalda, tu boca recorriendo mi pecho, tu cuerpo bajo el mío estremeciéndose con mis caricias, tus gemidos en mis oídos, tus ojos encendidos por la pasión... ¡Maldición, Hortensia Correa, tú, eres capaz de hacer pecar a un santo! —exclamó temblando, tenía el miembro tan erecto y duro que dolía.

Hortensia, lo miraba impávida, tratando de apartar su mirada del cuerpo de George expuesto ante ella en su total y absoluta magnificencia.

Permanecía sentada y respaldada cómodamente, con una mano sobre su incipiente pancita y la otra agarrando fuertemente la sábana que cubría sus pechos, todavía sonrojados por el trato que George le había dedicado durante toda la noche.

—¡Estoy tratando de cortejarte como corresponde! ¡Quiero que estés segura de que te amo, de que he vuelto para no irme nuevamente! ¡Quiero que me aceptes como tu compañero! ¡*My God* Hortensia, soy el padre del hijo que llevas en tu vientre! — explicaba con voz ronca, con ese acento que la volvía loca y ¡totalmente desnudo, aún!

—Sir George —dijo calmada y con voz suave—. ¿Podría vestirse y no andar paseándose desnudo por mi habitación? Quizás entonces podamos hablar civilizadamente.

— ¡Civilizadamente, una mierda! —le escupió alterado el noble inglés —. No voy a hablar civilizadamente contigo Hortensia, porque lo que estás buscando es guerra ¡y guerra tendrás! —dijo, buscando sus pantalones y demás prendas desperdigadas por toda la habitación, tratando de acomodar sus partes de la mejor forma posible, y menos dolorosa, considerando el nivel de excitación que tenía.

Al colarse en la habitación de la joven, como un ladrón para que nadie en la comunidad se diera cuenta, se había desvestido a oscuras y lanzado la ropa para cualquier lugar. Por supuesto su esfuerzo para que nadie se diera cuenta de su incursión en el dormitorio de Hortensia se había ido al demonio debido a los gritos que estaba profiriendo en este momento.

— ¡Quiero que te vistas inmediatamente, Hortensia! Y no es un pedido, sino una orden, ¿me has entendido, niña Hortensia? —preguntó mirándola, con el ceño fruncido y los ojos celestes brillantes por la furia contenida —. Partimos para Panquehua para hablar con tu padre y con Dorotea. Voy a preparar a Thunder y solicitar al jefe un medio de locomoción adecuado a tu estado.

Al no recibir respuesta de ella, se acercó a la cama y volvió a preguntar, enarcando una de sus cejas.

— ¿Niña Hortensia, me has escuchado? —se había puesto el pantalón y su espectacular pecho, musculoso y dorado por el sol, subía y bajaba agitado por el deseo y la furia contenida.

— ¡Sí! —contestó ella, incorporándose y acercando su cara a la de él en una actitud desafiante. No podía apartar sus ojos de ese fantástico espécimen de hombre que se inclinaba peligrosamente desafiante sobre ella —. ¡Te he escuchado, fuerte y claro! ¡Inglés prepotente! —agregó pataleando y sacándose las sabanas de encima. Se paró, totalmente desnuda, delante del inglés que se quedó con la boca abierta frente a la maravillosa imagen de Hortensia, desnuda y embarazada.

George, hizo un esfuerzo sobrehumano para controlar su temperamento salvaje y no lanzarla sobre la cama y montarla como un bárbaro bruto hasta desahogar toda la ira y la lujuria contenida.

Le dio la espalda rápidamente y salió disparado para la puerta antes de que se arrepintiera de la decisión tomada: prefería huir como un cobarde antes que caer rendido, nuevamente, en los brazos de su diosa criolla.

— ¡Bien! , vestida y lista en media hora, señorita Correa —dijo con voz ronca y salió por la puerta enfrentándose a media comunidad indígena que, atraídos por los gritos de ambos, que no eran exactamente de placer, se había reunido frente a la puerta de la vivienda de Hortensia.

Se encaminó hacia la casa del jefe comunal, saludando a los presentes con una inclinación de cabeza y poniendo cara de inglés flemático, postura ésta nada más alejada de su verdadera naturaleza.

George no era el típico inglés imperturbable, impasible y calmo, todo lo contrario era impetuoso, impulsivo, apasionado y a veces violento, cualidades que la arisca pantera mendocina se encargaba de agravar con su indómito comportamiento, poniéndolo en evidencia más de una vez. Situación esta, que había ocurrido en incontables ocasiones en las que terminaban discutiendo y enfrentados para luego terminar rendidos uno en los brazos del otro.

El jefe comunal lo vio acercarse a grandes pasos, desmelenado y enfurecido como un león enjaulado y sintió una mezcla de admiración y de lástima por este soberbio inglés, luchador, ambicioso y defensor de los derechos de los más necesitados, que había tenido la buena suerte de tropezarse con una magnífica representante de la tierra mendocina, un bello felino, aguerrida, fogosa y valiente que le iba a hacer morder el polvo muchas veces antes de entregarle, sin objeciones, su extraordinario corazón.

Son el uno para el otro, lástima que todavía no se han dado cuenta —pensó el jefe sonriendo con afecto, al iracundo Sir George.

Capítulo 24

Susto y reconciliación.

Finalmente estaban en camino hacia Panquehua. El jefe les había prestado un sulky para que Hortensia viajara más cómoda, dado su estado de gravidez. Se había negado, terminantemente, a que la acompañara uno de los jóvenes de la aldea, por lo tanto, era ella la que conducía el vehículo, segura y diestramente como le había enseñado su padre, no sólo era una eximia amazona sino que era una hábil conductora de cualquier vehículo tirado por caballos. George, marchaba a su lado montado en Thunder sin sacarle sus penetrantes ojos celestes de encima, controlando, preocupado e inquieto, cada uno de sus gestos y movimientos sin que ella se inmutara, ni se dignara a mirarlo o a dirigirle la palabra, conservando una actitud orgullosa y altiva poniendo a prueba el escaso dominio que el inglés tenía de su apasionados pensamientos.

—¿No vas a hablar en todo el camino, niña Hortensia? —preguntó con un tono mordaz. La miraba, intensamente, sin ocultar la pasión y el deseo que su actitud altanera despertaba en él.

Cuanto más altiva era ella, más la deseaba él. Cuanto más lo desafiaba, más deseaba someterla con sus besos. Cuanto más le negaba su amor, más la amaba. Ella era testadura y obcecada y él estaba determinado a vencer y destruir esas barreras que había levantado en defensa de su herido corazón, aunque en el intento se le fuera la vida.

—No hay nada interesante de que hablar, además, la compañía no es de mi agrado —contestó rápidamente, y sin mirarlo, mientras conducía el sulky ágilmente, mirando al frente con la cabeza levantada y atenta a las irregularidades y obstáculos del camino, así como al comportamiento del caballo.

Thunder y yo ¿no somos de su agrado, mi niña preciosa? —se carcajeó el inglés, divertido con la actitud casi infantil de Hortensia.

—Thunder me encanta, el que no me gusta es usted, sir George —contestó mirándolo, desafiante.

—Vuelve a mirarme así, Hortensia y no respondo de mis intenciones —la amenazó con la voz enronquecida e inclinándose sobre ella —. Te voy a subir a mi regazo y me vas a explicar de cerca por qué no te gusto y de paso te voy a contar por qué tú me gustas tanto y por qué te deseo cada segundo de mi vida y no puedo sacarte de mis pensamientos ni por un instante; vamos a hablar y a aclarar muchas dudas que se han instalado en tu corazoncito. No me importa el tiempo que nos lleve, no me importa si llegamos hoy o mañana a Panquehua. Te aconsejo que cambies tu actitud y no insistas en despertar mis demonios porque ya me estoy cansando de tu comportamiento infantil —terminó su extenso discurso y dejó que el sulky se adelantara, manteniendo un distancia prudente que le permitía controlar al vehículo y su desplazamiento —. *Mocosa atrevida y altanera —farfullaba molesto y fastidiado —. ¿Hasta cuándo me va a tener este infierno? ¿Qué pretende? ¡Me va a volver loco!, como si no tuviera bastante con los malditos inconvenientes que tiene el proyecto del trasandino. ¡Con el carácter de mierda de esta malcriada voy a terminar en una institución psiquiátrica!* —seguía protestando.

Ensimismado en sus pensamientos no advirtió la presencia de una familia de pumas, al costado del sendero que provocaron que el caballo del sulky se espantara, entrando en una carrera alocada sin que Hortensia pudiera frenarlo a pesar de sus esfuerzos, y tratando de mantenerse serena para poder dominar al asustado animal. George reaccionó rápidamente y azuzando a Thunder con sus poderosas piernas se colocó a la vera del sulky.

— ¡Hortensia, suelta las riendas y estira tus brazos hacia mí, voy a pasarte al lomo de Thunder! —le ordenó a viva voz, advirtiendo que ella no estaba dispuesta a abandonar el vehículo, e intentaba sofrenar al caballo —. ¡Hortensia, es una orden! ¡¡Por primera vez en tu vida hazme caso, mi amor!! ¡¡Confía en mi Hortensia, dame tus manos!! —volvió a gritarle, preocupado por la posibilidad de que el sulky pudiera

volcar, antes de que tuviera la oportunidad de detener la alocada carrera del caballo asustado.

Afortunadamente y por primera vez, quizás por única vez, la joven obedeció y soltando las riendas estiró sus brazos hacia el hombre que la miraba con amor tratando de transmitirle tranquilidad y confianza, aunque interiormente estaba aterrado frente a la posibilidad de que su mujer y su hijo sufrieran un accidente.

George la atrapó, aferrándola fuertemente y la apartó del vehículo sin control subiéndola a su montura; apretándola contra su pecho. El corazón le latía alocadamente. Una vez que la tuvo a salvo entre sus brazos, emparejo a Thunder con el caballo del sulky que había aminorado su carrera y lo frenó tomando las riendas.

Toda esta maniobra la realizó dándole órdenes a su caballo con sus poderosas piernas, porque ni en sueños pensaba soltar a su preciosa carga: la madre de su hijo, la mujer de su vida, su hermosa Hortensia.

— ¿Estás bien, mi amor?—preguntó, una vez que tuvo dominados a los dos animales. ¡Hortensia, preciosa!, ¿te has lastimado, te duele algo? ¡Háblame Hortensia, por favor! —le demandó perdiendo el control de sus emociones.

— ¡Estoy bien! —chilló la joven—. ¡Si me sueltas para que pueda respirar te voy a contestar, me estás asfixiando inglés bruto! siguió vociferando, casi histérica — ¡Estoy bien, no me ha pasado nada, ni siquiera estoy asustada! —sobre la segunda parte de su oración, mintió. ¡Estaba aterrada! No podía respirar con tranquilidad de sólo pensar que le hubiera pasado algo a su hijo o a George que había arriesgado su vida, cabalgando intrépidamente intentado alcanzarla —.¡Estoy bien, George! —volvió a repetir, un poco más calmada—. Déjame en el sulky y continuemos nuestro camino, ahora que el caballo se ha tranquilizado.

— ¡No! —George respondió cortante—. No vas a volver a conducir el sulky, lo haré yo, voy a atar a Thunder a él y seguiremos camino —decidió sin consultar como era su costumbre y por supuesto provocando la iracunda reacción de Hortensia.

— ¡De ninguna manera! —apuntó la mocosa malcriada —. ¡Voy a conducirlo yo y de eso no se habla más! —argumentó colérica, todavía abrazada, con uñas y dientes, al inglés.

— ¡Hortensia Correa, por primera vez o mejor dicho por segunda vez en tu vida vas a hacerme caso, aunque para ello tenga que atarte al sulky! —le habló en tono categórico y autoritario mirándola, impertérrito, esta vez se iba a hacer lo que él decía o de otro modo esa malcriada corría el riesgo de enfrentarse con la ira de un lord inglés.

Viendo su expresión imperturbable y dominante Hortensia optó por acatar sus órdenes adoptando una postura,... casi sumisa.

— ¡Está bien, mandón! *¡Esa manía que tiene de llamarme por el apellido!* — rezongó encaprichada —. ¡Hortensia Correa para acá, Hortensia Correa para allá! — protestando y mascullando permitió que él la depositara, con cuidado y suavemente, en el asiento del sulky, soportando estoica la sonrisa burlona del inglés, orgulloso de haberle ganado, por fin, una batalla.

Reiniciaron la marcha bajo las condiciones de Sir George, la que se desarrolló sin ningún otro inconveniente, arribando al pueblo de Panquehua cuando el sol comenzaba a ocultarse tras la imponente codillera de Los Andes.

El cielo se había teñido de tonos rosados y celestes, el aire estaba impregnado por el aroma de los durazneros y ciruelos y el corazón y la entrepierna de George latían alocadamente. Su amada había apoyado su cabecita sobre sus robustos muslos y dormía pacíficamente como si fuera una tierna criatura en lugar de una fogosa y salvaje pantera. La postura adoptada por la bella durmiente lo había excitado en grado superlativo, tuvo que hacer malabarismo para que no se notara su estado cuando la tomó en sus brazos para bajarla del vehículo.

— *¡My God! Que tiene esta maravillosa criatura que le provoca a mi mente y a mi cuerpo estas sensaciones de lujuria y deseo. ¡Como adoro a esta mujer!* — pensaba mientras entraba al domicilio de los Correa, con Hortensia dormida en sus brazos y seguido de cerca por Don Miguel callado y muy serio y por Dorotea con cara de quererlo asesinar. Decidieron dejarla descansando en su cama mientras ellos se sentaron alrededor de la mesa familiar para cenar.

—Veo que finalmente, ha encontrado a Hortensia Sir George —le espetó iracunda Dorotea —. ¿Se puede saber quién le dijo, donde se encontraba mi niña? —preguntó con voz autoritaria y acusadora.

—Por supuesto señora Dorotea —contestó con acento levemente molesto y con un dejo de ironía —. Nadie me dijo dónde estaba “mi mujer” —enfaticó ésta expresión posesiva con referencia a Hortensia —. A mi amigo, John, se le ocurrió que podría estar en la tol... —iba a decir toldería, pero supuso, a tiempo, que esa palabra sonaría ofensiva para sus amigos, entonces corrigió rápido —...en la comunidad indígena y, afortunadamente, acertó, tuvo ganas de decirlo pero prefirió pensarlo, en realidad le temía a la reacción de Dorotea. Esa mujer era peligrosa cuando estaba enojada, sobre todo cuando se trataba de Hortensia.

George se dispuso a someterse al incisivo y feroz interrogatorio que intuía por parte de Don Miguel, pero sobre todo por Dorotea que seguía lanzándole miradas asesinas y cargadas de reproche. Cenaron en un tenso e incómodo silencio impuesto por Don Miguel que tomó la decisión de “interrogarlo” a primera hora del día siguiente durante el desayuno, una vez que hubieran descansado del viaje y las tensiones y cuando pudieran contar con la presencia de Hortensia. Indudablemente, ella era la pieza más importante de ese delicado y complicado juego, y no podía faltar una vez que comenzara la partida. Convencieron a George para que se quedara a dormir en una de las habitaciones destinadas para los invitados, y una vez que terminaron de comer se retiraron, en silencio y con un escueto saludo de buenas noches, cada uno a su habitación.

George presentía que la mañana siguiente no iba a desarrollarse en un clima relajado, tenía que dar muchas explicaciones a Don Miguel, a Dorotea y sobre todo a la arisca mujer que descansaba a sólo dos habitaciones de la suya. Dos habitaciones

que no representaron un obstáculo imposible de salvar para sir George, quién, como ya era su costumbre, se escabulló, furtivamente, en el dormitorio de Hortensia una vez que la casa quedó en total silencio.

Ella lo oyó cerrar la puerta cuidadosamente para no hacer ruido, y pudo apreciar cómo se despojaba rápidamente del pijama, que Don Miguel le había facilitado con la idea de que no durmiera desnudo. Pero, allí estaba deslizándose suavemente entre las sábanas de Hortensia ¡totalmente desnudo!, pegándose a su espalda como una lapa que se pega a las piedras de las costas y agarrándose de sus pechos como si se fuera a caer a un precipicio y sólo pudiera sostenerse de ellos.

Hortensia, que lo estaba esperando con su hermoso cuerpo cubierto por un provocativo y diminuto camisón, respondió a su demanda empujando su culo respingón contra la desmesurada erección en su entrepierna.

— ¿A qué se debe esa manía de dormir desnudo? —se interesó Hortensia, sin dejar de moverse, provocándolo.

George comenzó a subirle el camisón con el objetivo de sacárselo o arrancárselo, lo que fuera más rápido por lo que Hortensia podía apreciar, mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja y le susurraba, en inglés, sus verdaderas intenciones.

—Deberías dormir desnuda, *my sweet* Hortensia —murmuraba puesto a la labor—. No hay nada más erótico y más agradable que sentir la suavidad de las sábanas limpias sobre la piel desnuda. ¡Siéntelo *honey*, siéntelo! —el sonido de su voz era tan apasionado, tan voluptuoso que Hortensia casi no podía respirar—. ¿Te gusta *my love*? ¿Quieres que siga? —la respiración cálida de George sobre su cuello y los pequeños mordiscos que, entre palabra y palabra, le daba provocaron estragos en la libido de Hortensia, exacerbada por la maternidad.

— ¡Hummm..., George! —suspiró, fue todo lo que salió por la boca de Hortensia, antes de que él le arrancara el camisón sin contemplaciones.

-¡Cómo me gustan tus maravillosas tetas, niña Hortensia! -le susurró al oído provocando una risa, nerviosa, por parte de la joven cuando los apresó con sus grandes manos, como un náufrago se aferra a la cuerda que lo salvará de ahogarse. Eso era él sin Hortensia, un náufrago a la deriva y ella se había convertido en su salvavidas —. ¡Mis manos han sido hechas a la medida de tus hermosos y apetecibles pechos! ¿No lo crees así mi niña? —preguntó, conteniendo la risa y apretándolos posesivamente.

— ¡Sir George percibo que está desvelado y algo agitado! —lo provocó, sonriente y moviéndose sensualmente contra su rígido y erguido miembro.

— ¡Bruja, no estoy agitado! ¡Estoy desesperado por meterme entre tus piernas!, me tienes duro desde que te quedaste dormida en mi regazo en el sulky; ni el baño de agua fría que me acabo de dar ha podido quitarme esta excitación ¡Te necesito, preciosa! —dijo dándole la vuelta, enfrentándola y apoyando su frente sobre la frente de ella, mirándola tan profundamente que Hortensia pudo leer, en sus dilatadas pupilas celestes, no sólo el deseo incontenible que ella despertaba en él, sino el profundo amor que ese gigante intentaba transmitirle con su cuerpo y con sus caricias.

— ¡Te quiero, sir George y te extrañé, muchísimo! —suspiró antes de que la voraz boca del inglés atrapara sus rojos labios y la penetrara con su lengua, trabándose en una lujuriosa lucha de poder, entre gemidos y suspiros que provocó la estampida de su libido.

— ¡Mi niña, mi niña! ¡Yo también te he extrañado! —gemía George, acariciándola con sus grandes manos, recorriendo su cuerpo desde la nuca hasta sus nalgas, apretando, arañando y acariciando su piel, sin respiro ni tregua —. ¿¡Por qué nos peleamos tanto cuando estamos vestidos y nos amamos, desesperadamente, cuando estamos desnudos?! —preguntó él, separándose un instante para poder respirar. Sonriéndole con dulzura y sin esperar respuesta, sabiendo que ella estaba lista para recibirlo, la dio vuelta y la penetró de una sola embestida, obligando a Hortensia a morderle la mano con la que le tapaba la boca para que sus gemidos no se oyeran en toda la casa.

Su pantera mendocina era muy ruidosa al momento de hacer el amor y a él eso le encantaba.

Como ya era habitual en la tempestuosa y fogosa relación de Hortensia y George, la mañana siguiente fue testigo de una nueva batalla entre los amantes.

Luego de una noche de pasión y dulces confesiones, en la que ambos no pegaron un ojo y sus cuerpos sólo se separaron cuando George abandonó el dormitorio de Hortensia, al amanecer, no porque éste fuera su deseo sino porque no quería comprometer más a su amada frente a los ojos de Dorotea y de Don Miguel, ambos se encontraron en el salón comedor de la vivienda. Dorotea se había encargado de servir un succulento desayuno mendocino. Para sorpresa de la pareja de amantes también estaba presente Juan Ignacio. El joven se había presentado a primera hora de la mañana, con la intención de conocer el resultado de la búsqueda desenfrenada de Hortensia, por parte del inglés; temía, y con razón, que cuando la joven viera a su corsario inglés olvidara todo el sufrimiento que éste le había provocado.

Sir George la había sumido en una agónica tristeza en los últimos cuatro meses, cuando la abandonara triste y llorosa en el andén de la Estación Central. Tristeza que, de algún modo, la cercanía de su familia, de sus amigos, en especial de Juan Ignacio y el descubrimiento de su embarazo había comenzado a remitir dando paso a la alegría y la ilusión que la venida del hijo del inglés despertaba en ella. Juan Ignacio estaba dispuesto a pelear por ella, la quería desde que tenía ocho años y ella sólo seis; desde el primer instante que la vio llegar a la escuela “General Las Heras” de Panquehua, tomada de la mano de Don Miguel con sus grandes ojos asombrados mirando todo a su alrededor, con curiosidad; con el cabello color azabache, trenzado, enmarcando su adorable y angelical carita en la que brillaba una esplendorosa sonrisa tras la que se ocultaba su verdadera esencia: la de una seductora hechicera, una cautivadora diablilla que le robó el aliento y el corazón cuando sólo era un niño.

No iba a ser fácil.

El inglés, a pesar de todos los obstáculos y altibajos que sufriera su relación con Hortensia, la adoraba y era evidente que no estaba dispuesto a perderla y no podía

ignorar que su amiga estaba, perdidamente, enamorada de sir George y en ningún momento había alentado una relación amorosa con él. Éstas no iban a ser razones de peso para separarse de ella. En tanto el noble le provocara dolor y tristezas a su amada amiga estaría a su lado, protegiéndola hasta que ella tomara la decisión de elegir entre él o el rubio gigante de ojos azules, entonces simplemente se iría de su lado a lamer sus heridas en soledad.

Cuando Hortensia entró en el salón-comedor todos estaban reunidos alrededor de la mesa, esperándola expectantes y ansiosos.

La joven saludó a todos y cada uno de ellos, incluido Juan Ignacio, con un suave beso en la mejilla. ¡Menos a él!

— *¡Ha saludado a todos con un beso y a mí, solo una suave inclinación de su hermosa cabecita acompañada de un tímido buen día!* — se sorprendió y no pudo ocultar su irritación —. *¡Un tímido buen día y una miserable inclinación de cabeza!, después de una noche de pasión, de confesiones de amor y revolcones inolvidables; de proyectar un futuro los tres juntos, después de todo eso, una inclinación de cabeza y un ¡buenos días! ¿¡Para mí no hay beso, aunque sea en la mejilla!?* Hortensia Correa te estás haciendo merecedora de un correctivo —pensó mirándola con fiereza y directo a los ojos. La joven captó el mensaje pero no se amedrentó, pasó a su lado, altiva y orgullosa, ¡endemoniadamente hermosa!, para sentarse frente a él, entre su padre y Juan Ignacio, devolviéndole una mirada sugerente.

Sir George Percy Markham, enarcó sus cejas en un evidente gesto de fastidio, refrenando su deseo de tomarla y ponerla sobre sus musculosas piernas y darle unos merecidos **chirlos** en su apetecible culito. Le devolvió un frío saludo, inclinando levemente la cabeza y dibujando una risa sarcástica y casi diabólica en sus apretados labios que provocaron un estremecimiento en el cuerpo de la joven, que sintió un frío helado que le recorrió la columna, erizándole la piel.

—*¡¡Mierda, mierda!!*, me parece que me he extralimitado al saludarlo tan fríamente —pensó Hortensia, para inmediatamente encogerse de hombros, dándole a entender al iracundo e irritado inglés que su enojo le importaba un pimiento.

—Disfruta de tu momento de gloria, mocosa desvergonzada. Cuando llegue el momento veremos quién disfrutará más — pensaba sin mirarla y agradeciendo, solícito, las frías atenciones de Dorotea, que le servía el desayuno en silencio y con cara de pocos amigos.

Don Miguel pendiente de la muda batalla que se estaba gestando entre los amantes, carraspeó con fuerza y se dispuso a exigir las explicaciones que consideraba necesarias que George le diera; no solo a él sino a su familia y en particular a su amada hija, aunque, daba por sentado que entre ellos ya había existido un intercambio de palabras y hechos, considerando la salida subrepticia, en la madrugada, del dormitorio de Hortensia por parte de sir George, acontecimiento que ellos creían que nadie había observado.

—Por momentos Sir George aparenta ser un inocente joven y otros se transforma en un experimentado y aguerrido luchador en su afán por alcanzar sus objetivos, bien, ahora su objetivo es mi hija veremos cuánto lucha el inocente inglés — pensaba Don Miguel y se decidió a encarar al noble británico.

George notó, en la dulce y amigable mirada de este hombre, cuyo rostro revelaba las huellas indelebles que el paso del tiempo había dejado en su morena y ajada piel, la férrea intención de obtener una explicación justa y aceptable de su parte, con respecto a su comportamiento cuando, sin muchas excusas, abandonó a su hija en el andén de la Estación Central. Él estaba dispuesto a darle todas las explicaciones que Don Miguel le pidiera, sin excusas ni engaños, pero no delante de Juan Ignacio a quien consideraba un adversario en esta batalla por el amor de Hortensia.

A pesar de considerarse el indiscutible ganador de la misma no estaba dispuesto a dar cuenta de sus actos frente al insolente joven que lo miraba despectivamente por encima de la mesa y... ¡demasiado cerca de su mujer!

—Ahora que estamos todos reunidos... — carraspeó y comenzó a hablar Don Miguel, para luego preguntar dirigiéndose al inglés *—. ¿Sir George prefiere que*

hablemos ahora o después del desayuno?

— En el lugar y el momento que usted considere adecuado Don Miguel, no tengo ningún problema, estoy dispuesto a responder a todas y cada una de sus preguntas, a las de Dorotea y por supuesto a las de Hortensia —dijo con convicción, pero con cautela ya que no quería despertar los demonios de su india morena—. No estoy dispuesto, por otra parte, a hacerlo frente al joven Juan Ignacio a quien no considero parte de la familia y al que no le debo ninguna explicación —dicho eso calló, quedándose a la espera de la reacción de sus interlocutores.

Y la reacción no tardó en llegar, no por parte de Don Miguel ni por parte de Dorotea, ni siquiera por parte de Juan Ignacio, sino de quien menos imaginaba; de la pendenciera, la belicosa, la india rebelde, la ingobernable mocosa, la indomable pantera, la indómita mujer que lo tenía sometido en cuerpo y alma: de “su mujer” como él la había llamado la noche anterior.

— ¡De ninguna manera!. Juan Ignacio no se mueve de esta habitación, es mi amigo, mi hermano, el hombre que ha estado a mi lado cuando otros salieron corriendo como rata por tirante cuando el barco se hundía, preocupado porque sus intereses peligraban y, por supuesto, gratamente acompañado. ¡Juan Ignacio se queda! ¡Si quiere hablar bajo esas condiciones, hágalo sir George, sino el que se tiene que ir es usted! — exclamó poniéndose de pie.

Con ese impetuoso movimiento acabó tirando la silla al suelo y a sus espaldas y lo desafió enfurecida, con los brazos cruzados sobre su vientre, provocando que sus grandes pechos, que George no podía dejar de mirar, quisieran escaparse por el escote de su vestido veraniego y con una determinación en sus ojos oscuros que el inglés no había visto hasta ese día.

— ¡Hortensia! —gritaron Dorotea y Don Miguel al unísono, mientras Juan Ignacio, boquiabierto, pasaba sus brazos por los hombros de la joven tratando de calmarla, su reacción no era buena para su salud, estaba muy alterada y al borde del llanto.

— ¡Hortensia, un carajo! —gritó la joven, absolutamente histérica. Nunca había utilizado palabras fuertes frente a su padre y de Dorotea, pero la situación había excedido su paciencia y las hormonas le estaban jugando una mala pasada-. ¡Decida Sir George, tiene un minuto, ni uno más ni uno menos! ¡Decida! —le exigió gritándole en la cara.

George, con los puños apretados, las uñas clavadas en la palma de las manos y la boca cerrada en una mueca feroz de sus labios, se esforzaba por conservar una actitud fría y relajada. Mantenía sus ojos celestes, ahora, despojados de calor y dulzura, clavados en la figura de la mujer que amaba, la mujer de su vida que lo enfrentaba obligándolo a tomar una de las decisiones más importantes de su vida en solo un minuto. Frente a esta evidencia optó por zanjar la cuestión del modo que creyó más adecuado.

Se puso de pie, lentamente, dejó la servilleta sobre la mesa y al costado del plato tratando de mostrarse tranquilo, mientras que en su interior bullían la rabia y la ira incontenibles, apartó la silla y la volvió a acomodar en su lugar con exasperante parsimonia, arregló su ropa estirando las mangas del saco con un movimiento controlado, tratando de que pasara desapercibido su estado nervioso, introdujo el dedo índice de su mano derecha por el cuello de la camisa entreabriéndolo e intentando respirar normalmente; el corazón le latía alocado y sentía que en cualquier momento se quedaría sin oxígeno. En ese momento supo que debía abandonar esa habitación, antes que comenzara a patear todo a su alrededor hasta llegar a Juan Ignacio, y arrancarle las manos de los hombros de Hortensia. Los celos le estaban nublando la visión y el entendimiento por eso optó por huir, como ella había remarcado hacia un instante. Prefería quedar como un cobarde ante sus enfurecidos ojos, y no convertirse en un asesino cuando le separara la cabeza del cuerpo de un solo puñetazo al imbécil de Juan Ignacio.

—Don Miguel, veo que Hortensia está muy nerviosa y eso no le hace bien a ella ni a ¡mi hijo! — remarcó esto último, mirando a Juan Ignacio con fiereza haciéndole notar que la joven era de su propiedad —. Creo que lo mejor es que me vaya y vuelva al atardecer, cuando Hortensia esté más tranquila. Debo resolver algunos temas, muy importantes sobre el trasandino y una vez que les dé solución ¡volveré! —enfaticó —.

¡Volveré Hortensia!, y cuando estés más tranquila, ¡hablaremos! Esto no queda así, únicamente nosotros tenemos la solución y tenemos que ponernos de acuerdo, por nuestro hijo y por nosotros. Buenos días Don Miguel, gracias Dorotea por el exquisito desayuno —miró a Juan Ignacio sin dirigirle la palabra y congelándolo con sus ojos celestes, fríos como el Glaciar Perito Moreno, rodeó la mesa y separó a Hortensia de su lado, conteniendo el deseo de romperle la cara de un sopapo. El imberbe estaba muy cerca del escote de su mujer.

Con la boca abierta la besó, cubriendo con sus labios la boca de Hortensia, metiéndole la lengua hasta la garganta para luego morderle el labio inferior e ir soltándolo suavemente mientras se separaba de ella. La miró apasionadamente, llenando sus ojos con la hermosa imagen de su hechicera que tenía los labios hinchados por el mordiscón que le había dado y los ojos abiertos desmesuradamente por la sorpresa; agachándose besó y acarició tiernamente su incipiente vientre y dijo en susurro sólo para los oídos de su amada.

— *¡Te amo Hortensia y amo a nuestro hijo! ¡Al atardecer volveré amor mío! ¡Espérame! No lo olvides mi niña ¡eres mía!*—y dando media vuelta salió a grandes pasos por la puerta del salón-comedor, montando de un ágil salto a su fiel caballo que lo esperaba pacientemente en la puerta del hogar de los Correa.

Para la mayoría de las personas cercanas a su círculo social, sir George Percy Markham lucía como un hombre autosuficiente, poderoso, independiente y dominante. Su actitud inmutable e impasible le daba un aire de frialdad e indiferencia, motivo por el cual lo consideraban una persona desapegada e insensible; nada más lejos de la realidad. Sir George era sensible, cálido, dadivoso, nada de lo que ocurría a su alrededor era indiferente a sus ojos y a su corazón, por eso esa tarde al abandonar el hogar de los Correa sintió que su corazón iba a estallar en pedazos; tenía la dolorosa sensación de que Hortensia no lo amaba con la misma intensidad con la que él la amaba, su actitud caprichosa e inmadura amenazaba con agrietar y socavar los cimientos de una relación que se debatía entre la pasión y la intolerancia.

Cada vez que la pasión se apoderaba de sus almas arrojándolos a los brazos del otro, la intolerancia y el orgullo los asaltaba, separándolos y dañando, sin compasión

ni misericordia, el vigoroso lazo de amor que habían logrado armar a pesar de sus indomables y arrogantes temperamentos.

Finalmente sabía lo que era el amor, ella se lo había enseñado y era un sentimiento absolutamente distinto a lo que había sentido por Oyá. Lo que sentía por Hortensia era algo más profundo, misterioso, inmortal, eterno, perpetuo y estaba decidido a defenderlo contra viento y marea.

Montaba a Thunder, sin apuro, a través del árido paisaje del piedemonte mendocino, pensativo, evaluando y reflexionando acerca de los hechos ocurridos en los últimos cuatro meses y, puntualmente, lo acontecido en esa mañana.

Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, pasó de ser el cazador a ser la presa, de ser el conquistador a ser el derrotado, de ser el seductor a ser el seducido y enamorado y con el agravante de que iba a ser padre, algo que nunca hubiera previsto o imaginado ni en el más disparatado de sus sueños.

No estaba preocupado por el desarrollo de los acontecimientos, que definitivamente le iban a dar un nuevo sentido a su vida, ni arrepentido de las decisiones tomadas, ni de las acciones efectuadas que lo habían colocado en el sitio en el cual se encontraba ahora, al contrario estaba feliz, exultante, gozoso; la mujer que amaba y de la cual estaba irremediamente enamorado lo iba a convertir en padre, habiendo alcanzado el éxito en su vida profesional a los treinta y dos años ¡¿qué otra cosa más grandiosa podía esperar!?. Únicamente lo preocupaba y atemorizaba esa insoportable sensación de que sobre ellos se cernía la sombra amenazadora del peor enemigo del amor: la desconfianza.

Cada vez que creía que nada lo separaría de Hortensia, y que finalmente se encontraban transitando juntos el camino del entendimiento, la tolerancia y el verdadero y profundo amor, surgía una bifurcación y sus destinos volvían a separarse.

— *¿¡Por qué esta mujer es tan testaruda, tan cabezona y obcecada!? ¿¡Por qué nunca está de mi parte, siempre enfrentándome y cuestionando todas mis*

intenciones?! —rumiaba su desventura el inglés—. ¿¡Cómo es posible que diga blanco e instantáneamente ella dice negro, provocándome y desafiándome, descaradamente?! ¡Por Dios! Es una criatura, una mocosa inmadura y me somete con sólo un gesto, con un suspiro, con su risa cantarina, con esa mirada que pasa de la pasión a la cólera en milésimas de segundos, dejándome desarmado y sin reacción —los pensamientos negativos lo agobiaban y lo asustaban—. Comprendo, aunque me cueste aceptarlo, el cariño que siente por Juan Ignacio, al fin y al cabo es su amigo de la infancia, pero... ¿siempre tiene que elegirlo a él en vez de a mí? — los celos amenazaban con dar al traste esta relación que todavía era endeble—. ¡¡Maldición!! ¡Yo soy el padre de su hijo, yo también la adoro, yo tampoco puedo vivir sin ella! — pensaba apesadumbrado y cabizbajo mientras Thunder continuaba, al paso y sin apuro, sin necesidad de que su dueño le indicara el camino a seguir; era tan íntima la conexión entre el hombre y la bestia que no necesitaba darle órdenes.

Algo en su interior presagiaba que sus problemas no terminaban ese día, por el contrario sentía que iban a surgir nuevos y peores.

Y no se equivocaba.

Capítulo 25

Octavia no se rinde

¿Cuándo has llegado Octavia? ¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha dejado entrar? —se sorprendió en el instante que puso un pie y la vio en el hall de entrada de su casa de La Alameda —. Lo último que esperaba encontrar al llegar a su casa era a Octavia Arenal.

Al diablo con su intención de darse un baño y tirarse en la cama a soñar con su endemoniada hechicera. Estaba agotado, física y anímicamente, después de la noche de pasión y lujuria, la fogosa pantera mendocina, con su boca y su cuerpo no le había dado tregua; no obstante, a la hora del desayuno, lo había puesto en una encrucijada como si hubiera olvidado lo hecho y dicho esa noche entre sus brazos.

—Hoy. Te extrañaba. Tengo llave. ¿Responde eso a tus preguntas y a tus malos modos sir George? —inquirió la mujer con tono irónico y tomando asiento en una de las *chaise longue* de la gran sala —. ¿Creías que te ibas a deshacer de mi tan fácilmente, querido George? —preguntó con sarcasmo y segura de que el triunfo estaba en sus manos.

El inglés no iba a zafar tan fácilmente de sus garras, la **chiruz**a iba a tener que usar armas más eficaces para quedarse con el gran premio. Su belleza y juventud no iban a ser suficientes, ella también era bella y si bien no era tan joven, la experiencia tenía un peso importante al momento de inclinar la balanza.

La **chirusita** era tan pasional, tan explosiva e inmadura que iba a terminar cansando al inglés y ese sería el momento en el que ella aparecería en escena, aunque sólo fuera para recoger los despojos de su destrozado corazón. Por eso tenía que estar

cerca, por eso había tomado el primer tren que había salido de la estación Retiro en la capital argentina siguiendo al inglés como un cazador tenaz e implacable tras la acorralada presa.

— ¡John, prepárame un baño! —gritó como un cavernícola y mirando iracundo a la mujer —dijo—. Lo siento Octavia no voy a poder atenderte, me doy un baño y me voy a la oficina tengo mucho trabajo por resolver —seco y cortante, con la intención de que la mujer desapareciera de su casa, si fuera posible para siempre—. *A la mierda con mi descanso, prefiero ir a trabajar, antes de que esta mujer decida meterse en mi cama* —pensó enojado y se dirigió a su dormitorio dejando a Octavia con la palabra en la boca y enfurecida sentada en la sala.

Octavia era un hueso duro de roer y no se daba por vencida fácilmente, tenía paciencia y años de experiencia invertidos en el aprendizaje de artimañas, que le permitirían conseguir sus objetivos sin importar cuántas cabezas rodaban en el intento. Se puso de pie con una sonrisa ladina y socarrona y con la cabeza erguida y el andar de una reina destronada abandono la mansión de La Alameda jurando, interiormente, que volvería para reclamar lo que consideraba de su propiedad, y en ese momento su propiedad era sir George Percy Markham.

Mientras tanto en la casona de los Correa tenía lugar una profunda conversación entre padre e hija.

—Hortensia no puede seguir con esa actitud infantil y orgullosa —la amonestó enojado Don Miguel-. Al fin y al cabo el pobre hombre ha vuelto arrepentido y dispuesto a hacerse cargo de ustedes y... —

Don Correa fue interrumpido abruptamente por una leona enceguecida y hambrienta de pelea.

—¡¡ ¿Pobre hombre??!! ¿¿¡¡Arrepentido!!?? —exclamó Hortensia, iracunda y al borde de un ataque de histeria.

—¡Basta Hortensia!! ¡¡Cállate, siéntate y escúchame!! —gritó Don Miguel—. Nunca lo había visto tan enojado. Nunca le había gritado de esa manera, inclusive parecía que estuviera dispuesto a aplicarle un correctivo.

Hortensia, no recordaba que su padre alguna vez la hubiera retado, siempre se dirigía a ella suavemente y con gestos conciliadores, pero, para su sorpresa en ese momento tenía ante ella a un hombre muy enojado y dispuesto a hacer oír su voz.

Optó por quedarse callada y sentarse obedientemente con las manos cruzadas sobre su pancita y las lágrimas a punto de saltar de sus ojos dorados.

Dorotea y Juan Ignacio no emitieron un solo sonido y acataron la orden de Don Miguel como si se la hubiera dado a ellos también. Miraban a una y otro alternativamente, con la boca abierta y asombrados por la reacción de Don Correa.

Los tres se habían quedado pasmados.

—Sir George está arrepentido Hortensia, apenado y muy dolido —respiró hondo intentando calmar su corazón y su mente—. El hombre no ha podido regresar antes porque, el mal tiempo y las condiciones de las vías se lo han impedido. Nunca estuvo en sus intenciones quedarse tanto tiempo en Buenos Aires. ¡No abras la boca Hortensia! ¡No se te ocurra interrumpirme! —amenazó con el dedo levantado, ante el intento de la joven de abrir la boca para argumentar en su defensa y en detrimento del inglés—. Niña, mi niña querida ese hombre te quiere, te adora, ha vuelto y te ha buscado, desesperadamente, durante una semana a removido tierra y cielo, sin rendirse a pesar de que nadie le daba información acerca de tu paradero y todo lo hizo sin saber de tu estado —tomando las manos de su hija, que las retorció nerviosa, entre las suyas intentó tranquilizarla—. No te ha buscado sólo por vuestro hijo, te ha buscado porque te ama. Hortensia, mi niña ¿vas a permitir que el orgullo y la sinrazón ahoguen y destruya semejante sentimiento? —el tono de su voz era suave y cargado de emoción. Se acercó a la joven que había comenzado a sollozar y la abrazó contra su pecho protector.

Dorotea secaba sus lágrimas con el delantal mientras Juan Ignacio, muy serio y abatido, comenzaba a reconocer y a aceptar que Hortensia nunca sería suya. Su hermosa y maravillosa amiga tenía dueño y ese era...sir George Percy Markham.

—Tienes que aprender a perdonar y a aceptar a las personas con sus virtudes y sus defectos —continuó Don Miguel acariciando los rizos azabache de su díscola hija—. Sir George tiene algunos defectos, pero es un hombre íntegro, decente, justo, inteligente, amable y te ama más que a su propia vida y lo ha demostrado muchas veces a pesar de tu comportamiento montaraz y belicoso —dijo sonriendo y provocando la risa de Dorotea y Juan Ignacio—. Vamos hija, dame tu mejor sonrisa y ve a hablar con él, es el padre de tu hijo y se merece una oportunidad; la está pidiendo a gritos y presiento que esta vez no se va a dar por vencido. Ya le ganamos dos invasiones a los ingleses no desaproveches la oportunidad de ganarle por tercera vez, aunque ahora sólo se trate de la conquista de un pobre y herido corazón inglés —culminó con una carcajada, imaginándose al pobre Sir George cayendo rendido a los pies de su revoltosa y peleadora hijita.

—Está bien papi —dijo la joven que continuaba abrazada a su querido padre—. Voy a ir a hablar con él y voy a darle una última oportunidad, pero va a tener que pedirle disculpas a Juan Ignacio por los moretones que mi pobre amigo tiene en su cara y su cuerpo —protestó, empeñada en reclamarle al inglés por los golpes que le propinara a su amigo del alma. No pensaba dejarle pasar un solo error por alto, iba a cobrarle cada una de las lágrimas que había vertido por culpa de Octavia Arenal. Si el inglés consideraba a esa malvada mujer como su amiga, entonces iba a tener que pedirle perdón a su amigo Juan Ignacio, le gustara o no.

—*No le va a ser fácil domarla al inglés grandulón, Hortensia es una fierecilla, es indomable* —Dorotea pensativa, cruzó la mirada con Don Miguel blanqueando los ojos—. *Aunque no creo que sea por mucho tiempo, si el inglés se aviva y usa el látigo adecuado esta gata mendocina caerá rendida a sus pies en menos de lo que canta un gallo* —y dando media vuelta se refugió en su cocina, seguida de un hambriento jefe de estación.

Hortensia tenía que ir a la ciudad de Mendoza, ya no tenía excusas, era hora de que pensara en el ajuar del bebé. Dorotea ya se había puesto manos a la obra y pasaba

la mayor parte del día tejiendo escarpines, batitas y mantillas. Estaba muy ilusionada con el embarazo de Hortensia a la que consideraba como su hija; por otra parte, Amanda se había ofrecido a confeccionarle sábanas para la cuna. Su amiga cosía y bordaba maravillosamente bien y considerando que iba a ser la madrina del bebé se había empeñado en acompañarla a la ciudad para comprar las telas y todo lo que fuera necesario para que el bebé tuviera un ajuar digno de un príncipe o de una princesa, al fin y al cabo sería el hijo de un noble inglés. Cada vez que Amanda se refería, jocosamente, al origen noble del bebé, Hortensia se ponía loca como una cabra y la amenazaba con retirarles los honores del madrinazgo, intimidación que no asustaba a Amanda ya que la conocía y sabía que ella era incapaz de hacerla sufrir.

El inglés había vuelto y parecía que la relación estaba encaminada hacia buen puerto, Amanda se divertía muchísimo viendo a Hortensia despotricar contra el padre de su bebé pretendiendo, con vanos intentos, ocultar lo enamorada que estaba de ese gigante rubio de ojos celestes, de voz sensual y mirada seductora.

Decidieron tomar el tren de última hora de la tarde, y una vez que Hortensia hablara con sir George, se quedarían en una pensión ubicada muy cerca de su casa en La Alameda y temprano por la mañana realizarían las compras con tiempo y tranquilidad.

El sol se ocultó, calmadamente, detrás de la imponente Cordillera y a medida que desaparecía, el cielo se teñía de incomparables colores celestes, amarillos y rosas, cobijando al piedemonte mendocino y sus viñedos bajo un manto cálido protector, invitando al descanso luego de un día de trabajo.

Hortensia sentía que su corazón latir fuerte y apresurado mientras se acercaban a la ciudad y al momento de reencontrarse con George. Él le había asegurado que iría a verla esa noche y no se imaginaba, ni remotamente, que ella estaba cambiando sus planes sin avisarle. Pensaba llegar a su casa y darle la sorpresa de su presencia y de las intenciones que tenía: olvidar las diferencias que los separaban, perdonarle sus desplantes y amarlo el resto de su vida.

George, llegó a la casona de La Alameda muy cansado, luego de un día agotador en donde todo había salido mal. Los acuerdos firmados para la construcción del Trasandino tenían algunas fallas en la redacción que exigían que alguien viajara a Buenos Aires con urgencia a solucionarlos, y aparentemente pretendían que fuera él. Los arreglos, en las vías que unían Buenos Aires y Mendoza y que aún estaban amenazadas por el agua que las rodeaba, no se podían realizar por falta de mano de obra especializada; había que reforzar puentes y cambiar algunos tramos de rieles afectados por la inundación. Como si fuera poco, durante la siesta John se había acercado a su oficina en la Estación Central para comunicarle que Octavia acababa de instalarse en su casa y no pensaba abandonarla. Su ex amante no se rendía.

— ¡¿Por Dios, Octavia que estás haciendo a estas horas en mi casa?! —protestó, dejándose caer en un mullido sillón. La mujer lo esperaba con actitud altiva y provocadora —. ¡Estoy tremendamente cansado, no tengo ganas de hablar con nadie y menos contigo! —le espetó con malos modos —. ¡Esta mañana te expliqué que nuestra relación no tiene futuro! Voy a ser padre y lo único que me interesa es comenzar una vida al lado de Hortensia, la mujer que amo con todo mi corazón, y con mi hijo — exclamó, soltando la noticia de su paternidad, sin miramientos.

— ¡¿Cómo!? —exclamó atragantándose, poniéndose de pie sorprendida y trastabillando volvió a caer sentada en el mismo lugar —. ¡¿Cómo que vas a ser padre?! ¡Y te lo has creído inglés papanatas! —le gritó sin importarle el tono subido de sus palabras —. Había resultado avivada la **chirusita**, en definitiva logró atrapar un sir. Haciéndose la mosquita muerta te encajó el hijo de otro y caíste como un besugo en el anzuelo —escupía las palabras tratando de introducir la duda en el corazón y la mente del inglés —. No puedo creer que te haya convencido que durante estos cuatro meses, la *inocente niñata*, se la pasó jugando a la rayuela y al gallito ciego. Por favor George te están vendiendo pescado podrido, ¡reacciona hombre y no te dejes engañar! —lanzó a continuación una risa histérica y nerviosa se levantó para servirse un vaso de brandy, intentando disimular la ira y la frustración que la noticia le había provocado. No tenía la menor duda, su relación con Sir George estaba terminada. Su intento de reconquistar el corazón del inglés acababa de fracasar, ella era la única perdedora de esta contienda y Hortensia era la indiscutible vencedora.

— ¡Basta Octavia! —gritó exaltado y furioso poniéndose de pie, aferrándola de un brazo y dándole una tremenda zamarreada, provocando que la bebida se derramara

sobre su elegante vestido —. ¡Mereces que alguien te cierre esa boca de un golpe y te haga tragar esa lengua ponzoñosa que daña a todo aquel que se cruza en tu camino! ¡No quiero que vuelvas a nombrar a Hortensia nunca más! No vuelvas a dirigirte en esos términos a ¡mi mujer! —remarcó esto último, pronunciándolo entre dientes y con furia —. ¡Nunca más, Octavia Arenal! ¡Nunca más nombres a mi mujer con esa boca maliciosa y mordaz! —repitió por si había quedado alguna duda —. Y ahora, ¡Fuera de mi casa y no vuelvas jamás, no eres bienvenida! —y la tomó del brazo con fuerza y sin consideración para sacarla de la habitación.

Sir George, llevando a la rastra a Octavia, tropezó con la imagen de Hortensia y Amanda paradas, inmóviles, en el dintel de la puerta de la sala, sorprendidas y asombradas por el espectáculo que se desarrollaba frente a sus azorados ojos. Como una estatua detrás de ellas, se encontraba John, que no había alcanzado a anunciarlas. Los tres habían presenciado y escuchado toda la discusión. John intentó disculparse por no haber podido detenerlas a tiempo; misión imposible cuando se trataba de atajar a Hortensia. Las jóvenes, que escucharon claramente los exabruptos vertidos a voz en cuello por Octavia y George y el tono exaltado de la discusión se introdujeron en la vivienda, sin titubear, ignorando las indicaciones de John. No esperaron para ser anunciadas. Obedecer no era una de las virtudes más destacadas de Hortensia.

George soltó a Octavia y en dos zancadas estuvo al lado de Hortensia, a tiempo para sostenerla y evitar que cayera, redonda al suelo al sufrir un vahído. El viaje, el calor y el espectáculo le provocaron unas tremendas náuseas y pensó que vomitaría sobre la fantástica alfombra persa que adornaba el piso de la sala en la que se encontraba Sir George y su ex amante.

— ¡Hortensia! —exclamó el inglés, al mismo tiempo que la levantaba en sus brazos para recostarla en la chaise- longue, en las que minutos antes Octavia había desplegado todo su encanto en un vano intento de seducir al inglés —. ¡Hortensia, mi amor! ¿Estás bien? ¡El bebé! ¡Está bien el bebé! ¡Contéstame Hortensia, por favor! ¡Oh *My God* que no les pase nada, por favor! —vociferaba y la tocaba, recorriendo su cuerpo con sus grandes manos, deteniéndose en su incipiente pancita, besándola y apretándola contra su pecho — ¡John! —gritó como un energúmeno en la oreja de Hortensia, dejándola casi sorda —. ¡Ve a buscar al médico, inmediatamente! —y

seguía gritando mientras todos lo miraban estupefactos. Todos, sin excepción, eran testigos del bochornoso espectáculo que protagonizaba Sir George, estaban atónitos, porque veían que la joven estaba en perfecto estado. Lo único que había sufrido era un leve mareo. Eso sí, iban a tener que ir a un especialista en oídos porque los estaba dejando sordos, incluida Octavia Arenal que todavía no abandonaba la casa, con los estridentes gritos que daba.

— ¡Estoy bien George! ¡El bebé está bien! Tranquilo y por favor suéltame un poco y déjame respirar que me estás asfixiando —le decía Hortensia, mientras acariciaba su espalda, en un frustrado intento de calmarlo, para que aflojara el abrazo de oso al que la estaba sometiendo.

Amanda y John, casi no podían contener la carcajada frente a la exagerada reacción de sir George. Tan aplomado, sereno, mesurado y formal frente a las autoridades del gobierno argentino, tanto nacionales como provinciales; ante los empresarios más reconocidos del país, ante los representantes de los obreros del ferrocarril, ante las autoridades eclesiásticas, en fin ante cualquiera que se le pusiera enfrente, siempre que ese alguien no fuera Hortensia Correa. Cuando eso ocurría, en ese mismo instante, se transformaba en un estúpido, majadero, desmesurado, boquiabierto y necio, en pocas palabras en un pasmarote.

— ¡Creo que me voy a desmayar! —exclamó suspirando, y separándola un poco de su cuerpo se sentó, con ella en los brazos, en un sillón —. *Ni loco, la voy a soltar* —pensó con el corazón desbocado —. *Hasta que Octavia no haya abandonado la casa, y si es posible la provincia de Mendoza, no pienso soltar a esta mujer que es la razón de mí vivir.*

Rápidamente John le alcanzó una copa de brandy para que resistiera el mal rato. Sólo reaccionó cuando Hortensia le pidió probar un trago de su copa.

— ¡Estás loca mujer! , ni en sueños vas a tomar un trago de alcohol mientras tenga en tu pancita a mi... ¿hijo o hija? —balbuceó acariciándole el vientre y poniendo cara de estúpido.

Hortensia soltó una carcajada al verle la cara, alzó sus manos para acariciarlo y atrapando entre ellas el hermoso rostro del inglés, sólo atinó a decir.

— ¡Bésame Sir George!

George se quedó mirándola boquiabierto, como si no entendiera lo que ella le decía. Soltó la copa de brandy, volcándolo sobre la alfombra persa sin importarle nada y se abalanzó sobre ella, besándola con desesperación y ansiedad sin tener en cuenta que no estaban solos. Ante el desbordante y pasional espectáculo montado por los dos amantes, John, Octavia y Amanda abandonaron, apresuradamente, la habitación cerrando la puerta detrás de ello, ofreciéndoles la intimidad que ambos necesitaban.

George la besaba como si fuera el último día de sus vidas. La había extrañado tanto que dolía, su risa fresca y melodiosa le hizo volver el alma al cuerpo, su corazón comenzó a latir, rítmica y acompasadamente, parecía que hasta ese momento había estado aletargado y finalmente había recobrado vida. Quería desnudarla, sacarle toda la ropa y lamerle cada centímetro de su tersa y suave piel; morderla y marcarla para que no quedara duda alguna de que era de su propiedad.

Se separó, levemente, de ella mirándola posesivamente, llenando sus pupilas de su bella imagen y volvió a besarla con furia, metiendo su lengua violentamente y cruzándola con la de ella en una feroz lucha de poder; mordiendo sus labios, tironeándolos y volviendo a morder, exigiéndole a ella lo mismo, mezclando la sangre de sus bocas en un juego de pasión y lujuria incontenible.

— ¡Oh mi Dios, Hortensia me estás volviendo loco! —musitó sobre sus labios hinchados y enrojecidos por sus mordiscones.

Hortensia tenía los dedos enredados en su rubio cabello, le había soltado la coleta y tiraba de ella con energía, provocándole dolor, un dolor placentero, mientras acariciaba su espalda por encima de la ropa haciendo que se le erizaran los pelos de

todo el cuerpo. El inglés la levantó en sus brazos y la recostó en la chaise –longue y mientras ella se estiraba como una gata, sobre el aterciopelado mueble, comenzó a desabotonar su blusa dejando al descubierto sus túrgidos y ampulosos pechos, ahora más hermosos y apetecibles debido a la maternidad. Se lanzó sobre ellos como un bebé ávido por alimentarse, bebiéndoselos por encima del corpiño, mientras ella temblaba entre sus brazos, con la boca entreabierta, respirando agitadamente y con los ojos cerrados disfrutando de las placenteras sensaciones que su amante le provocaba.

¡*Oh my God* mi niña Hortensia! ¡Eres tan hermosa! ¡Tu cuerpo me excita! ¡Tu boca me enloquece! Nadie me importa más que tú, ahora que has vuelto a mí no te dejaré ir, nada me importa, ni el ferrocarril, ni el bendito trasandino, ¡sólo tú! —y continuaba lamiendo, mordiendo, explorando cada rincón de su hermoso cuerpo, embellecido y exultante por el embarazo.

Sentía su pene dolorosamente encabritado, estaba a punto de desprenderse de su ropa y arrasar con la de ella pero, se detuvo recordando que detrás de la puerta, que John había tenido el tacto de cerrar, se encontraba Amanda y probablemente Octavia esperando que ellos arreglaran sus diferencias. Sir George se incorporó a regañadientes, se arrodillo entre las piernas de su amada, tratando de no sucumbir a la tentación de levantarle la falda y explorar con sus dedos en la intimidad de su sexo. Sabía que ella estaba dispuesta para él, siempre lo estaba, lista y húmeda; comenzó a abrocharle los botones de la camisa, entre mordiscos y besos, hasta que terminó con el último botón, exhalando un suspiro provocado por la pasión contenida.

Hortensia continuaba estirada y relajada, suavemente distendida, los ojos soñadoramente entrecerrados, como adormecida, con una mano sobre su pancita en una actitud protectora y la otra estirada por sobre su cabeza, como incitándolo y desafiándolo al juego erótico al que lo había llevado. Sir George no salía de su asombro, luego de exigirle provocativamente que la besara, después de encenderlo y ponerlo como un toro excitado, la inocente y dulce niña se acababa de quedar ¡dormida!

— ¡Esta mujer me va a matar de un disgusto! ¡No puede ser que se haya quedado dormida después de ponerme duro como un obelisco! ¡La voy a matar! Después de que nazca el bebé ¡la voy a matar! —protestaba mientras que daba vueltas alrededor de la

chaise longue, dándole tiempo a su amigo íntimo para que se calmara y no fuera, tan evidente su presencia.

No era la primera vez que se quedaba dormida dejándolo duro como una piedra.

Hortensia se acomodó y siguió durmiendo, poniéndose de costado acurrucada, ya que esa era la postura que le quedaba más cómoda, suspirando y murmurando palabras ininteligibles con una sonrisa amplia en su boca.

— *¿Con quién estará soñando la diabla? Esa sonrisa me tiene atado a su corazón —pensaba, mirándola locamente enternecido-. ¡Esto no me puede estar pasando!, ¡después del día de mierda que he tenido!, ¡Después de aguantar a la loca de Octavia!, y cuando creía que la suerte estaba de mi lado porque Hortensia había vuelto a mis brazos, la muy descocada ¡se duerme!* —seguía quejándose y revolviendo sus cabellos, como un loco-. *¡Mañana, la mato! Y después me la como a besos* —y sonriendo se rindió a lo evidente.

Acomodó sus pantalones y lanzando un impropio se dirigió a la puerta para constatar, antes de llevarla a su cama y dormir abrazado a Hortensia, en qué condiciones estaba el resto de las personas que se encontraban detrás de ella.

— *¡Mierda, mierda y mierda!* —balbuceaba, abriendo la puerta para luego cerrarla suavemente, no fuera a ser que la preciosa mujer que él tanto amaba se despertara, había oído que las embarazadas tenían mucho sueño los primeros meses de gestación.

Hortensia despertó con la boca seca y desorientada, sentía una fuerte presión sobre su vientre y se asustó, hasta que descubrió que se trataba de la gran mano de George posada sobre su pancita en una actitud protectora.

— *¿En qué momento me ha traído a su dormitorio y metido entre las sábanas?* —cavilaba Hortensia tratando de recordar cuándo y cómo se había quedado dormida

—. *¿Y dónde está Amanda? ¡Esa bruja me ha dejado de nuevo en las manos de mi neurasténico inglés!* —sonrió recordándolo desesperado y preocupado por la salud del bebé y de ella.

Considerando que todavía no amanecía, no tenía respuestas a sus preguntas. Tenía un hambre feroz y el bebé también, considerando las pataditas que le propinaba. Decidió bajar hasta la cocina en busca de John o de algo para saciar su apetito. Trató de zafar del abrazo posesivo de George sin despertarlo, se deslizó con tranquilidad fuera de la cama; se cubrió con una bata azul de George que encontró sobre el respaldo de una de las sillas que adornaban la habitación, y se escurrió, con sigilo, para no despertar al gigante dormido, cerrando la puerta tras ella. Resuelta y animada se encaminó hacia el único lugar que le interesaba en ese momento: la cocina.

— ¡Buenos días, señorita Hortensia! —saludó John con una sonrisa dulce y un tono suave de voz—. ¡Parece que tiene apetito! Estoy preparando el desayuno y pensaba llevarlo a su habitación —agregó solícito y sonriente, mientras volvía a su tarea.

— *¿Mi habitación? —pensó Hortensia—. ¿Pero qué dice este hombre? si mal no recuerdo me acabo de despertar en la cama de George, situación que me traerá grandes dolores de cabeza con mi padre y Dorotea* —recapacitaba mientras se acomodaba en una silla, deleitándose con los olores de la cocina de John—. *Sir Markham no se priva de provocarme y meterme en problemas. Quisiera saber qué excusas me va a dar, cuando se despierte, ese inglés estirado y déspota* —y acordándose de su amiga, meditó—. *¡No me imagino los motivos de Amanda para permitir que Sir George me metiera en su cama! De todos modos...* —dijo para sí y encogiéndose de hombros—. *...yo ahora tengo hambre y no es bueno para la salud del bebé que me ponga nerviosa.* ¡Muy bien! —exclamó mirando a John con una gran sonrisa, sentada en una confortable silla, junto a la gran mesa de la espectacular cocina de la mansión de sir George—. *¿Qué desayunamos hoy, querido John?*

John la miró con admiración y cariño, nunca terminaba de asombrarse frente a la dulzura, espontaneidad e inteligencia de esa bella joven. Ella había logrado encadenar a su empleador y amigo. No exactamente con falsos mimos y arrumacos, sino

batallando y enfrentándolo con coraje, intrepidez, valentía y verdadero amor despertando el corazón herido y dormido del león inglés.

—*Pobre inglés* —conjeturó John mirando dulcemente a esa hermosa niña-mujer, más bella aún gracias al embarazo —. *A pesar de sus esfuerzos y negativas el pobre hombre cayó rendido bajo el juego inocente y seductor de esta maravillosa criatura. Ha caído en la trampa como un lobo domesticado, como un tonto enamorado. Por otra parte ¿Quién hubiera podido resistirse a semejante tentación?* —y asintiendo se dispuso a servirle el desayuno a la famélica invitada, que lo miraba con ansiedad.

—Hummm... ¿Hortensia, mi amor? —George, abrió los ojos buscándola y se encontró con la cama fría, vacía y el corazón se le detuvo-. ¡No puede ser! ¡Mierda, mierda, mierda! ¡No puede ser que otra vez la diabla se haya escapado! —saltó de la cama buscando sus pantalones que había dejado desperdigado por el suelo, apurado por meterse en la cama, pegarse a ella como una ventosa y dormir toda la noche como un niño —. ¡John! ¡John! , ¡Has visto a Hortensia! ¡Joooohnnn! —gritaba frenético bajando los escalones de dos en dos, con la camisa y las botas en las manos.

Hortensia y John blanquearon los ojos, se miraron y continuaron con sus actividades. Él cocinando y ella comiendo a dos carrillos, sin contestar ni hacer caso a los gritos del noble inglés.

El susodicho, entró por la puerta atolondrado y resbalando, dándose un golpe en la cabeza contra el marco de la puerta. Pálido y desencajado, se serenó cuando vio al motivo de su arrebató, sentada a la mesa con una tostada en la boca y los pelos revueltos, mirándolo como si estuviera viendo a un loco recién escapado de un manicomio.

— ¡Ah, estabas acá amor mío! No te encontré al despertar y me puse un poco nervioso —le explicó, frenando, abruptamente, su carrera y con cara compungida —. ¡Desperté, no te encontré y me asusté! —volvió a repetir, acercándose a ella y abrazándola tan apretado que casi le hace vomitar el desayuno.

Hortensia largó la carcajada y dándose vuelta en la silla se abrazó a sus caderas y apoyando la cabeza en el vientre del coloso inglés dijo:

—Pobre sir George, no gana para sustos conmigo. Ya pasó, ya pasó, acá estoy — lo tranquilizó, acariciando su espalda —. Tengo hambre y quiero terminar mi tostada, así que caballero, acompáñenos por favor, siéntese a mi lado y disfrutemos de este fabuloso desayuno que nos ha preparado John —. Se acomodó como una reina en su trono y continuó comiendo la rica tostada. Y él, después de ponerse la camisa y colocarse las botas, la obedeció como un cachorro.

Se sentó pegado a ella y sonriéndole mordió la tostada que tenía en su mano, saboreándola y pasando su lengua, provocadoramente, por sus sensuales labios, mordeándole suavemente los dedos. Sir George tenía ganas de continuar con lo que ella, al dormirse la noche anterior, había dejado en suspenso.

—*Ya veremos, ya veremos, sir Markham* —tramaba ella mientras lo miraba con los parpados entornados y una sonrisa pícaro —. *Antes de que volvamos a hacer el amor de nuevo, vas a tener que dar muchas explicaciones, sobre todo a mi padre y Dorotea que tienen que estar al caer en cualquier momento.*

La actitud de Hortensia creó falsas expectativas en el caballero inglés que en un segundo tenía a su amigo entre las piernas, encabritado, y pujando para salir de sus apretados pantalones.

Pobre Sir George, la sorpresa llegó minutos después, cuando hizo su entrada triunfal en la cocina Don Miguel y Dorotea, seguidos de un arrebatado Juan Ignacio. Unos segundos después, Amanda, que bajaba corriendo y de prisa las escaleras de la mansión, se unió a los presentes, se había quedado dormida y no sabía a quién tenía que darle explicaciones. No iba a ser fácil para ella considerando las miradas asesinas de Hortensia y Juan Ignacio, el gesto interrogatorio de Don Miguel y Dorotea y la cara cómplice con la que John y George le sonreían.

George se puso de pie tan repentinamente que tiró la silla al suelo, mientras Hortensia continuaba tomando su desayuno, tranquilamente.

— *¿Cómo mierda, está tan tranquila y sigue comiendo como si las personas que han entrado por la puerta no fuera su padre y Dorotea?!* —conjeturó George, totalmente nervioso e incómodo frente a la presencia de Don Miguel y especialmente de Dorotea que lo miraba como si él hubiera raptado a su niña —. *Por otra parte, ¿Qué carajo hace Juan Ignacio en mi cocina? ¿Quién le ha dado vela en este entierro?* —a Sir George le encantaba utilizar algunas terminologías propias de la región y las había incorporado a su lenguaje coloquial.

—Hola papi, hola Dorotea, Juan Ignacio me alegro de verte —dijo la diosa de las panteras, tranquila y sin alterarse, untando otra tostada. Se notaba que estaba muerta de hambre la niña mimada.

—*Las comadronas dicen que las embarazadas comen por dos* —habló consigo mismo George —. *¡Pero esta mujer come como un cosaco muerto de hambre!* —y se tentó de la risa frente a su pensamiento, cosa que no le causó ninguna gracia a Don Miguel y mucho menos a Dorotea.

— *¿Se puede saber de qué se ríe sir George?* —lo increpó duramente Don Miguel bajo la atenta y fulminante mirada de Dorotea.

—Ejem... —carraspeó el inglés —. Sólo me reía de un pensamiento gracioso que me vino a la mente —aclaró metiendo más la pata y hundiéndose más en el fango.

— *¿Y se puede saber que tiene de graciosa esta situación? ¡Por qué no nos cuenta el chiste, así nos reímos todos!* —regañó el padre de Hortensia —. Porque a mí no me hace mucha gracia encontrar a mi hija, menor de edad y embarazada ¡por usted! —recriminó, poniendo énfasis en esto último —. Tomando el desayuno en su cocina, luego de pasar la noche en ¡su habitación y en su cama! —le espetó furibundo, por primera vez en su vida, Don Miguel Correa.

— *¿Cómo mierda sabe Don Miguel, que Hortensia ha dormido anoche en mi cama?* —se preguntó, preocupado, sir George, pero prefirió seguir mudo y con la boca cerrada—. *Evidentemente, el horno no está para bollos* —pensó tratando de contener la risa.

—Parece que a él ¡sí le hace gracia! —agregó Dorotea, echando más leña al fuego, que más que fuego era un incendio. Interiormente Dorotea disfrutaba viendo al inglés avergonzado y acorralado sin saber cómo salir del brete. Todo esto bajo la atenta mirada de Juan Ignacio que sonreía, socarronamente, solazándose frente a la incomodidad y nerviosismo del inglés.

Juan Ignacio ya había aceptado que Hortensia amaba a Sir George y que serían felices el uno con el otro, de hecho reconocía que el inglés la adoraba, pero por nada del mundo se iba a perder el momento en que Don Miguel y Dorotea lo pusieran con la espalda contra la pared, obligándolo a tomar una decisión. La mirada de George, absolutamente desconcertado, iba de Hortensia, que seguía desayunando ajena a su agobio y preocupación, hacia Dorotea y Don Miguel que lo miraban con gesto adusto, pasando por John, Amanda y Juan Ignacio que sonreían misteriosamente divertidos.

— *¿John, Amanda y Juan Ignacio están sonriendo divertidos, mientras yo estoy transpirando como un beduino en medio del desierto?* —pensó sir George al cruzar su mirada con la de ellos —. *¡Los voy a estrangular en cuanto tenga oportunidad! ¡Nadie se ríe de sir George Percy Markham y sale victorioso del enfrentamiento!* —bufó y se preparó para dar las explicaciones correspondientes —. *Dorotea me mira como si quisiera mandarme al cepo, no sé cómo voy a volver a conquistarla, creo que no me va perdonar nunca que haya dejado embarazada a su niña malcriada* —jadeo y se alistó para hacerles frente.

La señorita Hortensia, permanecía ajena a la escena que se desarrollaba frente a sus narices, ella sólo tenía ojos para el maravilloso desayuno que John había puesto frente a ella. Después de una larga exposición con la que intentó aclarar los motivos que lo llevaron a retener a Hortensia y a Amanda y sin explazar en el incidente de haber compartido habitación y lecho; George tratando de evitar una reprimenda mayor de Don Miguel y de la encolerizada Dorotea, invitó a desayunar a Don Correa, Dorotea, Amanda y a Juan Ignacio, a este último contra su voluntad. Situación que no pudo

evitarlo, debido a la insistencia de la mocosa consentida que le indicó que se sentara a su lado, con una sonrisa encantadora, mientras untaba la tercera tostada con manteca y jalea de membrillo.

—*Si sigue comiendo de esta manera se va a poner redonda como un tonel de vino* —reflexionó George.

No podía sacar sus ojos de enamorado, de encima de esa morocha seductora e inocente que, cuando batía sus largas pestañas mirándolo como una gata, y haciendo sensuales mohines con sus rosados labios, lo transportaba directamente al paraíso, sin escalas. Se apresuró a sentarse entre Juan Ignacio y Hortensia. Ni loco iba a permitir que ese mocoso insolente estuviera cerca de la mujer que había trastornado su perfecto y flemático mundo inglés.

Finalmente, y después de las explicaciones de Sir George, el desayuno se desarrolló en un ambiente cordial y divertido. Todos los presentes habían disfrutado del incómodo momento que había vivido el inglés, cuando Don Correa apareció por la puerta de la cocina, casi se había atragantado con la tostada que Hortensia le convidaba y él mirándola, con cara de ternero degollado, degustaba y saboreaba. A pesar de ser el centro de las pullas y bromas de las personas presente, sir Markham no se sentía ofendido ni abrumado, al contrario estaba exultante, feliz y agradecido porque la suerte por fin estaba de su lado. Hortensia finalmente sería suya. Era evidente que los negros nubarrones que amenazaban su relación habían comenzado a disiparse y el cielo, ahora brillaba diáfano y límpido.

En ese momento recordó que tenía en su dormitorio el anillo que había comprado para ella en Buenos Aires, así que sin decir nada se paró, abandonando con prisa la mesa y la cocina. Subió de dos en dos los escalones de la escalera que lo llevaba a su cuarto. Cuando volvió todos lo miraron con curiosidad y cara de asombro, sobre todo Hortensia que no encontraba explicación a la salida abrupta del inglés. George se acercó a ella, con ese caminar felino que la desestabilizaba y la enamoraba, y se arrodilló al costado de su silla.

—Hortensia Correa —dijo, clavando sus ojos celestes en los ojos dorados de la joven. Cada vez que se miraban así parecía que el mundo se detenía y sólo ellos quedaban vivos en él —. Mi pantera, mi hechicera, mi amor, mi mujer, ya te he dado mi corazón y mi cuerpo y tú me has dado el tuyo. Ahora, quiero todo lo demás. Quiero formar una familia contigo, quiero un hogar para nuestros hijos y quiero que hagas conmigo lo que quieras por el resto de nuestras vidas. ¡Hortensia Correa, mi niña Hortensia, *my sweet* Hortensia! —su voz sonaba ronca y emocionada —. ¿Quieres casarte conmigo? Tesoro ¿quieres hacerme el honor de ser mi esposa? —preguntó embobado y poniendo en su dedo un hermoso anillo de oro con un rubí cabujón “sangre de paloma”, rojo con un toque azulado que la dejó con la boca abierta.

—George, mi sir George —exclamó, tomando el hermoso rostro del inglés entre sus pequeñas manos —. Por supuesto que quiero. ¡Sí, sí, sí, sí quiero! —repitió riendo mientras las lágrimas corrían por sus sonrosadas mejillas —. ¡Bésanos sir George Percy Markham! ¡Besa a nuestro hijo y bésame! —le susurró, tiernamente, tirándose a sus brazos entregándole su cuerpo y su alma en ese acto.

Y otra vez todos los presentes abandonaron la habitación, antes de ser espectadores, no invitados, de una escena de amor tórrida y ardiente.

Cuando esas almas se encontraban en comunión, el desenfreno y la lujuria se desataban, olvidándose de todo cuanto los rodeaba.

Los días difíciles para la pantera y el inglés habían llegado a su fin.

¿Habían llegado a su fin o recién comenzaban?

Capítulo 26

Unos días antes de la boda.

Parecía que los negros nubarrones que habían perseguido la relación tormentosa de George y Hortensia comenzaban a desaparecer para dar lugar al cálido sol del amor y la esperanza; representados en la unión y la aceptación de estos dos seres tan opuestos en su carácter y tan parecidos en sus pasiones.

Pero... nada era predecible cuando se trataba de Hortensia Correa. La bella, salvaje, indomable y atrevida pantera de Panquehua y sir George lo sabía; esa era la razón de sus desvelos y el motivo por el cual no estaría tranquilo hasta que la endemoniada criatura pronunciara en el altar el ansiado ¡Si, quiero! Incluso, teniendo por testigos a toda su familia, al pueblo de Panquehua y a la comunidad indígena en su totalidad, George Percy Markham no tenía la absoluta seguridad de que Hortensia no lo sorprendiera con un as debajo de la manga.

Ese era uno de los motivos que lo tenían nervioso y alterado y todas las personas que lo rodeaban, ya fueran familiares como empleados, podían dar fe del mal genio y de la cólera que lo dominaba ante la menor equivocación o error que se cometiera. Por desgracia, no sólo la niña Hortensia lo sacaba de las casillas, el proyecto del Ferrocarril Trasandino iba de mal en peor. La empresa de los Hermanos Burks tenía serios problemas financieros debido a que se habían cometido graves equivocaciones en la primera evaluación de los costos para su construcción. Los errores comenzaron a reflejarse, en preocupantes retrasos en la firma de los contratos con las empresas contratistas para llevar a cabo las obras, accidentes de trabajo, huelgas de los obreros por mejoras salariales; con el agravante del mal tiempo reinante en la Cordillera de los Andes.

Para sir George Percy Markham la construcción del Trasandino no sólo era un desafío para sus conocimientos técnicos, como ingeniero de ferrocarriles, sino que le exigían un amplio conocimiento en el manejo de las finanzas y en el campo de la diplomacia, ya que el trazado de la línea ferroviaria involucraba a dos países que en el presente se encontraban en litigio por la definición de sus fronteras. El ingeniero Markham debía duplicar sus esfuerzos y conocimientos en pro de obtener los permisos y garantías necesarias. Éstos eran algunos de los inconvenientes que sir George debía enfrentar y solucionar ya que el titánico proyecto dependía de él.

El ferrocarril trasandino debía unir la ciudad de Los Andes, en Chile, con la ciudad de Mendoza, en la Argentina. La red ferroviaria comenzaría en la ciudad chilena, subiría a través del cajón del Río Aconcagua y Juncal hasta llegar a Las Cuevas donde se realizaría el túnel principal para cruzar hacia la Argentina, donde luego, bordeando los ríos Las Cuevas y Mendoza y a través de un trazado de menor pendiente y menos peligroso, se llegaría, finalmente, a la ciudad de Mendoza.

El trazado del ferrocarril trasandino era una empresa difícil, considerando el terreno en el que se construiría. Debía atravesar la imponente y colosal Cordillera de Los Andes y para ello era necesario utilizar tecnología de punta. Para poder vencer la pendiente, durante la subida, y luego no tener que frenar sobre los rieles, cubiertos de nieve casi todo el año, durante la bajada, se debía instalar un sistema de cremalleras y utilizar en gran parte del trazado, rieles de acero que resistieran la tracción de las locomotoras sobre la cremallera sin deformarse. Era necesario la construcción de túneles y cobertizos para evitar que las avalanchas de nieve y piedras cayeran sobre los convoyes y sobre las vías, sirviendo de refugio seguro para guarecer a las formaciones y sus pasajeros durante las tormentas de nieve tan comunes en la cordillera.

Este era el panorama que tenía ante sus ojos Sir George y en el que no se podía concentrar, porque su mente y su corazón estaban inundados por la imagen y el accionar de una endiablada mujer, de ojos color caramelo que relucían como el oro en un rostro de diosa y con un cuerpo de sirena que lo tenía totalmente hechizado.

George estaba sentado en su escritorio de la casona de la Alameda, sepultado bajo una marea de papeles, planos y folletos cuando escuchó que Hortensia bajaba las escaleras.

La boda estaba programada para el próximo fin de semana, por ese motivo Dorotea y Hortensia estaban alojadas en la mansión de Sir George para estar más cerca del lugar en el que se realizaría la ceremonia, y poder solucionar cualquier inconveniente de último momento que se presentara. El inglés se asomó a la puerta de su despacho y se quedó embelesado al verla bajar. Vestía sus pantalones de montar y una amplia camisola debajo de la que se podía observar su pancita de casi cinco meses, botas de montar y un amplio sombrero para protegerse del fuerte sol mendocino.

—Estoy muy enamorado de ti mocosa desobediente, pero me parece que no es momento para que eches más leña al fuego —la regañó ofuscado, cada día que pasaba Sir George adoptaba términos y frases que utilizaba don Miguel cuando regañaba a su díscola hija, en un claro intento de cambiar su flemático y británico estilo de vida —. ¡¿Se puede saber adónde vas Hortensia?! —la encaró furioso, viendo sus intenciones de montar a caballo como si hubiera olvidado su condición de embarazada.

— ¿No es evidente a dónde voy?! —contesto ella, desafiante y provocadora, cansada de soportar el mal genio y los gritos del inglés.

Si él quería comportarse como un hombre de las cavernas, que lo hiciera con sus empleados, con los directivos del ferrocarril, con los chilenos o con el yeti si se lo encontraba en la cordillera cuando iba a supervisar las obras; ella se marchaba a tomar aire fresco montada en Nieve, su yegua blanca. Al fin y al cabo estaba embarazada no muerta.

— ¡¿Estás loca o se te ha caído algún tornillo?! ¡Ni soñando vas a montar tu yegua con mi hijo en tu panza! —le gritó como un energúmeno maleducado.

— ¡¿No?! —le respondió, parándose con los brazos en jarra y apoyando sus pequeñas manos en las caderas —. ¡Mírame, entonces! —gritó furiosa y dando media vuelta salió por la puerta trasera de la mansión camino a los establos en donde ya tenía a su yegua lista.

— ¡Dios mío! ¡Oh, My God! Que hermosa es cuando se enoja, la agarraría y me la echaría al hombro, como una bolsa de papas, subiría las escaleras y la tiraría sobre la cama y le demostraría, con besos, caricias y la ayuda de mi mejor amigo, quien manda en esta casa —pensó sonriendo, mientras corría detrás de ella para convencerla de lo equivocada que estaba y del riesgo que corría montando su yegua en esas condiciones.

Cuando la alcanzó Hortensia iba sollozando, ya había perdido las ganas de montar. Los gritos y el mal carácter de George le habían amargado el día y las malditas hormonas le estaban jugando, nuevamente, una mala pasada. Ella no era una llorona, no estaba acostumbrada a que le levantaran la voz, su padre o Dorotea nunca la habían retado y este inglés mandón y prepotente pretendía decirle lo que debía o no debía hacer y en lugar de consolarla y comprenderla se la pasaba el día encerrado en su escritorio vociferando como un orangután. Estaba comenzando a dudar si debía casarse con él.

— ¡Hortensia, preciosa, espérame!—cuando la alcanzó la tomó del brazo y dándola vuelta la estrechó contra su poderoso pecho, hundió la cara en su cabellera y mordiéndole la oreja le susurró —. ¡Perdón, mi vida, soy un animal, un prepotente y no te merezco! Yo te voy a llevar a pasear en Thunder, nos va a venir bien a los dos un paseo para calmar nuestro enojo —trató de convencerla, porque veía que ella se resistía —. ¿Quieres mi niña Hortensia? ¿Quieres que demos un paseo los dos juntos en mi caballo? —preguntó dulcemente lamiendo sus lágrimas y depositando un tierno beso en la boca entreabierta de su ninfa panquehuina.

—No me gusta que me griten —murmuró haciendo pucheros como una niña, provocándole al inglés una inmediata erección y unos incontenibles deseos de meterla en su cama, no era la hora ni el momento, así que haciendo un nuevo esfuerzo de concentración estalló en carcajadas y la beso como un salvaje en medio de los jardines de la mansión de La Alameda.

—¡Nunca más, nunca más, te lo prometo, volveré a gritarte Hortensia Correa! Mi reina, mi amor, mi vida —volvió a besarla, ahora más suavemente, y tomándola de la mano la llevó hasta los establos, en dónde ordenó le ensillaran a Thunder y subiéndola

a su regazo dieron un paseo por La Alameda, haciendo participes a los paseantes de su alegría y profundo amor.

Capítulo 27

Fiesta de casamiento en La Alameda.

Mendoza es una de las provincias más hermosa de la Argentina pero en otoño, es maravillosa. Un milagro de la naturaleza. Los árboles se visten de tonalidades rojizas amarillentas y el suelo se tapiza de hojas que evocan a una gran alfombra por la que desfilan “las hadas en copas de Jacinto”, al decir del poeta. El clima benigno, con temperaturas estables, el aire perfumado por la molienda de la uva transformándose en vino; el sol extendiendo su suave poncho cobijando a sus habitantes con su calidez convencieron a George y a Hortensia para organizar su fiesta de casamiento, un sábado de otoño al mediodía.

Era la mañana de la boda y la noche anterior, George no había podido escabullirse entre las sábanas de la cama de Hortensia. Dorotea montó guardia en la puerta de su habitación; ella sostenía que era de mal agüero que el novio viera a la novia la noche anterior a la boda. Como resultado el inglés tenía un humor de los mil demonios.

— ¡Jooooohn! —aulló, llamando a su ayudante y amigo para que le preparara el baño y de esa manera poder aplacar a su indómito e inseparable amigo, que le había impedido pegar un ojo durante toda la noche—. *Maldita tradición por la cual no se puede ver a la novia la noche anterior a la boda, yo sólo quería dormir con ella; desde que la bruja ha vuelto a mi vida no pego un ojo sino la tengo a mi lado, abajo mío y arriba mío* —mascullaba en inglés mientras saltaba de la cama, completamente desnudo, bajaba las escaleras intentando acertarle a las mangas de la bata, buscando a su ayudante —. Jooooohn! —volvió a gritar entrando en la cocina como un poseído, poniéndose una bata color azul que hacía que resaltaran su rubios cabellos y su piel dorada por el ardiente sol del desierto mendocino.

El enojo y la irritación provocados por una larga noche en vela, lejos de afeársus facciones las destacaba, embelleciéndolo, parecía un vikingo en pie de guerra; el vigor, la masculinidad y la energía que destilaba por todos los poros de su cuerpo, impregnaba el aire que lo rodeaba y Hortensia que se encontraba en la cocina, desayunando, quedó con la boca abierta, su cerebro no podía procesar esa imagen tan viril y erótica y estuvo tentada de tirarse encima de él como una poseída y besarlo hasta dejarlo sin respiración, la había hechizado. George pareció adivinar sus intenciones y abrió sus brazos, incitándola a que se arrojara en ellos y Hortensia no se hizo rogar. Se paró de sopetón, la silla quedó tambaleante por el ímpetu de la joven y corrió hacia él que la atrapó, estrechándola contra su cuerpo, apretando sus labios abiertos sobre la tentadora boca entreabierta de la morena metiéndole su voraz lengua y bebiéndose sus suspiros.

— ¡Te quiero con todo mi corazón sir George, siempre te querré! —aseveró gimoteando, Hortensia y colgándose de su cuello a la vez que lo miraba con devoción.

— ¡Yo te adoro y no quiero separarme de ti nunca más! ¡Esta noche ha sido un infierno sin ti, preciosa! —dijo George separando sólo sus bocas, debía mantenerla un rato más junto a su cuerpo para disimular la tremenda erección que la imagen y la presencia de Hortensia le habían provocado —. ¡Buenos días, tesoro!—murmuró en su oído, ayudándola a tomar asiento a la mesa para que terminara con su desayuno, succulento por cierto. Él no podía probar bocado, apremiado por los nervios que le provocaba la inminencia de la ceremonia nupcial, en tanto, ella devoraba, serenamente, a dos cachetes un opíparo desayuno que John le había preparado.

George no encontraba explicación a la tranquilidad que destilaba Hortensia y temía que sólo fuera la calma antes de la tempestad; su mujer era tan temperamental, tan encantadoramente seductora, tan entusiasta, tan embriagadora que esta actitud pasiva lo asustaba y preocupaba.

— ¡¿Qué!?! —le preguntó, notando que George la miraba fijo y en silencio, mientras ella insistía en meterle una tostada con jalea de membrillo en la boca.

— ¡Nada, nada! —se apresuró a contestarle, dándole un mordiscón a la tostada y sonriendo al notar como ella cambiaba la expresión de mandona a asombrada, al ver desaparecer media tostada en la boca del inglés —. ¡Nada mi vida, es que estoy un poco sorprendido por tu comportamiento tan calmado y pacífico! —terminó, luego de tragar con dificultad el pedazo de pan, mientras Hortensia le alcanzaba la taza de café para que tomara un trago y no muriera atragantado en sus brazos.

— ¡Ah! —dijo ella, y siguió comiendo muy tranquila. No pensaba perder tiempo dando explicaciones que ni ella tenía.

Con seguridad que su tranquilidad se debía al cambio hormonal provocado por el embarazo, ya tendría tiempo, una vez que naciera el bebé de provocarlo y enloquecerlo, le gustaba muchísimo ver al inglés en pie de guerra. En realidad le gustaba la reconciliación, más que la pelea. Durante las reconciliaciones tenía la oportunidad de ver y sentir al verdadero hombre que era George, el amante perfecto, el que despertaba su lujuria; el que le susurraba palabras obscenas al oído provocándole los orgasmos más intensos, el que hacía de ella una mujer apasionada. Era un hombre extraordinario y espléndido, derrochador con sus sentimientos, sexualmente impetuoso, generoso con sus besos apasionados y, estupendamente erótico con sus caricias.

— ¡¿Hortensia?! Mi amor, de repente te has quedado muy callada, ¿te duele algo? ¿El bebé está bien? ¿Quieres que llamemos al médico? —escupía las preguntas, mientras tiraba de ella sentándola en su regazo, recorriéndole el cuerpo con sus grandes manos.

— ¡El bebé y yo estamos perfectos, George, deja ya de preocuparte —lo calmó riendo—. ¡Solo me distraje y mi mente voló libre, no te inquietes! Es mejor que suba para ir preparándome, Dorotea ya debe estar con los nervios de punta —dijo mientras depositaba un cálido beso en la boca abierta del inglés que la miraba, anhelante.

Abandonó la cocina contoneando las redondeadas caderas y la visión de ese culo respingón provocó una nueva demora en la decisión de George de acompañarla, su viejo e inseparable amigo acababa de encabritarse.

— ¡Mierda, mierda, mierda!, ¡Cuándo nos casaremos para que al fin me la pueda llevar a la cama!, cuando eso suceda no vamos a abandonar la habitación hasta el momento en que decida venir al mundo nuestro bebé —protestó, murmurando en inglés, acomodando y tratando de disimular su traicionero y delator pene, bajo la bata.

El vestido de novia de Hortensia lo había hecho traer George desde Buenos Aires. Era un modelo realizado por la casa Lanvín, confeccionado en tela de tul, íntegramente bordado con perlas y cristales Swarovsky, tipo robe; escote cuadrado con magas hasta el codo, corte imperio con un lazo de raso rosado del mismo tono que el forro del vestido, que terminaba en una pequeña cola. En la cabeza, Hortensia llevaba una vincha de perlas, formando dibujos geométricos, que sostenía su alborotada melena azabache cayendo suelta sobre su espalda, en adorables tirabuzones. Lucía radiante, el color moreno de su piel, resplandecía naturalmente, sin artificios, con el esplendor que la naturaleza le había otorgado. Sus ojos bañados por lágrimas de felicidad, brillaban como dos luceros y la cálida sonrisa que le dedicó a su padre, cuando entró a su dormitorio buscándola, para acompañarla al altar, hubiera derretido todos los glaciares de la cordillera, sin ninguna dificultad.

— ¡Mi niña, mi pequeña, estás tan hermosa que me he quedado mudo! —exclamó Don Miguel, conteniéndose para no llorar.

Dorotea los vigilaba atentamente, preocupada por la reacción de ambos, sabía que este era uno de los momentos más importantes en la vida de Don Miguel. Finalmente Hortensia desplegaría sus alas para dejar el nido y esa decisión les provocaría dolor y felicidad, en partes iguales, tanto al padre como a la hija.

La dulce Dorotea tuvo que salir al pasillo, para evitar que Hortensia viera sus lágrimas, no podía permitir que su actitud le provocara tristeza a su adorada niña. La amaba como si fuera su hija y nunca se perdonaría que su comportamiento empañara la felicidad de su pequeña en un día tan importante como el de su casamiento, aunque se casara con el inglés.

—*Pobre gigantón su vida al lado de Hortensia va a ser de todo, menos aburrida* —pensó, enjugándose las lágrimas al escuchar que la llamaban.

— ¡Papi, soy tan feliz! Hoy es el día más feliz de mi vida, quiero que sepas que esta es una de las decisiones más importantes y acertadas que he tomado y que nunca me arrepentiré de vivirla junto a George. Llama a Dorotea para que los tres juntos festejemos este momento. ¡Ve, llámala! —le pidió, dulcemente, mientras limpiaba, disimuladamente, unas lágrimas que se habían escapado de sus anegados ojos.

La ceremonia religiosa se realizaría en los jardines de la mansión de La Alameda. George era anglicano y Hortensia, si bien había sido bautizada por el rito de la Iglesia Católica, no era una católica profesante y considerando su estado, era casi imposible que alguna de las iglesias de la zona aceptaran casarlos sin poner condiciones o trabas, por otra parte el inglés ni Hortensia estaba dispuestos a soportarlas, por ese motivo, ambos, estuvieron de acuerdo en casarse ante las autoridades del Registro Civil Argentino, y con la bendición de un pastor protestante, que oficiaba cultos en la comunidad indígena todos los primeros domingos de cada mes.

En los magníficos jardines de la mansión se había armado una especie de altar, adornado con bellas flores y una alfombra roja se extendía desde el mismo hasta los pies de la escalinata, uniendo la mansión con el estrado.

George, esperaba ansioso, acompañado por John, que era su padrino, vestía un chaqué de cuatro piezas, la levita era negra con faldones largos y redondeados y el cierre de la misma era alto y sencillo; camisa blanca, chaleco de Jacquard color gris metalizado, pantalón de tejido gris oscuro, con finas rayas en gris claro; corbatón de seda estampado en negro con detalles dorados, sostenido por un alfiler con una perla herencia de su padre y zapatos negros acordonados. En esta oportunidad no llevaba ni guantes, ni sombrero de copa, sólo había atado su rubio cabello en una coleta con un cordón de terciopelo negro lo que le daba una aire de corsario inglés que hacía suspirar a todas las damas presentes.

Cuando Hortensia comenzó a descender la escalinata de la mansión, tomada del brazo de su padre, George creyó estar ante la visión de una diosa del Olimpo, su belleza sólo era comparable con la de Afrodita, la diosa del deseo, la belleza, el amor y la reproducción.

Y Hortensia en ese momento encarnaba esas cuatro cualidades.

La joven embelesada no podía separar sus ojos de George. Sus recuerdos se remontaron a aquella mañana en la que, al llegar al andén de la estación Panquehua, enojada y sudorosa, sus ojos se cruzaron con los curiosos ojos celestes de ese pirata inglés, que la desnudó en cuerpo y alma, de la misma manera que lo estaba haciendo en este momento, mientras ella se acercaba feliz y temblorosa a él.

—Hortensia Correa desde el primer día en que te vi, atravesando los viñedos al galope como una intrépida supe que te quería en mi vida y desde entonces no he podido sacarte de mi mente y de mi corazón. Hoy, haciéndome el honor de unir tu vida a la mía me has hecho el hombre más feliz de la tierra ¡Te amo Hortensia Correa, con toda mi alma y prometo hacerte feliz hasta el final de nuestros días! —confesó sus votos George, profundamente emocionado, mientras atrapaba con sus caricias las lágrimas que resbalaban por las sonrosadas mejillas de su mujer, ante Dios y ante los hombres —. Soy el vapor que sube de tu hermoso rostro, cuando las lágrimas corren por tus acaloradas mejillas. Soy el sembrador que diseminó la semilla que crece en tu fértil cuerpo, dándome un hijo y llenándome de felicidad. Acéptame como tu esposo, como tu amigo, como tu amante, como tu eterno compañero —terminó mientras se inclinaba para besar su boca entreabierta y anhelante.

Hortensia, profundamente emocionada, apenas podía contener los sollozos, sin embargo logró reponerse y mirándolo profundamente, sumergiéndose en el mar celeste de los ojos del inglés, contestó a su amoroso pedido.

—Sir George, te amé desde el instante en que saltaste al andén de la estación Panquehua como un conquistador. Inglés atrevido, insolente, prepotente, magnífico y bello que pusiste mi mundo patas para arriba. Despertaste la mujer indomable que dormía en mi interior con tu arrogancia y seducción y lograste someterme y me alegro

de haberme rendido a tu encantamiento. ¡¡Soy tuya Sir George, toma mi mano y transitemos juntos el resto de nuestras vida!! ¡¡Te acepto como esposo, amigo, amante y eterno compañero, amor mío!! —terminó sus votos casi en un susurro, embargada por la emoción.

Sir George la besó apasionadamente y riendo sobre su boca entreabierta dijo:

— ¡¿No pierdes el tiempo en echarme en cara lo de inglés bruto, patético, libertino, maleducado, pirata, pedante y prepotente, mi adorada y montaraz pantera panquehuina!? *Por eso te adoro Hortensia porque no te rindes fácilmente, das pelea permanente y a mí me encanta enfrentarte para luego caer rendido a tus pies, tesoro mío* —murmuró solo para sus oídos—. Y ahora festejemos amigos míos —exclamó dándole la vuelta y descendiendo juntos del altar para recibir el saludo de amigos y familiares.

El pueblo de Panquehua, la comunidad indígena y los aristócratas mendocinos se mezclaron sin prejuicios ni distinciones sociales. Todos los presentes amaban a esa pareja que el destino había unido, en un remoto lugar del mundo, para nunca más separarse, y estaban ansiosos por festejar su unión.

Al anochecer, continuaban festejando el casamiento de Hortensia y George. Se había convertido en el acontecimiento social del año; el inglés no había escatimado en gastos y la organización de la fiesta, a cargo del diligente y cuidadoso John, había sido un éxito. Absolutamente perfecta.

Como era costumbre se habían formado los fogones, y alrededor de ellos los invitados comenzaron a interpretar tonadas de amor acompañadas por ricos vinos mendocinos y ruedas de dulces mates con confituras típicas mendocinas.

George, advirtió que el cansancio estaba haciendo presa de Hortensia. La emoción del acontecimiento sumada a su embarazo, transitaba el quinto mes, comenzaban a pasarle factura, a pesar de su fortaleza y juventud, la fatiga y el agotamiento se notaban en su hermoso rostro aunque ella trataba de disimularlo. Lo

último que quería George, esa noche, era tenerla cansada en su cama, sus planes pasaban por tenerla toda la noche despierta y entretenida en sus brazos.

Tomó a Hortensia de la mano y se acercó al maestro Vargas, compositor e intérprete de las más famosas y bellas tonadas que se conocieran en la zona, solicitándole que lo acompañara con su música mientras él le recitaba una bella tonada, de su autoría, a su hermosa esposa.

Un profundo y respetuoso silencio se produjo entre los invitados a la fiesta, cuando el maestro Vargas anunció que sir George recitaría un poema en honor de su mujer. Pocos conocían esa vena romántica y sensible del inglés.

— ¡Para ti, tesoro! ¡Mi pantera, mi mujer! —utilizó pocas palabras para dedicarle un hermoso poema, sorprendiendo a Hortensia que sabía de su verborragia cuando los nervios lo apremiaban.

Robaste mi corazón

Que no te olvida un instante

Ay mujer, la más bonita

Te adoraré eternamente.

Tú eres en mi presencia

La encantadora sirena;

Tú eres mi dicha plena

La que antorcha mi existencia.

Tú eres, sin resistencia

La belleza en perfección

Tú eres, sin dilación

La hermosura retratada.

Tú eres quien con tu mirada

Robaste mi corazón.

Yo soy aquel que rendido

De amor me vengo a tu lado;

Yo soy, mi cielo adorado,

Quien pensando desvarío

Yo soy aquel que te envió

El cariño más constante;

Yo soy tu más fiel amante

Que te brinda fino amor.

Yo soy aquel que en el mundo

Te amó con más frenesí

Yo soy aquel que por ti

Sintió el amor más profundo;

Yo soy aquel que un segundo

No puede pasar sin verte;

Yo soy aquel que la suerte

Hasta tu lado me envió

Yo soy aquel que juró:

Adorarte eternamente.

Con este hermoso poema Sir George Percy Markham acababa de expresar, públicamente, el intenso y profundo amor que sentía por Hortensia Correa.

La reacción de esa bella mujer no se hizo esperar, lo abrazó y lo besó con pasión y sin vergüenza, con honestidad y adoración mientras le susurraba:

— **¡Tú eres mi hombre y yo tu mujer!, vida mía.**

Esas palabras fueron el detonante para que el cavernícola, oculto tras el poeta, se apoderara del inglés que tomando a Hortensia de la cintura, prácticamente la arrastró escalera arriba con dirección a su dormitorio, mientras exclamaba entre carcajadas...

— ¡Qué siga la fiesta, Hortensia y yo nos vamos a festejar a solas! —dijo, tomándola en sus brazos y subiendo con grandes zancadas los últimos escalones mientras Hortensia reía mirándolo embelesada —. ¡Oh, *my God*, mujer, te amo más que a la vida misma! —le susurró al oído mientras abría la puerta del dormitorio, sin dejar de besarla apasionadamente.

Capítulo 28

A solas.

Cerró la puerta del dormitorio de una patada, poniéndola de pie y apretándola contra su cuerpo. El calor que emanaba su cuerpo traspasaba su ropa y el vestido de Hortensia. Irradiaban pasión y deseo, penetrando sus poros, calándose por sus huesos, empapando sus sentidos.

George se inclinó sobre ella y atrapó su boca con voracidad, reclamándola con insistencia y sin compasión. El roce de su lengua, de sus dientes, de sus labios, la incendiaban, Hortensia tuvo que separarse de él para poder respirar, para tomar una bocanada de aire que le permitiera continuar con ese beso apasionado y demandante. Jadeaba entrecortadamente, el olor de su masculinidad inundó sus sentidos y por un instante pensó que se desmayaría. George percibió su estado físico y anímico y la separó levemente, dando un paso atrás y mirándola fijamente, desnudándola, poseyéndola, exigiéndole su entrega, el gemido, que le provocó esa mirada, dio riendas sueltas a la pasión desbocada del inglés que comenzó a trajinar, ansiosamente, con los botones de su vestido.

— ¡Mierda!, ¿¡por qué los diseñadores le ponen tantos botones al vestido de novia?!, si no logro desprenderlo en cinco segundos, ¡¡te juro Hortensia Correa que te lo voy a arrancar con los dientes!! — exclamaba y jadeaba mientras trataba de desprender los pequeñas perlas que abotonaban su vestido.

Sentía su cálido aliento acariciando su nuca mientras el vestido se iba aflojando y deslizando por sus brazos, provocándole una agitación y un estremecimiento incontrolable. Hortensia, miraba fascinada como el vestido se escurría desde sus hombros, dejando sus hinchidos pechos y su incipiente vientre cubiertos, solo con una fina camisola. Las grandes manos de George comenzaron a acariciarla y el aliento en

su nuca se hizo más cálido, más intenso provocándole una sensación de ebriedad placentera. Cuando él apretó sus labios húmedos en su cuello, mordisqueándolo y lamiéndola, una descarga de placer la obligó a arquearse contra el pecho del inglés, provocando un jadeo entrecortado del hombre a sus espaldas, al comprobar que finalmente la tenía casi desnuda en sus brazos, después de varios días de abstinencia obligatoria.

George, sentía que la sangre bombeaba con fuerza descontrolada por sus venas. Un zumbido, aturdía sus oídos como el rugido turbulento de las aguas de deshielo, que descienden de la cordillera arrastrando todo a su paso. Fue en ese momento que dejó deslizar, delicadamente, la camisola que cubría su cuerpo, acompañándola en su caída y acariciando eróticamente sus pechos. Se detuvo, deliberadamente en sus erguidos y endurecidos pezones, apretándolos y masajeándolos, para luego continuar y posar sus manos, amorosamente, en su vientre en donde las caricias se transformaron en tiernos mimos. Finalmente la camisola, junto con el vestido de novia, se arremolinó a sus pies quedando completamente desnuda.

George pasó su brazo bajo sus rodillas y, levantándola como una pluma, la acercó a la cama en donde la depositó con cuidado y profundo amor.

La abandonó unos instantes para cerrar las ventanas, así la habitación quedó en penumbras y el ruido exterior se amortiguó al correr las pesadas cortinas que adornaban el cuarto, cuando se ciñó sobre ella, George estaba todavía completamente vestido y sus pupilas refulgían dilatadas, respiraba anhelante y pesadamente y Hortensia, que estaba totalmente desnuda, sólo con las medias de seda blanca con ligas, quedó hipnotizada frente a tal despliegue de belleza y masculinidad.

— ¡Quiero tocarte! —le dijo, fue casi una orden, reviviendo el momento en que se entregó a él en su habitación de la casona paterna —. ¡Quiero desnudarte, sir George! —murmuró con una sonrisa traviesa.

Estiró los brazos y comenzó a desprenderle los botones del chaleco, la levita la había tirado en la puerta de la habitación apenas entraron en ella, lentamente y uno a uno a la inversa de lo que él había hecho con los botones de su vestido. La sensualidad

de sus movimientos, la imagen desnuda de Hortensia arrodillada sobre su cama, le erizaron los pelos de todo el cuerpo y se arrancó la camisa sin miramientos, tirándola lejos. Hortensia, sonrió sosegadamente y, mientras lo acercaba a su cuerpo y posaba sus tibios labios en el pecho desnudo y musculoso que subía y bajaba agitadamente, le arrancó con suavidad la corbata que descansaba suelta sobre su pecho. George permanecía mudo, arrodillado entre sus piernas, inmóvil, con las manos en sus muslos y mirándola fijamente.

Hortensia, acariciaba el torso desnudo del inglés siguiendo la línea de sus músculos, extasiada con la magnificencia y la belleza de su hombre. Este preso de la excitación y de la lujuria tiró su cabeza hacia atrás, con los ojos entrecerrados, exhalando suspiros por su boca entreabierta, al borde de perder el poco autocontrol que le quedaba. Ella continuaba con su exploración bajando sus pequeñas y suaves manos por el abdomen, rodeando su ombligo y, siguiendo la rubia línea de vello que se perdía en la cintura de sus pantalones, desprendió los botones que impedían su acceso al miembro duro y erecto de George y lo rodeó con su mano moviéndola hacia arriba y hacia abajo, masturbándolo delicadamente mientras él emitía roncros gemidos de placer.

Repentinamente George se despojó de los pantalones y se tiró de espaldas a su lado y acomodándose entre los almohadones, la tomó de las caderas colocándola a horcajadas sobre sus muslos, mirando hacia sus pies y haciendo que ella le diera la espalda.

Hortensia no podía ver su cara no podía adivinar cuál era su intención, pero se dejó llevar por su experiencia. Él la levantó manteniendo su pecho pegado a la espalda de ella y poniéndose de rodillas comenzó a abrir despacio sus piernas arrastrando las de ella mientras la penetraba, más y más adentro, besando su espalda y mordiendo su hombro apasionadamente. Sus manos aprisionaban, posesivamente, sus pechos, sus dedos pellizcaban, suavemente, sus pezones; acariciaba su vientre al mismo tiempo que murmuraba palabras cariñosas para su hijo, y mantenía un constante movimiento de sus caderas, elevándola y empujando adentro y afuera su pene con movimientos cortos, precisos y controlados arrancándole gemidos de placer indescriptible.

Hortensia, al borde del orgasmo se oyó reclamando, suplicando y exigiéndole que acabara con su necesidad, pero el inglés llevaba varios días de abstinencia y estaba dispuesto a alargar este momento de placer el mayor tiempo posible; George continuó presionándola, arremetiendo con movimientos largos y lentos por momentos y pausados y profundos por otro, enloqueciéndola mientras Hortensia acogía sus embestidas con los ojos entrecerrados, profundos suspiros y gemidos de satisfacción.

Cuando Hortensia abrió sus dorados ojos se sorprendió al ver en el espejo, frente a la cama, la imagen más erótica que podría haberse imaginado jamás: sus cabellos alborotados y George arrodillado entre sus piernas abiertas, acariciando su vientre mirándola, fijamente, a través del espejo. El aliento de su sonrisa chocaba en su cuello.

Sus grandes y suaves manos iban, lenta y cadenciosamente desde su vientre hasta su clítoris, presionándolo y acariciándolo, volviéndola loca con el movimiento de sus caderas, buscando el placer de ella y de él. Hortensia llevó sus brazos hacia atrás y enredó sus dedos en el rubio cabello de George, moviéndose hacia adentro y hacia afuera, mientras el musitaba:

—Así preciosa, así, no te detengas —sintiendo como el sudor de ambos se mezclaba, derramándose por sus cuerpos brillantes y ardientes.

Los sonidos placenteros, los movimientos acompasados y al unísono, la posesión de él hacia ella y con ella, los sumergió en una cadencia enloquecedora. Las embestidas de George, el palpitar del sexo de Hortensia apretando y ciñendo su rígido miembro provocó que estallaran al unísono en un devastador orgasmo, insuperable, íntimo y, desgarradoramente tierno.

George, la dio vuelta acostándola sobre su cuerpo, besando su sien y acariciando sus cabellos que caían arremolinados sobre su pecho, la observó maravillado, estirada como una pantera extenuada luego de una jornada de cacería.

Hortensia, era la expresión exacta de la belleza, en estado puro, el encanto de la maternidad se reflejaba en su rostro, en su cuerpo y en su actitud. Parecía que una luz intensa la iluminaba obligándolo a bucear en su alma, fue en ese momento, viéndola dormida en sus brazos que comprendió que el alma de su mujer era tan bella como su cuerpo.

Ahora entendía porque era imposible no amarla.

—*Hortensia, como te amo yo, no te querrá nadie, ni siquiera nuestro hijo* — susurró contemplándola dormida en sus brazos —. *¡Hortensia Correa te quiero como nadie te ha querido en tu vida!* —repitió sobre sus labios sonrientes mientras la besaba una vez más.

Se fueron adormeciendo, acunados por el murmullo de las conversaciones de los invitados rezagados y el bello sonido de la guitarra del poeta, interpretando hermosas tonadas de amor. Con los brazos y las piernas entrelazados, unidos íntimamente, fundidos en un solo cuerpo, soñando con un futuro juntos y con la absoluta certeza de que sólo de ese modo podían enfrentar todas las pruebas que el destino pusiera en su camino.

Ese largo camino comenzaba en Mendoza y los llevaría, cruzando la cordillera de Los Andes, a un nuevo desafío. Terminado el Ferrocarril Trasandino, George dirigiría el tendido de la red ferroviaria que atravesaría el peligroso y salvaje desierto de Atacama en Chile y Hortensia lo acompañaría, sin titubear, lo había dejado bien claro cuando pronunció sus votos diciéndole:

—¡¡Soy tuya Sir George, toma mi mano y transitemos juntos el resto de nuestras vidas!! ¡¡Te acepto como esposo, amigo, amante y eterno compañero, amor mío!! —y había agregado:

—**¡¡Porque Tú eres mi hombre y yo soy tu mujer!!**

Fin

Epílogo.

—Arriba dormilonas, despierten mis reinas, mis panteras mendocinas —una voz sensual y varonil, las despertó.

Ella entreabrió sus ojos y lo vio, parado en el dintel de la puerta, como aquella vez cuando le entregó su cuerpo y su alma; sus ojos celestes todavía brillaban con el mismo deseo y la misma pasión.

Sir George, a los setenta y dos años lucía, imponente y magnífico, como hacía cuarenta años atrás y la miraba con el mismo ardor, con el mismo apetito que aquella noche, a solas, en la mansión de La Alameda.

Se acercó hasta la cama en donde dormía Hortensia y sus tres nietas y se arrodilló a un costado de la misma, de manera que su cara quedó al mismo nivel del somnoliento rostro de su adorada esposa, rozó con sus tibios labios la oreja de Hortensia y murmuró con su voz ronca y lujuriosa

—Hoy festejamos nuestras bodas de rubí, como el que puse en tu dedo hace cuarenta años —dijo—. Cuarenta años atado a tu corazón, mi pantera de ojos dorados, adorándote y amándote todos los días, cada hora, cada minuto y cada segundo de mi feliz existencia a tu lado y todavía te deseo como aquella noche en la que me confesaste que yo era tu hombre y tú eras mi mujer.

Hortensia se estiró como un felino, se abrazó a su cuello y pegando sus labios a la boca del inglés, murmuró:

— *¿Hablador y nervioso como aquella noche sir George? ¡Bésame mi pirata mandón!* —le ordenó en un susurro, sólo para sus oídos—. Lástima que no estamos solos porque conozco una manera muy placentera de hacerte callar —agregó y soltó su risa cantarina despertando su libido, como siempre que ella se reía de ese modo.

— ¡Bruja! ¡Mi preciosa arpía! Agradece que nuestras nietas nos estén mirando, sino te enseñaría quien tiene el mejor modo para callar al otro —murmuró y no pudo seguir hablando porque cuatro pares de brazos se enredaron en su cuerpo y cuatro bocas rosadas y húmedas cubrieron su rostro de besos—. ¡Imposible ser más feliz! —pensó Sir George Percy Markham, mientras se entregaba, dócil, a la manipulación y el acoso de cuatro panteras panquehuinas que lo habían transformado en un apacible y obediente león británico.

Ahora sí FIN



BIOGRAFÍA

Elena Bowen nació en un pequeño pueblo llamado Bowen (homónimo de su apellido literario), al sur de la provincia de Mendoza, en la República

Argentina, el 31 de marzo de 1950. Ariana en su signo y Ariana en su ascendente.

La segunda de tres hermanas, la del medio para muchos. Su vida se desarrolló en el seno de una familia tradicional y conservadora, llena de amor y comprensión.

Toda su niñez y su adolescencia la vivió en este pequeño pueblo, era una niña vivaz y alegre que disfrutó con ansias y deleite lo que la vida le daba en esa vida tranquila y maravillosa del interior y hoy es una mujer mayor, que

sigue pensando (y a veces actuando) como esa niña.

Terminó sus estudios secundarios en el pueblo y decidió ir a estudiar a la Gran ciudad, la capital de la provincia de Mendoza, y con ella se fueron sus padres y su hermana menor ya que su hermana mayor ya vivía allí

.

Estudio periodismo y es Licenciada en Periodismo y a pesar de su gran pasión por su carrera, nunca la ejerció, eligió ser esposa, madre y en el último tiempo abuela.

Casada con un Ingeniero electromecánico, tiene dos hijos: Leandro que es director de cine y Natalia que es artista plástica, cuatro hermosos nietos que son la razón de su existir y dos perros.

Disfrutando de la sexta década de su vida, Elena Bowen, ama pasear con sus perros; jugar a las cartas y al memotest con sus cuatro nietos; disfruta chatear por el whatsapp con sus amigas; idolatra a sus padres, hermanas, sobrinos y cuñados y adora a sus amigas, a las que cuenta con los dedos de una mano.

A los 64 años la vida le dio la oportunidad de volver a sus principios y publicó su primera novela larga, titulada, “Tú mi hombre y yo tu mujer (amor en Panquehua)”, una historia romántica-erótica con pinceladas históricas que se desarrolla entre el continente africano y la provincia de Mendoza en la República Argentina.

Además es autora de:

“Tómala”, un relato corto que se publicó en Amazon; “54 corazones tras la esperanza” una antología solidaria.

“Tan solo U”, una historia basada en una experiencia propia, novelada en su mayor parte y que se refiere al acoso virtual en las redes sociales. También publicada en Amazon.

“Tú eres mi águila real”, una novela de amor intenso y pasional, con alto contenido erótico.

“Tú, después de mí” poemario. Recopilación de algunos de sus poemas y reflexiones, publicadas en su perfil de Facebook y en la página del mismo nombre.